LA RISA FINAL

FERNANDO ROYUELA

¿Ríe el último mejor?

Un escritor recibe como legado a la muerte de un notario amigo un escrito de 1858 que tiene que destruir una vez leído. Se trata de una rareza, un acta con la confesión biográfica de una tal Rosario la China, a la que acompaña un misterioso objeto.

La vida de la bella Rosario, desde su nacimiento en Filipinas a la vejez en Ceuta, donde regenta una mancebía, ha estado llena de increíbles peripecias. Vendida como esclava siendo muy niña, Rosario va a parar desde el galeón que la lleva a México al cañonero inglés que lo ataca y, tras un largo viaje, a Cádiz, donde comienza una nueva vida en casa de un próspero bodeguero inglés como señorita de compañía de su hija, a cambio de servirle en la cama. El inglés, junto con su mujer, su hija y Rosario, se dirige a Bilbao, huyendo de los disturbios ocasionados por la invasión francesa, cuando son asaltados por guerrilleros a unas jornadas de Segovia.

Rosario traiciona a la familia y se une a la cuadrilla y, a pesar de la dura vida que lleva, se siente libre por primera vez en su vida. En estas el jefe de la partida, el temido Mataperros, que ha acogido a Rosario con no poco recelo, recibe un extraño encargo: recuperar una reliquia, la Santa Camándula, para que no caiga en manos de los franceses.

Una extraordinaria novela histórica ambientada en la turbulenta época de la invasión francesa a España, protagonizada por una mujer fuerte, ingobernable y bienhumorada que permanecerá en la memoria y en el corazón de los lectores.

Lectulandia

Fernando Royuela

La risa final

ePub r1.0
Titivillus 15.09.2018


LA
RISA
FINAL
FERNANDO ROYUELA

A mis hijas, Regina y Celia, que no se engañan con las apariencias

Y hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban con el dragón, y lidiaban el dragón y sus ángeles; y no prevalecieron estos, ni jamás fue hallado su lugar en el cielo. Y fue lanzado fuera aquel dragón, aquella antigua serpiente que se llama Diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo; y fue arrojado en tierra, y sus ángeles fueron lanzados con él.

Apocalipsis (XII, 7-9)

El pueblo español es, de todos los que llenan la tierra, el más inclinado a hacer chacota y burla de los asuntos serios. Ni el peligro lo arredra ni los padecimientos le quitan su buen humor; así vemos que, rodeado de guerras, muerte, miseria y exterminio, se entretiene en componer cantares, creyendo no ofender menos a sus enemigos con las punzantes sátiras que con las cortantes espadas.

Benito Pérez Galdós
Napoleón en Chamartín

PREFACIO
EL HOMBRE DE LA CASACA DORADA

Un estrépito de cascos rugía monte abajo. El polvo que los caballos levantaban impedía distinguir con claridad a sus jinetes. Martinejo, guiado tal vez por el instinto de supervivencia, corrió a esconderse detrás de unos árboles. Nada evidente le hacía presagiar peligro, pero un calambre de temor le sacudió las tripas al divisar a aquella gente al galope. Miró a través de las ramas perfiladas de verde por el inicio de la primavera. Corría el mes de abril y, después de un invierno riguroso, se agradecía lo templado de los vientos que bajaban remolones de la sierra. La nube de polvo seguía galopando por el camino. Cada vez estaban más cerca. Parecía un rebaño en estampida, toros bravos presa del pánico, pero conforme se fueron aproximando a Martinejo no le cupo duda de que eran soldados. Algo extraño había, sin embargo, en su atuendo: iban vestidos con corazas bruñidas, calzones blancos de abotonadura lateral, botas de caña y morriones relucientes acabados en chascás con unos adornos de plumas jamás utilizados por el ejército español. Uno que cabalgaba en cabeza llevaba ondeando una bandera roja, azul y blanca que Martinejo no supo reconocer. Su apostura resaltaba sobre el resto de los soldados, aunque el aspecto de la formación era también de admirar. A juzgar por los resoplidos de los caballos, debían llevar varias horas de marcha. ¿De dónde vendrían aquellos hombres? ¿Por qué cabalgaban por un lugar tan apartado de las rutas principales, por un camino apenas frecuentado por las diligencias o los correos, útil si acaso para que lo transitase algún buhonero, camino de Nájera o Ezcaray? Como todos los miércoles Martinejo acudía a la casa de Juan Bautista a recoger la puesta de huevos de las gallinas y algún cántaro de leche de cabra que su esposa hubiera ordeñado de más. La casa del pastor distaba un par de leguas, pero saliendo temprano le daba tiempo a estar de regreso en el pueblo al caer la tarde. Allí vendía a un despensero los huevos de las gallinas de Juan Bautista y la leche ordeñada por su mujer. La caminata le compensaba. Juan Bautista tenía un corazón generoso y siempre le entregaba algunos reales de propina. La mujer le daba también un panecillo candeal y un pedazo de queso del que ella hacía con leche de cabra para que entretuviera las tripas de regreso. Tenía la cara guapa y el cuerpo moldeado con esa frescura dichosa que da la juventud. Era un matrimonio humilde, pero feliz.

Vivía de las ovejas, de las cabras, de las gallinas, de los animales de corral y de lo poco de hortalizas que la huerta les daba: nabos, tomates, patatas, berzas y algunas judías si el pedrizo era benévolo y la cosecha no se echaba a perder. Juan Bautista era pastor, como su padre y su abuelo lo habían sido antes. Salía al alba con las ovejas y volvía al cabo de unos días tras tenerlas pastando por las dehesas de allende las

sierras. Era hombre fornido y la vida recia de los montes no le incomodaba lo más mínimo, al contrario, le encantaba el oficio de pastor. Se sentía feliz a solas con el canto de los pájaros y el sonido del aire acariciando al atardecer las copas de los chopos por las márgenes de los riachuelos y el pecho se le llenaba de una sensación de plenitud inexplicable, como si Dios hubiese puesto el mundo de aquella forma solo para su personal contemplación. Por la noche dormía al raso envuelto en una manta de lana torda que había sido de su padre. Miraba las estrellas y aquella sopa inexplicable de fulgor y negritud le azuzaba el pensamiento con las preguntas más hondas que asolan a los hombres desde el comienzo de los tiempos: «¿Qué habrá allá arriba que sostenga tanto lucero? ¿Andarán los ángeles detrás de la bóveda celeste mirando cómo nos comportamos en la Tierra? ¿Querrá Dios llevarme junto a él cuando me llegue la hora de la muerte?». Pero aún faltaba mucho para eso. Era joven y su mujer hacía tan solo cinco meses que había parido un niño sano: Rafael, su primogénito. El presente era halagüeño y el futuro tampoco variaría mucho su rutina, la de salir con las ovejas, sembrar las semillas en otoño y aprovechar las largas noches de invierno al calor de la hoguera, con su familia, en paz. No necesitaba mucho más para entender el mundo. Tampoco tenía otra ambición que la de estar a bien consigo mismo. Ni tan siquiera vivir en el pueblo junto al resto de vecinos era algo que desease. La gente poco tenía que aportarle a su felicidad. Él solo se bastaba. Cuando el niño creciera ya le ayudaría con la faena. Tenía pinta de ir a salirle fuerte. Además, pensaban tener toda la descendencia que Dios quisiera darles. Los hijos son la bendición de los padres, el fruto que avala la perpetuación de la especie. Juan Bautista creía en la tradición. Su padre, al morir, hubo de dejarle en herencia el rebaño que él, ya desde mozo, le ayudaba a cuidar. Su abuelo había hecho lo mismo con su padre y Juan Bautista lo repetiría con su hijo. Así debía ser. La tradición era, sin duda, la ley de Dios.

La mujer de Juan Bautista tenía el carácter asustadizo y cada mañana que él salía con las ovejas pensaba en las mil desgracias que podían sucederle trajinando por los montes. ¿Y si se despeñaba por un barranco? ¿Y si le salía al paso un lobo y se le tiraba al cuello? ¿Y si en una tarde de tormenta un rayo le caía encima como le había sucedido a Perico Cebollero, el cuñado de una prima suya, y no más quedaba de él que un trozo de cuerpo hecho carbón? Ella rezaba para que nada le sucediera a su marido, ponía velas a santa Polonia y a santa Bárbara, pero aun así, a menudo presentía una amenaza indescriptible que le obturaba la boca del estómago, como si estuviera predestinado a la tragedia. Había veces que, sin motivo aparente, rompía a llorar, pero no se dejaba llevar demasiado de la mano de la tristeza, no fuesen a cumplirse sus presagios, y enseguida se afanaba con los muchos trajines que sus obligaciones le exigían: ordeñaba las cabras, recogía los huevos, limpiaba los establos, cortaba la leña, encendía el fuego, preparaba el almuerzo, alimentaba al hijo y, si le quedaba tiempo, horneaba pan y hacía queso, un queso tosco, pero sabroso, que en la boca sabía picón. La acechanza de la desgracia estaba siempre presente en

su vida. En el fondo más oscuro de su alma no confiaba en llegar a vieja. Los peligros cotidianos eran muchos y su inconsciencia no era tan elevada como para desdeñarlos sin más. Sin embargo, aquella mañana, cuando oyó el galopar de los caballos mientras pelaba cebollas, no intuyó la presencia de peligro alguno. Miró por la ventana, salió luego a la puerta de la casa y se quedó observando fascinada cómo bajaba por el camino un grupo de soldados a caballo, rígidos, marciales, rebosantes de gallardía militar. Nunca antes había contemplado nada semejante y el simple hecho de que alguien pasara por aquellos parajes apartados no dejaba de ser un acontecimiento extraordinario. Al frente del destacamento venía galopando un jinete que le pareció que se distinguía del resto: tenía los ojos penetrantes, acusada la barbilla, las cejas muy pobladas y cierto aire inquietante en el rostro, como henchido de desprecio o altivez. Debía ser uno de esos hombres que se saben llenos de poder y dan por ello órdenes a voluntad sin importarles las consecuencias, igual que si sus deseos fueran ajenos a todo reproche moral. La estampa de este individuo era imponente. Al contrario que los demás, el uniforme que vestía parecía sacado del atrezo de una fantasía teatral: llevaba al hombro una capa corta ladeada de piel de leopardo y la casaca, florida de alamares y con enormes charreteras, era de terciopelo dorado; el calzón, al contrario que el de los militares, no era blanco, sino azul y estaba ribeteado por franjas también color de oro; las cañas de las botas le subían por encima de las rodillas hasta asomarle una lengüeta rematada con adornos de cordón. Iba montado en un caballo zaino, lo que hacía que su vestimenta destacase más, si cabe. La mujer de Juan Bautista no entendía de ejércitos ni de jerarquías militares, pero lo que no le resultaba ajeno era que aquellos uniformes, todas esas banderas desplegadas y la manera tan ordenada de seguir el trote, poco tenían que ver con las de los militares españoles que alguna vez acampaban en el pueblo. La visión de los jinetes era grandiosa, pero de repente le entró miedo y, sin saber por qué, se puso a rezar.

El teniente al mando del destacamento de coraceros del ejército imperial de Napoleón divisó la alquería. Plantada en la puerta había una mujer que los miraba con asombro. Llevaban tres días cabalgando desde que partieron de Anglet sin apenas detenerse y la tropa estaba ya cansada. El polvo del camino se les había metido por dentro de los uniformes y, mezclado con el sudor, les causaba comezón. Aquel paraje en un repecho de la ladera, rodeado por grandes árboles y con un pequeño riachuelo que corría fresco a pocos metros, le pareció un lugar idóneo para ordenar un descanso y lavarse. A un gesto de su mano los caballos se encaminaron hacia la casa. Pasaron al trote donde Martinejo andaba escondido, pero ningún jinete reparó en él. Al muchacho no le dio tiempo a contarlos, pero a ojo de buen cubero debían de ser unos cuarenta, todos bien equipados con sables y fusiles. En las grupas llevaban zurrones abultados como con raciones para varios días y sus caballos parecían de los mejores, sanos, vigorosos y pertrechados con espléndidas monturas de cuero color miel.

El teniente llegó hasta donde la mujer de Juan Bautista aguardaba y descabalgó.

Con el sombrero en las manos le dirigió algunas palabras. Martinejo no oyó lo que conversaron, pero estuvieron un buen tiempo hablando mientras el resto de los soldados esperaba en los caballos las órdenes de sus oficiales. Al observarlos con detenimiento, Martinejo cayó en que debían venir de Francia: el corregidor había anunciado días atrás que los franceses, aliados ahora de la patria, iban a entrar en España para ayudar a su majestad Fernando VII, recién proclamado rey. Decían en el pueblo que Carlos IV, consentidor de los cuernos que su mujer, la reina María Luisa de Parma, le ponía a la vista de todos con su propio valido, José Godoy, acababa de abdicar en él. Unos argumentaban que lo había hecho forzado por la detención popular del valido en su palacio de Aranjuez; otros, porque Fernando VII, su hijo bien amado, era el rey joven que España necesitaba en aquellos momentos de desórdenes y confusión. Lo cierto es que España era por aquel entonces un país títere movido por los hilos del emperador de Francia. Carlos IV admiraba y temía a Napoleón. Por el tratado de Fontainebleau había consentido en plegarse a sus propósitos y sumarse al bloqueo comercial que contra la Inglaterra enemiga había puesto en marcha el emperador. La Gran Bretaña era la única potencia que podía hacer sombra a la voluntad expansionista de Napoleón; por eso, para extenderse por toda Europa como él pretendía, debía tener bajo control el dominio marítimo de los ingleses.

El corregidor había dicho que los franceses, amigos del rey de España, iban a entrar en el país camino de Portugal para cortar con las armas la colaboración que el reino vecino tenía pactada con los pérfidos ingleses. Los españoles debían prestarles toda la ayuda que necesitaran mientras atravesaban la península. Martinejo no entendía de esas cosas de política de Estado y alianzas militares. Solo sabía lo que comentaba todo el mundo en el pueblo, que Carlos IV era un rey inútil, que Godoy se entendía con la reina, que gobernaba el país a su antojo dando privilegios a sus amigos y prebendas a los ineptos que le rendían pleitesía, y que imponía al pueblo tributos injustos y excesivos sin que le importara una higa el bien de la nación.

El sentir general del pueblo español era de animadversión hacia la Corona de Carlos IV. Se tenía la esperanza de que su hijo, el príncipe Fernando, le sucediera cuanto antes en el trono. De todos era conocido el desprecio que el príncipe de Asturias sentía por su padre y la inquina que en público mostraba hacia Godoy. Aquellas peleas de alcoba eran la comidilla nacional. Tal vez por ello los amagos de conspiraciones para derrocar al rey nefasto, verdaderas o falsas, estaban a la orden del día.

El destacamento de coraceros descabalgó y los soldados llevaron los caballos a abrevar en la canal donde el rebaño de Juan Bautista aplacaba la sed. Martinejo, sin que nadie lo viese, corrió hacia la casa y, trepando por la pared trasera, se encaramó a un altillo desde el que saltó al pajar. A través de un ventanuco podía observar sin ser visto lo que sucedía en la estancia. Allí estaban los oficiales de mayor graduación junto a aquel hombre extraño, el de la casaca de terciopelo. Uno de los oficiales dio

órdenes para que se requisaran los alimentos que la mujer de Juan Bautista tenía almacenados en la despensa. Ristras de chorizos, orzas de tajadas en adobo, quesos, aceite, pan y vino fueron saliendo de la casa rapiñados por los franceses. La mujer de Juan Bautista, desconcertada ante el robo que se le hacía y temiendo por su vida y la de su hijo, removía de espaldas a ellos la olla puesta al fuego en la que se estofaban las alubias. Prefería no verlos hurgar como si todo fuera suyo. El olor que el guiso desprendía abrió el apetito a los oficiales y le ordenaron que les diera de comer. Un oficial tomó una jarra de la repisa, la llenó con el vino de un odre y escanció varios vasos para aplacar la sed de sus compañeros. El hijo de Juan Bautista lloraba en la cuna desconsolado, víctima de todo aquel jaleo que de repente se había organizado a su alrededor.

—Tiene hambre —dijo la mujer—: es su hora de mamar.

—Dale, pues —le respondió un teniente—, por nosotros no te apures.

Todos se echaron a reír con carcajadas que retumbaron groseras por la estancia.

La mujer levantó al bebé de su canasta de mimbre y se sentó en una silla mamadera al lado de la lumbre. Los militares se quedaron absortos mirando cómo se descorría la pechera de la camisa, se abría la enagua y asomaba al aire un seno blanco y repleto. Parecía una virgen solemne pintada por algún maestro renacentista. La exhibición del pecho despertó la lujuria de los militares, que aguardaban a la mesa bebiendo vino. La mujer de Juan Bautista, absorta en su cometido, les respondió con el desaire de una mirada dura, como de orgullo. No se atreverían a tocarla: la dignidad de una madre era algo sagrado. Martinejo oyó jaleo fuera, desde la atalaya en la que andaba encaramado. Se dio la vuelta y, por uno de los huecos del pajar, observó el trajín que la tropa se traía. Había entrado en el corral y ahora saqueaba el gallinero. Estaba desplumando las gallinas y desnucando los conejos con gran jolgorio y no menos alboroto a costa de los aterrorizados animales. Tenían ya prendidas unas cuantas hogueras para asárselos en espetón. El humazo se elevaba por encima de los árboles y había un silencio de pájaros que espantaba por lo que tenía de premonitorio. Los soldados hacían acopio de cuanto se encontraban a su paso, como si el esfuerzo humilde de aquel matrimonio de pastores hubiera tenido el solo propósito de alimentar sus estómagos. Un par de soldados salieron de la despensa con unos pellejos de vino. Uno de ellos hendió su sable en el odre y un chorro tinto empezó a manar a borbotones. Se pegaron unos cuantos por arrimar el morro a la hendidura y, tras codazos y empujones, fueron bebiendo unos y otros al modo de las bestias, de rodillas y a cuatro patas, quitándose el pellejo como hienas carroñeras que se ceban en su presa sin conmiseración con el resto de la manada. ¡Sabe Dios qué más barbaridades estaría dispuesta a cometer semejante horda por satisfacer sus instintos! Martinejo tembló en su escondrijo. Su situación era delicada: estaba rodeado por los franceses y no podía salir huyendo para buscar ayuda. Se le pasó por la cabeza deslizarse con una soga por el hueco del pajar por el que se subía el grano con una polea desde la cuadra; una vez allí, podría montarse en un caballo y salir a

galope escapado al monte para avisar a Juan Bautista de lo que estaba ocurriendo. Pero aun así, si conseguía avisarle, ¿qué podría hacer el pastor frente a aquel destacamento de soldados? ¿Cómo iba Juan Bautista a enfrentarse solo a ellos?

Martinejo descartó salir en busca del pastor. Por otro lado, no era seguro que él supiera montar aquellos caballos enormes y con poca traza de mansedumbre que llevaban los franceses. Él lo más que había montado era algún pollino cojitranco y siempre cargado con serones de los de faenar. Lo cogerían en cuanto se pusieran a perseguirlo y, si lo atraparan, lo mismo le cortaban la lengua para que no fuera con ella a contar por ahí lo que había visto. No hacía demasiado calor aquel día de primavera, pero Martinejo sudaba sin parar. Estaba agarrotado, indeciso, muerto de miedo. ¿Qué pasaría si lo encontraban allí subido, escondido en el pajar? ¿Tendrían piedad de él? A lo mejor aquellos hombres lo único que querían era descansar después de una larga marcha a caballo, llenarse las barrigas, divertirse un rato y poco más; después se marcharían de allí para no volver jamás. Martinejo lanzó un suspiro con el que intentó sacudirse el canguelo de encima. Oía las voces de los franceses, que devoraban con delectación el guiso de alubias que les había servido la esposa de Juan Bautista. Hablaban entre ellos en voz muy alta, conscientes de que la mujer que tenían delante no entendía una sola palabra de su lengua. Se reían, resoplaban, a veces eructaban. El niño, ya alimentado, dormía en la cuna, satisfecho. De repente, uno de los oficiales se levantó y agarró por la muñeca a la mujer.

—Las mujeres españolas tenéis fama de saber besar. ¿Es con razón? —le preguntó en un español gangoso y repugnante a partes iguales. Entonces apretó sus labios contra los de la esposa del pastor. Ella intentó apartar el rostro, sin éxito. Cuando lo logró después de un rato, escupió al suelo para evidenciar su asco por aquel militar.

—¡Oh, una fiera mujer española! —dijo el oficial, esta vez con una sonrisa algo forzada—. Ved cómo esta bella madre defiende su honor. —Y dicho esto, sin soltarle la muñeca intentó besarla de nuevo.

La mujer hacía esfuerzos por apartar la cara, a la vez que forcejeaba para intentar zafarse de él.

—¡Quítame las manos de encima! —chilló sin ser consciente de que de nada le valían sus protestas. Entonces, algo inesperado sucedió.

—¡Déjala en paz! —ordenó el hombre de la casaca de terciopelo—. Sois soldados del emperador invitados por el rey de España. No debéis abusar de la generosidad de nuestros anfitriones. ¿No es así, *madame*? —le preguntó a la mujer de manera retórica con una inclinación de cabeza que ella interpretó como gesto de disculpa.

Sin embargo, en las palabras de aquel hombre había un tono tan apacible que denotaba perversidad. El francés de la casaca se levantó entonces de la silla y, caminando con parsimonia, se acercó al oficial que aún tenía agarrada por la muñeca a la mujer de Juan Bautista.

—Excúsele, señora —le dijo con fina galantería mientras obligaba al oficial a

soltarla—; y tú, miserable, discúlpate ahora mismo. Demuestra que los soldados franceses no son bestias deleznables.

El oficial soltó a la mujer a regañadientes y bajó al suelo la mirada.

—¡Discúlpate, te he dicho! —le gritó el de la casaca con una insólita ferocidad que acobardó al resto de los comensales. El silencio se volvió afilado. Todos estaban expectantes. ¿Qué sucedería a continuación?

—*Excusez-moi, madame!* —obedeció en voz baja el oficial, humillado ante sus propios compañeros por el trato al que se le estaba sometiendo.

—¡Vamos, vamos!, ¡dilo más alto, que lo oigan todos! —le volvió a ordenar.

—*Excusez-moi, madame!* —repitió tragándose el orgullo.

Sin mediar palabra, el hombre de la casaca de terciopelo dorado empezó a abofetearle la cara, haciéndolo retroceder. Cuando lo tuvo en el umbral de la lumbre, le arreó un empujón. El militar cayó sobre el puchero y los restos aún calientes del guiso se le derramaron sobre el uniforme. Lanzó un alarido de dolor y sus compañeros soltaron una carcajada, tal vez para aliviar con ella la tensión del instante. Acto seguido, con el militar aún en el suelo, el hombre de la casaca de terciopelo tomó con suavidad la mano de la mujer y se la acercó a los labios con lentitud.

—Permítame que me presente. Mi nombre es Tainebleau, *monsieur* de Tainebleau, y puede tenerme como su seguro servidor. Estos hombres que me acompañan son vulgares soldados y apenas tienen modales. Debe disculparlos. No están acostumbrados a tratar con mujeres de su finura y belleza.

Mientras besaba relamido la mano de la mujer, Tainebleau giró la cabeza un instante y mostró a los oficiales la crueldad pausada de una sonrisa carnicera. Entonces se irguió, arrugó el ceño y ordenó a todo el mundo salir de la estancia. A ningún oficial le cupo la menor duda de lo que iba a suceder…

Cuando se hubieron quedado solos, *monsieur* de Tainebleau deslizó la palma de su mano por el cabello de la mujer. Ella apartó la cabeza en señal de rechazo. Tainebleau se contrarió y, cogiéndola de la mandíbula, le volteó la cara.

—¿No le parezco digno de usted? —le preguntó no sin cinismo.

Ella le escupió como repuesta. Tainebleau agrió la mirada y, en silencio, se limpió la saliva de la frente. Entonces, sin que la mujer de Juan Bautista pudiera hacer nada para resistirse, le retorció el brazo por detrás de la espalda y la arrojó con brusquedad sobre la mesa. El desorden de su cuerpo al chocar con los platos rebañados y los vasos a medio vaciar produjo un estruendo cortante que despertó a la criatura. Se puso a llorar.

—Ahora va a saber lo que es besar —le dijo casi en un susurro, con los labios posándose en su oreja, fríos como cuchillas.

Martinejo sintió un calambre en el estómago. La indignación, la rabia y la constatación de la impotencia hicieron aflorar sus lágrimas. Al contrario que a la mujer de Juan Bautista, que mantenía un rictus rígido, empezaron a escapársele sin

control. Fuera de la casa, la soldadesca aún daba buena cuenta de las viandas asadas en las brasas. El olor a carne quemada se hacía insoportable, pero aquellos hombres acuciados por las exigencias de sus tripas se metían en el buche cuanto les pasaba por delante con tal de que el hambre no los lastimase. Estaban en un país extraño, aliado del emperador, pero infinitamente menos evolucionado que el suyo, triunfante de guillotinas y revoluciones. Ellos eran la referencia de Europa, pero también su terror. Los supuestos ideales de libertad, igualdad y fraternidad se expandían ahora por todos los territorios de la mano del ejército imperial. Napoleón Bonaparte era el hombre surgido del pueblo para guiar los destinos de la nación conforme a las ideas triunfantes de aquella revolución que había convulsionado el país pocos años atrás. No más reyes injustos, no más aristócratas déspotas, no más clero empeñado en proteger el egoísmo insultante de sus intereses particulares. Muchos de estos soldados habían asistido en París a la celebración estrepitosa de la sangre. Todo fue desorden y libertinaje. Triunfo de vesanias e ira sin contener. Los burgueses, mientras tanto, observaban desde los palcos de su bienestar a la turbamulta enfurecida y cavilaban cómo beneficiarse de aquella catarsis regeneradora. La chusma guillotinó a los nobles, ocupó las iglesias y yació con prostitutas sobre los mármoles de los altares en una orgía sin pausa en la que el vino, la venganza y la lujuria nunca se acababan. Toda aquella sangría había servido para fundar un poderoso imperio que enviaba sus soldados a conquistar Europa. Ahora le tocaba el turno a España, un reino gobernado por un rey abúlico, títere de su valido, cornudo de su esposa, con un heredero imbécil que lo único que ambicionaba era despojar a su padre de la corona para ceñírsela él. Napoleón sabía que los españoles odiaban al valido y que eran partidarios del príncipe de Asturias. La gente pensaba que con él acabaría la corrupción burocrática, los vicios en los modales de los poderosos y el desorden institucional que asolaba el país. Ilusa. En el fondo solo deseaban un orden administrativo presidido por la justicia divina y la tradición. Tal vez fuera el español un pueblo digno siglos atrás, una nación señera, un verdadero imperio en cuyos dominios jamás se ponía el sol, pero su decadencia era ahora evidente e irremediable. Retrógrados, incultos, adocenados, crédulos, manipulables, temerosos de Dios y de los curas, no merecían gobernarse por dinastías caducas con la sangre envenenada por esa sinsubstancia que llevaban anegada en las venas. Los soldados del emperador debían librarlos de ellos mismos. Esa era ahora su obligación y allí estaban para cumplirla.

La mujer de Juan Bautista no pudo resistirse a los embates de su agresor. Temía por la vida de su hijo y se resignó a su suerte mordiéndose con fuerza los labios para no chillar de rabia mientras Tainebleau se satisfacía a su antojo clavándola a la mesa con sus acometidas, cada vez más fuertes y veloces. Martinejo podía distinguir desde su escondite, en las alturas del pajar, las gotitas de sudor que resbalaban por las comisuras de los labios de la mujer. ¿Era sudor o llanto lo que hacía brillar su rostro? Él no quería contemplar semejante agresión, pero una fuerza interna le impedía volver la cara y dejar de mirar lo que estaba sucediendo. Se sentía obligado a atender,

sin perderse un detalle, para dar luego cuenta de ello, pero le costaba un horror y al final no tuvo más remedio que taparse los ojos.

El destacamento de coraceros había terminado de llenarse los estómagos y guardaba ahora en los macutos todo lo rapiñado para continuar bien provistos su camino. Quién sabría cuándo volverían a darse un atracón del estilo. Las brasas ya apenas humeaban y los oficiales, validos de la autoridad de su mando, les estaban dando órdenes para que empezasen a formar y así continuar la marcha de inmediato. Todavía quedaban algunas horas de luz y, pese a la extraordinaria borrachera que muchos de los soldados llevaban encima, bien podían cabalgar hasta entrada la noche. El relente de la tarde les iría despejando los efluvios de ese vinazo espeso y recio que habían trasegado a buches de los pellejos de Juan Bautista.

Martinejo tenía las piernas agarrotadas. No quería moverse una pulgada de su escondrijo, no fuera a ser que un ruido inoportuno lo delatara. Se sentía un cobarde por no bajar de un salto y ayudar a aquella mujer a zafarse de las garras asquerosas de su agresor, pero él era solo un muchacho muerto de miedo que nada sabía de peleas. De repente, cuando el hombre de la casaca de terciopelo, ya separado del cuerpo violentado de su presa, se ajustaba el calzón, la mujer de Juan Bautista, aún tendida sobre la mesa, agarró un cuchillo y se volvió en un relámpago para clavárselo a su agresor. Apenas consiguió rozarle el hombro antes de caer al suelo de bruces a causa del puñetazo que el francés le sacudió en la cara. El niño en la cuna volvió a llorar con fuerza.

—¿Cómo es eso, desagradecida? ¿Pretendes quitarle la vida a tu amante? No, no, no. A los amantes no se los mata con cuchillos, a los amantes solo se los puede matar de amor —le dijo al tiempo que le pisaba el cuello con la bota para impedir que se moviera.

Entonces aquel hombre chascó la lengua en señal de desaprobación y, con ese desdén inapelable del que se sabe superior, le explicó a la mujer que el hecho de atentar contra un enviado de Napoleón llevaba la muerte aparejada, por lo que no iba a tener más remedio que matarla, so pena de desobedecer al emperador. Acto seguido desenvainó el sable y, después de bailarlo en el aire un par de veces como si fuera un péndulo afilado, le asestó un golpe de izquierda a derecha que le rebanó la garganta en un pispás. La sangre empezó a manarle oscura y, en apenas tres segundos, la mujer de Juan Bautista tenía en los ojos el punto y final.

Un sargento entró para anunciar a *monsieur* de Tainebleau que el destacamento estaba listo para partir. Solo esperaban una orden suya para ponerse en marcha. El sargento observó el charco de sangre que se empezaba a acumular en torno a la melena deshecha de la mujer, pero nada dijo al respecto.

—Vayámonos ya mismo —respondió Tainebleau—, pero dad antes buena cuenta de ese crío —dijo mirando con desgana la cuna—. Al emperador no le gustaría que dejáramos por el camino huérfanos que algún día pudieran rebelarse contra Francia.

Mientras el hombre de la casaca de terciopelo dorado montaba en su caballo,

Martinejo pudo ver cómo un soldado asfixiaba al niño aplastándole una manta contra la cara. El tiempo pareció entonces congelarse en su conciencia. Permaneció callado, sin moverse, como si los músculos se le hubieran vuelto piedras. Nada sucedía, todo había pasado ya y él seguía a salvo. Pero ya no habría más huevos que recoger ni más queso tierno que llevar los jueves al mercado. Ya nunca tendría necesidad de llegarse hasta la casa de Juan Bautista a por los cántaros de leche y acarrearlos hasta el pueblo. Su vida, la de todos ellos, acababa de cambiar.

Un silencio tremebundo se apoderó de la casa vacía de vida. A lo lejos, los cascos de los caballos al galope se perdían por la ladera, monte abajo, entre un cielo mordido de nubes pardas.

Martinejo examinó desde su escondrijo el destrozo. No asimilaba aún del todo lo que había sucedido ante sus ojos. ¿Por qué la crueldad de aquellos hombres? ¿Por qué tanta fiereza, tanta saña? Las imágenes terribles que acababa de contemplar se le pasaban veloces por la cabeza una y otra vez sin que pudiera hacer nada para dejar de ver el rostro despiadado de aquel francés asesino. El eco de un nombre le resonaba en la cabeza, *monsieur* de Tainebleau, el hombre de la casaca de terciopelo dorado. Tenía que salir corriendo, huir de allí, buscar a Juan Bautista por los montes, contarle la desgracia que había sucedido en su hogar. Sí, eso era ahora lo que debía hacer. Lo único que podía hacer, lo que haría acto seguido.

INTRODUCCIÓN
LA NOTARÍA DE DON VALERIO

Don Valerio Sáez Sanz era un notario a la antigua usanza, de esos con maneras reposadas, olor a escribanía y exquisitez en la elección de las palabras. Durante muchos años tuve contacto profesional con él. Al principio de conocerle le encontré hosco y desapacible, pero con el paso del tiempo fuimos entablando una peculiar amistad sustentada en el gusto compartido por la historia de España. Tras la firma de las escrituras que en cada momento nos ocupasen o después de haber despachado con él farragosos asuntos de derecho hipotecario, siempre le gustaba contarme alguna anécdota o sucedido histórico para así hacer gala de su innegable erudición. «¿Sabía usted que Alfonso XII era en verdad hijo de José María Ruiz de Arana, un amante de la reina Isabel? La gente hacía chanza del salimiento de la reina, aunque no menos que del plumaje de su marido, don Francisco de Asís, alias Paquito. De continuo circulaban por los salones coplillas poniéndolos a caldo, como aquella famosa que decía: "La Isabelona, tan frescachona, y don Paquito, tan mariquito"».

Yo le escuchaba con educación y, si podía, contribuía con mis modestos conocimientos al tema que trajera a colación. «Ya lo creo, don Valerio, don Francisco de Asís de Borbón, el marido de la reina, no disimulaba su condición homosexual y era tal su complicidad con su mujer que hasta le avisaba de los cuernos que le iba poniendo su amante por la corte. El pollo Arana, le decían al susodicho en plan de sorna, y es que piaba de lo lindo el pajarito».

«Está usted muy puesto en estos temas, mi querido amigo», sentenciaba el notario con su voz solemne y señorial, «debería abandonar el ejercicio de la abogacía y dedicarse tan solo a las novelas. Este país no se lo agradecería en absoluto, pero en los siglos venideros tal vez fuera usted tenido por un benefactor social».

Don Valerio sentía predilección histórica por la época del reinado de Carlos IV, pero lo que realmente le fascinaba era la guerra de la Independencia. Se sabía de memoria las batallas acontecidas, las estrategias militares de ambos bandos, los nombres de sus oficiales, las armas empleadas, la intendencia con la que se avituallaba cada ejército, los detalles relativos al día a día de la tropa y hasta el tipo de rancho que consumían los contendientes. «A Bonaparte las patatas fritas con cebolla le gustaban a rabiar. Castaños, sin embargo, era más de casquería. Dicen que, una vez que paró en Valladolid, se despachó a gusto con una fuente de criadillas empanadas y, tras acabársela del todo, aún seguía pidiendo más».

Don Valerio se vanagloriaba de haber participado en la redacción del monumental tratado en seis volúmenes que coordinara el académico de la historia D. Ramiro Ovejero y Despujol, sobre la guerra de la Independencia, el cual, remedando la

famosa obra del conde de Toreno, llevaba por título *Historia comentada y ampliada del levantamiento, guerra y revolución de España*. Los seis volúmenes, encuadernados en polipiel, presidían la biblioteca que forraba las paredes de su despacho. El notario siempre lo mostraba a sus clientes más allegados y no podía contener un atisbo de emoción.

Cuando, por asuntos de trabajo, acudía a su notaría de la calle Hermosilla, en el barrio de Salamanca de Madrid, siempre debía añadir, por lo menos, una hora más al tiempo habitual previsto para mis gestiones. Era verme aparecer y engancharme don Valerio para contarme algún episodio histórico que le tuviera por entonces ocupado. Yo le escuchaba con respeto y a veces con interés, pero lo cierto es que en los últimos tiempos el notario se extendía en sus relatos más que de lo que venía siendo en él costumbre. Saltaba a la vista que se le iba la cabeza y perdía la noción de la realidad.

Yo tenía apalabrado con Peláez, su oficial de notaría, un hombre delgado, insulso y con cara de funeral, que más allá de media hora encerrado con don Valerio en su despacho acudiera a reclamarme por algún fingido asunto e interrumpiera así la conversación. Peláez lo hacía con extrema discreción. Abría la puerta una rendija y carraspeaba sin llegar a entrar.

«Perdone, don Valerio, pero necesito que el señor letrado venga a clarificarme unos documentos». «Vaya, vaya usted», me decía el notario con fastidio, «este Peláez lleva lustros conmigo y aún no sabe hacer él solito su trabajo».

Para compensarle sus capotazos yo siempre tenía con él algún detalle. Le regalaba botellas de licores, cajas de puros o entradas para los toros que él probablemente revendería acto seguido para sacarse un sobresueldo, no sustancioso, pero tampoco desdeñable, esa es la verdad.

Quienes estén al corriente de mi obra literaria sabrán que nunca me he sentido inclinado por la novela de género, ya sea negra, de aventuras o de esa otra histórica-episódica con vocación divulgativa que tan de moda se ha puesto en los últimos tiempos. La literatura que practico es más bien de tipo reflexivo y abundante en ironía y en crítica social. A don Valerio, en realidad, no le interesaban demasiado mis libros, los veía nihilistas en exceso y siempre me estaba pinchando para que escribiera una novela «como Dios manda», que eran las que a él le gustaba leer.

«Amigo mío, debería usted escribir una novela sobre la guerra de la Independencia», me sugería a menudo. «Los males que asolan al país provienen de entonces, créame. La gente desconoce la historia de España, pero todo lo que estamos viviendo en estos tiempos ha sucedido ya. Sé que a estas alturas casi resulta un tópico decirlo, pero la historia está condenada a repetirse una y otra vez. Solo los pueblos que conocen su pasado son capaces de afrontar con inteligencia su futuro, y el nuestro es un país de ignorantes que lo único que conocen son las ganas de joder a los demás. Dicen que aquello fue una guerra de invasión, pero eso no es del todo cierto. Es verdad que Napoleón pretendió conquistarnos, pero la contienda se acabó convirtiendo en un enfrentamiento entre españoles. Fue una guerra de ideas que luego

se reproduciría con las guerras carlistas y que entrado el siglo XX tuvo su réplica como usted bien sabe en la Guerra Civil. Pero esa brecha sigue abierta y ya le digo yo que va a ser muy difícil de cerrar porque la ignorancia campa a su antojo por este país de borregos y papanatas. El derecho divino que invocaban los antiguos monarcas fue pasado por la guillotina con la Revolución francesa, pero aquí se pasó de la Edad Media a la Contemporánea sin que rodaran las cabezas necesarias y de eso estamos pendientes aún. Mire usted, si no, la confrontación política actual y se dará cuenta de lo que le hablo. Yo podría contarle asuntos extraordinarios si usted quisiera. Hay cosas que exceden con mucho nuestro entendimiento y se adentran incluso en el terreno de lo sobrenatural. No deseo distraerle de sus obligaciones, que bastante tiene con lo suyo, pero si usted quisiera, yo…».

Nunca le hice caso a don Valerio y jamás me planteé la posibilidad de escribir algo ni siquiera remotamente parecido a lo que a él le hubiera gustado leer de mi puño y letra. Es habitual que, a quienes nos dedicamos a este misérrimo arte de escribir novelas, venga la gente a contarnos sus historias como si fueran materia prima de gran valor. «Mi vida sí que es una novela, la tendrías que escribir». Estamos acostumbrados a escuchar frases semejantes, pero un novelista que se precie no debe limitarse a reproducir la realidad tal como es pues el resultado sería inverosímil. Muy al contrario, para retratar la realidad el escritor debe valerse del instrumento de la ficción y suspender con ella la incredulidad del público, porque solo los mundos impostados le resultan creíbles al lector. Más allá de los teoremas literarios no he de negar que nunca antes me había parecido atractivo ponerme a escribir novelas de aventuras, así, sin ton ni son, ni siquiera sobre la base de una trama que tratara con cierta hondura los eternos conflictos del ser humano, el amor, la muerte, lo inexplicable de la vida o la gran falacia de la libertad. Pero pronto todo esto habría de cambiar.

Durante los últimos años las visitas que hice a la notaría de don Valerio se fueron espaciando. El pobre hombre no estaba bien de salud y pasaba largos periodos sin acudir a su despacho. En sus ausencias era sustituido por notarios correturnos, rigoristas y quisquillosos hasta con las comas de los documentos. Hace falta experiencia en la vida y no solo conocimientos jurídicos para ser un buen notario y, como ninguno de aquellos lo era, dejé de ir por allí.

Un día recibí una llamada de Peláez. Me dijo que don Valerio había fallecido y que iban a proceder a cerrar la notaría. Quedé en pasarme a verle para que me contara lo ocurrido; lo hice a los tres días de hablar por teléfono con él. Cuando entré se me cayó el alma a los pies: todo estaba desmantelándose. Había obreros picando las paredes y mozos de cuerda desmontando estanterías y sacando muebles por el balcón. El oficial de don Valerio me aguardaba en su despacho de siempre, salvo que ahora todo estaba vacío a su alrededor. Andaba aplicado a su mesa clasificando papeles, rompiendo unos y poniendo otros en un montón. Se levantó para saludarme al verme entrar.

«¡Cómo está esto! ¡Parece que ha pasado un huracán!», comenté sin saber muy bien qué decir. «Ya ve usted: todo se acaba en esta vida». Nos bajamos al bar de la esquina a tomar un café. El oficial permanecía hierático, pero se le apreciaba cierta tristeza de fondo, esa que inevitablemente apesadumbra cuando los ciclos llegan a su fin. Me contó sucintamente que don Valerio había fallecido tras una penosa enfermedad, pero que estuvo animoso hasta el final, siempre con sus historias y sus rimbombancias. Hizo por ir a la notaría hasta el último día como si nada, aunque ya la cabeza le fallaba y no podía trabajar. Su entereza, a juicio de Peláez, había sido ejemplar. ¿Ejemplar para quién?, me pregunté para mis adentros, pero nada comenté al respecto, so pena de socavar los lugares comunes de la moral convencional. El oficial siguió contándome que la notaría se cerraba, que los protocolos que en ella se custodiaban pasarían al notario que el Colegio designase y que los que tuvieran más de veinticinco años se transferirían a los archivos centrales de la Dirección General de los Registros y el Notariado, según lo preceptivo.

«¿Y qué va a hacer usted ahora?», le pregunté mientras echaba el terrón de azúcar en el café. «Nada. Estoy harto de trabajar de oficial de notaría. Me vuelvo a mi pueblo y veré allí la posibilidad de emprender algún negocio. Tal vez un bar». Su respuesta no me extrañó, pues con la cantidad de botellas de alcohol que le había regalado en los últimos años bien podía hacerlo sin necesidad de agenciarse un proveedor.

Cuando ya creía que la conversación no daba más de sí Peláez me salió con la sorpresa. «No se vaya aún», me dijo, «hay una cosa que tal vez le pueda interesar». Me pidió que subiera con él a la notaría. Al parecer había algo que don Valerio había dejado para mí y que él tenía el cometido de mostrarme. «Don Valerio me ordenó que insistiera. Suba conmigo y se lo enseñaré».

Ya en la notaria, el oficial me condujo por los pasillos hasta una enorme sala en la que yo jamás había estado. Era el lugar en el que se guardaban los protocolos notariales. Los documentos estaban archivados en cajas clasificadoras hechas con pergamino, todas ordenadas por fechas y colocadas en estanterías metálicas corridas que atravesaban la estancia en hileras. Hasta quince conté. Lo primero que me llamó la atención de aquel lugar fue el inmenso desperdicio de espacio en una zona de la ciudad en la que los precios de los pisos son exorbitantes. «Don Valerio no quería mandar los protocolos a ningún almacén de esos que gestionan los papeles de los demás», me comentó Peláez. «Don Valerio desconfiaba de esas modas modernas del *outsourcing*. Él era un notario a la vieja usanza, a usted le consta, y prefería rodearse de sus papeles antes que ponerse a especular con el precio del metro cuadrado de su oficina. ¡Ahora la heredarán unos sobrinos y ya verá usted lo que tardan en venderla!». El oficial se encogió de hombros y me llevó hasta un extremo de la estancia, donde había un viejo escritorio de caoba, muy perjudicado por golpes y arañazos. «Siéntese usted aquí y espere mientras se lo traigo». Le oí subirse a una escalera y hurgar entre las estanterías. Al poco apareció con un protocolo entre las

manos. Tenía un aspecto antiguo y era más ancho que los demás. El tono marfil del pergamino del estuche se había ido desgastando con los años hasta adquirir una apariencia de madera vetusta. El lomo era redondeado y con nervaduras como esos viejos libros de iglesia, y una correa con hebilla cerraba el estuche en su parte central. El oficial lo depositó con cuidado encima de la mesa. «¡Ahí lo tiene!», dijo con solemnidad. «Este protocolo es una rareza y no debería estar aquí. Los que tienen más de veinticinco años ya le digo que van para el archivo de la Dirección General y los de más de cien son considerados documentos históricos y se transfieren a los archivos históricos correspondientes. Este que tiene usted delante está fechado en 1858. Ahora la Dirección General de los Registros y el Notariado hace inspecciones aleatorias para hacer que el mandato se cumpla, pero no siempre fue así. No sé si usted sabrá que don Valerio, nada más sacarse las oposiciones, fue destinado a Ceuta. Allí se hizo cargo de una notaría situada en la plaza de España. Eso fue al principio de los años sesenta. Pues bien, entre los protocolos que don Valerio recibió de su antecesor estaba este que tiene usted delante». El oficial pasó la mano por el lomo del estuche para quitar el polvo acumulado. Después se lo quedó mirando con melancolía y se sacudió las manos a palmadas. «Como bien podrá usted figurarse, el notario al que don Valerio sustituyó en Ceuta no cumplió con su obligación. ¿Despiste?, ¿negligencia? Lo sorprendente es que don Valerio, al hacerse con él, se abstuviera también de enviarlo a donde debía. Y si él no lo hizo, puedo asegurarle que no fue por incuria o negligencia. ¿Cuál fue entonces la razón de querer conservarlo? Eso ya se me escapa. Ni lo sé, ni lo quiero saber. Ignoro lo que contiene este protocolo y prefiero seguir ignorándolo. Nadie que no fuera don Valerio lo ha abierto jamás. Las únicas instrucciones que a mí me dejó fueron que se lo mostrara a usted, que le permitiera tomar notas si quería, pero que bajo ningún concepto saliera de esta sala. Una vez que usted lo hubiera examinado a su antojo, me mandó que lo destruyera. Me pagó una buena suma de dinero para que lo hiciera y eso es lo que, con su permiso, haré cuando usted haya terminado con él. Así que todo suyo, al menos por un rato. Usted verá el provecho que le saca».

Peláez me dejó solo en la sala y cerró la puerta tras de sí. Respiré hondo. ¿Qué podía ser aquello que don Valerio había querido que yo viese antes de proceder a su destrucción? Todo me parecía extraño en ese instante. Don Valerio, fallecido; la notaría, desmantelándose, y yo ahí sentado, delante de un protocolo notarial de casi dos siglos de antigüedad que, de repente, me veía obligado a examinar… pero la intriga hizo que no me entretuviera en conjeturas y que lo abriese de inmediato. Desabroché la hebilla; el gozne crujió y salió del interior un olor agrio. Dentro había dos objetos. Por un lado, envuelta en un papel basto como de estraza y atada con hilo de bramante encontré una gruesa acta notarial. Junto a ella estaba un estuche cilíndrico de cuero repujado con adornos florales. Mediría unos cuarenta centímetros de largo y tendría un palmo de grosor. Aparté el estuche y desenvolví el acta con cuidado. Los pliegos de papel estaban acartonados y, en muchas partes, cubiertos por

manchas de humedad. Me puse las gafas y ojeé su contenido. Aquello era una especie de confesión biográfica llevada a cabo por una mujer llamada Rosario Chu, alias la China. En las casi ochenta hojas escritas a dos caras de las que constaba el documento esta persona contaba sin reservas lo que había sido su vida desde su infancia en las Filipinas hasta el instante en el que estaba otorgando aquel documento, en Ceuta, en el año de 1858. El notario se limitaba a transcribir en el acta cuanto Rosario le iba diciendo, sin hacer juicios de valor o añadidos al respecto, dando solo fe de lo que oía. El documento empezaba de la siguiente manera:

> *La actuante que dice llamarse doña Rosario Chu, alias la China, declara haber nacido en las Islas Filipinas en un año ya lejano que no le es posible recordar, y ser vecina de Ceuta, calle de la Flor nº 13, donde regenta un establecimiento mercantil de mancebía, ante mí, don Mariano Jiménez Goffy, notario de esta ciudad, comparece para dejar testimonio de su paso por el mundo y de las vicisitudes que en él hubo de afrontar, lo que vengo a hacer a su requerimiento mediante la presente acta levantada de mi puño y letra ante dos testigos por la susodicha presentados.*

El acta estaba firmada por esa tal Rosario, la China, y dos personas más, un hombre llamado Juan de Dios Ramírez Pariente, viudo y tabernero de profesión, y una mujer que respondía al nombre de Juana Bambrilla Tomey, sin mención de oficio ni estado civil.

Al principio me quedé un poco perplejo. Aquel documento debía contener algún tipo de información lo suficientemente relevante como para que don Valerio lo hubiera conservado para sí, contraviniendo la normativa notarial. ¿Pero cuál? Solo había una forma de averiguarlo y era leyéndolo. Tardaría algunas horas, pero tal vez mereciese la pena. Confieso que tuve la tentación de abrir el cilindro de cuero que acompañaba al acta, pero supuse que su contenido estaría relacionado con la misma y me abstuve de hacerlo hasta no haber terminado con su lectura. Así que lo aparté de mi vista, clavé los codos en la mesa y empecé con la tarea.

Pese a lo farragoso del texto y el extremado barroquismo de sus frases, lo que en aquellos papeles se contaba enseguida reclamó mi atención. Durante casi cinco horas estuve leyendo, concentrado. Tomé notas también hasta aburrirme; de ellas me he servido para redactar la historia que el lector sostiene ahora entre sus manos. En ella no he pretendido reproducir al pie de la letra el acta notarial que, siguiendo las instrucciones de don Valerio, fue tras mi lectura destruida, ni mucho menos relatar la vida al completo de esa tal Rosario Chu, alias la China, sino tan solo referirme de una manera libre y novelesca a una de las muchas aventuras vividas en primera persona por esta sorprendente mujer. Las páginas que vienen a continuación son el humilde resultado de ese propósito.



1
LA BELLEZA DE LOS ÁNGELES

Yo vi al diablo. Fue en mi juventud. Tenía la belleza despejada de los ángeles, pero mostraba al tiempo un rostro recio que, de tan desagradable, resultaba hasta hermoso. Era como si la tersura de su cutis le hubiera abandonado de repente para dar paso a una cara repleta de arrugas, pero hermosa, sin embargo, rebosante de majestad. Recuerdo que su capa le ondeaba a la espalda agitada por el aire desapacible de la noche, y que trazaba formas caprichosas que se proyectaban a ráfagas sobre una luna mordida por la oscuridad. Yo estaba montada en el caballo, quieta, detrás de Mataperros, el jefe de la partida de guerrilleros a la que había ido a parar. Escuchaba su conversación entrecortada por el viento. Hablaban del trato que hicieran semanas atrás. Mataperros se dolía por no haberlo podido cumplir, pero argumentaba en su descargo que no había sido culpa suya y que todo era producto de una conjura, de un engaño mayúsculo que aún no alcanzaba a comprender. Le pedía explicaciones al marqués, que para mí era el mismísimo demonio. Le preguntaba que por qué le había encargado aquel asunto y lo que pretendía obtener a cambio. De alguna manera se sabía utilizado y aquello le repugnaba. Yo los escuchaba atenta, con las bridas del caballo bien agarradas, no fuese a encabritárseme con un relámpago de los que empezaban a desgarrar el cielo, sin osar tan siquiera imaginarme qué es lo que pasaría a continuación. No tenía miedo, pero una tensión desapacible me hacía respirar deprisa, con ansiedad.

Habíamos acudido a la cita que teníamos con el marqués de Lindaluz junto a las hoces del río Duratón, allá donde las peñas se encaraman las unas sobre las otras en un equilibrio prodigioso, como sujetas por nigromancia, dando la impresión de que fueran a desprenderse en cualquier instante sobre las cabezas de los viajeros que atraviesan temerosos el camino. El río discurría haciendo revueltas, y por aquella parte su saltar entre las rocas atronaba en los oídos. Sepultadas al fondo del cañón, solemnes en su deshecho mineral, se distinguían las paredes del convento de Nuestra Señora de los Ángeles de la Hoz. Las sombras minúsculas de la noche nos inquietaban a cada paso, pero nada había que temer. Mataperros no estaba aún recuperado. Las heridas que sufriera días atrás le habían tenido al borde de la muerte. Hicimos cuanto estuvo en nuestras manos para salvarle. Durante tres noches anduvo poseído por la fiebre, al límite del fin, pronunciando frases incoherentes que nosotros, antes que a los mordiscos de las balas, achacábamos al influjo del mal. Si se había salvado no era por causa de nuestros cuidados, más bien insuficientes, sino por intervención de la divina providencia. Pero ahora estaba allí, montado en su caballo, con la espalda atada a un palo que le habíamos puesto sobre la montura a modo de

armazón para que mantuviera recta la columna vertebral durante el camino. Allí estaba, presto a rendirle cuentas al marqués sobre la misión que había aceptado emprender y a pedirle de paso explicaciones sobre qué fuerzas sobrenaturales habían sido aquellas que nos condujeron al fracaso. ¿O acaso no habíamos fracasado en el encargo de arrebatarles a los franceses aquel relicario de plata y cristal en el que, según contaba la leyenda, estaba conservada una camándula cuyas cuentas habían sido hechas con las espinas de la corona de Cristo?

Mataperros buscaba respuestas a sus preguntas, pero pronto se daría cuenta de que en realidad no existían, no al menos aquellas que los seres de carne y hueso que andábamos a tiros contra el invasor francés hubiéramos deseado conocer.

Yo vi al diablo, pero tal vez no fuese él en persona, sino alguno de sus embajadores en la Tierra, íncubos enviados para propiciar el desconcierto y confundir a los hombres con las mil artimañas de la mentira. Hace ya tiempo de eso, mucho tiempo, sin duda y apenas consigo rescatar los detalles de ese pozo sin fondo que es el olvido, pero eso ya no importa. A mis muchos años la vida se observa de una manera más reposada y aquí, en Ceuta, donde hace ya sus buenos lustros que regento esta afamada mancebía, tengo tiempo de sobra para reconstruir, ora con la memoria, ora con la invención, las historias fabulosas que nos ocurrieron en la juventud. ¡Ay, Agustina, si no te hubieras muerto! ¡Cuánta compañía me hacías! Pero ya no estás conmigo y el menor esfuerzo se vuelve apoteósico. La soledad de los viejos es desapacible. Casi sin memoria y con el cuerpo ya apenas utilizable estoy en manos de esas zánganas. «¡Niñas, subidme una palangana con agua caliente para poner los pies a remojo y que se me ablanden las durezas!». Malditos años. Malditos caminos. La edad no le perdona a nadie el tributo de aliento que se le paga día a día y a mí los pies no me dejan andar del dolor que se me pone con solo apoyarlos en el suelo. ¡Ay, Agustina, qué pena que te murieras antes que yo! «Niñas, ¿es que no me estáis oyendo?». ¡Dios mío!, ¿qué diablos andarán haciendo esas gandulas? Faltan pocas horas para que caiga el sol y pronto habrá que abrir la puerta a los clientes. ¡Ay, Agustina, ya no me fío de las muchachas que tengo viviendo bajo mi techo! Las hay de todo tipo: moras, cristianas, judías y hasta orientales como yo, pero ninguna es de ley. Los tiempos han cambiado y todas van a lo suyo. No admiten sometimientos, ni atienden a mandatos. Ceuta se ha convertido en estos años de finales del siglo en un lugar sin Dios en el que los bichos vivientes campan a su antojo. Aquellos que huyen encuentran en esta ciudad su refugio. Aquí, escondidos en las madrigueras, pretenden escapar de cuanto ser humano los persiga. Se sienten a gusto y esperan sin prisas un barco que los lleve a cualquier parte del mundo, lejos de sus vidas anteriores. Esa es, cuando menos, su esperanza: encontrar nuevas oportunidades, borrar con nombres falsos ese pasado amenazador que los acecha. Mientras tanto me entran aquí de clientela y yo me las veo y me las deseo para darles lo que les gusta. Pero ya no sabes bien quién se mete en tu casa y a veces se arma jaleo. Yo, medio baldada, con los huesos doliéndome de continuo, apenas sirvo ya para mantener el orden. Un hombre

es lo que haría falta en este sitio. Un hombre recio y mal encarado como ese tabernero de ahí enfrente, Juan de Dios, que a uno que se marchaba sin pagar le quebró con el puño la calavera y todos tan contentos. La vejez es mala cosa, Agustina. ¡Qué suerte tuviste con morirte a tiempo! También tú anduviste disparándoles a los franceses para largarlos de la patria. ¡Mejor muertos que vivos! ¡Escoria todos ellos! Así acaben en ese infierno del que descreen junto a aquellos compatriotas suyos que, al pasar rezagados por el pueblo de Benjumea, terminaron metidos en el horno de cocer barro que el tío Sardinas tenía encendido día y noche para sus menesteres de alfarero. No se les ocurrió otra cosa a los soldaditos del emperador que meterse con su hija: soltarle primero procacidades y hacerle luego lindezas con el rijo subido. Pretendieron forzarla entre los cuatro, pero no lo consiguieron. Llegaron los mozos por sorpresa y los colocaron dentro del horno, vivitos y coleando, con morriones y todo. La pólvora de la munición les ardía dentro de las bolsas de cuero y parecían las chispas de los fuegos de artificio de una fiesta principal. Los gabachos pronto dejaron de gritar. Luego la carne se les quedó carbón y hubo que limpiar el horno con arena para que no oliera a hijo de perra chamuscado.

La guerra fue dura de vivir, pero qué te voy a contar yo a ti, Agustina, que también penaste lo tuyo en el sitio de Zaragoza, pegando cañonazos a troche y moche contra la morralla de franceses que querían tomar la plaza. ¡Pobre Agustina! La guerra saca lo más extraordinario de los valientes, pero también lo más miserable de los cobardes. Es así, qué le vamos a hacer. Siempre ha sido lo mismo. Peor fue después, cuando regresó el rey tuercebotas a reponer sus derechos divinos y sus privilegios dinásticos y su inquisición de pura mierda. El pueblo había luchado por él contra Napoleón. El pueblo de España amaba a su rey, prisionero en Bayona, comiendo de la mano del emperador como los cerdos comen berzas y, luego de la guerra, tuvieron rey Fernando para largo. Eso era, después de todo, lo que pretendía el marqués de Lindaluz: reinstaurar la tradición, los abolengos, los privilegios de los nobles y la preeminencia de la iglesia. ¿O no es así?

«Niñas, ¿dónde demonios os habéis metido? Subidme una palangana de agua caliente, que va a haber pronto que abrir y tengo aún que lijarme las asperezas con piedra pómez». A ver si hoy no se monta ninguna trifulca con los clientes, que luego me las muelen a palos y acaban todas moradas de cardenales que les desmerecen los pocos encantos que Dios les dio. ¡Vaya atajo de hurgamanderas que tengo a mi recaudo! Más les valiera haber nacido moscas.

Yo nací en la *patria hispana*, como la llamaban los servilones que ayudaron al rey Fernando a perseguir a los liberales que se habían juntado en Cádiz para organizar una constitución en contra de sus privilegios monárquicos. Yo nací en la patria, pero al otro lado del mar, en las colonias de Filipinas, en un lugar al este de Mindanao llamado Zamboaga. Mi nombre es Rosario, pero aquí todos me dicen la China. Acabé en la península por mero azar, pues iba yo destinada a México en el galeón de Acapulco que salía de Manila cada cuatro meses, repleto de esclavos y mercancías

valiosas. Hacíamos la travesía metidos en la sentina, como coque, cuando en mitad del océano a un cañonero inglés le dio por perseguirnos. Pidió que nos rindiéramos, pero el capitán del galeón intentó zafarse entre la bruma durante la noche. De nada le valió la maniobra y el cañonero nos abatió sin contemplaciones. Dos brechas abiertas en la línea de flotación bastaron para mandarnos al infierno. El galeón se puso a arder y yo me eché al agua antes de que el barco se fuese a pique. Nadé y me aferré a un barril de salazones. Una chalupa de los británicos me recogió, moribunda, al amanecer. Quería agua: la sed me abrasaba por dentro. Las gotas de agua dulce cayeron a mis labios de la cantimplora de un marinero y reviví. Me salvaron la vida y, en cierto modo, me devolvieron la libertad. Benditos ingleses hijos de puta. No tuve tiempo bastante para agradecérselo.

Apenas recuerdo detalles de mi infancia: unos tilos en flor, el vapor grasiento del cerdo hervido, las caricias de mi madre al acostarme en una cunita de paja, pero todo aquello pasó pronto. Mataron a mis padres unos bandidos tagalos y a mí me tomaron de esclava. Me hice mujer pronto, a su costa, los pocos meses que conviví en su compañía soportando desmanes y, cuando ya se hartaron, después de abusar de mí a su antojo, me vendieron a los traficantes holandeses del puerto de Manila. Me compró un comerciante que hacía tratos con las Américas, un hombre despreciable apodado van Kuijk el Trajinero, al que faltaba el labio superior: se lo habían tajado en una riña y no tenía por boca más que un gurruño cosido bajo la nariz que le hacía asomar el arranque de los dientes. Apestaba a cebolla y a pescado podrido. Iría destinada al Nuevo Mundo. Allí aseguraban que manaba leche de los árboles y que el clima era propicio para el placer. Esperé en un burdel regentado por una mujer muy resabiada a la que decían la Ester Ling que, nada más verme, me palpó el culo sin pudor. «¡Con eso tan escaso mal vas a ganarte la vida, muchacha!», me dijo echándome a la cara el humo tosco de una tagarnina. Aquella mujer tenía los pies más feos que jamás he contemplado, anchos y membranosos, como de pato, solo que con los dedos a modo de garras y acabados en uñas afiladas que ella muy a su gusto se dejaba crecer. Me ingresaron con otras, a la fuerza, a la espera de la partida del siguiente barco. Allí me enseñaron a palos todas las formas de la sumisión: aprendí a fingir virginidad, a dar placer a toda costa, a asentir a los deseos peregrinos y a tratar los vicios de los hombres de la manera más dócil y eficaz. Las putas viejas que en el burdel se apoltronaban desdeñaban a las jóvenes y nos pegaban y humillaban siempre que podían. Había una en concreto, a la que decían la Petra Luzón, que tenía ideas asquerosas. A una muchacha la echó por la cabeza, mientras dormía, un orinal repleto de excrementos. Le hizo mucha gracia a la Petra Luzón verla así, empapada con el producto de sus tripas y no paró de reír en diez minutos, que por poco se atraganta de la risa. Desde aquel día nos turnábamos las jóvenes para vigilar que las viejas no nos hicieran perrerías. Las costumbres varían con las latitudes: lo que para unos es delicado para los otros es insulso, y lo que para estos es sublime para aquellos es pecado y aberración y descarrío. Cuando van Kuijk el Trajinero, aparecía por la casa

en la que nos tenía encerradas para calibrar el estado de su mercancía, todas nos echábamos a temblar solo temiendo que le entrasen las ganas de entretenerse con alguna de nosotras. Pronto se nos pasó la preocupación, pues enseguida nos dimos cuenta de que aquel hombre siniestro gustaba de apetitos parejos con su mismo sexo. Pero una noche el holandés se presentó en el burdel acompañado de un puñado de marineros borrachos. Les dijo que escogiesen a las que más les apeteciera y que se las llevaran a los cuartos. Aquella era la parte en especie del precio que había pactado con el capitán del galeón de Acapulco para nuestro pasaje. Estuvimos trajinando hasta el amanecer. A mí me tocó con uno desgarbado, ahíto de ron, que no hizo más que lloriquear y babear mientras hablaba de una mujer que había dejado en el puerto de Liverpool. Me dio pena aquel hombre, pero ni consolarle pude porque de la tajada que llevaba cayó desmayado en cuanto le desanudé el calzón. Un poco antes del amanecer nos sacaron de las habitaciones deprisa y corriendo y nos llevaron hasta el puerto montadas en un carro. Allí esperaba el galeón dispuesto para zarpar con la primera marea. Nunca he visto nada tan descorazonador: un espléndido montón de maderas crujiendo. No pensé que tamaño cascarón fuera a aguantar una travesía ni de las de andar por casa. Navegamos, sin embargo, durante varias semanas en dirección noroeste. No teníamos una idea clara de dónde estaba México ni sabíamos si allí la vida nos vendría mejor. Las otras soñaban con un Nuevo Mundo. Decían que México era un lugar idílico en el que podrían vivir a gusto. Yo solo pretendía recuperar mi libertad, pero la verdad es que allí, encerradas como estábamos en una sentina de la popa, mal ventilada y atufada por los vómitos que provocaban en nosotras los vaivenes del oleaje, poca esperanza de libertad podía caber. A mitad de travesía comenzó a perseguirnos el cañonero inglés. La armada inglesa vigilaba los mares para limpiarlos de intereses franceses. Cualquier atisbo de intendencia que pudiera beneficiarlos debía ser destruido en alta mar. Si Napoleón estaba expandiendo su imperio por tierra firme, el mar era aún patrimonio de los ingleses y no estaban dispuestos a dejárselo arrebatar. Sabían que sin el recurso de los puertos Napoleón acabaría sin suministros, estrangulado. Con el primero de los cañonazos los marineros se jalearon y empezaron a dar gritos, como si fuesen monos acosados en mitad de una selva de agua salada. Los oíamos correr por la cubierta, desplegar las velas, tensar las jarcias para que el viento las soplase fuerte y poner así distancia con nuestros perseguidores, pero no sopló lo suficiente y al cabo de día y medio, al ir cayendo ya la tarde sobre las crestas del mar, el cañonero se dispuso a atacarnos de verdad. El galeón era viejo e iba mal armado, así que con los tres primeros cañonazos quedó desarbolado y sin control. Los ingleses no midieron bien sus fuerzas y siguieron disparando hasta hundirlo. Al principio creímos que solo pretenderían saquear la carga, pero enseguida nos dimos cuenta que el galeón hacía aguas por todas partes: nos estábamos yendo a pique. El pánico cundió entre las muchachas y todas empezamos a gritar para que nos sacaran de allí, pero nadie parecía hacernos caso. Como pudimos, forzamos la puerta de la sentina ayudadas de un cañonazo que

reventó la contraquilla y salimos a cubierta. La noche estaba llena de luna, por lo que se veía la muerte más de cerca. De escorados que andábamos parecía que íbamos a caer derechos en sus fauces. El barco ardía por la popa y los marineros, desconcertados, iban y venían por todas partes siguiendo las órdenes contradictorias de sus oficiales, todas inútiles ante tamaña destrucción. Mientras me dirigía a proa, donde las lenguas de las olas ya lamían los tablones de la cubierta, contemplé, tirado en el suelo, al marinero que anduviera lloriqueando a mi lado la noche en que partimos. Tenía las tripas fuera, agarradas con sus manos, y pedía agua mientras agonizaba. Perdí los nervios, no sabía qué hacer. Todo era a mi alrededor confusión y catástrofe. Un golpe de mar hizo crujir el barco y caí al suelo. Recuerdo que me deslicé en la cuesta abajo y que choqué con una maroma. Abrí los ojos un instante, pero otra ola me barrió de la cubierta. El agua me espabiló y, entre buches de mar y arcadas provocadas por el ahogo, nadé como pude hasta unas tablas del casco reventado. Pateé entre las olas para apartarme de aquel destrozo; después, me así a un barril de salazones partido en dos. Agarrada a él avanzaba lentamente entre el oleaje. No sé cuánto tiempo estuve dando patadas al agua, intentando avanzar rumbo a ninguna parte. Las fuerzas me flaqueaban, la mar fría agarrotaba mis piernas, pero la necesidad de la supervivencia me impelía a seguir. Miré al cielo: la noche estaba hermosa y la luna había subido a lo más alto del firmamento. A lo lejos, las llamas del galeón ardiendo clareaban el desastre. No pude más y dejé de nadar. Apoyé el estómago contra la madera y así, flotando, me dejé llevar de un sitio a otro, rendida ya a los caprichos de las olas. Cuando abrí los ojos era de día. Oí unas voces detrás de mí: una chalupa inglesa andaba recogiendo a los pocos supervivientes que flotaban entre las olas. Me subieron entre dos hombres y me dieron un poco de agua; estaba tiritando, pero no tenía miedo: de momento, había salvado la vida.

Los marineros ingleses no me trataron mal del todo. Tuve suerte. Un oficial me preguntó mi nombre y lo que hacía en el galeón. Yo, por señas, le expliqué mi condición de mercancía. Le puse ojos llorosos. Puede que se apiadaran de mí o que no me dieran más valor que el que se da a una pertenencia a la deriva hallada tras un naufragio. El caso es que me dieron ropa seca, me alimentaron decentemente y, a los dos o tres días, después de haber recuperado las fuerzas, me mandaron a la cocina del barco a trabajar de pinche. A uno de los cocineros, un escocés pelirrojo y lampiño llamado McKinkey, le caí en gracia y se empeñaba en darme a escondidas sorbos de aceite de hígado de bacalao. Decía que necesitaba purgarme las tripas porque parecía un pez escuálido y el rancho no me alimentaba lo suficiente. Me llamaba *boquerón* y era amable conmigo, todo lo amable que se puede ser en un barco de guerra hasta arriba de marineros rudos y fornidos, acostumbrados a una vida disciplinada, austera y sin más concesiones que las de rigor, o sea ninguna. A los pocos días recuperé mi tono vital. La juventud obra milagros en los cuerpos y mi belleza había florecido ostensiblemente con el viento saludable del Pacífico, lo cual me devolvió la confianza en ese futuro aún incierto que me aguardaba. McKinkey sabía unas cuantas palabras

de ese español pastoso del Caribe y los dos nos fuimos entendiendo lo mejor que pudimos. Al poco tiempo de estar a su lado empecé a chapurrear el inglés y nuestras conversaciones fueron ganando alcance informativo. Me contó que volvían a la patria, a Inglaterra, después de treinta y siete meses de navegación por el Pacífico a la caza de buques franceses. El almirantazgo británico quería reforzar la flota del Atlántico ante la ofensiva que estaba llevando a cabo Napoleón en Europa. Durante los meses que anduve en el cañonero jamás le pregunté a nadie por mi destino y evité en todo momento plantearme cómo habría de ser mi vida una vez llegados a Inglaterra. Durante la travesía ni uno solo de los oficiales ni ningún marinero hizo mención a mi condición de esclava. Me dejaron hacer, me respetaron y ni de lejos fui sometida a vejación alguna de la carne. La vida en el cañonero era marcial y ajetreada. Todo estaba ordenado, pesado, medido, regulado… lo cual no quitaba para que, en algunos momentos del día, gozara de cierto asueto. McKinkey me puso bajo su protección y mi compañía le iba aliviando su rutina. Me contaba historias de su tierra cuando se ponía melancólico y yo le escuchaba con interés, imaginándome aquel mundo de brumas y prados teñidos de verde hasta el horizonte que describía en sus disertaciones.

Atravesamos el Pacífico sin ningún incidente de relevancia. En las proximidades de las islas Pitcairn nos cruzamos con un buque pirata que, advertido de nuestra presencia, se dio a la fuga. En esta isla me contaron que fueron a refugiarse los tripulantes sublevados del navío H. M. S. Bounty, con un tal John Adams a la cabeza. Ningún marinero quería acercarse por allí. Decían que practicaban el canibalismo y la poligamia. Repostamos víveres y agua potable en la isla de Gomes, llamada así en honor de su descubridor, un marinero portugués de dudosa reputación que estableció allí un floreciente mercado de esclavos. No llegamos a pisar el puerto: las provisiones nos las trajeron los nativos en grandes barcazas y las subieron a bordo mediante garruchas. Los marineros les jaleaban desde la cubierta, felices de ver, aunque fuese de lejos, rostros distintos. Seguimos nuestra ruta doblando el continente americano por el cabo de Hornos, el estrecho de las tormentas que tanto imponía atravesar a los marineros y del que tantas y tantas leyendas sobre naufragios y apariciones de barcos misteriosos flotando entre la bruma se contaban a bordo. El paisaje de aquel lugar remoto de la tierra jamás se me borrará de la memoria. El mar sacude grueso los lomos del barco en un ajetreo incesante de olas embravecidas y el viento parece peinar los cuerpos con púas salpicadas de sal marina, duras como el diamante. El aire duele al inhalarse y el cielo parece ir a desplomar su belleza de hierro. Contuvimos la respiración y lo surcamos sin percances. Ya en el océano Atlántico, pusimos rumbo al continente europeo sin hacer casi escalas hasta llegar a Cabo Verde. Conforme se aproximaba la llegada, mi inquietud se iba haciendo más palpable. Una noche le pregunté a McKinkey qué iban a hacer conmigo cuando llegáramos a tierra. «*Don't know*…», me respondió agachando la cabeza. Luego calló, pero su silencio cabizbajo no auguraba nada esperanzador.

A mediados del mes de mayo avistamos, por fin, las costas del sur de Europa. Al parecer nos dirigíamos a la plaza de Gibraltar, donde se recibirían órdenes precisas del almirantazgo británico. La marinería estaba nerviosa: hartos ya todos de no pisar tierra firme durante meses y deseosos de tocar puerto para desfogarse, no hacían más que poner sonrisas estúpidas, como si sus vidas hubieran adquirido sentido de repente y el desembarco les fuese a liberar de su servidumbre de sangre con la armada. Solo algunos sospechaban que, tras la calma del asueto, volverían las tempestades de la guerra. Muchos de ellos no sobrevivirían para contarlo y, los más afortunados, volverían a sus casas mutilados: sin brazos, sin piernas, tuertos de odio, con el alma agujereada por el desánimo y el horror de la lucha contra el francés.

Ya cercanos al destino, una noche, al asomar el cielo su primera estrella, McKinkey se acercó a mí. «Mira, boquerón: aquella que ves allí es la costa de Cádiz. Dentro de poco llegaremos a Gibraltar y ya no podré hacerme cargo de tu suerte. El almirante te entregará a las autoridades de la plaza y lo que hagan allí contigo mucho me temo que no vaya a ser de tu agrado. Tu fortaleza es poca y tu belleza mucha. Los hombres son perversos por naturaleza y las muchachas como tú sois golosinas. Eres muy joven y no debes permitir que te traten como si fueras un guiñapo. Sigue mi consejo: no dejes que nadie te gobierne la voluntad y procura ser feliz. La felicidad es lo único que cuenta con los años y eso te lo dice un marinero que se ha pasado la vida de puerto en puerto. La playa está cerca: si saltas ahora al agua la podrás alcanzar a nado. Huye de aquí, escapa del sino que te aguarda y deja que los vientos de la buena fortuna te soplen benignos. Anda, salta, yo lanzaré al mar este saco de desperdicios y nadie se dará cuenta de que caes tú con él. Nada con todas tus fuerzas hasta la costa y te salvarás. Serás un boquerón que escapa de las redes». McKinkey apretó sus labios contra mi mejilla y me dio un abrazo conmovido. Ignoro los sentimientos verdaderos que aquel hombre tenía hacia mí. No sé por qué hizo aquello por alguien como yo, que no valía ni su peso en sorgo. Lo cierto es que me había acostumbrado a él, a sus silencios, a sus meditaciones, a sus melancolías incurables. Ahora me aconsejaba con sensatez y seguir su recomendación era la única opción razonable que tenía en aquel momento. Le di las gracias e hice lo que me dijo. El agua, aunque fría, me despejó el temor y reforzó mi resolución de ponerme a salvo. No sabía lo que me depararía la tierra firme, pero cualquier posibilidad sería, sin duda, más llevadera que las lindezas que había sufrido en el pasado. Nadé con todas mis fuerzas, empujada por la necesidad de sobrevivir. Las luces del cañonero se fueron perdiendo a lo lejos. Nadé sin parar hasta la extenuación, bajo un cielo cuajado de estrellas, hasta que la noche me engulló. El mar estaba en calma y sentía de vez en cuando a los peces nadar en torno a mí, como si anduvieran al acecho de mi carne. Tuve miedo, pero seguí adelante. No sé cuánto tiempo estuve en el agua, pero poco a poco empecé a ver los contornos de una costa perfilada por la luna. Oí graznidos de pájaros y aquello me dio fuerzas para no abandonarme a la suerte de las olas y continuar nadando hasta lograr mi objetivo. Cuando, por fin, mis pies acariciaron un fondo de arena, me eché a

llorar. Anduve unos metros, mirando a todas partes, desorientada, confundida. Nada se veía a mi alrededor salvo la opacidad de un cielo diferente, esta vez acaso protector. Miré hacia atrás, temiendo de repente que una chalupa del cañonero me hubiera perseguido al descubrirse en el barco mi huida, pero nada había allí salvo el mar inmenso que tuve que atravesar. Subí unas dunas y me hinqué de rodillas junto a unos matorrales. Estaba exhausta y caí de bruces, vencida por el sueño. Perdí las fuerzas y me dormí.

Ya bien alto el sol al día siguiente, unos pescadores me encontraron acurrucada sobre la arena. Zarandearon mi cuerpo y me despertaron poniéndome unas gotas de agua dulce en los labios. Sus rostros curtidos verde oliva, tan diferentes a los que había estado acostumbrada en los últimos meses, rubicundos y apenas barbados, me sorprendieron al abrir los ojos. Les intenté explicar que andaba extraviada y que necesitaba ayuda, omitiendo en todo momento las causas de mi presencia en aquel lugar, pero las palabras me salían aturulladas de la boca y caían extrañas en sus oídos, lo mismo que los graznidos de los patos silvestres que por allí chapoteaban. Me dieron de comer un poco de queso y un mendrugo de pan mojado en vino. Después me dijeron que los acompañara. Yo los seguí sin abrir la boca, encomendándome a mi suerte. Me subieron a un carro uncido a un burro y emprendimos el camino. Ignoraba lo que me esperaría a continuación, pero estaba viva y era libre, así que sonreí.

¡Ay, Agustina, lo que te echo de menos! ¡Qué va a ser de mí sin ti, con todas estas golfas haciendo de su capa un sayo! «¿Queréis subirme de una vez la palangana para que me rebane las durezas? A ver, si no, quién se va a pasar de pie la noche cobrando los cuartos a los clientes, ¿o es que pretendéis que fíe el joder?». Tú sí que sabías poner a las niñas en su sitio, que bastaba una voz tuya para que todas acudiesen al instante. Pobre Agustina, que sola me dejaste. Las dos sufrimos lo nuestro en este mundo. Pero ¡qué leches!, no voy a ponerme ahora gazmoña. ¡También disfrutamos de lo lindo tomando del presente cuanto nos venía en gana y clavando en nuestras presas las garras de la juventud! A los hombres hay que darles los palos que demanda su naturaleza animal y, si son franceses, con mayor motivo. También hubo hueco para el amor, desde luego, pero los arrumacos y los melindres con los años te vas dando cuenta de que son bobadas. Las dos hicimos cuanto nos vino en gana. Hombre que queríamos, hombre que teníamos. El precio a pagar era otra cosa. Nada es de balde en esta vida, y a veces no hubo más remedio que empeñar el corazón para poder sobrevivir. De todo nos llamaron: putas, golfas, haraganas… nos hartamos de tener la honra por los suelos. ¿Pero qué es la honra, Agustina? Al fin y al cabo, tú y yo éramos mejores que muchas de esas señoronas pingorotudas y temerosas de Dios que, con una mano, sacan tajada de la desgracia ajena y, con otra, dan de limosna a las puertas de la iglesia la calderilla que escatiman sus maridos en el burdel. ¡Si yo contara! Las verdades más puercas de muchos hombres principales saldrían a relucir flotando entre excrementos y el juicio que de ellos tiene la historia cambiaría para siempre. Pero la mentira es lo que tiene, y lo que pervive en la memoria de las gentes

es lo que la intención de unos pocos poderosos hegemoniza. Al final queda el runrún y nada más. Palabras mentirosas que el viento pule y, si acaso, una lápida grabada de encargo con un epitafio rimbombante. Si no, que se lo pregunten a todos los que el dos de mayo salieron a la calles de Madrid a darles matarile a los gabachos: *El pueblo alzado contra las tropas invasoras dio su sangre por la libertad de la patria*. Me río yo de la libertad de la patria. Unos pobres desgraciados que no tenían donde caerse muertos fueron los que llevaron a cabo la revuelta. Sus cadáveres inútiles se amontonarían unos con otros en la fosa común del cementerio de San Isidro. Ni las ratas los royeron de tan hechos piltrafa como los dejaron. Los que de verdad provocaron la estampida de cólera —los burgueses, los masones, los amigos del príncipe de Asturias que instigaron la agitación— no salieron de sus casonas ni asomaron el pescuezo por los balcones de sus palacetes. Tiraron la piedra y escondieron la mano. Se quedaron aguardando los acontecimientos, bien protegidos por el anonimato y la doblez. No hay más que ver el censo de cadáveres que se levantaron a los pocos días: desocupados, vagabundos, ladrones, rateros de poca monta, porteras, prostitutas, costureras, campesinos venidos de los pueblos de los alrededores para vender cuatro nabos y tres tomates en el mercado del domingo. Todos azuzados por una conspiración que les excedía, todos engañados creyendo haber encontrado en el cuchillo manchado de sangre un motivo por el que reconciliarse con sus vidas miserables. Muchos de ellos las perdieron en la refriega y otros tantos más fueron fusilados por los franceses en los paredones del Retiro y en los desmontes de la Moncloa. Ese pintor afrancesado que era Goya tuvo, por lo menos, la decencia de dejar retratada la escabechina para que la posteridad pudiera hacerse un juicio, pero la pura verdad es que ninguno de los que los empujaron a hacerse con las armas salió luego a defenderlos de la muerte en el paredón. Menuda carnicería que montó ese arrogante e hijo de puta y perfumado de vanidad que era el duque de Berg. ¡Gran Duque y Mariscal de Francia, nada menos! ¡Valiente presuntuoso! ¡Pretendía el iluso llegar a rey de España! Napoleón puso a su hermano en el trono y a él le dio con el plato en las narices. Yo no estaba en Madrid el día de la revuelta, pero a Sanlúcar de Barrameda llegaron pronto las noticias de cuanto estaba sucediendo. El orgullo se inflamó en los pechos de los patriotas y el pánico cundió en los que tenían un pellejo que salvar. Ahí justo empieza la historia que pretendo contar ahora, esa cuyo final apoteósico, por esos sarcasmos del destino, acabo hace nada de conocer. Ya ves tú, Agustina, toda la vida creyendo en algo para que al cabo de los años se te trastoque por culpa de la verdad. ¡Maldito Lindaluz!, ¡así se queme en las hogueras del infierno el muy cabrón!

Serían las cuatro de la tarde. Estábamos sentados en el saloncito del invernadero, tomado el café de después de comer, *mister* Bambridge, su mujer María Fernanda, su hija Blanquita y yo cuando, de repente, entró el bodeguero Martínez, agitado y

sudoroso, y se puso a contarnos que la rebelión había estallado en Madrid, que el pueblo se había levantado en armas contra el ejército de Murat y que la soflama había calado en Móstoles, en Aranjuez, en Fuentidueña y en muchos sitios más; la gente se estaba alzando contra la autoridad tirana de Napoleón. A *mister* Bambridge, o don Bambridge como yo le decía, se le puso la piel de gallina. Era un petimetre timorato, casado por conveniencia con la hija remilgada de un terrateniente cortijero al que unos gitanos habían matado en una reyerta a navajazos por extraños asuntos de faldas. Las revueltas no eran buenas para los intereses de don Bambridge: sus bodegas de Jerez y, sobre todo, sus cuantiosas exportaciones se verían amenazadas con un país en llamas. Poseía el amo la explotación de un puñado de las mejores bodegas de Andalucía. El comercio con Inglaterra era un negocio próspero y le proporcionaba suculentos beneficios que él no estaba dispuesto a dejarse arrebatar por la turbamulta:

—Si las revueltas se extienden hasta aquí el gentío arramplará con todo. Tenemos que ver la manera de proteger nuestra hacienda, María Fernanda. Hablaré con el alcalde. Él es amigo personal del embajador Savigny y sabrá entenderse con los franceses. Le dejaré en fideicomiso las bodegas y nosotros nos marcharemos de aquí antes de que la situación vaya a peor. Esperaremos a que todo se tranquilice. Mis negocios quedarán a salvo y nuestras propiedades protegidas. El alcalde es hombre influyente. A él le respetarán.

—¡Esto es una debacle! ¡Esto es el fin del mundo! ¡Esto no puede ser verdad! —empezó a gritar María Fernanda mientras agitaba el abanico para aliviarse el sofoco. Tenía la cara congestionada y los goterones de sudor le resbalaban por la frente.

—Tú no te preocupes, mujer. Nos marcharemos a Inglaterra y aguardaremos allí a que toda esta locura termine.

—¡Ay, Dios mío! ¿Pero cómo nos vamos a ir así, deprisa y corriendo? Hay que rezar un rosario para que la revolución no llegue a Andalucía. Eso es lo que hay que hacer. Tú, Blanquita, y tú también, Rosario, coged vuestros rosarios y a rezar.

Don Bambridge organizó la huida. Nos refugiaríamos en la casa de su familia en Hampton Court, cerca de Londres. Habríamos podido embarcar en algún puerto de Andalucía, pero don Bambridge juzgó más prudente atravesar España de incógnito y embarcar en Bilbao. Pese al éxito tenido contra la armada francesa en la batalla de Trafalgar, las aguas del estrecho no eran seguras para nadie. Hacía tiempo que los barriles de Jerez destinados al mercado inglés no se embarcaban en Cádiz, sino que atravesaban la península hacia los puertos del norte. Además, don Bambridge tenía que hacer líquidos en Segovia unos pagarés que le vencían, así que aprovecharía la ocasión para cobrarlos. Allí descansaríamos unos días instalados en el palacete de una prima de su mujer. Después continuaríamos el viaje por Soria, Logroño, Vitoria y desde allí hasta Bilbao, en donde nos embarcaríamos rumbo a Portsmouth. Llevaríamos un salvoconducto y nadie incomodaría a un caballero que viaja junto a su familia. Además, con algo de dinero cualquier problema se soluciona. No había

por qué preocuparse. Todo habría de salir bien.

Don Bambridge era dueño de uno de los negocios más prósperos de Andalucía. Proveía de jerez a la aristocracia británica. Tenía en sus manos la distribución de lo mejor de la producción local. A su palacio me llevaron los pescadores que me encontraron en la playa tras huir del cañonero inglés. Nunca habían visto a una mujer con rasgos orientales y supusieron que si se la entregaban a don Bambridge les daría un buen aguinaldo. No se equivocaron. Por muy oscura que sea la noche, a los cerdos se les reconoce por el olor. Don Bambridge, al verme envuelta en el mantón con el que los pescadores me cubrieron, se descompuso de ganas de poseerme. Aquel era un regalo que le hacía la providencia y que no podía dejar de aprovechar. «¿Dónde habéis encontrado esta perla de muchacha?». Les dio unas pocas perras a los pescadores y a mí me tomó a su cuidado. Me vistió, me alimentó, me educó y me enseñó a hablar el inglés y el francés con corrección durante el par de años que me tuvo bajo su custodia. Yo, lavada, peinada y agradecida, le obedecí con sumisión. ¿Qué otra cosa mejor podía hacer? También aprendí el español de Andalucía, tan distinto en tonos y matices a ese mío selvático de Filipinas. Lo perfeccioné con las criadas, con los pillos limosneros que cada domingo mendigaban a las puertas de las iglesias —a las que acudía junto a la señora María Fernanda y su hija Blanquita—, con los arrieros, con los mozos que venían a por las botas de Jerez y las montaban en carros para llevárselas a embarcar, con las gitanas de los caminos —esas reviejas mal encaradas que echaban la buenaventura con desparpajo y leían el porvenir según el tamaño de la moneda que se les diera—. De nada me arrepiento de aquellos días. ¿Cómo habría de arrepentirme si fueron los de mi juventud? Además, todo sirve en esta vida si se sabe digerir con indulgencia. Fueron dos años de intenso aprendizaje de la idiosincrasia y las costumbres de aquella tierra lejana a la que había ido a parar, una tierra salpicada de mendigos altaneros y de beatas histéricas, de curas chanchulleros, de vinazo, de jolgorio improvisado y de llanto plañidero arrastrado por las calles en procesión. «¡Las Españas!» le decían a aquel guirigay bajo el sol. Y yo, que también había nacido en las Españas, pero en las de allende los mares, enseguida me percaté de que la gente con la que ahora me desenvolvía nada tenía que ver con la que había conocido de niña, más mísera si cabe, pero más inocente de corazón. Para mal o para bien aprendí en Andalucía a sobrevivir como una señorita por el día y a comportarme como una furcia por las noches en el revoltijo de las sábanas, promoviendo la lujuria de don Bambridge hasta dejarle exhausto de goce y satisfacción.

¡Hay que ver lo deprisa que se pasa la vida, Agustina! Yo era aún muy joven por aquel entonces y, pese a ya llevar mucho trajín cargado a mis espaldas, aquella apariencia de estabilidad sirvió para asentar mis juicios, afinar mis criterios y abrir mis pensamientos a la realidad variopinta del mundo. Podría decirse que yo era una mocosa muy maleada por la suerte que, de la noche a la mañana, había sido transformada en una señorita de compañía refinada, resoluta y sobre todo sabedora de

poseer una belleza que a los hombres sobrecogía hasta el punto de echarse a temblar de miedo o de admiración. Me tenías que haber visto hacer entonces, Agustina. Nada masculino se me resistía y todos babeaban al verme pasar. Aprendí mucho con aquel don Bambridge y, como no solo de carne vive el hombre, también hice porque me sufragara la educación. Los mismos maestros que enseñaban filosofías y latines a Blanquita, me dieron a mí las clases. Juntas asistíamos a las lecciones y aprendíamos geografía, cálculo, historia y buenos modales. La pobre Blanquita, que era más bien tirando a lela, se pasaba el día pensando en las musarañas y no hacía más que anhelar la fecha en que, según estaba acordado, habría de casarse con su prometido británico, un primo carnal, aristócrata como ella, que residía en Londres y al que no había visto más que en un retrato en miniatura que le proporcionaron. Blanquita suspiraba y suspiraba, padeciendo el mal del mes con angustia exagerada y grandes dolores de tripa que la postraban en cama día y noche, haciendo de su estado un espectáculo histriónico muy comentado por los criados de la casa. «Juana, prepara una infusión de boldo para la niña que ya anda con la regla». ¡Vaya melindre que ha salido! Ya verás cuando la toque parir.

Yo, mientras tanto, aprovechaba los conocimientos que nos enseñaban los maestros y me iba haciendo una composición del mundo, del norte y del sur, del oriente y del occidente. Mis ansias de aprendizaje solo eran calmadas con lecciones y con lecturas de libros de autores clásicos y con preguntas sobre preguntas, muchas de las cuales aquellos profesores pazguatos y redichos ni de lejos sabían responder.

—Si el poder de los reyes dimana de Dios, ¿por qué se perpetúan las injusticias en el mundo? ¿Acaso Dios desea la esclavitud de los seres hechos a su imagen y semejanza? ¿O son los reyes, que no le hacen caso?

—Hay cuestiones intrincadas que escapan a los conocimientos de los hombres, Rosario. Tú, sé buena y reza mucho a la Virgen de la Soledad para que algún día te haga comprender los misterios del Señor y, mientras tanto, no pienses en cosas que no te corresponde a ti pensar. Tú, da las gracias a la Virgen por el favor que te ha hecho de ponerte a recaudo de esta familia de buenos cristianos que, aunque el señor Bambridge sea protestante, los que protestan también temen a Dios.

Pero no todo era entretenimiento, aprendizaje y bienestar material. Durante los dos años que pasé bajo la tutela de don Bambridge, tuve que rendirle como he dicho el tributo de mi cuerpo. Se presentaba por las noches en mi cuarto y se acercaba de puntillas a mi cama mientras yo fingía dormir. Me acariciaba, me besaba, deslizaba muy despacio el camisón que me cubría y, una vez desnuda, no paraba de restregar su lengua por mi piel. Yo, sabedora de la debilidad de mi circunstancia, me dejaba hacer a su antojo y le satisfacía con porquerías que ni aun a él se le hubieran ocurrido jamás. Le complacía en cuanto deseaba, pero en el fondo sentía un asco infinito por aquel hombre delgado e inglés. Para no caer en el desprecio de mí misma, me hacía a la idea de que era yo quien, poniendo mi cuerpo, me ganaba la manutención: un trabajo como otro cualquiera que realizaba por propia voluntad. Don Bambridge se

desfogaba conmigo y, acto seguido, se volvía a su cuarto, siempre con la misma admonición: «Ni se te ocurra contarle nada a mi mujer. Ella no debe enterarse jamás de este entretenimiento nuestro. La pobre está enferma de melancolía, su corazón es débil y no podría resistir ningún disgusto. No es más que una pobre desdichada».

Sí, una pobre desdichada, y aquel pisaverde su principal desdicha. Y así noche tras noche, día tras día el olor acrimonioso de don Bambridge se entremezclaba con mi sudor. Ese era el precio que tenía que pagar por aquella vida confortable que disfrutaba, la cual, por otra parte, yo intuía provisional.

Nada parecía ir a ocurrir en Andalucía, sin embargo. Era aquel un mundo inmóvil que se recocía en el caldo amontillado de las tradiciones, una sociedad estamental, antigua y fea que deseaba permanecer idéntica a sí misma por los siglos de los siglos, amén. A mi alrededor, la vida dura de los aparceros, de los pescadores, de los campesinos evidenciaba los privilegios de los que disfrutábamos unos pocos afortunados que andábamos por allí a nuestras anchas, como viviendo en el Jardín del Edén. Los principales, los nobles, los terratenientes, los ricos, creían que toda aquella gente a su servicio la había puesto Dios aposta y que aquel orden divino no era más que la antesala del reino de los cielos. A veces oíamos misa en el cortijo. Don Luciano, un cura seboso y bizco que se había granjeado la confianza beatona de doña María Fernanda, venía a oficiarla desde Chipiona. Don Bambridge, pese a pecar de protestante, solía asistir también y allí, en el silencio atufado de los reclinatorios, intercambiábamos miradas cómplices sudados aún de por la noche, delante de un Cristo crucificado con avaricia que colgaba barroco de la pared.

Los criados pronto se percataron de la afición que el amo tenía en ir por las noches a mi cuarto. Aquella circunstancia, junto con lo extraño para ellos de mis rasgos orientales, contribuyó a que no me consideraran de los suyos, rechazasen discretamente mi compañía y eludieran intercambiar conmigo confidencias que acaso les pudieran comprometer. Tenían bien aprendido cuál era su sitio en este mundo y ni de lejos despotricaban contra aquel orden establecido que les desconsideraba sin conmiseración. La indiferencia con la que todos empezaron a tratarme me hacía sentir a veces triste, pero poco a poco me acostumbré y aprendí a desenvolverme en el desdén. Me hice invisible a la cotidianeidad de las vidas de todos los menestrales, sirvientas y mandados que zumbaban por el cortijo y así, desde la distancia de mi silencio, me entretenía observándolos como el que mira faenar a las abejas de una colmena, aguardando el momento idóneo para extraer la miel. Si les hablaba, bajaban la cabeza; si les mandaba, me obedecían sin rechistar, y lo más divertido era lo deprisa que se echaban a temblar.

—Esas rosquillas de limón bañadas de azúcar, ¿de dónde las traéis, que saben a rancio?

—Del convento de la Encarnación, señorita, perdóneme usted. —Y se compungía la cocinera como si la fueran a matar.

Las únicas que en aquel cortijo parecían no enterarse de las costumbres nocturnas

de don Bambridge eran su mujer y su hija. Una vez María Fernanda llamó, muy entrada ya la noche, a la puerta de mi cuarto para preguntarme si sabía dónde podía estar su marido. Preguntaba con inocencia y preocupada de verdad por él. Llevaba un camisón blanco con chorreras anudado al cuello y que le caía hasta los pies, y en la mano diestra una palmatoria. Un alma en pena parecía la pobre mujer. Yo le abrí la puerta medio desnuda y ella se turbó al verme así.

—No lo sé —le respondí haciéndome la tonta—. Tal vez haya ido a las bodegas.

Ella se giró, avergonzada, y se marchó. Ignoro si llegó a sospechar que su marido andaba metido en mi cama, tapados sus cueros con mis sábanas, pero se dio la vuelta sin quererlo saber. Andaba como ida y el corazón le palpitaba. En su mundo de beaterías, milagros, vírgenes y escapularios, la presencia de lo sobrenatural poseía un tinte cotidiano que la volvía asustadiza. El mal habitaba en su casa y ella lo presentía. En la triste simpleza de su bondad no creo, sin embargo, que pudiese imaginar que su marido anduviera picando de otras hembras. Mejor para ella pensar que estaba ocupado o insomne, ausente en cualquier caso. Al fin y al cabo, no era español, sino inglés.

Pero un día los vientos del cambio empezaron a soplar. Llegaban noticias inquietantes. El levantamiento del pueblo de Madrid contra las tropas de Murat asustó a don Bambridge: ¿y si en Andalucía pasaba lo mismo? En el fondo tenía más miedo de padecer un daño físico a manos de una turbamulta que de caer en poder de los franceses. Le obsesionaban el caos de los tumultos, los estallidos de furia de la plebe y los ajustes de cuentas a navajazos propiciados por las revueltas callejeras. Como para todos los de su condición, el orden era un principio sagrado que había que mantener intacto a toda costa; de lo contrario, la chusma daría rienda suelta a sus instintos y, como ya había sucedido en Francia años atrás, prendería la revolución. El caso es que anduvo meditabundo unos cuantos días, esperando que las noticias que nos habían avanzado se diluyesen hechas bulo, pero no solo fueron confirmadas, sino que se enriquecieron con otras muchas que venían a abundar sobre lo mismo. En pueblos, en villas, en ciudades… en cualquier lugar en el que la bota de un soldado francés hollara el polvo, había españoles que se estaban levantando para defender la religión, la patria y el rey. Don Bambridge se apresuró entonces a organizar los preparativos para la marcha; quiso llevarme consigo en su viaje de huida hasta Inglaterra y así me lo hizo saber unas pocas noches antes de la partida. No tenía la más mínima intención de alejarse de mí un solo instante, lo cual me fastidió. Viajaría como dama de compañía de Blanquita y, si los franceses nos paraban, diríamos que éramos recién llegados de las colonias americanas y que asistíamos a la boda de un familiar. Don Bambridge dejó el gobierno de las bodegas en manos de un capataz de confianza y alentó a los criados a conservar el cortijo e impedir, si llegaba el caso, que el populacho lo saqueara. Les prometió una suma importante a cada uno si todo permanecía, a su vuelta, en el mismo estado en el que lo dejaba. A don Bambridge se le notaba inquieto. Había dejado de frecuentar mi cuarto por las noches y parecía

envejecido, aunque también es cierto que, con solo el tener que escuchar los llantos remilgados de su hija y los suspiros histéricos de su mujer, las canas le afloraban por manojos.

—Yo no quiero marcharme de aquí —decía compungida María Fernanda—. Esta es mi casa y aquí es donde debo morir.

—¡Cállate, mujer, déjate ya de muertes! Si nos quedamos aquí no es la muerte lo que vamos a encontrar, sino algo muchísimo peor: el desorden, el pillaje y la saña de la chusma. ¡Deja ya de lamentarte por todo y haz el favor de mantener la dignidad!

María Fernanda andaba de continuo fuera del mundo. Su natural inclinación a la tristeza hacía de ella una piltrafa plañidera con la que no había más remedio que cargar. La influencia que su melancolía tenía sobre Blanquita era devastadora, por eso a don Bambridge le gustaba que la muchacha frecuentara lo más posible mi compañía, lo que su madre, por otra parte, no veía con buenos ojos. Yo no tenía la más mínima simpatía por la niña. Era una pobre tonta y mimada que solo valía para rezar a todas horas y sangrar con el mes. Un par de inútiles, madre e hija. El fin de raza de una estirpe improductiva, pero todavía detentadora de privilegios y poder.

Mientras tanto, en Jerez y en los pueblos de los alrededores, las voces de venganza contra el invasor se iban alzando. Lo cierto era que aquellas gentes humildes, pero altivas y orgullosas, llevaban el odio al extranjero infiltrado en la sangre y a la hora de tirar de cuchillo para dar muerte a los que consideraban usurpadores de lo suyo no distinguían de procedencias. Para muchos de ellos el extranjero había venido a apoderarse de sus industrias, a rapiñar sus riquezas y aprovecharse de unos recursos que tan solo pertenecían a los de la tierra. Les daba igual que fueran franceses, ingleses o rusos, ninguno había nacido en la tierra y por lo tanto carecían del derecho de adueñarse de España:

¡Bien dicho, caramba!, podía leerse en *La Gaceta de Cádiz*, ¡Afuera los ingleses!, ¡fuera con ellos! ¡Váyanse con los diablos a su país y déjennos quietecitos! Para nada los necesitamos. Gracias por lo que hayan hecho por nosotros y agur.

Avisado estaba don Bambridge, por lo tanto, de que en un clima de violencia y desgobierno su integridad corría peligro, y nada como una invasión extranjera para propiciar el caos. Había que marcharse cuanto antes, así que, con un modesto equipaje y la escolta de tres hombres armados con escopetas que viajaban en el pescante del carruaje, partimos una mañana al amanecer.

¡Pobre pueblo de España, Agustina, tan soberbio como mezquino, tan altivo como zopenco! Perdió el momento de arramblar con los poderosos, con los opresores, con los detentadores de privilegios inmemoriales. Quiso liarse a matar franceses para liberarse de los tiranos invasores y le hizo el caldo gordo a los del foro, más deleznables si cabe, rancios, abúlicos, caducos, inservibles para gobernar algo que no fueran sus propias miserias, pero ¡qué te voy a contar yo a ti que tú no sepas, amiga

mía!

Decidido, valiente y sigiloso: así era Mataperros. Aún recuerdo, Agustina, la primera vez que lo vi, montado en el caballo con un trabuco naranjero apoyado en la cadera, recortada su silueta contra el cielo, mandando a los de la partida que nos bajaron con cuidado del carruaje, no fuéramos a cometer alguna fechoría. El asalto sucedió al pasar por el puerto del Mojón Pardo, en el camino que va de Abejar a Salas de los Infantes. Hacía ya varias jornadas que habíamos partido de Segovia. Allí estuvimos casi dos semanas descasando de los trajines del camino, en el palacete de doña Consolación Bohorque, prima de la señora María Fernanda. Pese a las precauciones tomadas por don Bambridge, o tal vez gracias a ellas, nada malo nos había ocurrido durante el trayecto. Al atravesar la comarca de la Vera vimos mucho revuelo de soldados españoles que andaban por los pueblos animando a los mozos y a los que ya no lo eran tanto a engancharse de tropa para combatir al francés. La gente estaba inquieta, pero más aún entusiasmada por hallar en la defensa de la patria un modo de reconciliarse con la vida o, quizás, por lanzarse simplemente a la aventura de probar fortuna con las armas. El pretexto de echar al canalla de suelo español iba cuajando por todas partes. Nos dijeron que el general Castaños andaba subiendo con su ejército desde Andalucía y que todo hacía presagiar que acudía a enfrentarse a las tropas del general Dupont, las cuales ya controlaban una gran parte de la Mancha. Luego supimos que en Bailén hubo una gran batalla en la que los españoles no solo habían derrotado por vez primera en el mundo a los ejércitos de Napoleón, sino que también les habían humillado con la ignominia de la rendición. Dupont tuvo que capitular de pleno con arreglo a los cánones de la lucha militar. ¡Que se joda! Siete mil prisioneros capturaron los españoles, muchos de los cuales fueron mandados a los fortines de Ceuta y de Melilla, para su desconsuelo y perdición.

Una voz gruesa se escuchó en el silencio de los montes:

—¡Alto a los que vienen! ¡Todos quietos y con las manos bien arriba!

El que hablaba era un hombre con sombrero de ala ancha, zamarra de lana, calzón negro y alpargatas atadas a la pantorrilla. Estaba montado en un caballo a un lado del camino. Sostenía un trabuco con el que apuntaba al cochero. La barba de varios días que llevaba le daba un aspecto sañudo, como de furtivo o montaraz.

—¡Abajo todo el mundo! —volvió a gritar, y en ese instante sonó un disparo que acabó con el parlamento.

Uno de los postillones que llevábamos le había disparado fuego de pistola desde el pescante, aunque sin éxito de puntería. Los tiros empezaron a volar entonces por encima de nuestras cabezas. Debía de haber como cinco o seis hombres más apostados entre las peñas.

—¡Rápido, cochero, arrea a los caballos! —se oyó decir a uno de los hombres que nos defendían; pero el cochero, herido de muerte, cayó al suelo de bruces con los brazos en cruz.

El tiroteo se intensificó y no tardaron nuestros asaltantes en abatir a dos de los

tres postillones que nos escoltaban. El tercero, al verse solo, quiso salir huyendo y echó a correr entre las jaras. Un disparo le dio en el ala de la oreja y se derrumbó girando sobre sí mismo por la inercia del proyectil, como haciendo la pirindola. Allí le remataron sin compasión. Fue entonces, al darme cuenta de que solo quedábamos con vida la familia de don Bambridge y yo misma, cuando abrí la puerta del carruaje y, sin pensármelo dos veces, salí corriendo dando gritos y pidiendo auxilio:

—¡Socorro, señores, que me llevan a la fuerza estos ingleses! ¡Ayúdenme, por compasión!

Uno de los bandoleros me agarró por el brazo y, de un empujón, me tiró al suelo para hacerme callar.

—¡Cierra la boca, mujer! ¡Y vosotros, venga, todos a bajar del cochecito! —exclamó, mientras a través de la ventanilla del carruaje apuntaba a don Bambridge con la pistola.

Salieron don Bambridge y sus mujeres, los tres muy asustados, mirando a todas partes sin entender demasiado bien lo que pasaba. El bandolero los puso de bruces contra el coche y los obligó a colocarse las manos entrelazadas por detrás de la cabeza. Blanquita lloraba y su madre rezaba *diostesalves* como si la invocación divina pudiera protegerla de aquellos bandidos. Yo, apartada de ellos unos pocos metros, me levanté del suelo y fue entonces cuando le vi. Tenía aquel hombre la mirada triste y el cuerpo recio de trabajar o de sufrir. Nada más contemplarlo, supe que era él el jefe de aquellos hombres que, como lobos en manada, se nos habían echado encima.

Mataperros bajó del caballo, guardó su trabuco en la montura, me miró a la cara y, tras unos segundos de escrutinio, me apartó de sí sin pronunciar palabra. Se sacó entonces un cachorrillo de la faltriquera y se fue hasta don Bambridge con lentitud de pasos, el arma por delante preparada para disparar.

—Dime quién eres y por qué atacas a mis hombres. ¿No oíste bien la orden de alto? —le preguntó.

—Señor, si son ustedes ladrones, róbennos y en paz —contestó el inglés, temblando.

—Ladrones son los que roban por avaricia y no por necesidad —repuso, digno, Mataperros—. Te he hecho una pregunta, ¡respóndemela!

—Soy un pobre comerciante recién llegado de las Américas que anda con su familia de paso por España. No le hago mal a nadie ni tengo causa con facción ninguna. Aquí están los papeles que acreditan nuestra condición de transeúntes. Cojan lo que quieran y váyanse, pero no nos hagan daño, por favor.

—¿Sabes que por aquí andamos levantados contra los napoleones? —le preguntó Mataperros mientras examinaba la documentación que le acababa de entregar.

—Nada sé, salvo que andan por todas partes, pero ya le digo que ese no es asunto mío.

—Tienes el hablar de un inglés y no pareces indiano, como dices —Mataperros le

puso el cañón de la pistola contra la frente—. ¡Responde de una vez! —Volvió a increparle—: ¿Por qué has dado orden de disparar contra mis hombres?

—Han sido los postillones. Yo nada tengo que ver. Temían que nos asaltasen bandoleros, pero ya lo han pagado con su vida. Tomen lo que quieran y déjennos seguir nuestro camino, y así quedamos todos en paz.

El discurso de don Bambridge resultaba convincente y, por un momento, temí que pudiese engañar a aquellos hombres con sus artimañas dialécticas.

—Ellos dispararon y por eso ya están muertos —repuso Mataperros—, pero era a ti a quien protegían, así que ahora te toca pagar. —Mataperros volvió entonces la vista hacia donde yo estaba—. ¿Quién es esa muchacha? —le preguntó al inglés—, ¿por qué despotrica contra ti?

—Viaja con nosotros. Está a nuestro cargo. Atiende a mi hija Blanca, es su dama de compañía, pero a veces pierde la cabeza y no sabe lo que dice. Si no fuera por nosotros, ya estaría encerrada en algún lugar de caridad.

—¡Mientes! —intervine—, ¡diles la verdad, falsario! Diles que sales huyendo por la guerra, que te escapas a Inglaterra con todo el dinero que has podido reunir. Cuéntales de dónde venimos. Diles quién eres en realidad y diles también lo que yo pinto en todo esto. Diles que soy tu fulana, diles que me usas para satisfacerte, díselo bien a las claras para que todos se enteren, empezando por la pánfila de tu mujer.

Don Bambridge maldijo en su lengua y escupió con rabia al suelo. Los ojos se le saltaban de la ira. Jamás le había visto una expresión de odio semejante. Hizo un ademán de venir hacia mí con la mano extendida para pegarme un bofetón, pero uno de los bandoleros le sacudió en la cabeza con la culata del trabuco y le hizo hincarse de rodillas en el suelo. Blanquita, al ver la escena, dio un grito seco y su madre se desmayó.

—Mucho ímpetu es el que sacas para tan solo ser un pobre comerciante —dijo Mataperros sin alterar el semblante.

—¡Déjennos marchar sanos y salvos y les daré cuanto me pidan! —le rogó don Bambridge—: Tengo dinero en abundancia, pero conmigo muerto de nada le servirá.

—Nosotros no pedimos —repuso Mataperros—: No somos pedigüeños ni tampoco ladrones. Te has confundido, inglés. Servimos a la patria. Luchamos contra el invasor. Todo lo que lleváis encima vais a dárselo a la partida por vuestra propia voluntad. Cualquier ayuda es buena para la causa. No haremos remilgos, pero sabremos reconocer vuestra generosidad dejándoos marchar con vida.

Nunca me arrepentí de desenmascarar a don Bambridge. La verdad, me daba igual la suerte que fueran a correr él y su familia. Ningún vínculo afectivo me unía a esa gente. Sentía que mi vida tenía que empezar a discurrir por otros derroteros y, si para ello era preciso pasar por encima de sus cadáveres, no iba a ser yo quien pusiera objeciones al asunto. Tuve una oportunidad y la aproveché lo mejor que pude. Eso fue lo que hice y no me salió del todo mal.

—Llevan el oro metido en bolsas escondidas bajo el asiento de atrás.

La abúlica de Blanquita se me quedó mirando como un pasmarote, igual que si asistiera a una representación teatral, y su padre se desesperó. Ahora mostraban lo que valían, menos que el polvo del camino, y yo me despachaba a gusto poniéndome de parte de los guerrilleros. Ellos me observaban con curiosidad. ¿Quién sería yo? Jamás habían visto a nadie de mi raza. Eran hombres humildes, desposeídos, rudos, envueltos en los andrajos de sus orgullos postergados. Andaban echados a la sierra para combatir a los franceses porque eso era lo que en sus cortas entendederas consideraban que tocaba hacer. Tenían un sentir patriótico, casi litúrgico, por el que estaban dispuestos a sacrificar lo único que poseían, sus propias vidas, a cambio de ver de nuevo en el trono a su rey. Ante ellos, una familia de hacendados ingleses huía para ponerse a salvo y, para lograrlo, no dudaban de valerse de la mentira y del disfraz. La situación evidenciaba la injusticia de la vida, que de suyo auspicia al poderoso y hunde al débil, pero ahora las tornas estaban cambiadas.

—Tú, mira ahí dentro, a ver si encuentras lo que dice la mujer.

Uno de los guerrilleros entró en el coche y, tras rajar con una faca el tapizado del asiento, sacó las bolsas del escondrijo y las levantó en señal de éxito, sopesándolas con una estulta sonrisa infantil. Sus camaradas jalearon el hallazgo y algunos silbaron para evidenciar su satisfacción.

Mataperros nos ordenó despojarnos de nuestros vestidos para que sus hombres nos registraran. Ellos lo hicieron entre burlas y risas con gran delectación. A las mujeres nos dejaron en enaguas y a don Bambridge en paños menores. Así, medio desnudo y a la luz del día, parecía un pajarraco de mal agüero al que le hubieran cortado las alas de repente. Los guerrilleros se apropiaron de las joyas de madre e hija. Después se cebaron con el equipaje. Todo lo husmearon, todo lo vaciaron y de todo se rieron aquellas gentes recias, ignorantes por completo del refinamiento de los ricos. El desvalijamiento no duró mucho más. Al ir a marcharse con el botín, rogué a los guerrilleros que me llevaran con ellos: si no accedían a mis súplicas, el inglés se ensañaría conmigo en cuanto se marcharan, les dije, lo cual tampoco iba descaminado de la realidad. Mataperros se me quedó mirando como si estuviera elucubrando en qué podría serle útil. Luego observó a su gente y de inmediato comprendió que todos lo aprobaban. Estaba más que claro que mis rasgos orientales habían encendido su curiosidad.

—Quiero marchar con vosotros. Sé cuidar de mí misma. Soy fuerte y sé faenar. Si me dejáis aquí, el inglés me molerá a palos. Llevadme. Dejad que me una a vuestra causa y no os arrepentiréis.

Sin pronunciar palabra, Mataperros se acercó hasta mí y me ofreció su brazo. Lo agarré sin vacilar y de un brinco me encaramé en la grupa de su caballo.

—¡Vámonos! —ordenó con un grito que se perdió en un eco por el monte.

Lo supe de inmediato, pero ahora lo atestiguo. Yo, que he visto al mundo dar ya

muchas vueltas; yo, que todo lo he ganado y todo lo he perdido —el amor de los hombres, las riquezas más sutiles, la amistad de los poderosos y el temor de los mezquinos—; yo, que he sido joven y hermosa; yo, que he vivido al borde del precipicio, disfrutando a cada instante de las ventajas que la vida me iba dando; yo, que he podido aprender de las palabras de los sabios y que me he reído de las barbaridades de los tontos; yo, que conozco por lo hondo los entresijos de la naturaleza humana y que tengo ya más años que Matusalén, estoy en condiciones de afirmar que aquel hombre al que decían Mataperros era muy distinto a los demás.

¡Ay, Agustina, tú no sabes lo deprisa que están cambiando las cosas por aquí! El otro día retumbó un cañonazo y la gente salió asustada a las calles de Ceuta. Todos creían que los moros nos habían invadido, pero era un artillero en la muralla que había disparado un cañón de a veinticuatro para ver hasta dónde llegaba el proyectil. Allí donde cayera se habría de poner la frontera con el sultán. Dicen que han hecho un acuerdo para que los moros no se acerquen a darnos la murga. Poca paz vamos a tener por aquí, como no les permitan acercarse a los prostíbulos. El hombre es hombre por encima de su credo y hasta los píos necesitan aliviarse, pero qué voy a contarte a ti que tú no sepas, Agustina. ¿Y esas niñas dónde se meten? ¿Es que no me oyen? A ver si alguien me sube de una vez la palangana, que pronto habrá que abrir las puertas del burdel. Unas zánganas es lo que son. Pero para perfumarse no pierden el tiempo y luego, entre la peste y el sudor, huelen a rayos y así no hay quien joda con ellas sin sentir primero arcadas. A veces tengo ganas de vender todo esto y largarme muy lejos, ¿pero en dónde habría de estar mejor? En esta plaza la gente está de paso y todos siguen el rumbo que la vida les marca sin murmurar de los demás. No hay sitio más conveniente, y tú lo sabes. El mundo está revuelto y no es cuestión de andar ahora de la ceca a la meca en peregrinación. Tú te moriste antes que yo y yo me quedé con tu parte del negocio, qué le vamos a hacer. Si hubiera sido al contrario te habría tocado a ti estar aquí bregando. ¡Ay, si pudiésemos empezar la vida de nuevo con todo lo que tenemos aprendido, con todo lo que llevamos escarmentado! Pero las cosas son como son y ya no hay vuelta atrás. No nos es posible cambiar de piel. El diablo sabe de sobra lo que busca y lo que de cada cual puede esperar. Nos anda acechando a la vuelta de la esquina para, al menor descuido, llevarnos tirados de los pelos. Hay quienes sostienen que es mentira, que Satanás no existe, que es solo un invento de los hombres para conjurar el mal que todos llevamos dentro, y van y se burlan de sus tretas, y le dicen «*¡fus, fus!*, ¡desaparece echando pestes, Satanás so cabrón, que no eres más que un espantajo imaginario!», y se quedan tan anchos. Pero no es así. Yo sé que no es así. Eso es lo que le gustaría al enemigo, que todos le tuviesen por fantoche. Su mejor artimaña es volverse inexistente para que nadie crea en él y así hacer de las suyas a su antojo. Pero no me dejaré engañar de nuevo, Agustina. Yo ya le vi una vez comportarse como suele. Fue en mi juventud, tenía las

facciones del que siempre es fiel a sus propósitos y engaña a los demás para cumplirlos. Pero hasta al diablo se le ve el plumero. Solo es un ángel, un espíritu caído del cielo por soberbio que se estampó en este mundo para hacernos sufrir. Cayó de cabeza y se dejó los cuernos en el golpe. Así nos fue.

2
ALIMAÑAS DEL MONTE

La vida en la sierra no era descansada. Pese a no haber terminado aún el otoño, el viento frío que por las noches azotaba el campamento hacía que tuviéramos que amontonarnos alrededor de las hogueras, bien envueltos en mantas, para no amanecer congelados. Dormíamos al raso en repechos protegidos por las rocas. En las atalayas de las sierras los refugios abundan; solo es cuestión de disputárselos a las bestias. Espacio no faltaba y la intendencia era correcta. Hacíamos un almuerzo y una cena caliente casi a diario y tampoco nos faltaban los mendrugos con los que desayunar al amanecer. Cuando se es joven los huesos no protestan y hasta la tierra dura parece hecha de crin. El campamento no era mal sitio, después de todo. Carecía de comodidades, eso es cierto, pero aportaba otras ventajas más indómitas y enseguida me adapté a la vida montaraz.

Mataperros tenía instalada su guarida en el cobijo de una gruta. Se entraba por una hendidura que asomaba sobre el saliente de unas peñas cubiertas de aligustre. Desde allí despachaba los asuntos de la partida. Dentro tenía un camastro con una estampa encima de la Virgen del Pilar, una mesa con mapas desplegados, varios tocones por taburetes y una cómoda con un aguamanil. Sobre ella colgaba un trozo de espejo siempre alumbrado por la luz de un candil, ante el que Mataperros se afeitaba esa barba espesa que le crecía rizada hasta los pómulos. Verle recién aseado saliendo altanero de su guarida de lobo era alegría para mis ojos, legañosos aún de por la noche. Su apostura a esas horas tempranas era aún más masculina que durante el resto de la jornada. Parecía un ángel del cielo recién posado, pero no un ángel blando de esos nimbados de algodones que pintan los cursis, sino uno de esos duros que siegan con espadas las vidas de cuantos contrarían la voluntad de Dios. El campamento se activaba nada más verlo aparecer y en los pucheros puestos en las lumbres empezaba a hervir el café.

Cuando el día de mi rescate llegamos al lugar donde paraba la partida, todo andaba manga por hombro. El orden no brillaba ni por su ausencia y más parecía aquello baraúnda de proscritos que campamento militar. Pero entre aquellas gentes rudas cuajaban las ganas de combate y todos vinieron a nosotros al vernos llegar.

—¿Cuántos franceses habéis despachado?

—No había franceses, pero traemos botín —respondió uno de los guerrilleros, enseñando las bolsas de don Bambridge—. Eran de unos ingleses cortijeros que pretendían huir de España. Ahí los hemos dejado, medio en cueros, para que los lobos se los coman.

—¡Pobres alimañas!

—Son los tiempos que corren. Les gustará el bocado.

Mataperros me puso al cuidado de una de las cocineras, que además tenía por cometido el de preparar las raciones que llevaban luego en los zurrones los guerrilleros cuando salían de batida. Se llamaba Brígida Suelves, pero todos le decían la Romero porque antes de unirse a la partida, cuando iba de pueblo en pueblo vendiendo menajes, siempre llevaba prendida en el vestido una ramita de romero para propiciar la buena suerte.

—Romero, esta cría es para que te ayude en la faena —le dijo Mataperros mientras yo descabalgaba—. Enséñale lo que se hace por aquí y ojo con ella, no vaya a salirnos ladina.

La Romero frunció el ceño al verme allí de pasmarote, desconcertada y sin saber qué hacer.

—Tiene cara de sabandija —dijo gruñendo. Entonces empezó a palparme el cuerpo—. Está en el puro hueso —concluyó tras sobarme las costillas—. Habrá que darle tocino para que vaya entrando en carnes.

La Romero refunfuñó, pero acató las órdenes que Mataperros le daba. Lanzó juramentos al aire, refunfuñó unas cuantas veces, pero a la postre no tuvo más remedio que tomarme a su cargo. No se le escapó tampoco al guerrillero el darle la instrucción de que cuidase bien de mí mientras estuviera en el campamento, no fuera que a alguno de sus hombres se le nublara el entendimiento y osara entretenerse con mi lozanía. No quería problemas de faldas en la partida y, menos aún, que se malgastasen en placeres las fuerzas que se tenían reservadas para combatir al francés.

—¡Además de mi cruz, ama de cría! ¡Hay que amolarse! —volvió a protestar la Romero cuando Mataperros se hubo ido—. Venga, niña, a la fuente a fregar los perolos; vas a enterarte tú de lo que es andar ciscando por los riscos —dijo refunfuñando con una voz adusta y caballuna que le brotaba al galope de la garganta.

Eran pocos hombres aún en la partida en aquellos primeros tiempos de la guerra; no más de cuarenta, pero todos recios, eso sí, fuertes como castillos y decididos, sobre todo, a dar al enemigo saludos de a tiros y bienvenidas de cuchillos clavados en el abdomen. En aquellos hombres solo el instinto gobernaba. Las jerarquías y los mandos no venían dispuestos por el uniforme o por el rango, sino por el valor y el arrojo de cada cual. Se habían echado al monte por instinto, unos para tomarse la justicia por su mano, otros por inflamado patriotismo y hasta algunos para defender la causa sempiterna de la religión. Todos se conocían las sierras al dedillo y no había sendero por los pinares o guarida entre las breñas que no se supiesen de memoria. Había de todo entre ellos: pastores, campesinos, sacamuelas, mozos de posta y hasta quienes se pasaron del bandidaje a la guerrilla con la pretensión de saldar sus cuentas con la autoridad. Todos valían para el fin patriótico de levantarse contra el invasor. Cualquier mano era buena para empuñar un arma y la guerrilla no hacía remilgos a los valientes. Cada uno de aquellos hombres poseía un motivo válido para estar allí junto a los otros, viviendo al abrigo de las estrellas, acechando con la astucia del

águila y deslizándose con el sigilo del lobo antes de lanzarse a por la presa. Pero sus razones, a la postre, daban lo mismo: lo importante era que todos juntos anduvieran bien dispuestos a sacrificar sus vidas en aras de la independencia de la nación.

La partida de Mataperros era una de las primeras que habían cuajado por los montes de Castilla la Vieja. Se hablaba de otros cabecillas que tenían a sus hombres al acecho del francés. Por las sierras en las que andábamos también campaba Jerónimo Merino, un cura soez y elemental, pero de gran astucia, que se ensañaba de lo lindo con los franceses cuando eran cogidos desprevenidos y en desproporción. Se empezaba también a hablar del Empecinado, más fanático aún que el cura Merino, aunque no tan brutal, de Espoz y Mina, de Zurbano y de otros tantos más, todos sañudos con el enemigo y a los que la historia no habría de ponerles en pedestales de renombre por esas injusticias que a veces se trae.

Pronto me fui enterando de los rudimentos de la vida en la sierra. Los primeros días estuve despistada, dudando si había hecho bien en rogarle a Mataperros que me llevara con él. Los hombres me miraban con recelo y evitaban hablarme. A algunos se les notaba en las caras el desconcierto por mi presencia en el campamento; otros se limitaban a mirarme de arriba a abajo como si fuese un bicho raro. ¡Pobres guerrilleros anónimos, todos ya olvidados de las gentes, adónde habréis ido a parar! Eran seres feroces, maltratados por la dureza de una vida miserable que, lejos de ofrecerles oportunidades para prosperar, tan solo les proporcionaba la connivencia con la muerte. Casi todos habían convertido su huida al monte en una especie de acto espontáneo de redención, como si por medio de las armas sus existencias irrelevantes hubieran adquirido de repente un sentido superior. No tenían miedo al futuro porque no contaban con él y, por lo general, se les notaba felices, aunque solo fuese por respirar.

De entre todo aquel grupo de gente había dos personas que conformaban la cúpula de mando de Mataperros. Uno era un hombre largo, fibroso, con una cara angulosa presidida por esos ojos llenos que se les ponen a los buitres ante la carroña reciente. Desconfiaba de todo y era parco en palabras. A este le decían Paco el Diago y todos respetaban su autoridad, más por el temor a sus malos humores que por el acatamiento de una supuesta jerarquía. Era proclive el Diago a tirar enseguida de navaja para solventar cualquier disputa. La tenía fácil y afilada. No parecía hombre que gustase de bromas ni de jaranas. Era duro de entendederas y rumiante de pensamientos que jamás volcaba al exterior. Llevarle la contraria nunca suponía buen asunto, so pena de querer vérselas con él en un mano a mano a sangre.

El otro de los que mandaban parecía la antítesis del primero: era corpulento, cuellicorto, bonachón y andaba siempre con una sonrisa perdida entre su abundante barba blanca. Se llamaba Juan Mojamas. Había ejercido de cirujano sangrador y sabía atender heridas, y aun curarlas, con emplastos de plantas silvestres. Conocía de las hierbas sus propiedades terapéuticas y siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás. Era hombre socarrón, descreído, bien templado por la madurez y por el vino, y al que

las penurias de los caminos no le habían quitado la alegría de vivir. Decían de él que se había unido a la partida de Mataperros por un encontronazo tenido con los franceses cuando iba camino de Aranda de Duero para sacarle una muela al corregidor. Los soldados que le vieron montado en burro, sudado y sin resuello a causa del calor, tuvieron a bien reírse a su costa y, para pasar el rato, le hicieron ponerse a rebuznar a cuatro patas despojado de ropas y de dignidad. Le incrustaron una penca de acelga entre las nalgas a modo de rabo largo y le cargaron encima sus petates. Después de reírsele en las barbas le tuvieron medio día a pleno sol, uncido a un palo y dando vueltas a una noria, sacando, sin parar, agua del pozo hasta que el calor le dejó exhausto y de la boca seca no le salieron más rebuznos. Luego le molieron a golpes y algunos hasta se orinaron en su cara. Le robaron los utensilios del oficio y lo dejaron allí tirado a su suerte. Un pastor lo encontró de madrugada privado de conciencia y le salvó la vida a duras penas con leche de cabra, infusiones de boldo y mucho mimo y atención. Dos días le tuvo delirando en una paridera hasta que fue recuperando la salud. Desde entonces juró venganza a muerte contra el francés.

Lo primero que hizo una vez recuperado fue emboscarse en un camino y aguardar el paso de algún destacamento enemigo. Cuando le desfiló su presa por delante se contuvo las ganas hasta que llegó el último de los rezagados. Se le tiró entonces al cuello y, con una mano tapándole la boca para evitar los gritos, le fue arrastrando monte arriba hasta el abrigo de unas peñas. Allí le ató las manos a la espalda, le quitó el uniforme y, con una navaja cabritera, lo desolló vivo. Pretendía salarle luego las tripas, pero el soldado no pudo resistir el sufrimiento y expiró al sentir el primer puñado caer sobre su vientre. Aun así, Juan Mojamas insistió en su propósito y lo hizo salazón.

El pellejo de aquel francés lo puso a curtir y lo llevaba siempre en su morral, de amuleto contra la mala muerte, escrito con una leyenda que, según decía, se la había oído pronunciar a un poeta patriota y que rezaba así: *Al francés muerte le des, y si es afrancesado, sin cuidado*, y se lo enseñaba a todo el que se lo pedía, pero solo si antes se dejaba contar la historia de su primer soldado muerto.

Mojamas, pese a la ferocidad que apareja la guerra, era hombre de bien que, en otras circunstancias, habría seguido con su cometido de sanar a la gente sin meterse en jaleos ni buscar en la vida más que un poco de sosiego. Los tiempos duros son los que marcan a las personas, los que las condicionan y malean. La guerra es un detonante que saca a flote lo mejor y lo peor de cada cual. Hay quienes de apocados se vuelven héroes y emprenden acciones, antes inconcebibles. También los hay que, de la noche a la mañana, mudan el comportamiento y dejan aflorar su lado más salvaje, cometiendo atrocidades a troche y moche para insuflar en los demás temor y así conseguir respeto. La naturaleza humana es una incógnita y nunca se sabe lo que esconde una sonrisa o una lágrima. Tiempos duros fueron aquellos y muchas carnicerías hube de ver, pero detrás de la barbarie, del fanatismo, de la obcecación

por echar a los soldados de Napoleón del suelo patrio, pude comprobar también en algunas gentes una veta clara de compasión que los diferenciaba de las bestias. Esas briznas desperdigadas de bondad aliviaban a veces los pesares del corazón, como si a través de estos individuos esporádicos la divinidad hubiera querido mostrar el amor por sus criaturas.

La Romero, poco a poco, fue tomándome ley y me acogió bajo su cuidado, no ya por el mandato que le había hecho Mataperros, sino por su propia apetencia y compromiso. Yo, igual que hiciera con McKinkey en el cañonero inglés, la ayudaba a ordenar las provisiones, preparar los almuerzos y repartir las raciones. Lo cierto es que no aprendí poco con ella: la mano que adquirí para las judías con oreja y pie de cerdo o para tostar migas ruleras me valió luego para conquistar más de un estómago y hacer mi santa voluntad con petimetres, lechuguinos y peleles de diversa clase y condición, cada uno de su padre y de su madre, pero todos emparentados por parte de gula.

Al principio los días pasaron lentos en el campamento de Mataperros. La Romero se me quedaba mirando muchas veces como traspuesta, sobre todo por las noches, cuando nos calentábamos a la lumbre.

—¿Tú de dónde eres, mi niña? —me preguntaba intrigada—; tienes la cara de pájaro y los ojos parece que te los han pegado con pez. —Y entonces ponía los dedos índices en las esquinas de los párpados y se estiraba la piel hacia atrás para sacarse ojos rasgados como los míos, pero tan solo le salía una expresión grotesca y atontada que hacía reír.

—Nací en las Filipinas.

—¿Y eso es España?

—Sí, pero de ultramar.

—¿Donde Valencia?

—Un poco más allá.

Mis rasgos indígenas llamaron al principio la atención en el campamento, pero enseguida se acostumbraron a verme por allí. Para aquellas gentes simples, puestas de repente en la tesitura de llevar al límite sus vidas, tenerme a su lado les supuso una especie de privilegio que en el fondo les hacía sentirse afortunados. No tardaron en interesarse por mi suerte. Poco a poco me fueron aceptando como una más de la partida. Decían que les traía buen fario. Sin embargo, no todos me querían por allí. Mataperros, por ejemplo, seguía manteniendo una actitud distante. Era prudente y no se dejaba llevar por el afecto o la emoción. Otros, como le pasaba al Diago, manifestaban su rechazo por las claras y no cesaban por ello de atosigar a Mataperros para que me largara del campamento.

—Tienes que sacártela de aquí o habrá jaleo con los hombres. Una mujer como esa nada bueno nos puede traer.

Me fui haciendo a la sierra pese a todo. El campamento crecía. Hombres y mujeres venían a unírsenos de todas partes. Yo me sentía a gusto en el monte, pero

cada día que pasaba más notaba el recelo de Mataperros hacia mí. Se arrepentía de haberme traído con él, lo notaba en sus miradas. Un día se lo dije a Juan Mojamas:

—¡Bah, muchacha! Tú no te preocupes. Lo que pasa es que a Mataperros le ponen nervioso las mujeres, eso es todo. Las viejas y las pellejas le dan igual, pero tú, que eres hermosa, le preocupas. En el fondo lo que teme es que los hombres un día vayan y se peleen por tu culpa y él no los pueda contener, pero no le hagas caso, ya se le pasará y a lo mejor hasta le acabas gustando.

Mojamas sostenía que a Mataperros no le placían las mujeres y llegó a insinuarme que era medio cura. Yo no me lo creí demasiado y seguí con lo mío hasta que una noche se me acercó y, sin que viniera a cuento, me hizo una pregunta extraña:

—¿Tú sabes quién es la Virgen María? En las tierras de indios de las que vienes seguro que no sabéis cosas de misa.

—¡Claro que sé quién es la Virgen! —le contesté riéndome.

Mataperros se puso entonces a hablarme de una manera muy confusa sobre las vidas de los santos y los misterios pajareros de la Santísima Trinidad. Parecía un misionero que tratara de convertirme a la religión verdadera, y así estuvo un buen rato diciendo tonterías celestiales hasta que Mojamas se dio cuenta e intervino:

—Dios ha querido ponernos a prueba y nos ha mandado a esa ralea de Satanás que es el francés. Son todos descreídos y profanan las iglesias a su antojo. Dicen que, cuando una escabechina que hubo en París en la que a los reyes les cortaron la cabeza, convirtieron las iglesias en prostíbulos y que los soldados entraban en ellas a fornicar montados a caballo. Nunca jamás se ha visto semejante blasfemia. Hay que largarlos de España antes de que se les ocurra empezar a hacer lo mismo por aquí. Y Rosario va a ayudarnos. Que no te quepa duda con eso.

Mataperros, sin decir nada, se levantó de donde estábamos y, meditabundo, se fue a su gruta a rumiar la acrimonia de sus pensamientos.

Si Mataperros recelaba de mi presencia en la partida, lo del Diago llegó a ser pura inquina. No me podía ni ver, el desgraciado. Casi nunca me dirigía la palabra y, cuando lo hacía, utilizaba un tono hosco y esquinado. Me evitaba lo más que podía, pero muchas veces le pillaba mirándome de refilón, como si analizara a escondidas el comportamiento imprevisible de una alimaña. Yo intentaba ser amable con él y, a veces, le llevaba la escudilla con el rancho, pero él la cogía sin mirarme y se llevaba de inmediato la cuchara a la boca para no tener que darme ni las gracias. El Diago era un hombre frío y desapacible. Nadie en el campamento lo tenía en buena ley. Mataperros, sin embargo, lo trataba con respeto por las dotes que mostraba a la hora de rastrear una pista, meterse por los atajos de las sierras y, sobre todo, por la sangre fría que le echaba al acercarse a los pueblos disfrazado para obtener información. Su disfraz preferido era el de vieja. Con todo lo alto que era, se encorvaba sobre sí mismo hasta quedar hecho un ovillo y, con una pañoleta que se ponía en la cabeza y un garrote en la mano, se hacía pasar por pordiosera. La voz la impostaba que daba gusto oírle. Parecía de bruja cascarrabias y, si asomaba un poco la cara por debajo del

pañolón, tampoco se le notaba el fingimiento pues tenía una nariz muy prominente, salida por lo menos medio palmo de una cara angulosa y huesuda como de arpía verdadera. Se sentaba el Diago en las plazas de los pueblos o al borde de los caminos como si anduviera a la caridad y, cuando pasaba por delante algún soldado francés, le pedía limosna y aprovechaba para sacarle información.

«¿Adónde os llevan, majos, tan galanes?», y los franceses, a menudo confiados, le soltaban cuanto él quería oír. Luego corría a darle el soplo a Mataperros y así, entrambos, organizaban las emboscadas con las que teníamos martirizado a Napoleón.

A Mataperros le gustaba atacar sobre seguro y no exponía la vida de sus hombres al tuntún. Solía deleitarle especialmente caerle a un pelotón de infantería al paso de algún desfiladero. Se emboscaban sus hombres entre las peñas y los matojos a ambos lados de la garganta y, a una orden suya, comenzaban a darles tiros sin parar. Los franceses, desconcertados, salían corriendo en estampida y, al separarse unos de otros y no responder al fuego enemigo con disciplina, caían en la trampa del desorden y morían acribillados como chinches. El ataque solía durar pocos minutos y buscaba, ante todo, la sorpresa y el desconcierto del enemigo. Era crucial que no les diera tiempo a reaccionar. Cuando lo hacían, ya por que fuesen muchos en número, ya por la pericia de sus comandantes, Mataperros y sus hombres desaparecían monte arriba, cada cual por su lugar, para dificultar la persecución. Luego se juntaban todos en alguna aldea de los contornos y se echaban las cuentas de las bajas propias, si es que las había, y hacían repaso de las ocasionadas a los franceses: «Yo he matado siete», «yo tres y a un capitán», «yo le di al abanderado con el trabuco y le puse el trapo llenito de agujeros», y así reían, disipaban las tensiones y se reafirmaban en su misión suprema de expulsar de la patria al invasor. En cada uno de los integrantes de la partida puede decirse que había una manera de entender la lucha, una manera de hacer la guerra, una manera de matar. La del Diago era, sin duda, la más temible, pues lo hacía a sangre fría, usando la saña en vez de la razón, más como carnicero que como patriota, con mala idea y sin conmiseración con los rendidos. Tenía a los franceses por una plaga que había que exterminar a toda costa. La guerra enmascaraba sus sentimientos, si es que acaso los tenía. Para él, la vida no era un bien preciado, sino una circunstancia carente de valor. Cada combate era tan solo el principio de un deber que no tendría fin hasta derrotar al emperador.

Causaba escalofríos ver a todos esos hombres de la partida volver triunfantes al campamento y escucharles vanagloriarse de las hazañas bélicas que habían llevado a cabo, pero también una alegría indescriptible por tenerlos allí, sanos y salvos. Durante el tiempo que anduve con ellos nunca me llevaron de emboscada. Por ser mujer estaba adscrita a las labores más prosaicas de la intendencia bajo la supervisión directa de la Romero. No tenía elección. Lavaba, fregaba, organizaba la despensa con los productos que los aldeanos nos iban entregando para nuestra manutención: carne, tocino curado, huevos frescos, quesos, gallinas, embutidos, salazones de pescado,

cestos de hortalizas, canastas de pan y todo con cuanto podían contribuir a nuestro sustento y estaba en sus manos ofrecer.

Cuando la partida salía de campaña, nos quedábamos las mujeres en el campamento, protegidas por unos cuantos guerrilleros que hacían guardia día y noche en las barbacanas de las rocas, vigilando los montes y las sendas, no se fuera a acercar por sorpresa alguna expedición enemiga. Todas disponíamos de armas, cachorrillos y fusiles mayormente, pero aquellas mujeres, recias, viriles, escarmentadas por la fatalidad, en un momento de peligro habrían sido capaces de enfrentarse cuerpo a cuerpo con navajas, puños y mordiscos sin ninguna dificultad. A Mataperros no le agradaba demasiado tenernos en la sierra. Nada decía al respecto, pero se le notaba en el desdén del trato. Accedía a ello tan solo por la utilidad de tener la intendencia resuelta y contentos a los hombres, pero, si por él hubiera sido, a todas nos habría echado de allí a patadas. Como bien me había dicho Juan Mojamas, pensaba que la presencia de mujeres podría dar lugar a riñas y trifulcas y no eran tiempos aquellos para vaciar la violencia entre gentes del mismo bando. Lo que estaba bien claro era que, de todas aquellas comadres, era yo, por rara, la que menos pintaba en aquel lugar y, por hermosa, la que más riesgo tenía de encender el rijo de los guerrilleros.

—Tú no te preocupes, Rosario —insistía Juan Mojamas—, que aquí estás en tu sitio. —Pero él lo decía para que yo no le diese vueltas al asunto y pudiera vivir en paz.

Lo cierto era que el Diago, mohíno y urdidor, no hacía más que insistir a Mataperros para que me echase del campamento porque, si no —siempre con la misma cantinela— tarde o temprano provocaría una reyerta que habría de saldarse a navajazos. Yo sabía que el Diago ponía en la mente de los otros lo que solo pasaba por dentro de la suya. Estaba claro que me quería para sí. Cuando le pillaba mirándome de refilón, notaba en sus ojos las brasas del deseo. Me desnudaba con la vista y le torturaba el verme sonreír a los demás. Nunca se me insinuó, pero tampoco creo que su orgullo se lo hubiera permitido. Que deseaba poseerme, estaba claro. Si por las buenas o por las malas, eso ya no lo sé. Tal vez me hubiera forzado sin más, pero no tenía el coraje necesario para enfrentarse después a Mataperros. Lo que más le desquiciaba en todo caso era darse por aludido, saber que yo me percataba de sus deseos y que, por ello, era sabedora de sus limitaciones.

Un día el Diago perdió la paciencia y puso a Mataperros en la tesitura de elegir entre él o yo. La Romero y yo andábamos cerca y los oímos discutir:

—Tú verás, pero a mí no me gusta cómo gobiernas la partida. Pasamos demasiado tiempo en el monte y los hombres se entumecen. Hay que bajar a los caminos más a menudo y darles bien dados a los franceses, aunque haya que arriesgar. En esta partida tuya sobran mujeres y faltan fusiles, y así no se puede progresar. O arreglas esto pronto o yo me largo de aquí con viento fresco, tú verás.

—Las mujeres hacen lo que de suyo les corresponde. Ayudan en lo que deben y

ya está —repuso Mataperros, contrariado por el ultimátum del Diago—. Ni sobra ni falta ninguna. Son las que son y no hay más que hablar.

—Esa mujer lleva dentro al enemigo —sentenció el Diago refiriéndose a mí—. No la debiste haber traído. ¿Quién te asegura que no es una espía de los franceses? ¿No te has fijado en los ojos que tiene? No son de fiar. Muy rara me parece a mí esa historia que cuenta del inglés y su mujer. Deberíamos haberlos fusilado a todos cuando los cogimos. Pasé hace poco por el lugar y no vi rastro de sus huesos. Alguien les debió ayudar a salir con vida de la sierra. No me extrañaría que los franceses nos dieran un susto un día de estos por culpa de esa mujer.

—Eso que dices son desvaríos, Diago.

—¿Desvaríos? Tú sabrás, Mataperros. No voy a disputarte la autoridad, pero con ella aquí yo no ando a gusto. Barrunta mal agüero. Si quieres que se quede, seré yo el que se tenga que marchar. Hay otras partidas por las sierras a las que unirme. Y puede que mejores que la tuya —sentenció el Diago con desdén.

Mataperros hizo el ademán de echarse mano a la faca, pero la Romero intervino:

—Tú a ese ni caso, Mataperros, que es un resentido. Anda y que se largue con viento fresco si le da la gana. Él sí que trae el mal agüero, que solo de verle le entran a una retortijones.

El Diago le hizo corte de mangas a la Romero, se dio media vuelta y se fue a lo suyo, mohíno, sin que mediasen más palabras. Así quedó el asunto y no hubo nada más por el momento.

Una mañana, la Romero me mandó a llevarle a Mataperros su desayuno —una taza de café y una rebanada de pan con membrillo—. Al verme asomar por la gruta, me habló con dureza.

—¿Quién te ha dado permiso para entrar aquí?

—Te traigo el desayuno. La Romero me manda.

—Pues déjalo sobre la mesa y lárgate. Tú no eres quién para traerme nada, así que no vuelvas a acercarte por aquí. ¿Te has enterado?

Yo agaché la cabeza y me marché. Aquella reacción desabrida me dejó caído el ánimo y en lo sucesivo evité acercarme a él. Me esmeré en realizar con discreción las tareas de intendencia y en pasar lo más desapercibida posible para que nadie pudiera sacarme pegas o murmurar de mí. Por el momento, no pretendía otra cosa que estar allí sin otro beneficio que el de respirar hondo ese aroma a resina y optimismo que el monte confería. Aquel olor despejaba él ánimo y purgaba las tristezas. Por las noches, echada sobre mantas y mirando las estrellas, pensaba que era a eso a lo que debía oler la libertad. Estremecerme con la oscuridad, acurrucarme junto a la hoguera hasta quedar dormida, despertarme al amanecer liada en mantas… eran sensaciones placenteras que me hacían sentir bien, dueña por primera vez de mi propio destino. Y así, en medio de la guerra, empecé a ser feliz.

A raíz de las desavenencias que el Diago tuvo con Mataperros, la partida salió a batir caminos más a menudo. Estaban dos o tres jornadas fuera del campamento, se

fogueaban en alguna escaramuza y luego regresaban y nos traían munición. Mataperros supervisaba las acciones a acometer. Los hombres le obedecían sin rechistar. Él los conocía de sobra y sabía de qué pie cojeaba cada uno. El Diago le seguía dando consejos y algunas veces también lo hacía Juan Mojamas, pero aun así les hacía un caso relativo, como queriéndoles subrayar a cada instante que el mando de la partida le correspondía solo a él.

—Ese de las narices largas —me dijo un día la Romero refiriéndose al Diago— quiere que te vayas con viento fresco porque se le hace la boca baba cuando te huele. Esa es la única verdad.

—Eso mismo creo yo, Romero.

—Le traes por el camino de la amargura. Ten cuidado, niña, que los hombres despechados son capaces de lo peor.

La Romero no era tonta y se daba cuenta de todo. Oír de su boca aquellas palabras no me hizo ningún bien. Estaba claro que los dos no íbamos a poder permanecer mucho más tiempo en el mismo sitio. O se marchaba el Diago o me iba yo. El cuándo, era algo que estaba aún por ver.

3
EL CURA DE FONTENEBRO

Los vientos que traían el otoño empezaban a deslizarse sierra adentro. Aunque todavía los días eran largos, se notaba la proximidad de otra estación que cubriría el cielo de gris y los montes con el amarillo luminoso de las hayas. Aquel primer verano de la invasión francesa estaba llegando a su fin. Las gentes afines a la partida nos iban trayendo noticias del levantamiento de pueblos enteros a lo largo y ancho de España. Se habían constituido en la clandestinidad Juntas Provinciales y Comarcales que coordinaban las acciones de resistencia contra el ejército invasor. La sensación de guerra no estaba, sin embargo, extendida del todo por España. Napoleón había sentado en el trono del reino a su hermano José y, en apariencia, todo se circunscribía a una sucesión dinástica en la que la continuidad del orden y la ley estaban garantizadas. Había mucho español afrancesado que celebraba la llegada de la nueva administración napoleónica y que no tenía reparos en aplaudir a plena luz del día la presencia del amigo francés. Pese a que, en términos generales, los sentimientos de odio y repulsa hacia el ejército invasor estaban bien extendidos entre el pueblo que lo sufría, las gentes más pudientes y refinadas no habían aún tomado conciencia del insulto que se les hacía al ocuparles la patria, al contrario, todos estos afrancesados veían al nuevo rey José I como una oportunidad histórica para modernizar España y ventilarla de esa lacra reaccionaria dejada por los siglos pretéritos. No obstante el optimismo de los partidarios de José Bonaparte, empezaban ya a difundirse por los cuatro puntos cardinales las noticias de la derrota del general Dupont en Bailén. Los ánimos incendiaban los corazones de los sublevados. Se decía incluso que el rey Fernando de Borbón había escapado de su castillo-prisión en Valençay e iba a regresar a España para comandar sus ejércitos. El sentimiento patriótico corría como la pólvora por el pueblo llano, que es el que inclina las balanzas con la fuerza de la masa, pero la resistencia a las tropas de Napoleón aún no había cuajado en una organización eficaz y centralizada que gestionara las necesidades de los combatientes y estableciese una estrategia militar común. A falta de planificación, el instinto, el odio y el desorden eran los tres factores que gobernaban la resistencia. Muchos hombres se habían echado al monte de manera espontánea y habían hecho de él su refugio y su arma de combate. Interceptaban los correos del enemigo o atacaban a pequeños destacamentos de soldados y huían de inmediato por trochas y veredas que solo ellos conocían. Algunas de las partidas organizadas a principios del verano, como la de Jerónimo Merino o la del Empecinado, tenían ya sus buenos doscientos o trescientos hombres armados con fusiles y carabinas. Otras, como la de Mataperros, aun teniendo menos hombres, eran incluso más dañinas, pues apareciendo y

desapareciendo con mayor rapidez desesperaban a los franceses. Además, al conocer bien el terreno, llevaban la ventaja de la sorpresa y multiplicaban por ello la eficacia de sus ataques. Todos los hombres de las partidas compartían, en cualquier caso, la misma saña de ver la sangre del francés tiñendo de rojo el polvo de los caminos. Los oficiales del ejército imperial empezaban a darse cuenta de que esta vez su enemigo era distinto: acostumbrados a luchar en Europa contra ejércitos visibles y organizados, se enfrentaban ahora a una amenaza imprevista, pero devastadora. Los guerrilleros les caían encima sin aviso y cuando menos se lo esperaban. No daban la cara, los condenados, solo tiraban de trabuco, causaban bajas y desaparecían de repente como si la tierra se los hubiera tragado. Los generales franceses caían en la cuenta de que las armas de las que disponían no les iban a servir de mucho en aquella guerra innoble, pues no se enfrentaban a un ejército verdadero, sino a lo que resulta mucho más temible, a un pueblo sublevado y herido en su dignidad. Si Napoleón pretendía subyugar aquellas tierras de las Españas iba a tener que modificar su estrategia militar y emplear armas muy distintas, armas desconocidas hasta la fecha, armas que ningún ejército hubiera empleado jamás.

Una mañana de esas ya frías del mes de octubre, los hombres que custodiaban el sendero de acceso al campamento dieron la voz de alarma: alguien se acercaba. Los guerrilleros echaron mano de sus retacos y dieron el alto al cura que, montado en un borrico, subía trotando entre las jaras.

—¿Quién vive? —le preguntaron apuntándole al corazón.

—Soy hombre de iglesia —respondió el recién llegado—, ¿o es que ya no reconocéis a un sacerdote, hermanos míos?

Los guerrilleros siguieron apuntando al cura y uno de ellos silbó de forma estridente para avisar a la partida de que era un hombre solo el que llegaba, y que parecía inofensivo. El cura desmontó y los guerrilleros le registraron para ver si llevaba armas en las alforjas, pero nada encontraron salvo una pequeña navaja, más servible para darle al queso tajos que para hincarse en tripa ajena. Se la quitaron y el cura no protestó.

—¿Qué se le ha perdido por el monte, padre?

—Busco la partida de Mataperros. Me han dicho que para por estas soledades. Tengo que hablar con él. Es asunto importante. ¿Sois vosotros hombres suyos? ¿Podéis llevarme a su presencia?

Los guerrilleros hicieron montar de nuevo al cura en el borrico, le anudaron en los ojos una pañoleta para que no viese el camino y arrearon al animal.

—Perdónenos usted por este trato, padre, pero en estos tiempos no conviene fiarse de nadie. Si usted va así incómodo nos lo dice y le llevamos de otra manera. El caso es que no vea por dónde va.

—No os preocupéis, hijos míos. Cuando uno hace lo que debe dan igual las asperezas de los caminos. Todos son, al fin y al cabo, ese mismo por el que Jesucristo nuestro señor subió al Calvario.

—Así es, padre.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —preguntó el cura—. Llevo un par de días dando vueltas por estas sierras y la barriga me duele de no comer templado. Seguro que tendréis algún puchero puesto en la lumbre para darme de él por caridad, ¿verdad, hermanos?

—Algo habrá, que morirse sin comer no le vamos a dejar.

Cuando vi llegar al cura al campamento sentí un escalofrío. Fue una señal, tuve un presentimiento. Sé que resulta extraño, pero supe de inmediato que algo en mi vida estaba otra vez a punto de cambiar. No puede justificarse con razonamientos, pero a veces esas cosas pasan. Nada me dijeron su aspecto desaliñado ni el mirar torpón que traía aquel hombre —mitad alelado mitad abúlico— ni la voz melindrosa que le salía de la garganta ni su mentón prominente y mal afeitado —un mentón descomunal que le daba un aspecto de animal perezoso a punto de bostezar— ni su frente arrugada ni sus labios demasiado pequeños para rostro tan enorme ni su andar desapañado ni nada de su facha galocha ni tan siquiera el hecho de verle allí de pie, mirando a todas partes atontado cuando le bajaron del burro y le quitaron la venda de los ojos. Supe que, por su culpa, me marcharía de la sierra. Tuve ese convencimiento y en absoluto me equivoqué.

Tras un rato de espera, Mataperros acudió a recibirle. El cura se hincó de rodillas en el suelo y, con una sumisión perruna, se lanzó a besar las manos del guerrillero lo mismo que si estuviera en presencia de un cardenal.

—¡Tiene que ayudarme! —dijo a lagrimones—. Usted combate a los franceses y tiene que ayudarme a recuperar la reliquia que esos desalmados se han llevado. Malditos franceses, perros todos, Dios les confunda en el infierno. Imploro su auxilio, señor Mataperros y, por Dios nuestro Señor y por la muchedumbre de los santos y por la Virgen María que subió a los cielos en cuerpo y alma, que vuecencia me tiene que ayudar a traer de vuelta la reliquia de la Santa Camándula que esos miserables se han llevado de mi iglesia.

El cura hablaba muy deprisa y las palabras le salían de la boca todas a la vez. Lagrimeaba sin parar y apenas vocalizaba con la claridad suficiente como para hacerse entender. Una y otra vez se refería a la reliquia y, con exabruptos abominables impropios de su condición de hombre de iglesia, maldecía a los franceses que la habían robado de la iglesia de Fontenebro, de la que decía ser su párroco.

Mataperros, inclinándose brevemente, levantó del suelo a aquel pobre hombre que tenía delante implorándole ayuda. Sin cambiar el semblante le hizo un gesto con la mano y le ordenó que le acompañase. Juan Mojamas y el Diago le siguieron a cierta distancia, sin dejar de acariciar las culatas de sus pistolas por si aquello resultaba una treta para acabar con la vida de su cabecilla. Los traidores campaban por todas partes y la cabeza de Mataperros estaba empezando a ser reclamada por algunos corregidores proclives a Napoleón. Había que tener mucho cuidado de con

quién se hablaba. Anduvieron metidos en la cueva casi una hora. Cuando salieron de nuevo a la luz del día era ya la hora del almuerzo y el puchero hervía generoso. La Romero, con media cabra, un par de berzas, ajos, tocino, laurel, garbanzos y pimentón, se había sacado de la manga un guiso que alimentaba solo con olerlo. Al cura le sonaron las tripas.

—¡Llevo dos días sin comer caliente! —exclamó con emoción cuando le pusieron en las manos una escudilla con aquello. Se lanzó a devorar.

Durante el almuerzo, el cura, ya más tranquilo, fue revelándonos los motivos que le habían llevado hasta el campamento de Mataperros. Contó que, en su parroquia, en Fontenebro, había una iglesia destinada al culto de la Virgen del Espino. Allí se guardaba una camándula cuyas cuentas habían sido hechas con las espinas de la corona de Cristo y que se conservaba en un relicario de plata y cristal. De todos los lugares de la comarca acudían peregrinos a rogarle a la Virgen que les aliviase las espinas que en sus vidas llevaban clavadas. Las espinas del corazón, las de la amargura, las de la desesperación, las de la soledad… todas eran extraídas sin distingos por la intermediación de la Virgen si se le rezaba con fervor. Las historias que se contaban sobre milagros propiciados por la intercesión de la Santa Camándula eran muchas, pero, según el cura, la más conocida de todas ellas se refería a una mujer casada, de belleza sin par, a la que pretendía en favores el hacendado para el que trabajaba su marido, quien, con el único fin de poder cortejarla, enviaba al esposo a múltiples recados para así mantenerle alejado de su presa. Abusaba de su autoridad hasta tal punto que el marido, muy humillado, no podía negarse a servir la voluntad del amo y hacerle los recados que le mandaba, aun a sabiendas que su honra se veía lastimada durante su ausencia. El hacendado agasajaba la belleza de la mujer, la colmaba de regalos y de galanterías, y no escatimaba palabras bonitas y artimañas golosas para tenerla contenta. Ella, aturdida, no podía hacerle feos, pues el sustento les iba en ello, pero tampoco le disgustaba en demasía el cortejo al que día y noche se veía sometida. La mujer amaba a su marido, pero a la vez se dejaba querer por los favores del hacendado. Así pasaban los días y los meses y el marido, harto desesperado por aquella situación que incluso sin quererlo consentía, no sabía bien qué hacer: si matar a la mujer que amaba, si matar al hacendado que la cortejaba, si quitar de en medio a ambos, o si colgarse él solo de una rama de olivo lo mismo que un Judas Iscariote que hubiera vendido por treinta denarios el honor de su mujer y el suyo propio. En uno de los recados al que el hacendado le envió, pasó el marido por la iglesia y se puso a rezar con todas sus fuerzas a la Virgen del Espino. Le contó de corazón su padecimiento, le explicó su amor inmenso y le confesó su dilema. Rezó sin parar durante un día y una noche a sabiendas de que, mientras oraba, el hacendado se aprovechaba de su ausencia. Cuanto más le dolía la honra con más devoción rezaba, así hasta que cayó desfallecido. Fue tanto su fervor que el milagro se obró: la mujer empezó a notar de inmediato las consecuencias de la súplica de su esposo. Primero fue en las piernas, luego en los brazos, después en el pecho y por último en

las mejillas, donde una mata de pelo negro le empezó a brotar. De la noche a la mañana, el conjunto de su belleza había quedado recubierta de pelambrera hasta el punto de que su barba era tan cerrada que apenas se le adivinaban en ella los labios. El hacendado, espantado al verla así, se santiguó y pidió al demonio que le dejase de tentar, pues con él la confundió. La mujer, descompuesta y sin estima, reconoció su yerro y le pidió al señor que le depilase los pecados, pero el milagro ya estaba obrado y no pudo ser. No le quedó más remedio que vivir para siempre con su marido bien provista de pelos, hasta en la lengua, y por ello alejada de los demás.

—Yo conocí a esa mujer —dijo el cura satisfecho de la expectación creada con aquella rara historia—: Le di la extremaunción. De muerta, el pelo le seguía creciendo, rebosaba el ataúd.

Todos se quedaron boquiabiertos al escuchar contar al cura semejante milagro y aun otros varios, todavía más sobrecogedores si cabe, que anduvo narrando durante la comida para hacer partícipes a los presentes de las maravillas que propiciaba la reliquia que los franceses habían robado. Durante todo el tiempo la Romero, que escuchaba más atenta que ningún otro, anduvo santiguándose mientras le iba llenando al cura la escudilla para calmarle el hambre, gran hambre, todo hay que decirlo, que le acompañó hasta que el puchero estuvo rebañado por completo. Solo entonces, cuando ya las ascuas de la hoguera andaban reducidas a cenizas y el sopor de la siesta propiciado por el vinazo ungía los ánimos como con sebo, el cura se puso a detallar lo ocurrido en la iglesia un par de semanas atrás. Contó que en el cometido de su ministerio había ido a otro pueblo para confesar a un moribundo cuando, al poco, llegó a la iglesia un puñado de soldados franceses a caballo, de esos que llaman dragones. Los aldeanos que los vieron pasar dijeron luego que, por las trazas que llevaban, no parecían ir borrachos y que el destrozo que organizaron no fue más que producto de su impiedad. Iban directos al grano: sabían muy bien lo que buscaban.

La ferocidad de aquellos soldados dejaba cortas a cuantas atrocidades ya habían visto cometerse por las tropas de Napoleón. Aquellos hombres no parecían de este mundo, sino huestes mismísimas de Satanás, crueles e impíos a rabiar, salidos en manada del infierno. No eran más que unos pocos, pero devastaron como legión. «Fueron derechos a la iglesia sin entretenerse con más», dijo el cura mientras prendía un cigarro con un ascua. «Tenían muy claro lo que querían: iban a lo que iban y no les importaba nada más. Sin descabalgar siquiera echaron la puerta abajo poniendo a los caballos sobre las patas traseras y haciéndolos cocear contra la puerta. ¡Una bestialidad!».

Según contó el cura, al oír el estruendo el sacristán al cuidado de la iglesia se asomó por un ventanuco, pero ni abrir la boca le dejaron. Debieron atizarle con un sable en la nuca porque la cabeza cayó al suelo rebanada, con la lengua fuera. Entraron sin ni siquiera desmontar y se llevaron la Camándula. Estaba junto al retablo, metida en un armarito detrás del altar. Era un cilindro hecho de plata, de unos cincuenta centímetros de largo y cinco pulgadas de diámetro, pulido por entero y

rematado en su extremo superior por una cápsula de cristal de roca en la que se alojaba la reliquia.

«¡Sabían lo que buscaban!», siguió diciendo el cura, «¡ya lo creo que lo sabían! No estaban de paso: iban a por la reliquia para profanarla y, así, reírse de los españoles, ultrajando la religión. Pero no se contentaron con llevársela, sino que mancharon la iglesia con los cagajones de sus caballos. Todo perdido lo pusieron: de muerte, de excremento y de maldad. Después, se fueron al galope por donde habían venido. Algunos labriegos los vieron a lo lejos. Parecían los jinetes del Apocalipsis. Están salidos del infierno esos franceses. Mal rayo nos parta a todos si los hombres de bien no logramos arrebatarles la reliquia y ponerla a buen recaudo. Dios está de nuestra parte. Tiene que estarlo».

Las gentes del campamento de Mataperros estaban escandalizadas con aquella historia. La indignación, la rabia y el odio habían inflamado sus corazones. La afrenta a los símbolos sagrados era el mayor insulto que podía lanzarse contra aquellos hombres que, si bien acostumbrados a las brutalidades de la guerra, seguían conservando ese pavor reverencial que imbuye lo sagrado en los humildes. Aquel cura lo sabía y, por ello, se regodeaba en los detalles para provocar con sus palabras un sentimiento unánime de venganza. Pretendía a toda costa que Mataperros y sus hombres saliesen en su ayuda, a la caza de aquel puñado de franceses que había profanado la iglesia y sustraído la Santa Camándula. El cura de Fontenebro sabía de sobra que solo los guerrilleros podrían serle de utilidad para recuperar el relicario y que, de todos ellos, Mataperros, por sus convicciones, su fama y sus demostradas habilidades en la lucha contra las tropas de Napoleón, era el más idóneo. Por eso estaba ahora allí, en su campamento, suplicante, sibilino, intentando por todos los medios enardecer los ánimos de la partida. Sin embargo, no había calibrado con rigor el carácter indómito de Mataperros que, por encima de cualquier otro criterio, actuaba siempre con arreglo a su capricho, sin dejarse guiar un ápice por intereses ajenos a sus propias consideraciones. La planificación de las acciones de guerra y la estrategia a seguir corrían solo de su cuenta y de nadie admitía discutirle las órdenes. Su único objetivo era el de exterminar el mayor número de franceses posible con el menor coste de vidas de sus hombres y, desde luego, no se había echado al monte para hacer favores a nadie ni para dejarse dirigir por intereses ajenos a los suyos, por muy loables y sagrados que fueran.

Casi siempre sus decisiones eran caviladas, pero otras muchas venían impuestas por la irreflexión o la casualidad, como era el caso de mi presencia en la partida. Mataperros me había liberado de don Bambridge, eso era cierto, pero aquello había sido fruto de un impulso del que en absoluto estaba satisfecho y que, en todo caso, podía en cualquier momento rectificar. Incluso con respecto a mí no creo que tuviese muy claras las ideas. Según me había revelado la Romero, Mataperros tramaba

sacarme del campamento. Llevaba varios días meditándolo, pero aún no había tomado la decisión final. En el fondo, lo que debía fastidiarle no era tanto que yo estuviera allí como que hubiese sido el Diago el que le hubiera venido con la cantinela de que me echara. Recelaba de todo el mundo y no quería, bajo ningún concepto, que una decisión tomada con respecto a mí pudiera ser interpretada por todos como un signo de debilidad hacia el Diago. Yo empecé a sospechar que tras del comportamiento arisco de Mataperros se escondía alguna razón inconfesable. Lo notaba en el modo mohíno que le salía al mirarme y en su intento permanente de evitar cruzarse conmigo. Mataperros se ponía nervioso en mi presencia y le desconcertaba sentirme cerca, oírme hablar. Por ello intentaba ocultarme de él a toda costa, evitando así que mi aspecto pudiera ser el juez que sentenciase mi futuro. La vida en el monte me facilitaba la tarea, pero aún esforzándome lo más posible, mi belleza natural hacía que destacase sobre las demás mujeres del campamento. Mal asunto. En fin, que hacía lo que podía y en nada me daba por aludida o, al menos, eso era lo que intentaba aparentar. Me había propuesto seguir haciendo todos los esfuerzos posibles por ser útil y cumpliría sin rechistar cuantas tareas se me encomendasen. Esa era mi decisión, pero, por mucho que acarreara trastos, trajinara con la impedimenta, ayudara en los fogones e hiciera cuanto estaba en mis manos por caerle en gracia a los guerrilleros, cada día que pasaba más notaba el mohín de Mataperros y más a la vista tenía que tarde o temprano solucionaría sus conflictos liberándose de mí.

En la sobremesa discutían ya todos sobre la mejor manera de seguir la pista a los franceses y recuperar el relicario con la Santa Camándula. Los ánimos estaban enardecidos y parecía seguro que pronto se daría la orden de emprender la misión. El cura había conseguido su propósito. La Romero me ordenó preparar un puchero de poleo y repartirlo. El vino había corrido generoso durante el almuerzo y, ahora, los hombres estaban desperdigados aquí y allá, vencidos por el sopor de la siesta. Preparé la infusión y le llevé una taza al cura. Lo encontré recostado bajo una encina, amodorrado y con el buche lleno.

—Gracias, muchacha —me dijo, incorporándose—. Tienes cara de lagartija. ¿Tú no eres de por aquí?, ¿verdad?

—Nací en las islas Filipinas.

—¿Y cómo has venido a parar a estos montes? —me replicó mientras se acercaba la taza a los labios.

—La vida da muchas vueltas —respondí sin hacer demasiadas concesiones a la curiosidad del cura.

—No lo sabes tú bien —volvió a decir—, pero tú eres aún muy joven para haberlas dado todas. Más te valiera no andar por aquí entremezclada con esta grey. No corren buenos tiempos, ¿sabes? Y las mujeres guapas como tú se merecen tratos mejores —dijo poniendo una sonrisa lujuriosa como de cabrito juguetón—. Por aquí la guerra toma asiento y no va a haber más que muerte y hambre y enfermedad. No te

convienen estos lugares. Yo podría llevarte a un sitio seguro si quisieras —me insinuó bostezando con desgana.

—Ya me han llevado y me han traído por demasiados lugares, padre —le contesté —. Muchas gracias por el ofrecimiento, pero aquí estoy bien. Usted rece por mí y deje lo demás en manos de la Virgen, que ella bien sabrá lo que es mejor para una sierva suya.

—Tú verás, hija mía —replicó el cura—, pero este no es lugar para esa carita de porcelana. Yo, si hubiera tenido una hija guapa como tú, no la habría dejado nunca andar por estos riscos.

—No todas las hijas tienen padre, padre —le respondí con cierta guasa.

—Ni todos los padres hijas, hija mía —me replicó, no sin doblez.

Y allí le dejé por el momento, entretenido en hacer la digestión y empezando a roncar a base de bien.

Durante casi dos días anduvo el cura en el campamento aguardando una decisión de Mataperros. En todo ese tiempo se esforzó en suplicar a los guerrilleros, uno a uno, que lo ayudaran a recuperar la Santa Camándula. Todos estaban de su parte, pero Mataperros parecía reacio a involucrarse en el asunto. El cura les pedía que le persuadieran, que no se dejaran arredrar, que recuperar la Santa Camándula era lo que la religión les exigía en ese momento y que era lo prioritario que había que hacer.

—Si fuerais buenos cristianos habríais emprendido ya la marcha. Cada minuto que pasáis aquí holgazaneando como cabras más cerca está la reliquia de las garras de Napoleón. ¿Vais a permitir tamaña felonía? Esos soldados franceses son de la misma calaña que los que crucificaron a Cristo. Vosotros tenéis que impedir que se salgan con la suya. Vosotros sois el ejército de la fe. Es Dios quien os ha elegido para cumplir esta misión.

Aquel hombre, pese a carecer de carisma verdadero poseía la rara habilidad de enfrentar a unos con otros y, si no hubiera sido por el temor y la obediencia que todos tributaban a Mataperros, más de uno se habría echado a los caminos de inmediato para seguir sus directrices. En aquel par de días el campamento se revolucionó a base de bien y, quien más y quien menos, empezaba ya a echar en cara a Mataperros lo prolongado de su silencio. Que si impío, que si cobarde, que si fementido… para todos los gustos había y es que, como es sabido, en la selva de los hombres lo mismo se ensalza que se escupe y con la misma facilidad que se obedece al cabecilla se le retira luego la autoridad. Había una gran expectación flotando en el ambiente, de eso no cabía duda alguna, tanta que en más de una ocasión estuvo a punto de estallar la disputa. ¿Qué debía hacerse? Unos decían que partir de inmediato, otros que esperar a que el jefe se pronunciara. La confrontación estaba servida. Si podía sacarse algo en claro de todo aquello era que la llegada del cura había levantado una polvareda en el campamento difícil aplacar.

Al caer la tarde del segundo día hubo un enfrentamiento a palos entre dos hombres de la partida. La discusión comenzó por una nimiedad, un asunto de

pertenencias, pero enseguida salió a relucir lo de la Santa Camándula. Empezaron sacudiéndose con los puños, pero enseguida echaron mano de las navajas. La gente se arremolinó y hubo griterío. El cura los miraba complacido. Aquel jaleo contribuía a su propósito. A mitad de la reyerta Mataperrros los separó. Apareció de repente. Traía el semblante torcido y una mueca de contrariedad puesta en la boca. Apartó de un manotazo a cuantos se agolpaban contemplando la pelea y empezó a gritar:

—¡Basta ya! Al que pelee, lo mato.

La contienda se interrumpió en el acto. Ambos contrincantes bajaron la cabeza en señal de sumisión.

—Largo de aquí los dos. No quiero volver a veros por el campamento. Las ganas de mataros las empleáis con los franceses.

Mataperros sabía de sobra que aquella pelea era consecuencia de las soflamas que el cura de Fontenebro pronunciaba. Los hombres andaban nerviosos por culpa de su silencio. Para recuperar el mando sabía que tenía que poner fin a aquella situación.

La gente se fue yendo, todos cabizbajos, acobardados por el enfado de su cabecilla. Mataperros llamó entonces al cura y le habló con gravedad.

—Esto se ha terminado, padre. Mañana temprano lo sacaremos del monte y lo llevaremos hasta el Camino Real. Desde allí podrá volver a su parroquia o hacer lo que le venga en gana. Busque, si quiere, ayuda en otra parte; aquí no se la podemos dar.

La Romero y yo estábamos allí delante, mirándole hacer. La orden de Mataperros había sido tajante. El cura había puesto cara de pasmarote; no obstante, intentó replicar, pero Mataperros le hizo un gesto de amenaza para que se callara la boca. Fue entonces cuando el guerrillero se volvió hacia a mí. Se conoce que quería aprovechar y matar dos pájaros del mismo tiro.

—Y tú, muchacha, prepárate para partir también. Vendrás con nosotros. A ti voy a llevarte al convento de Santa María del Poyo. Te quedarás con las clarisas; las monjas te cuidarán.

Meneé la cabeza entre sorprendida y disgustada por la decisión de Mataperros. ¿A un convento? No solo me echaba de la partida, sino que me mandaba a un convento. Aquel hombre se había vuelto loco de remate.

—No quiero irme de aquí, y menos a un convento —protesté—. En la partida te soy de ayuda. No entiendo por qué he de marcharme. Yo también quiero serle útil a la causa y tú no tienes el derecho de impedírmelo.

—Yo te traje y yo te saco; ¡punto en boca! —repuso inflexible Mataperros—. En Lerma, con las monjas, tendrás cobijo. Saliendo con el alba podemos llegar en dos jornadas. Estate dispuesta. No hay más que hablar.

Mataperros no daba opción ninguna a que le enmendaran las decisiones. Quería poner orden en todo aquel desbarajuste que se le había colado en la partida. Tenía que hacerlo o, de lo contrario, su autoridad quedaría mermada. No podía ser. El cura, entonces, intentó jugar su última baza ante el guerrillero y se echó de rodillas a sus

pies para implorar ayuda a lagrimones, muy rastrero, serpenteándose la dignidad como él sabía.

—¡No me hagas esto, hijo mío! ¡No puedes hacerme esto! ¿Cómo vas a dejar una afrenta semejante sin castigo? Tú eres un soldado de la fe, tú estás aquí para ayudarme a recuperar la Santa Camándula, eres el único que lo puede lograr. Mira que no te lo está pidiendo este cura miserable que tienes postrado ante ti, sino la santa madre Iglesia. Medita bien tus decisiones, piensa en el mal que le haces a la cristiandad si no me ayudas.

El cura, presa de una fuerte agitación, se echó mano a un bolsillo y empezó a hurgar en él alocadamente hasta dar con un pliego de papel doblado. Lo desplegó con nerviosismo y se lo mostró a Mataperros.

—Mira, lee lo que pone. —Puso el dedo índice en el pliego para reforzar sus argumentos—. Napoleón es un anatema. —Leyó en voz alta—. Este papel lo dice. A-na-te-ma. Léelo tú, hijo mío, léelo en voz alta para que te convenzas. —Se lo entregó; el pulso le temblaba, como si en aquel documento se contuvieran los males que asolaban a la patria.

Mataperros agarró el papel y le echó un vistazo con desgana. Era un panfleto satírico de los muchos que empezaban a circular entonces por España. En él aparecía pintada una caricatura de Napoleón y de su familia. No se dejaba títere con cabeza: el padre salía vestido de carnicero, su hermano Carlos con ropa de mendigo, su mujer, Catalina Fesch, descocada ante el gobernador de Córcega, la emperatriz Josefina coronada con la palabra «adúltera», Luciano Bonaparte vestido de arriero y el gran duque de Berg, cuñado del emperador, ataviado con un delantal de cocinero y con un cucharón en la mano. En el centro del dibujo aparecía un Napoleón de chirigota sentado en un trono con su nombre escrito sobre la cabeza. De cada una de las letras, a modo de acrónimo, salían nueve rayos, como si de un sol se tratara, con la siguiente leyenda:

> ***NAPOLEONE***
>
> ***N**emice **A**micus **P**rotector **O**mnium **L**atronum **E**clesiae **O**presor **N**eronis **E**mulator*

—¿Lo ves, hijo mío? —inquirió el cura—. Está escrito en latín.

—No sé latín —respondió el guerrillero.

—Yo te diré lo que pone: *Napoleón, amigo y protector de todos los ladrones, opresor de la iglesia, emulador de Nerón*. ¿Qué te parece? Esta es la prueba. Debes ayudarme para que la Santa Camándula no caiga en sus manos. No lo podemos consentir.

De nada le sirvió al cura aquella pantomima del papel. Mataperros se lo tiró a la cara con desdén.

—Mañana al alba partiremos. Estad preparados. —Se dio la vuelta y se marchó

sin perder más el tiempo con pamplinas.

No volví a abrir la boca. Sabía que de nada serviría contrariarle y, menos aún, en ese instante tenso, con aquel cura histriónico implorándole auxilio a lágrima viva. Ya emplearía yo otras artes, llegada la ocasión. Lo mejor era reservarse la energía para gastarla en una baza más favorable. Llegaría el momento de cogerle con la guardia bajada y el corazón abierto, aunque solo fuera una rendija. Todo era cuestión de saber esperar. El viaje que habríamos de emprender a la mañana siguiente no sería ningún obstáculo, al contrario, estando cerca de él las oportunidades de condescendencia para conmigo se verían multiplicadas. Ya se había compadecido una vez de mí cuando me rescató de las garras de don Bambridge y no había motivo para pensar que aquello no pudiera ocurrir de nuevo. El corazón de Mataperros debía tener un punto débil: todos los hombres lo tienen, ya me apañaría yo para encontrárselo; tenía un par de días por delante y, si no lo conseguía, tampoco pasaría gran cosa. Las puertas de un mundo libre se me habían abierto de repente. Podía hacer lo que me viniese en gana, cualquier cosa menos recluirme en un convento: eso era lo único que tenía bien claro que en absoluto iba a hacer.

Al día siguiente, antes del amanecer, dejamos el refugio de los montes. A lomos de caballos descansados marchábamos Mataperros, Juan Mojamas, un muchacho de los más aguerridos de la partida —al que decían Camuñas y que llevábamos para que nos fuese abriendo los caminos—, la Romero y yo. El cura de Fontenebro, con los ojos vendados y las piernas colgando a ambos costados de su borrico, iba despanzurrado, moviéndose de un lado a otro de la manta de montar como si fuera el péndulo largo de un reloj. Llevábamos en los morrales raciones suficientes para una semana de camino. Al mando de la partida quedaba Paco el Diago. Mataperros había dejado dicho que, si no regresaban en ese tiempo, mudaran el campamento de lugar y los hombres que así lo quisieran se sintiesen libres para quedar a las órdenes del Diago o para vincularse a otras partidas que andaban ya esparcidas por la sierra. Era consciente de que aquella salida no respondía a razones militares, sino a motivos personales, por lo que no podía exigir la obediencia de los demás ni hacerles tampoco partícipes de las consecuencias de su decisión. Mataperros era un hombre cabal y consecuente con sus propias decisiones. Tal vez fuera eso lo que le perdió.

4
EL CORRAL DEL GATO

La guerra de la Independencia no solo cambió de raíz la vida de muchos españoles que, sin comerlo ni beberlo, se vieron de repente envueltos en el rigor de la tragedia, sino que sumió al país en una contradicción fratricida. La entrada de los ejércitos napoleónicos fue un revulsivo repentino para un pueblo adormecido, rumiante y crédulo, que aún vivía de las glorias de un pasado remoto, ido para siempre a los rincones del olvido donde el polvo toma asiento y las cucarachas legan sus cadáveres, crujientes y asquerosos, a la posteridad.

Junot entró por Irún en octubre de 1807, repartiendo sonrisas y parabienes, como aliado de la patria, y los españoles le creyeron igual que bobos. En diciembre de ese año llegaba Dupont con un cortejo y una magnificencia que a todos encandiló. En febrero de 1808 entraba por Cataluña el ejército del general Durhesme. Las gentes se pusieron a aplaudirle de buena fe hasta que se lanzó como un descosido a tomar plazas fuertes, fortalezas y parques de artillería, ya sin ningún disimulo y carcajeándose a sus anchas del pueblo español.

La ciudadela de Pamplona la tomó en febrero de 1808 el general D'Armagnac. Sus hombres fingieron hacer una pelea de bolas de nieve. Los centinelas españoles los miraban entretenidos con su juego pueril y, cuando quisieron darse cuenta de la treta, ya les habían dado matarile. La ciudadela fue tomada sin esfuerzo. El general, con gran sarcasmo, mandó una carta al virrey de Navarra en la que, después de pedirle disculpas, le explicaba que había obrado impulsado por la necesidad y que esperaba que tal incidente no alterara la buena armonía, propia de dos pueblos aliados.

Ante los desmanes cada vez más evidentes que los franceses iban cometiendo allá por donde pasaban, muchos españoles salían de su perenne estado de ensimismamiento y se echaban a las calles y a los montes para defender con su sangre lo que ellos consideraban la herencia de sus padres: la tradición, su Dios, su patria y su rey. Ese fue el secreto de su inmenso poderío, un arma oculta con la que ni Soult ni Suchet ni Massena, los grandes estrategas del ejército imperial, jamás habían contado. La indignación de verse pisados en su honor por botas extranjeras, mezclada con el orgullo de sentirse españoles de los pies a la cabeza, herederos indiscutibles del legado de los siglos, los llevaba a acometer las hazañas más inverosímiles y absurdas que militar alguno se hubiera atrevido nunca a imaginar. Dios estaba de nuestra parte, Agustina, y una legión ingente de santos, mártires y vírgenes luchaban a nuestro lado. Si una vez los pueblos de España fueron capaces de expulsar de su territorio al moro infiel, se repetiría ahora la misma hazaña contra los franceses, hasta

que el último de ellos dejara de hollar el suelo sagrado de la patria. Ese era nuestro compromiso, aquella nuestra identidad.

¡Hay que ver, Agustina, la facilidad que los españoles siempre hemos tenido para encarnar el mal en una idea, en un pensamiento o en una persona! En aquellos tiempos fue Napoleón la sierpe de las siete cabezas a la que había que acogotar. Todo lo malo lo encarnaba y todo lo que de él partiese tenía que ser combatido sin pensar en las cosas aceptables que a lo mejor traía consigo y que tal vez hubieran sacado a España de ese marasmo tocinero en el que su propia historia la había colocado.

¡Pobre emperador de los franceses, tan vapuleado por todos al final de sus días!: los que lo temían, los que le obedecían ciegamente, los que estaban dispuestos a dar la vida por sus ideas —que eran las de esa revolución surgida, al fin y al cabo, de lo más brillante del pensamiento ilustrado—, fueron los mismos que lo denostaron en su caída, los que lo aplastaron y envenenaron en el destierro. Y nosotros, mientras, ¿qué, Agustina? Gobernados por la reacción de ese rey nefasto y tuercebotas que no tuvo luego escrúpulos en llamar a los Cien Mil Hijos de la perra de San Luis para que persiguieran a tiros a los liberales en los que España tenía depositada la esperanza del progreso. Pero bueno, que me lío, el caso es que, cuando Napoleón entró en España para invadirla, lo hizo con la élite de su ejército, pero sin imaginarse que aquí encontraría resistencia. De lo más granado trajo el emperador: infantería, caballería pesada, caballería ligera, caballería polaca, cazadores, ingenieros, artillería ligera, granaderos, coraceros, fusileros, guardia imperial y ese presumido de su cuñado al frente del tinglado, el gran duque de Berg, mariscal de Francia, caracoleando petulante la melena por las calles de Madrid. Ninguno de ellos sospechaba aún que España habría de ser la tumba de sus aspiraciones. Parece mentira cómo una revolución que, tras guillotinar una dinastía de reyes y encumbrar la razón de comerciantes y filósofos hasta las cimas del poder asambleario, fuera capaz después de engendrar un personaje megalómano como Napoleón. Aquel advenedizo cogió el testigo de la sangre e hizo del ideal de libertad un mero guiñapo a su servicio. Pretendía imperar por la fuerza, gobernar un mundo sometido, pero se encontró a la postre con las uñas y los dientes de quienes identificaban lo extranjero con el mal y luchaban por la patria para expulsar al invasor.

¿Qué habría sido de España si José Bonaparte hubiera reinado de veras como su hermano pretendía? No lo quiero ni pensar. El emperador perdió su oportunidad. Tuvo en sus manos a los Borbones, en Bayona. El viejo rey Carlos solo quería que le dejasen en paz y acabar sus días plácidamente con su mujer y Godoy, el príncipe de la paz, por el que ambos chocheaban. Su hijo, el rey Fernando, había llegado hasta allí poco convencido, pero era también su prisionero. Napoleón lo tendría que haber eliminado: un veneno en la comida hubiera bastado, pero aquel miserable, mohíno y ruin, no representaba peligro alguno y por eso lo desdeñó. Razón tenía de sobra porque el rey era torpe además de infame, pero el error verdadero fue subestimar al pueblo español, que lo adoraba y defendía. Bastó la presencia de las tropas francesas

por los pueblos y ciudades de toda España para que la gente hiciese de su rey causa común. Lo mismo podrían haber adorado a un becerro. ¡Panda todos de ignorantes! ¿Qué les dio al cabo su rey, sino más muerte y más tiniebla? Si José Bonaparte hubiera reinado en España en vez del tuercebotas, la historia no se habría repetido y ahora el país no estaría de nuevo enfrentado. A veces me pregunto, Agustina, si no habría sido mejor que los franceses ganaran la guerra. Habrían echado de por aquí a tanto cura milagrero, a tanto aristócrata enmohecido, a tanto señorito privilegiado por la herencia de la tierra. Los traumas de la nación, sus precariedades y contradicciones salieron todos a flote cuando Napoleón cruzó los Pirineos. Fue como si, de repente, España se hubiese dividido en dos bandos del todo irreconciliables, pero condenados a vivir y morir por siempre juntos, a matarse entre ellos una y otra vez en un eterno retorno fraticida. Una moneda con dos caras: por un lado, los ilustrados que deseaban que la nación se gobernara a sí misma con justicia igualitaria, desvinculada de noblezas, de privilegios y de iglesias; de otro, la tradición encarnada en ese dios católico, terrible y justiciero, simbolizada en el derecho divino de los monarcas, en los privilegios de los aristócratas y en las prioridades de los ricos y principales. Frente a ambos, el resto del pueblo, inculto e ignorante, regido por la única dictadura de su estómago, gobernado por el instinto de supervivencia y por el temor reverencial al poderoso, y bendecido en última instancia por el brazo hisopado de la religión.

Si, para la mayoría de los españoles, Napoleón, con cuernos y rabo, simbolizaba el mal, para otros constituía el único camino para salir de la tiniebla de los siglos. Mataperros, como tantos españoles echados al monte sin que nadie se lo pidiese, militaba sin saberlo en el bando de la tradición. Muchos de los guerrilleros acabarían, con los años, sirviendo a los carlistas y fusilando a los liberales desde las atalayas del fanatismo. Y por esos oteros andarán aún, pegando tiros a diestro y siniestro por los siglos venideros, hasta que entre en España otro Napoleón de las narices y ventile el país de una vez por todas.

En fin, que todo esto son cavilaciones que me traigo con los muchos años ya vividos, Agustina, y a fuerza de tener de sobra conocido el ganado que pasta por aquí. Otros se quedaron por el camino, y no miro a nadie, porque igual de malo es llegar a viejo que morirse a destiempo. Pero en aquellos días de la *francesada* no estaban las cosas tan claras como ahora yo las cuento, que es sabido que para todo juicio se necesita una distancia y que, en caliente, hasta el más justo se equivoca.

El caso es que aquella mañana salimos temprano los seis a caballo: Mojamas, la Romero, el niño Camuñas, Mataperros, el cura y yo, callados todos, mascando en silencio cada uno sus pesares. ¿Me dejaría aquel hombre en un convento como había asegurado? Valiente pamplina. ¿Qué iba a hacer yo allí metida? ¿Dulces de monjas? Mataperros estaba muy confundido con respecto a mí. Se sentía responsable y por eso pretendía ponerme a buen recaudo. Pero todo aquello era ridículo. En el fondo de nuestros corazones lo que todos queríamos era ir con él, pero a la busca de la Santa Camándula. Enardecidos por el cura, deseábamos arrebatársela a los franceses

ladrones y darles, de propina, un merecido de a tiros.

—Si Mataperros no ayuda al cura tendrá el remordimiento para siempre —le había dicho a la Romero antes de partir.

—Cállate, niña. Cállate y abre bien los ojos, que hasta el final nadie es dichoso.

—¿Sabes lo que pienso, Romero?

—No, niña.

—Pues que Mataperros tiene miedo. En el monte se siente a gusto, pero a campo abierto le tiene miedo al francés. Por eso no le da la gana ayudar al cura.

—¿Tú estás tonta, niña? ¿Miedo ese? No sabes ni lo que dices. A Mataperrros tanto le da morir que matar. Nada le une a este mundo salvo la rabia que le tiene al francés. Si no va a por la reliquia, sus razones tendrá. Pero ya veremos lo que pasa. Tú no te anticipes.

La primera noche la pasamos vivaqueando en el repecho de un otero, junto a una fuente, en un lugar salpicado de bujes y retama. Mataperros prohibió encender hogueras pese al relente que caía, no fueran los franceses a adivinarnos la posición y aparecieran de repente a incomodarnos el sueño con la punta afilada de sus bayonetas. Tomamos una cena fría de las raciones que llevábamos encima y nos echamos a dormir. Nos colocamos los unos pegados a los otros, bien envueltos en mantas de esas tordas, de lana merina, a las que dicen zamoranas. Se organizó una ronda de vigilancia y se fueron turnando, cada tres horas, Mataperros, el niño Camuñas y Mojamas. A mí no me venía el sueño y me pegué lo más que pude a la Romero para paliar el frío con el calor seboso de su cuerpo. En mitad de mi vigilia oí al cura roncar como un bendito, pero también le escuché ponerse a hablar en sueños en una lengua rara que no tenía parentesco con ninguna de las escuchadas por mí hasta entonces. Pensé que fuesen latines, pero enseguida lo descarté. Entre ronquido y ronquido salían de su boca extrañas palabras que él encadenaba entre resoplidos, vagidos y gargarismos varios:

Ascucufrún eslozing esrrajánj. Ascalabán flusflún estronglo esglif.

Después de escucharle atenta durante un buen rato por si le cogía sentido a lo que decía, me amodorré con el fulgor de las estrellas y me quedé por fin dormida, ya en la raya del amanecer.

El segundo día de nuestra marcha despertó azul el cielo y despejado de nubes. El aire parecía poder beberse de lo cristalino que se nos metía en las gargantas, puro agua de manantial. Los ánimos de todos parecieron alegrársenos y hasta Mataperros, siempre grave de semblante, parecía cabalgar despreocupado. Dejábamos atrás las laderas de la sierra y el paisaje de pinos, acebos y bujedales pronto dio paso al de cajigales y carrascas. La sensación de soledad empezó a disminuir, tal vez porque los desfiladeros habían quedado a nuestra espalda y podíamos ya ver el horizonte en la distancia. En un momento del camino Mataperros se puso a cabalgar parejo al cura y empezó a hacerle preguntas sin aparentar demasiado interés. Quería saber sobre los pormenores del destacamento de soldados franceses que se había llegado hasta la

iglesia de Fontenebro. El cura le fue contando lo que a él, a su vez, le habían explicado los zagales que vieron a los franceses huir al galope: cuántos eran, por dónde habían tirado y los destrozos que habían hecho en la iglesia. No pudo revelarle muchos datos más de los que él, con sus propios ojos, contemplara cuando regresó al lugar. Halló el cura la iglesia ensuciada con los cagajones de los caballos, todo patas arriba, el cuerpo del sacristán desprovisto de cabeza y todo encharcado a su alrededor con una sangre densa y basta, muy sorbida por las moscas. A juzgar por las pezuñas de las bestias no debían de haber sido más de diez los franceses que allí se presentaron, pero, por el desbarajuste que habían organizado, bien pudiera decirse que todo un regimiento de dragones hubiese participado en la debacle. Cuando el cura volvió, era ya casi de noche y todo estaba consumado. Según le contó a Mataperros estuvo hasta el alba limpiando, reparando los destrozos y velando al muerto. Ya por la mañana bajó al pueblo en busca de ayuda para dar cristiana sepultura al pobre sacristán. No podía contar mucho más de los soldados que se habían llevado la Santa Camándula. Seguramente habrían pasado por allí borrachos y, para divertirse, no se les habría ocurrido cosa mejor que acudir a la iglesia a profanarla y rapiñar cuanto en ella encontraran de valor. ¿Qué es para esa gentuza la vida de un pobre sacristán? Nada. Un entretenimiento más. Debió asomar la cabeza por el ventanuco de la sacristía al oír el estrépito de los caballos y los otros, para divertirse, se la cortarían de un mandoble de sable. Confiaba el cura en que, por lo menos antes de recibir el filo matador, les llamara lo que eran, unos hijos de perra, unos esbirros de Satanás. Mataperros siguió haciéndole preguntas, pero el cura sostenía no saber más que lo que ya le había contado. Aquel atajo de franceses andaría aún por la comarca, haciendo de las suyas, saqueando iglesias para hacerse, con lo robado, una buena bolsa con la que acaso sostenerse en su vejez, si es que antes no se la gastaban en juergas y en mujeres.

Mataperros le observaba de reojo desde la grupa de su caballo, sin interrumpirle apenas el discurso, intentando sopesar el alcance de sus palabras, como si dudara de que fueran verdad. ¿Qué se le estaría pasando por la cabeza? He de confesar que yo no descartaba la idea de que aquella salida del campamento hubiera sido solo una estratagema para auxiliar al cura sin poner en peligro al resto de los hombres de la partida que, como era comprensible, hubieran querido participar en la proeza. Por lo que a mí se refiere, tampoco andaba yo muy convencida de que me fuera a soltar sin más allí, en lo de las monjas. No sé cómo ni de qué manera, pero dentro de mí tenía la convicción de que mi destino inmediato se hallaba, sí o sí, vinculado a Mataperros. La verdad es que muy desencaminada tampoco iba, aunque ni de lejos podía llegar a imaginarme entonces la verdadera trascendencia que para todos nosotros habría de tener aquella empresa.

Yo cabalgaba y aguardaba callada igual que un muerto, a la espera de que los acontecimientos mudasen el camino que teníamos por delante. Mataperros no gastaba la saliva así como así. Si le andaba dando palique al cura tenía que ser por algo que

deseaba sonsacarle. Sus planes solo él los conocía, pero la intención podía adivinársele a la legua, o al menos eso era lo que yo quería pensar.

Cuando al cura se le acabaron los detalles del expolio, se entretuvo en dar rienda suelta a la milagrería de la reliquia y no paró de contar curaciones múltiples propiciadas por la Santa Camándula, promesas efectuadas en su nombre, venganzas cumplidas, amores logrados, sueños conseguidos y toda una serie de sucedidos, mitad leyenda, mitad despropósito, divulgados por las gentes y magnificados por la ignorancia y la simpleza. Sin embargo, a Mataperros no parecía interesarle en absoluto aquella retahíla de historias que el cura largaba sin parar, pues, tras haber obtenido toda la información que precisaba, se adelantó con el caballo y nos dejó a los demás cabalgando a su cola.

Al caer la tarde del segundo día de marcha nos incorporamos al camino que, desde Covarrubias, sigue hasta Aranda. Mataperros nos dio instrucciones para que representásemos un papel, por si nos cruzábamos con alguna patrulla de franceses o por si alguien en el camino nos pedía cuentas de quiénes éramos y adónde nos dirigíamos. Ideó que nos hiciéramos pasar por viajeros que acudían a Burgos a las exequias de un familiar. Mojamas y la Romero serían marido y mujer; Mataperros y el niño Camuñas, padre e hijo, todos familia del finado y ávidos, por tanto, de liquidar su herencia. Yo me haría pasar por huérfana, hija de un hombre principal de las indias de ultramar, venida a estas tierras en cumplimiento de una manda para ser acogida por las hermanas clarisas en el convento de Santa María del Poyo. El cura tendría el encargo de llevarme a mi destino. Habíamos coincidido en aquel trecho del camino e íbamos juntos para darnos compañía y garantizar nuestra seguridad.

Mataperros tenía la intención de llegar, al caer la noche, al Corral del Gato, un mesón en las orillas del camino donde comeríamos caliente y dormiríamos en un jergón. Era aquel un lugar frecuentado por ladrones, espías y gentes de poco fiar, por lo que le dijo a Mojamas que al llegar indagase, a ver si averiguaba algo de la reliquia o de los franceses que se la habían llevado. Los rumores corrían veloces por los caminos y, en lugares como ese, la información podía comprarse por precio o por favores. El último tramo hasta el Corral del Gato nos resultó incómodo y tedioso. El silencio imperó en nuestras bocas. Estábamos cansados, malcomidos y nos apetecía calentarnos delante de una lumbre. A pesar de las precauciones tomadas no nos topamos con nadie, salvo con un pobre arriero medio trastornado por el terror, que venía huyendo de Vitoria.

—Allí todo es desastre y porquería. Para cambiar de acera la gente tiene que abrirse zanjas a golpe de azadón, de tanto excremento que hay en medio. Hay hambre por todas partes y la gente se come hasta las ratas. ¡Malditos franceses! Prefiero que me coma un lobo antes que inclinarme ante un francés.

Llegamos al Corral al caer la noche. El frío se había vuelto intenso y las nubes cubrían nuestras cabezas con amenaza de tormenta. Dejamos los caballos en el establo y entramos en el comedor. El lugar era grande y la chimenea ardía con leña

suficiente para calentar la estancia. Unos candiles que apestaban a tocino alumbraban las mesas. No había mucha gente por allí: tres viajantes cenando sopas en una mesa, dos hombres más con una jarra de vino y un tipo que cenaba solo de espaldas a la puerta. Ninguno se volvió al sentirnos entrar y siguieron a lo suyo, como si tal cosa. El mesonero salió a recibirnos y nos indicó una mesa a la que sentarnos. Entonces miré hacia la derecha y me dio un vuelco el corazón. En un recoveco de la estancia, tres oficiales franceses daban buena cuenta de unos cuartos de cordero. Al percatarse Mataperros de la amenaza, nos hizo un gesto reposado con la mano para insuflarnos tranquilidad.

—Comportaos como si no estuvieran —nos dijo en voz muy baja—. Si hay problemas, nos tiramos a sus cuellos y sanseacabó.

Los franceses apenas se fijaron en nosotros. Andaban entretenidos con el vino y el asado. Reían entre ellos y comían con las manos. Nos sentamos lejos y pedimos de cenar. Cuando nos quisimos dar cuenta, el posadero, un hombre enjuto y encorvado, de mirada siniestra y con aspecto mugriento que respondía al nombre de Florián, ya nos estaba haciendo preguntas comprometidas: que si quiénes éramos, que si adónde nos dirigíamos, que si habíamos tenido buen camino, que si cuánto tiempo pensábamos quedarnos por allí.

—Pasaremos la noche —le respondió Mataperros, tajante—. Mañana temprano proseguiremos nuestro viaje.

—Bien quisiera yo darles buen acomodo —dijo, con falsa modestia, el mesonero —, pero mucho me temo que no vaya a poder ser. Esta noche tengo los cuartos al completo. Tres más que solía usar se me han venido abajo al derrumbarse una parte de la techumbre, por lo que no les quedará más remedio que echarse a descansar aquí, al calor del hogar. Eso sí, jergones aireados no les han de faltar.

—Así estará bien. Estamos acostumbrados a la intemperie —respondió, parco, Mataperros.

—Usted no lo estará tanto, ¿verdad, padre? —le dijo al cura el mesonero.

—Yo con un vaso de vino me conformo, hijo mío, que la sangre de nuestro Señor Jesucristo basta para aliviarnos los padecimientos y hacer que las penas se lleven mejor.

—Pues entonces, vino que no les falte. ¡Será por eso!

Dentro de su laconismo, Mataperros representó su papel lo mejor que supo, pero el mesonero, hombre habituado a la doblez y a la impostura y al que no se le engañaba con triquiñuelas, enseguida se percató de que para nada éramos lo que decíamos ser. Debió de olernos el aire de la sierra o tal vez se fijara en los rostros curtidos y montaraces de Mojamas y la Romero, pero el caso es que nos echó de reojo dos miradas con las que vino a decirnos que ni con queso se la dábamos.

Nos trajo la cena una muchacha oronda que escanciaba las jarras y atendía los fogones. Se llamaba Juana y tenía una sonrisa simpática a dos carrillos que daba gusto verla. Comimos guiso de verduras, un poco de salpicón de liebre y unos

torreznos grasientos con los que nos llenamos las tripas a discreción. El vino tampoco nos faltó.

Cenamos en silencio, atentos a los franceses de la mesa cercana, no fuesen a jorobarnos el apetito con una pregunta inoportuna. Uno de los oficiales, un muchacho con pinta de bisoño que tenía el pelo color melaza y los párpados saltones como los escuerzos, no me quitaba el ojo de encima. Mataperros se percató de su interés por mí, pero disimuló e hizo como si nada sucediera. Me imaginé al francés abriendo la boca y sacando de dentro una lengua larga y pegajosa, cuya punta llegase hasta mis labios para posarse sobre ellos y libarlos sin parar. Me eché a reír para mis adentros cuando pensé que, si aquello sucedía Mataperros sacaría la navaja y se la cortaría de un tajo en dos. Cuando estábamos a mitad de la cena, aquel oficial, a todas luces muy bebido, se levantó de la silla y, con pasos tambaleantes, se acercó a nosotros. Sostenía entre las manos una jarra de vino; la movía hacia los lados y salpicaba el suelo. En el extremo de la mesa, por debajo de la manta que tenía puesta en el regazo, vi asomar el cañón de la pistola del niño Camuñas.

Todos contuvimos la respiración. El oficial francés se detuvo a nuestro lado y apoyó la palma de su mano en la mesa para estabilizar el equilibrio. Tras unos segundos de silencio, sacó una sonrisa imbécil y escanció un vaso para la Romero y después otro para mí.

—Mujeres bellas —dijo gangoseando—. Hay que brindar por las mujeres bellas. ¡Vivan las mujeres bellas de España!

La Romero no había visto nunca un francés tan de cerca sin antes haberle hundido en el vientre una navaja, pero esta vez se contuvo por no echar a perder la cena que quedaba y apuró el vaso que se le ofrecía. Después, miró al oficial con desagrado, torció la cabeza y escupió al suelo en señal de desprecio.

—Dices bien —le respondió acto seguido—, pero vosotros, los gabachos, no tenéis arrastres para tratarnos como merecemos, que sois todos una panda de esmirriados.

El oficial quedó aturullado con aquella palabrería que no debió de entender del todo: el desconcierto afloró en su cara unos segundos; sin embargo, era tal la sorna con que le había hablado la Romero que hasta debió hacerle gracia la confusión y, al no saber muy bien qué hacer, optó por echarse a reír.

—¡Vivan las mujeres españolas! —volvió a decir levantando la jarra de vino—. ¡Bravo por las mujeres bravas! —El oficial nos brindó una sonrisa de satisfacción y se retiró a su mesa, complacido. Mataperros apartó la mano de la culata de su arma y pudimos dar cuenta de la cena sin más interrupciones que las numerosas peticiones de Juan Mojamas a la mesonera para que nos rellenase la jarra con vino de ese aguado que se servía por allí.

—¿Otra jarra?

Tú sí que sabes, muchacha. Llénala hasta arriba esta vez, que el vino que nos sirves parece de manantial.

Y la chica, entre risas y zalamerías subidas de tono, se la iba llenando una y otra vez ante la mirada vigilante de Mataperros.

El cura no se andaba a la zaga de Mojamas en cuanto a lo de empinar el codo, pues se daba sus buenos viajes con la jarra, sin apenas recato, con poca prudencia y con menos contención. Resultaba chocante ver a aquel hombre de iglesia propasándose con el vino de esa manera casi bacanal. A cada sorbo que daba se le inflamaban los mofletes con el color caliente de la sangre. Apenas cataba comida el condenado, pero por cada sorbo de los otros él se metía a lo mejor tres para el buche. Mataperros se dio cuenta de aquella afición desmesurada del sacerdote por el vino, que dejaba en pañales a la de Juan Mojamas, bebedor de sustancia donde los hubiera. Ambos entrechocaban los vasos y brindaban entre sí. Mojamas le decía al cura que no se apurase por lo suyo, que tarde o temprano, con su ayuda o sin ella, encontraría lo que buscaba y que lo devolvería al sitio que le correspondía en la iglesia de Fontenebro. El cura asentía y se echaba a lagrimear por la pérdida. Luego, pedía más vino.

—Moza, tráenos otra jarra más, que la condescendencia del Señor es grande para con las ovejas de su rebaño.

Pero aquel cura no se limitaba a darle al tinto a base de bien: cada vez que venía la muchacha con una jarra llena y se inclinaba para dejarla sobre la mesa, le echaba la mano por detrás de la cintura y le pellizcaba el trasero con poco disimulo, lo cual no dejaba de ser sorprendente dados los hábitos que profesaba aquel sobón. La moza, interesada, se dejaba hacer por si sacaba algo del juego, pero el toqueteo que se traían no se nos escapó a ninguno.

Los oficiales franceses terminaron de cenar. Pagaron al mesonero sin discutirle lo exagerado del precio que les cobraba y se marcharon dando traspiés. Uno de ellos, antes de salir por la puerta, se volvió hacia nosotros, apretó el puño en la empuñadura del sable y, con palabras seseantes, nos dijo que tuviéramos cuidado por los caminos porque estaban llenos de bandoleros y de ladrones, y que, si teníamos algún contratiempo, no dudásemos en buscar su ayuda en el regimiento que estaba acampado en un pueblo cerca de allí. Acto seguido dio un taconazo en el suelo, hizo una inclinación absurda de cabeza y se marchó con sus colegas haciendo eses, a seguir matando patriotas españoles a la mayor gloria de su emperador.

—Si se topan estos ahora con alguno de la partida del Canene o del Pelambres, les untan el tocino en pan sin darles tiempo a percatarse de que les vacían las entrañas —comentó la Romero cuando se hubieron marchado.

Ella era harto descriptiva para con las cosas del cuerpo a cuerpo y muchas de las veces que hablaba no se distinguía si lo hacía de guisos y pucheros o de franceses desventrados con mandobles de navaja. La verdad es que, tal y como iban de puestos aquellos oficiales, de toparse ahora con algún guerrillero sus vidas irían al infierno en un pispás. Allá ellos y su destino, que tampoco era asunto mío ponerme a velar por la salvación de sus almas.

Las otras gentes que andaban cenando en la posada se fueron yendo sin decir ni mu. El miedo era grande y una palabra de más podía comprometer. El hombre que teníamos de espaldas en la mesa más alejada también se retiró a descansar. Durante todo el rato me había pasado desapercibido, pero ahora que me fijaba en él me daba la impresión de no ser como los demás. Su indumentaria no era la de un arriero, precisamente. Se levantó de su silla, plegó su capa sobre el brazo, se caló el sombrero bien calado y, sin apenas girar la cabeza, nos dio las buenas noches y fue a perderse escaleras arriba. El corazón me palpitó, pero no quise hacerme caso. Sería el vino bebido de más.

El comedor se quedó vacío y en penumbra. El mesonero se acercó entonces a nuestra mesa con un buen plato de queso que nos traía de balde.

—Es del bueno, bien curado. Coman, que les gustará.

Aprovechó aquel hombre su detalle para intentar sonsacarnos información: que si de dónde éramos, que si adónde íbamos, que si sabíamos esto o aquello, que si por el camino habíamos visto guerrilleros… y otras preguntas más que él dejaba caer bien acicaladas para que no se le notasen demasiado los pormenores de su curiosidad, pero Mataperros no era tonto y tenía de sobra medido el alcance de todo aquello, con lo que solo monosílabos salieron de su boca. En un momento dado, aprovechando que los demás rubricábamos la cena dando buena cuenta de aquel queso que, todo hay que decirlo, era un manjar, Mataperros se retiró con el posadero a un lugar aparte con el pretexto de ajustar con él las cuentas del hospedaje.

—Déjeme, padre, que me haga yo cargo de sus gastos, que lo que usted ahora se ahorra seguro que en misas por mi pariente fallecido lo dará.

—Bien dices, hijo mío, que las cosas de Dios siempre han sido harto costosas y es menester alimentar a los que le sirven con modestia y humildad.

Me intrigó lo que pretendía Mataperros tratar en privado con aquel hombre. Le dije a la Romero que tenía que salir a orinar y me esfumé. Tuve que husmear por todas partes hasta dar con ellos. Estaban más allá de las cocinas, en un cuarto con grandes tinajas que debía de servir de despensa. De allí salía aire frío y con olor a moho. La puerta entreabierta dejaba escapar sus voces. Me acerqué sin que me vieran y me esforcé lo más que pude en escuchar lo que hablaban.

—Llega desde Vitoria una división de quinientos dragones a caballo con unos dos mil soldados de infantería —decía el mesonero—. No se sabe el destino que llevan, pero todo apunta a que quieren tomar Burgos. Andan mandando escuadrones por todas partes para tantear el terreno. No se fían de lo que vayan a encontrarse. En cuanto se apartan del Camino Real todo se les vuelve calamidades. —El mesonero hablaba bajo, casi en un susurro discontinuo—. Son soldados recios, curtidos en batallas importantes. Vienen de Austria y de Prusia. Lo sucedido en Bailén ha dejado a Napoleón asustadito. Ahora ya sabe lo que se le va a venir encima si se empeña en quedarse por aquí.

—¿Eran de esos los franceses que saquearon la iglesia de Fontenebro? —

preguntó entonces a quemarropa Mataperros.

El posadero se quedó extrañado, como si aquella pregunta no viniera al caso.

—¿La iglesia de Fontenebro? ¿Allá por Foncebadón? —El posadero se rascó la nuca y puso cara de no gustarle mucho aquel asunto—. Poco sé yo de eso —continuó —. Los caminos traen noticias, pero a menudo llegan confusas. Estos soldados que andan por aquí son disciplinados y no se apartan de las columnas, ni aunque se lo ordenen los oficiales. Saben que les va la vida en ello. Es verdad que cuando entran en un pueblo arrasan con lo que pillan, pero no suelen cebarse con las cosas de Dios. ¿Quién le ha hablado a usted de lo de Fontenebro?

Mataperros evitó responder a la pregunta que se le hacía.

—Dicen que llegaron al galope, mataron al sacristán y profanaron la iglesia.

—Cosas peores se han visto —repuso el posadero, indiferente.

—¿Sabe si se llevaron algo de allí? —insistió Mataperros para tirarle de la lengua.

—¿Algo de qué?

—Algo de valor.

—Algo se llevarían. Tal vez una reliquia —insinuó el posadero.

—¿Una reliquia? —repitió Mataperros simulando extrañeza—. ¿Para qué van a querer los gabachos una reliquia si son todos de la cuerda de Satanás?

—A lo mejor para dársela a él —ironizó el posadero. Se aproximó entonces a Mataperros y, como queriéndose ganar su confianza, fue y le dijo en voz muy baja:

—¿Por qué le interesa a usted saber de Fontenebro? Dígamelo que de mí puede fiarse. Por este mesón pasan gentes de todos los lugares, de todos los pelajes, de toda condición. Aquí se hacen tratos, se dicen cosas, se venden favores… usted ya me entiende, y de esos tratos vamos tirando los demás. Yo abro las orejas y ato cabos. Luego negocio si se tercia. Negociar no hace mal a nadie, ¿no le parece? En la transacción está el futuro, amigo mío. Usted seguro que también guarda algo con lo que poder negociar. No tiene mucha pinta de ser un aldeano camino de Burgos para asistir a un funeral. Pero descuide que aquí somos todos patriotas y por el rey Fernando hacemos lo que sea menester. Por eso le conviene a usted tener cuidado y avenirse a negociar. Dígame lo que usted sabe y yo le diré lo que quiere saber.

El discurso de aquel hombre era nauseabundo. Florián, el posadero, pertenecía a esa categoría de gentes sin más principios que los que se derivan del propio provecho. Barateros, especuladores, gangueros, intermediarios, gentuza sin escrúpulos capaz de privarle a un niño hambriento de un mendrugo con tal de dar satisfacción a su propio interés. Bien merecerían todos ponerse a criar malvas. Chusma dañina que se vende al mejor postor y aparenta luego una dignidad de la que carecen por completo. Traficantes de carroña. Desechos de escorial.

—¿Quiere saber de la iglesia de Fontenebro? —continuó tanteando el posadero —, pues dígame de dónde ha salido la muchacha que va con el cura. No tiene la facha de ser de por aquí. Negocie conmigo y saldrá bien parado. Todo se acaba sabiendo en

los caminos, y hasta mis oídos han llegado los rumores de un carruaje asaltado y de un inglés en paños menores abandonado a su suerte junto a su hija y a su mujer. ¿Le suena el asunto? Dicen que les entregó a unos bandidos la dama de compañía con la que viajaban, una ingrata con cara de sabandija venida de las colonias de ultramar. Se anda buscando a los culpables. El corregidor, que es hombre afrancesado, no quiere desmanes por la comarca; ha puesto precio a sus cabezas. Dicen que son de la partida de Mataperros. Los franceses le han prometido cosas magras si mantiene el orden en los caminos. No hace falta mirarlos muy de cerca para adivinar que ustedes han bajado de los montes. Eso salta a la vista. ¿Son patriotas? ¿En qué partida andan? Gentes del Chambergo no parecen y, para ser de los de Francisquete, andarían muy al norte. Todo es trato en la vida, amigo mío. Negocie usted conmigo y saquemos de este asunto ventaja los dos.

—No es mi negocio sacar ganancia de la necesidad de los demás.

—Su negocio es querer saber lo que no sabe.

—¿Y qué es lo que no sé?

—Por los caminos se dicen cosas, ya le digo, pero vaya usted a saber si son verdad.

—¿Qué cosas son esas que se dicen?

—Que en la iglesia de Fontenebro mataron unos dragones al sacristán, cuando lo cierto es que allí no había ninguno.

—¿Ninguno? ¿Y el muerto entonces?

—Quién sabe, a lo mejor era el mismísimo cura. Llegan confusas las noticias y no se lo podría asegurar.

—¿Qué más puede decirme de lo sucedido en Fontenebro?

—Qué el muerto era hombre viejo en todo caso y que no se pudo defender.

—¿Y eso de qué me sirve a mí saberlo? —le replicó Mataperros escurridizo.

—Ni lo sé, ni me importa, pero es información al fin y al cabo y otro en su lugar bien haría en considerarla. Son estos tiempos de mucho engaño y el diablo se disfraza de lo que no es. Hay que andarse con cuidado y tener los ojos bien abiertos. Usted ya me entiende, amigo mío.

Mataperros se le quedó mirando con fastidio. Chispas le saltaban de los ojos. No dijo nada, sin embargo. Calibraba el efecto de su silencio. En otras circunstancias tal vez le hubiera vaciado de información a punta de pistola, pero aquella noche se contuvo. Se oyó a la Romero vocear mi nombre de repente y aquella conversación se interrumpió.

—¡Rosario, Rosario! ¿Dónde te metes, condenada? Ayúdame a varear estos jergones que están más duros que las piedras del río.

Mataperros y el mesonero miraron hacia la puerta y yo salí corriendo a escape. ¿Me habrían visto espiándolos? Ni pensar quería en lo que podía ser de mí como Mataperros me hubiera pillado. De momento, tenía bastante con lo que había escuchado de su conversación. Aquel hombre que decía ser el cura de Fontenebro nos

había engañado en lo de la muerte del sacristán y daba la casualidad de que el posadero lo sabía. ¿Por qué le habría mentido a Mataperros? Y, sobre todo, ¿qué interés verdadero tenía en recuperar la reliquia de la Santa Camándula? Eran preguntas, de momento, sin respuesta. Veríamos lo que Mataperros hacía ahora con él.

Llegué al comedor por la puerta de atrás. Juana, la moza de la posada, había extendido varios jergones sobre el suelo, en frente de la chimenea, y la Romero estaba ahora aderezándolos con mantas para dormir.

—¿Dónde diablos te habías metido, mujer?

—Hacía de vientre —le respondí llevándome las manos al estómago como si la tripa me doliera.

—¿Lo ves? Eso te pasa por llenarte la panza. Siempre estamos con lo mismo. Primero a atiborrarnos y después a vaciarnos, y así una y otra vez. ¿Y qué es lo que sacamos entremedias? Lorzas por todas partes. ¡Y ay del que no coma!, porque se muere. ¡Y ay del que no cague!, porque revienta. Tristes vidas las nuestras, metidas en estos cuerpos repletos de inmundicia. Y menos mal que somos españoles, que los de los franceses huelen aun peor.

Mataperros regresó entonces al comedor junto al posadero. Tenía la cara contrariada, más todavía que antes, y tuve miedo de que fuese a tomarla conmigo.

—Mañana al alba nos iremos —le dijo a Florián—. Tenga preparados los caballos y puestas algunas raciones en los talegos. Aún nos queda buen trecho que cabalgar y no quiero que andemos cortos de alimentos.

—Lo que usted me mande, señor —repuso el posadero con fingida sumisión—. Yo estoy aquí para servirle a Dios y a usted y al rey de España. ¡Juana! —gritó azorado—, ponles unos vasitos de moscatel a estos señores de mi parte para que se vayan a la cama con buen sabor de boca por lo menos.

Juan Mojamas, que se había acomodado ya en su jergón, asomó los dientes con una sonrisa ridícula, más de conejo que de felicidad. La idea del vino moscatel le había espabilado la duermevela. Se frotó las manos y se dispuso a paladear el asunto. La moza sirvió con generosidad notoria los vasos del convite. El cura de Fontenebro, sentado en su jergón, aprovechó la ocasión para restregarle bien entera la palma de la mano por todo aquel planeta indómito que respingaba su juventud. No todos se percataron de la maniobra, pero yo sí me fijé. ¿Ese un cura? No, a mí no me la daba ya más, y supuse que tampoco a Mataperros. Todos bebimos entusiasmados menos él, que, desabrido como era, rehusó. Iba ya siendo tarde y el viento de fuera dibujaba remolinos de hollín en el tiro del hogar. Por la mañana, el alba saldría nueva para todos y las sendas tenebrosas de los caminos se disolverían con la luz del sol. Ahora había llegado el momento de descansar y de olvidarse para siempre de las penalidades de la jornada. El día siguiente se aproximaba poco a poco y prometía ser crucial.

La noche transcurrió con sobresaltos. Aunque los jergones sirvieran de consuelo a nuestros huesos doloridos, las circunstancias no nos los dejaron disfrutar como teníamos merecido, sobre todo a mí, que estuve en vela triscando por los corredores de la posada como ahora contaré.

Mataperros no se acostó cuando lo hicimos nosotros. Dijo que el sueño no le acompañaba todavía y que se quedaría vigilando la entrada en el zaguán. Tal vez temiera la llegada intempestiva de algún destacamento francés, a lo mejor propiciada por los mismos oficiales que habían estado cenando a nuestro lado, o quizá fuera que sospechase alguna delación por parte de Florián el posadero. Anduve un buen rato cavilando en mi jergón sobre lo escuchado en la conversación que Mataperros mantuvo con él. ¿Sería verdad que al cura de Fontenebro le habían matado los franceses? Si eso era así, ¿quién era entonces ese hombre que se hacía pasar por él? ¿Por qué, aun a riesgo de su vida, había subido a la sierra en busca de ayuda? Aquello no dejaba de parecer extraño. Tal vez lo que contara el mesonero no fuese cierto. Tal vez hubiera instilado aposta la mentira en las orejas de Mataperros, sabe Dios con qué propósito. ¿Cómo averiguar la verdad? Mataperros, sin embargo, no había hecho a nadie partícipe de su descubrimiento. ¿A qué estaría esperando? Al día siguiente tomaríamos ya el Camino Real y el cura quedaría a su albedrío para ir a donde le viniese en gana. No quedaban muchas ocasiones para desenmascararle.

Las últimas luces se apagaron y todo quedó en silencio. Con los ruidos de la noche, ese mundo invisible de gorgoteos inexplicables empezó a florecer a mi alrededor. Crujía el techo, gemía el adobe, hollaban las vigas los paseos de ratas y cucarachas, ululaba el viento en el hogar y, de vez en cuando, algún pedo tormentoso que la Romero soltaba a pierna suelta asomaba su hedor. Debía haberle sentado bien la cena y las tripas le agradecían con semejante melodía el ser llenadas con generosidad. Todos se durmieron enseguida menos yo, que permanecí en vela cavilando sobre lo que habría de hacer en cuanto Mataperros me dejara en el convento. Por las noches no es bueno dejar correr el pensamiento con divagaciones desmesuradas porque todo se presenta turbio y turbulento, y hasta lo esclarecido por la luz del sol se nos muestra tiznado de desesperanza. Me levanté y salí de puntillas. Al pasar por delante de Mojamas pareció despertarse, pero se dio media vuelta y siguió roque. Por un momento tuve la sensación de que, en realidad, se estaba haciendo el dormido y que me estaba espiando con un ojo abierto y el otro no. Caminé unos pasos más y me detuve. Le miré de refilón, pero allí seguía sin mover la postura, roncando de maravilla, con la boca entreabierta y esa barba de bendito, blanca como miga candeal, que le chorreaba por el cuello. Salí de allí y, caminando con sigilo, me dirigí hacia el zaguán. Distinguí a Mataperros, un bulto entre las sombras. Mascaba sus pensamientos en la soledad de la estancia. ¡A saber qué digestión le estarían dando! Era fría y venteada la noche; noche desapacible, noche de lobos al acecho y de traidores ahorcados en los árboles. Mataperros se había envuelto en una manta y estaba acurrucado detrás de unos sacos de forraje que allí se

amontonaban. Vi el humo de su cigarro desliéndose al contraluz del candil que colgaba en el portalón. Nada le dije; no quise hacerme notar. Durante un buen rato lo estuve observando desde lejos, recorriendo una y otra vez la silueta angulosa de su cara, a ver si le sacaba alguna expresión. Tentada estuve de acercarme a él y de hablarle. Tal vez lo recogido de la hora y la penumbra del zaguán liberaran su corazón y propiciaran alguna confidencia, pero un instinto extraño, como de vida o muerte, me lo impidió. ¿Le tenía miedo o acaso era otro el sentimiento que me impedía aproximarme? No quise profundizar en la respuesta so pena de salir mal parada, así que opté por regresar al comedor y echarme de nuevo a dormir junto a los otros. Cuando entraba en la estancia vi al cura levantarse de su jergón. Se puso de pie y empezó a andar de puntillas. Intrigada, lo seguí. Salió por la puerta que comunicaba con las cocinas y después atravesó un pasillo hasta llegar a una cancela de troncos ensamblados por sogas que comunicaba con el establo. Entró. Gracias al mecanismo de una polea, la cancela se cerró tras de sí. Me acerqué a toda prisa. No quise abrirla y me puse a mirar por una de las rendijas que dejaban las junturas. ¡Ilusa de mí! ¿Qué pensaba que iba a descubrir? Allí nada había salvo el cura orinando. ¡Válgame Dios, qué espectáculo para contemplar! Me reí para mis adentros, no porque me hiciera gracia el chorro del sacerdote, sino por mi infundada suspicacia. Decidí volver al jergón e intentar conciliar el sueño, y así lo hice. Me acosté, sin embargo, con los ojos abiertos. Mucho me temía que tampoco esta vez pudiera dormirme. Aguardé un buen rato, a ver si me venía el sopor, y entonces caí en la cuenta de que el cura no había regresado todavía. Me levanté a toda prisa y corrí hacia el establo. Miré por las rendijas, pero no vi nada. Abrí entonces el portón, pero tampoco había nadie dentro. El falso cura se había esfumado, ¡fus!, como gato escaldado. Pensé en regresar al zaguán y alertar a Mataperros, pero si lo hacía y le revelaba que había estado escuchando su conversación con el posadero de seguro que se enfadaría conmigo, y aquello era lo que menos me convenía en aquel instante. Por otro lado, estaba convencida de que me había visto espiándolos, así que nada tenía que perder. Ante aquel dilema no supe qué hacer y, al final, decidí volver al jergón. Intenté cerrar los ojos para que el sueño me llegara, pero pronto empecé a oír ruidos en el piso de arriba, puertas que chirriaban, pasos sobre la madera y siseo de palabras llevadas en el aire. Volví a levantarme. Subí por una escalera que comunicaba con la parte trasera del mesón. Vi la luz de un candil que a duras penas iluminaba lo largo del pasillo. Asomé la cara desde el quicio de la escalera. Me pareció ver a Juana, la moza de la fonda, pero su silueta desapareció por la puerta de uno de los cuartos que de repente se cerró. ¿Estaría el cura ahí dentro?

Aguardé unos minutos a que algún ruido me corroborase lo que yo imaginaba que estaba ocurriendo tras la puerta, pero el silencio era tan absoluto que me desconcerté. De repente oí unos crujidos que esta vez procedían del piso de abajo. Eran pasos que subían hacia mí. Corrí a esconderme y me metí en el hueco que hacía la escalera al doblar hacia el desván. Alguien se acercaba. Oí el rechinar de la escalera. Subía

despacio, procurando no hacer ruido. Era Florián, el posadero. Vestía camisón de dormir y en la mano llevaba una palmatoria que humeaba de manera pestífera y que olía a sebo quemado. Se acercó al cuarto en el que se había metido la muchacha y llamó a la puerta con los nudillos. La puerta se abrió y el posadero se metió dentro rápidamente y sin decir palabra. Volví a acercarme hasta allí. Puse el ojo en la cerradura, pero nada se veía. ¿Qué estarían haciendo dentro el cura, el posadero y la muchacha? De nuevo estuve tentada de alertar a Mataperros, pero otra vez me eché para atrás. Sería mejor dejarlos a los tres hacer a su antojo, así me cabía la esperanza de oír algún retazo de conversación que pudiera darme un indicio de lo que andaban tramando. Reconozco que la curiosidad derrotó al sentido común, pero ahí me quedé quieta, sin mover ni las pestañas, aguardando una palabra, un sonido, un mero indicio que me sirviera para averiguar qué se estaba tramando allí dentro. Tras un buen rato de espera infructuosa, retrocedí de nuevo hasta el hueco de la escalera y allí me acurruqué aguardando acontecimientos. No sé cuánto tiempo estuve así. El cansancio me hacía bostezar y las cabezadas me indicaban que el sueño me estaba venciendo. Estuve tentada de volverme al jergón, olvidarme de todo y echarme a descansar. Hacía frío. Debí quedarme dormida porque las piernas se me entumecieron por completo. Sentí dolor e intenté levantarme. Hice un esfuerzo inútil. Aquella postura me había dejado paralizada. Lo volví a intentar, esta vez agarrándome con ambas manos a la barandilla de la escalera. Lo estaba consiguiendo cuando, de pronto, sentí una brisa helada a mis espaldas. Sin saber por qué, intuí una presencia extraña. Me quedé quieta, asustada, conteniendo la respiración. Una ventana debía haberse abierto, pues una ráfaga de aire ventiló el pasillo. Oí pasos metálicos, como si alguien provisto de espuelas anduviera paseando por allí. Sin moverme una pizca de donde estaba giré los ojos para ver quién era, y lo que vi me asustó: un hombre alto, embozado en una capa color cuervo y con un sombrero calado hasta las cejas venía caminando hacia mí desde el otro lado del pasillo. No le pude distinguir de la cara salvo lo rectilíneo de su nariz. Al pasar por delante de donde andaba yo escondida me llegó un aroma intenso a flores frescas que achaqué a uno de esos pañuelos perfumados que suelen usar los petimetres para espantar el hedor. Con casi total seguridad aquel hombre era el mismo que había estado cenando unas horas antes en la mesa más apartada del comedor, pero ahora, de cerca, su figura parecía más sombría y fantasmal. El hombre se detuvo ante la puerta por la que había entrado el posadero y llamó golpeando con el puño cerrado. Se abrió al instante, entró en el cuarto y la puerta se cerró.

El sueño se me esfumó por completo con aquella aparición. Cuando la posada quedó de nuevo en silencio, asomé la oreja a la puerta para ver si esta vez captaba alguna conversación. No me cupo duda alguna. Los gemidos de placer eran palmarios. Aquello no tenía demasiado sentido, sin embargo: ¿el posadero, la moza, el hombre de la capa y el falso cura allí metidos, todos en revoltijo carnal? Raro asunto era ese, cuando menos; raro por no decir abominable. No quise esperar a que

acabasen con lo suyo. Esta vez me decidí a avisar a Mataperros. Bajé las escaleras saltando los peldaños de dos en dos. Salí al patio trasero y di la vuelta rodeando el muro para entrar al mesón por el zaguán. Mataperros se había quedado adormilado junto a los sacos y, al no reconocerme, me apuntó con su pistolón.

—¡Alto ahí! ¡¿Quién vive?!

—¡Soy yo, Rosario, no te alarmes! —le dije jadeando—. Tienes que venir conmigo, corre, no sabes la que se está montando ahí dentro.

Él, sereno, me preguntó qué sucedía. Le conté que había visto al cura meterse en uno de los cuartos junto al posadero y a otro hombre, pero sin darle más detalles al respecto. Mataperros recelaba de lo que le decía, pero le convencí para que me acompañara al piso de arriba. Al atravesar el comedor se acercó hasta los jergones para cerciorarse de que el cura no estaba allí. La Romero roncaba a su albedrío, pero, aunque sus ronquidos tronasen de lo lindo no eran suficientes para alterar el sueño de los demás. Mataperros se agachó y meneó el jergón en el que el cura se había acostado. Para mi sorpresa, este emergió de entre las mantas con la cara macilenta, como de cera. Entonces se puso a toser y a proferir arcadas largas, sonoras y desagradables.

—Me ha sentado mal el vino —dijo con un hilillo de voz—, ese mesonero lo debe fermentar con gato muerto, de ahí el nombre de este sitio. Malditos posaderos avarientos, ¡así los quemen a todos en el infierno!

Aquello no era posible. ¿Cómo podía estar el cura allí si yo le había visto entrar en el cuarto de arriba? Mataperros me lanzó una mirada de reproche, dura y fría. Debía tener muy claro que cuanto le había contado no era más que una patraña salida de mi imaginación. Y, sin embargo, yo había sido testigo de aquellos sucesos. ¿Acaso había perdido la razón?, ¿o es que el sueño me había vencido acurrucada en la escalera y había sido todo el fruto de una delirante pesadilla?

—Al vino bebido de más se le llama «mona», padre. Ande, duerma usted, que la noche está ya bien entrada y pronto amanecerá. Y tú —me dijo con reproche—, a ver si con las monjas se te espabila el juicio. Vamos, échate a dormir y descansa, que mañana tenemos un buen trecho por recorrer.

Le obedecí sin rechistar y me acosté avergonzada. ¿Qué había sucedido? ¿De dónde demonios había salido el cura? Lo cierto es que a todo correr bien podía haberle dado tiempo a bajar al comedor y meterse en el jergón, pero, claro está, para eso habría tenido que saber primero que yo había ido a dar la alerta, y eso era ya más improbable. ¿O no? No supe qué pensar. Mataperros se volvió al zaguán sin decir palabra. Yo seguía perpleja. Estuve un buen rato cavilando. Mil pensamientos me aturdían la cabeza, todos enredados, todos a la vez. Empezaba a estar rendida por el sueño cuando, de repente, oí un ruido de pasos a mis espaldas. Sin moverme del jergón hice por ver quién era. Alguien entraba desde la cocina. Venía de puntillas, sigiloso. Me cubrí con la manta y me hice la dormida. El ruido se volvió sombra y la sombra bulto que se aproximaba cada vez más. ¡Venía a por mí! Estuve tentada en

echar mano a un cuchillo y abalanzarme, pero ninguno tenía a mi alcance. Pensé en despabilar a la Romero, pero su sueño era tan profundo que hubiera necesitado echarle encima un balde de agua helada para conseguir hacerla regresar a la vigilia. Los pasos se aproximaban. Pensé en el embozado. Contuve la respiración. Si me atacaba, gritaría y Mataperros vendría en mi auxilio. Sentí sus pasos cada vez más cerca. Ahí estaba, detrás de mi cabeza, no había duda. Me quedé muy quieta, inmóvil. Sentí un escalofrío y aguardé a que una mano se me echase al cuello, pero nada sucedió. Un ruido a mi derecha me indicó que alguien se metía en el jergón. Me incorporé de golpe al ver de quién se trataba.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Nada. Tú sigue durmiendo. Tenía seca la garganta y he ido a por agua.

Era Juan Mojamas. Se había envuelto en las mantas y se había tumbado de lado, dándome la espalda.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté en voz baja.

—Sí, sí. Tú duerme, que ya estoy mejor.

Me quedé más desconcertada aún de lo que estaba ¿Habría sido Juan Mojamas a quien había visto meterse en aquel cuarto en vez de al cura?

Ninguna de mis sospechas tenía sentido. ¿Qué se le habría perdido a Mojamas con esa gente? Pasaban cosas extrañas en aquel lugar, cosas que no me era dado comprender. Quedaba ya poco para el alba y sería mejor que me durmiese un rato. ¿Qué otra cosa mejor podía hacer? Sin embargo, tanto cavilar me lo impedía. Hice el propósito de cerrar los ojos. Pasó un poco de tiempo y de repente, en mitad del silencio, una detonación sonó atronante, después otra más y luego oí un caballo relinchar. El niño Camuñas fue el primero en levantarse. Lo hizo de un salto y salió corriendo hacia el zaguán de donde provenían los disparos. Todos fuimos detrás de él. Mataperros sostenía humeante la pistola.

—Alguien salió del establo. Fui a mirar y, al verme, se abalanzó hacia mí con el caballo. Quería arrollarme. Le disparé, pero huyó al galope.

—¿Quién era? —preguntó Juan Mojamas.

—No le pude ver la cara. Se me echó encima. No tuve tiempo ni de darle el alto.

Llegó entonces el posadero, vestido con gorro y camisa de dormir. Echó, histriónico, las manos al cielo, mentando a la fatalidad y se puso a proferir tonterías:

—¡Dios mío!, ¿qué ocurre? ¿Por qué esos disparos? ¡Un altercado en mi casa! ¡Loado sea el Santísimo! Eso no es bueno para el negocio. ¡La ruina, vais a traerme!, ¡la ruina y la miseria! ¡Válgame Dios!

—Alguien ha intentado atacarme —le echó en cara Mataperros.

—¡Dios mío! ¿Quién?

—Tú lo sabrás. Salió del establo y se me vino encima con su montura.

—Eso es imposible. Yo no albergo bergantes bajo mi techo. Habrá sido un equívoco, una confusión.

El mesonero se fue para al establo a revisar las cabalgaduras que allí se

albergaban. Le seguimos. Todos los animales estaban donde debían excepto uno, el del hombre que cenara en solitario la noche anterior. El posadero fingió perplejidad y empezó a excusarse diciendo que él nada tenía que ver con ese asunto, que de nada conocía a aquel huésped y que nunca antes le había visto por el mesón.

—Será un espía al servicio de los franceses, que ahora los hay en abundancia. Son ralea que va por los caminos husmeando a ver qué saca. Abren bien las orejas y escuchan aquí y allá y venden luego la información. Malos tiempos los que corren para vivir de la honradez.

—Y buenos para sacarle partido a la traición —repuso Mataperros.

El posadero agachó las orejas y calló la boca, dándose tal vez por aludido.

Mataperros se inclinó para examinar las huellas que el caballo había dejado. Acercó un candil al suelo y pasó el dedo índice por la marca de la herradura.

—Ese hombre iba a por ti —le dije entonces, muy echada para adelante, para fraternizar con su suerte.

—Y tú qué sabrás —dijo displicente.

Me quedé desconcertada con aquella respuesta. Estaba claro que pretendía desairarme. Le miré a los ojos, buscando en ellos un destello que me mostrara por lo menos conmiseración, pero no encontré nada en ellos salvo ira. Así que me callé. ¿Para qué decir palabra alguna, para qué advertirle de lo que yo empezaba a sospechar; que el posadero, la moza, el cura y el hombre que le había embestido estaban conjurados entre sí y que algo tramaban contra nosotros? Allá él si le intentaban matar de nuevo. Su vida era solo asunto suyo. Bien claro me lo había querido dejar. Volví al comedor. ¿Para qué perder el tiempo con quien no permite que le cuiden? Estaba muy cansada, hacía frío y quedaba muy poca noche por dormir.

Para unos, son las tierras las que forjan el carácter de los hombres; para otros, no es el paisaje en el que habitan, sino la adversidad con la que porfían lo que cincela el ser de las personas. A igual adversidad, igual comportamiento y similar respuesta. Si esto fuera cierto, no resultaría difícil explicar cómo aquellos pobres hombres sumidos en el abandono del Estado, sumisos, crédulos, acostumbrados a agachar la cabeza ante las impertinencias de los amos y las altanerías de los poderosos, macerados en la ignorancia atávica y con la tripa más llena de vanas creencias que de alimento, se echaron a las calles y a los montes para expulsar al invasor. Desconocían que, cuando mataban a un soldado francés, se hincaban el puñal en ellos mismos y aniquilaban por entero esas ideas que hubieran podido redimirlos de la miseria del pasado y, a lo mejor, proporcionarles un futuro benigno en vez de aquel futuro trágico y desesperanzado que habrían de encontrar a la vuelta de la esquina, para su horror y maldición. ¡Patriotas! ¡Salvadores de la patria! ¡Guerrilleros! De todo se llamaban aquellos pobres altruistas que daban sus vidas a la historia a cambio de bien poco. Y todo en nombre de un rey mastuerzo y de un príncipe glotón y brutal. Los años cumplidos dan perspectiva de las cosas vividas y, a veces, hasta remedo de sabiduría, pero no todos tienen la suerte de durar lo suficiente como para poder mirar hacia atrás

y comprender lo errores en los que incurrieron. ¡Cuánto desperdicio de juventud, Agustina querida! ¡Cuántos cadáveres pudriéndose bajo el sol implacable de las Españas! La guerra es lo que tiene, pero si es cierto que del estiércol brota la semilla, más cierto es aún que de aquel estercolero de cadáveres en el que se convirtió la tierra invadida no brotaron más que las cruces de los cementerios, sin mayor provecho, escarmiento o lección.

Mataperros se quedaba impasible ante el sufrimiento ajeno. Era duro, más si cabe que las piedras, y tenía un corazón repleto de dolor propio que le hacía inmune al padecer de los demás. Nunca lo vi compadecerse y, si auxiliaba a un viejo desvalido tirado en mitad de un camino, o recogía a un niño famélico al que hubieran dejado huérfano los franceses, más lo hacía por dar a los demás lo que de él esperaban que por sentir compasión alguna por el prójimo. No he visto hombre más árido que él ni más desapacible de emociones ni tan sañudo en querer meter el cuchillo hasta más allá del puño en las tripas del enemigo. Nunca hablaba de él mismo y ni los que le conocían más de cerca, aquellos que como Juan Mojamas o el Diago se habían unido pronto a la partida, sabían mucho de su vida.

Mal asunto es no abrirle a nadie los sentimientos o no tener un hombro cerca en el que echarse a llorar cuando el agobio de la vida es tan enorme que no puede ser evacuado con gargarismos y blasfemias. Si algún hombre de la partida caía en el combate, Mataperros no lo sentía. Preguntaba por su familia y les mandaba un recado con monedas metidas en un talego. Luego encargaba al cura decir misas por el ánima. Las pagaba generosas y, a veces, hasta acudía él mismo a oírlas con alguno de sus hombres. Todos respetaban su silencio y ninguno indagaba de dónde le manaba tanto odio, tanta saña carnicera, tanta desolación. A veces, lo que es tara, las lenguas de las gentes lo mudan en virtud y, así, de un miserable hacen un héroe. Para eso sirven las leyendas, para eso y para que las generaciones venideras se acuerden de que otros antes que ellos padecieron también calamidades y abrieron surcos en la historia con el vago fin de que los que los sucedieran en el mundo disfrutaran acaso de una vida mejor.

Mataperros era duro como las peñas de los montes, que aguantan los inviernos y los veranos sin mostrar deterioro; duro como los riscos de las sierras, que rasgan con sus puntas afiladas las enaguas de los cielos; duro como las piedras de los caminos, que sufren las patadas de los caminantes sin cambiar de forma, solo de lugar. Así lo recuerdo en la mañana en que, apenas rayada la primera luz del día, salimos del Corral del Gato para emprender el que iba a ser el último tramo de nuestro viaje.

Después del ajetreo de la noche, el nuevo día no se hizo esperar. Todos teníamos la mirada colgando de los párpados, como si el escaso dormir nos hubiese desconchado el blanco de los ojos.

El posadero acudió a despedirnos al quicio del zaguán. Mal aseado y a medio vestir parecía un monumento a la ruindad. Le pagamos las monedas que nos había pedido por darnos techo y comida.

—Ándense con cuidado, no les confundan los franceses con gentes dudosas —advirtió el posadero—. No son estos buenos tiempos para errar por los caminos. Hasta debajo de las piedras anidan los delatores. Se las da una patada y, en vez de alacranes, aparecen hijoputas a espuertas.

—Descuide —le repuso Juan Mojamas amenazante—, que nuestra suerte va pareja con la suya. Si algo nos sucede en el camino ya puede ir encomendándose al diablo.

El alba quedó tras un otero y un sol redondo y amarillo salió de pronto por delante para calentarnos los huesos, pese a lo avanzado de la estación. Mataperros se mantuvo en silencio durante un buen rato, pero no por cansancio o por recelo. Parecía fresco y hasta risueño. Estaba aguardando el momento propicio para hacer su juego y a todos les sorprendió cuando, de manera desenvuelta, se puso a intimar con el cura.

—Una pena haber ido a nacer en estos tiempos, ¿verdad, padre?

—Al contrario, hijo, nosotros hemos nacido cuando más le convenía a la patria. Recuerda que somos españoles por la gracia de Dios. ¿Sabes tú lo que quiere decir *ser español*?

—No; explíquemelo usted.

—Pues ser español quiere decir ser hombre de bien. Tú eres un hombre de bien, por eso estás en el monte con la partida haciendo lo que debes. Las obligaciones fundamentales de todo español son ser cristiano, defender la patria, el rey y la sacrosanta tradición, y eso es lo que tú haces. ¿Acaso no te crees buen cristiano?

—No es que me lo crea es que lo soy —respondió Mataperros sin alterar el gesto.

—No seas tan arrogante, hijo, que no lo eres del todo. Amas a nuestro rey Fernando con ardor, pero no ayudas a la santa madre Iglesia a recuperar lo que le pertenece, y eso no es ser buen cristiano, ¿sabes? Pero allá tú y tu conciencia que a todos nos llega el juicio tarde o temprano y a Dios habrás de darle explicaciones de tus actos.

—Mi conciencia es cosa mía.

—Y de Dios, hijo mío. También es de Dios.

Ambos seguían parejos el paso. Mataperros a lomos de su caballo y el cura subido al burro, dando saltitos minúsculos sobre la montura.

—¿Sabes quién es el enemigo de nuestra felicidad? —continuó el cura tras una pausa de silencio.

—No.

El laconismo de Mataperros no hacía desmerecer su interés en aquella conversación.

—El emperador de los franceses —respondió el cura a su propia pregunta—. Napoleón es el principio de todos los males, el fin de todos los bienes y el depósito de todos los vicios. No hay dudas al respecto. ¿Sabes cuántas naturalezas posee ese demonio?

—No —volvió a sentenciar Mataperros.

—Tres naturalezas en conjunto: una diabólica y dos humanas. Es un emperador verdadero en tres personas engañosas: Napoleón, Murat y Godoy.

Mataperros se echó a reír por la vehemencia con la que el cura argumentaba sus barbaridades.

—No, no te rías, guerrillero —lo reprendió—. Tú matas franceses. Los matas a gusto y por instinto, como las alimañas del bosque y eso está bien. ¿Pero te has parado acaso a pensar en lo que son?

—¿Lo que son? ¿Quiénes? —preguntó, poniendo cara de desconcierto.

—Los franceses, hombre, quiénes si no.

—No lo sé. ¿Qué son? ¿Hijos de puta?

—Eso sin duda, pero también son antiguos cristianos y herejes modernos conducidos a la esclavitud por la falsa filosofía y la corrupción de las costumbres. Pero gracias a ti y a todos los que los combaten pronto acabará su despotismo. Su fin se halla cercano.

—Eso no me atrevería yo a jurarlo, padre.

—Confianza, hijo mío, confianza. De los esfuerzos de nuestra amada patria proviene la esperanza, porque patria es la reunión de muchos gobernados por un rey según sus rectas leyes y sus antiguas tradiciones, y eso es lo que nos aúna a nosotros, los españoles. Y si hay alguno que falte a sus justos deberes solo recibirá la infamia. La infamia y la muerte material reservada al traidor y la muerte civil para sus descendientes por los siglos.

Seguimos al paso durante un buen rato, todos pensativos, hasta que la Romero interrumpió al cura con una pregunta que llevaba tiempo rumiando.

—Padre: ¿es pecado matar al francés?

—¡No! —exclamó muy excitado—. ¿Cómo va a serlo? —el cura respiró hondo y siguió con el sermón—, al contrario, se hace una obra meritoria librando a la patria de sus opresores. Con el combate se aumenta la gloria de la nación. Todo el que pudiera debería tomar las armas y matar franceses, aunque fuera de refilón. Hay que seguir las máximas de Jesucristo y echar a esa ralea de la patria. Solo devolviéndolos a sus fronteras podremos restablecer el libre uso de nuestro santo culto. ¡Fuera con ellos!, ¡abajo el yugo! —gritó poniéndose de pie sobre los estribos del pollino y agitando los brazos al aire como si fueran las aspas de un molino.

Todos se echaron a reír ante la teatralidad sanguinaria del cura y la Romero, jaleada por las risas, se animó a cantar entonces una cancioncilla que decía:

Mi madre no quiere
Que vaya a la plaza,
Porque los soldados
Me dan calabazas.
No quiero pepitas,
No quiero melón,

que quiero cabezas
de Napoleón,
Y viva Fernando
y la Inquisición.

El resto de la mañana seguimos cabalgando, cada uno a lo nuestro, embutidos en las enjundias de los propios pensamientos. No divisamos más que, de lejos, algún campesino que al vernos se apartaba para no cruzarse con nosotros. Era ya casi mediodía y nos estábamos acercando al Camino Real cuando, al pasar por delante de una encina de tronco retorcido, a Mataperros le dio por sorprendernos. Se detuvo junto al árbol y nos mandó que descabalgásemos. Todos obedecimos. El cura se debió oler el pastel, porque las piernas se le echaron a temblar con patibulario entusiasmo. Mataperros se acercó a él, se sacó la pistola de la faja y le apuntó entre los ojos.

—Vamos, ya está bien de tanta tontería. Ahora te toca desembuchar.

El cura entornó los ojos y puso cara de santo varón.

—¿Y de qué me toca desembuchar, hijo mío, si puede saberse?

—¡Venga, larga ya! —le ordenó sin contemplaciones—. O empiezas a largar o te abro la calavera de un disparo, tú verás lo que prefieres. —Mataperros no bromeaba; nunca lo hacía.

Todos nos quedamos helados al verlo apuntando al cura con el cañón. Aquello estaba claro que iba en serio y, si el cura no hablaba, en un instante íbamos a verle con la cara hecha puré.

—Venga, majadero —le instó—, vas a decirme quién eres y qué es lo que en verdad andas buscando.

—¡No sé a qué te refieres, hijo mío! —protestó el aludido sin demasiada convicción—. Yo no tengo nada que confesar, yo solo soy un cura, un pobre cura despojado por los franceses que busca socorro y justicia entre las gentes de bien.

—No me salgas otra vez con lo de siempre, desgraciado —repuso Mataperros a la vez que le arreaba un rodillazo en el estómago. El cura se contrajo dolorido.

—¿Qué está pasando aquí? —protestó la Romero desde su inopia—. ¿Por qué pegas al cura?, ¿qué te ha hecho?

—Este ni es cura ni es nada —sentenció Mataperros después de escupir saliva al suelo—. Miente y me va a decir por qué, o aquí mismo le doy muerte.

—¡Reviento en Judas si es que entiendo algo! —exclamó Mojamas desconcertado.

Mataperros, para animarle a empezar a largar, le sacudió un puñetazo en la cara. El cura esta vez cayó al suelo y ahí se quedó hecho un pingajo, acariciando con la lengua el polvo volandero del camino.

—¡Se han vuelto locos! ¡Se han vuelto todos locos! —gritó lloriqueando a lo mocoso—. ¡Que alguien me ayude, por el amor de Dios, que alguien venga a ayudarme, que me matan estos desalmados confundidos!

Juan Mojamas agarró del brazo a Mataperros para impedir que siguiera pegando a aquel hombre indefenso.

—¿Pero qué haces, desgraciado? ¿Qué tripa se te ha roto para tratarle así?

Mataperros le respondió lo que yo ya sabía: que aquel no era cura ni de Fontenebro ni de parte alguna, que solo era un falsario disfrazado, un miserable delator.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le espetó Mojamas incrédulo de cuanto Mataperros iba diciendo.

—El posadero me aseguró que el cura de Fontenebro estaba muerto, que le habían matado los franceses que asaltaron su iglesia, así que este no puede ser.

—¿Y vas a darle más crédito a ese maledicente que a un hombre que viste hábitos? ¿Es que te has vuelto majara? ¡El cielo nos asista! ¡Adónde vamos a ir a parar! —exclamó Mojamas, contrariado.

—¡Qué injusticia se me hace! ¡Qué mal trato se me da! —gemía el cura, tirado en el suelo—. A mí, a un pobre siervo del señor que jamás ha hecho mal a nadie van y le dan de palos. ¿Qué despropósito es este? ¿Qué le está pasando al mundo para albergar tanta impiedad?

Las palabras parecían salirle sinceras del fondo de la boca a aquel tunante. Viéndole así, tirado en el suelo, inútil e indefenso, cualquiera habría pensado que se estaba cometiendo con él una ignominia; cualquiera, menos el niño Camuñas, que aprovechó para acercársele y sacudirle un guantazo con el que hacerle reflexionar.

—¡Chis! Tú, calladito, que así estás menos feo.

Mataperros miró a Mojamas a los ojos y pareció dudar. Ambos se alejaron para hablar de aquel asunto. ¿Irían a darle crédito a la pantomima de aquel comediante? No pensé que la cosa fuera a acabar con el cura convenciéndolos de su inocencia, pero todo podía ser. Tras unos minutos de discusión acalorada Mataperros llamó al niño Camuñas. Le ordenó que cogiera el caballo y que se fuera al galope a Fontenebro, a ver si se enteraba de lo que en verdad había sucedido en la iglesia de la Virgen del Espino.

—Te esperaremos en el convento del Poyo mañana al caer la noche. No te entretengas. Si te retrasas más de un día te tendré por muerto y continuaremos a lo nuestro.

—Descuida, Mataperros, que yo sé bien cuidar de mí.

El niño Camuñas salió al galope campo a través sin perder un solo instante. La Romero frunció el ceño al verle partir.

—Mala cosa es la mentira, pero peor aún es la duda —murmuró la guerrillera para sí. Entonces se agachó para atender al cura, que seguía tirado en el suelo, a nuestros pies. Le enjugó con un pañuelo la sangre de la cara y luego le sostuvo con las manos las mejillas.

—Niña, acércame un poco de agua para lavar a este eccehomo —me dijo.

El cura tenía el rostro empapado con la sangre que le salía de la nariz a

borbotones. Me fui hasta mi montura, pero ni una gota me quedaba en la botella.

—Anda, quita. —La Romero se levantó y se acercó a su caballo para coger su cantimplora.

En ese instante, al verse distante de todos nosotros, no tuvo el cura peor idea que la de echarse a correr. Parece mentira lo poco pícaro que fue, si con sus hipidos y sus lloros ya casi nos tenía convencidos. Salió triscando entre las rocas como las cabras montesas y mala maña no se daba porque, en un santiamén, ya estaba encaramándose a unas peñas.

—¡Que se escapa!, ¡que se escapa el condenado! —gritó la Romero al percatarse de la huida.

Mataperros salió corriendo tras él pistola en mano y, cuando lo tuvo a tiro, no dudó en disparar. Una bala le dio en el muslo de refilón. El cura, con la inercia, siguió corriendo sin darse cuenta del dolor hasta notar, por fin, el fuego de la herida quemándole la carne. Cayó entonces al suelo y fue rodando cuesta abajo hasta estamparse contra unos troncos que allí había. Llegamos todos jadeando a donde estaba.

—¡No me matéis, por Dios, no me matéis! —imploraba con la respiración entrecortada—. Si no tenéis piedad de mí y me matáis, sabed que me mandáis de cabeza al infierno.

—¡Ahí es donde deberías estar, malnacido! —le espetó la Romero con el resuello aún de la carrera.

Mataperros agarró al cura de una oreja y tiró de ella hasta levantarle del suelo. Se sacó entonces la navaja y le puso el filo en el arranque del apéndice. Una línea de sangre le goteó mejilla abajo.

—¡Dime quién eres y lo que buscas, malnacido! —le instó Mataperros con voz pausada—. ¡Dime qué es lo que quieres!, ¡dímelo ya mismo o te corto las orejas y te desnarigo después!

—Nada quiero, no me hagas más daño; yo no tengo culpa alguna, yo no valgo nada, solo soy un mandado que obedece a su amo.

El falso cura sollozaba al hablar. La saliva le salía por la boca hecha espumarajos, como la rabia de los perros, solo que tinta de sangre. Mataperros, sin contemplaciones, hundió la navaja hasta media oreja y separó con los dedos la mitad tajada.

—¡Ay, ay, ay! —aulló aquel hombre—. ¡No me arranques la oreja, por favor! ¡Te diré quién me manda! ¡Te lo diré, lo juro por Dios y por la Virgen y por los ángeles custodios!

—Habla y no pares hasta soltarlo todo.

—Sirvo al marqués de Lindaluz —confesó el falso cura—. Él fue quien me envió en tu busca.

—¿Y para qué me quiere ese marqués?

—Para que recuperes la Santa Camándula. En eso no te he mentido. Supo que los

franceses la habían robado. Pensó que te avendrías a recuperarla. Mi amo confiaba en ti, pero no me hagas más daño, por favor.

—¿Y por qué no me hizo el encargo él en persona? ¿Por qué mandó a mi campamento una escoria como tú fingiendo ser un cura?

—Mi señor el marqués anda baldado de las piernas. Apenas sale de su quinta. Pensé que si me hacía pasar por el cura de Fontenebro mi misión sería más fácil. El marqués me dijo que me recompensaría si te conseguía convencer. Él había oído hablar de ti y de tu fama y de cómo das escarmiento a los franceses, por eso te quería para su causa.

—¿Y por qué lleva el marqués por causa la de recuperar esa reliquia?

—Eso yo no lo sé. Pregúntaselo a él si quieres. Puedo llevarte hasta la quinta. No dista muchas leguas desde aquí. Media jornada de camino a lo sumo y llegamos si tú quieres.

Mataperros soltó al falso cura y este cayó al suelo crujiendo igual que un saco de nueces. Lloriqueando, se echó mano a la media oreja que le colgaba casi desprendida. Daba espeluzne ver a un hombre hecho y derecho arrastrándose indefenso delante de nosotros, sin orgullo, sin vergüenza, sin dignidad.

—Cuando sepa el marqués de mi fracaso mandará arrancarme la piel a tiras, pero es mejor que te desuellen a que te dejen la cara desorejada y sin nariz —sentenció histriónico. El falso cura se puso entonces a maldecir su suerte y a blasfemar con exabruptos muy aparatosos.

Juan Mojamas lo levantó del suelo, le ató las manos a la espalda y lo montó en su asno, no a horcajadas, sino con el pecho apoyado sobre la montura. Cuando lo tuvo en esa posición le pegó en la cara un par de tortas, más por tenerlo entretenido con la molestia que por rencor que le guardase por el engaño que nos había querido hacer.

—¿Qué hacemos con él ahora? —le preguntó Mojamas a Mataperros mientras se encendía una tagarnina con el chisquero.

—Le haremos una visita de cortesía a ese marqués.

—Y con esta, ¿qué? —preguntó la Romero refiriéndose a mí.

—Vendrá ahora con nosotros. Después la dejaremos en el Poyo. Allí le he dicho al niño Camuñas que le esperaríamos mañana al anochecer.

Mataperros me miró desde el caballo y, al hacerlo, levantó la mandíbula. La altivez de su cara cortó el sol. Jamás le había notado tan apuesto como en ese instante triunfal. Un verdadero ángel del cielo venido a la tierra para exterminar al enemigo. Cuando una es joven solo se fija en los dictados que marcan las emociones. Mi vida no tenía entonces más propósito que el de respirar a gusto el aire fresco y saborear la libertad. Eso era, al menos, lo que yo deseaba: sentir el viento en la piel, las gotas de rocío condensadas en el pelo, notar la suciedad del cuerpo tan solo mitigada por abluciones fugaces y baños esporádicos en ríos de agua fría. Yo me identificaba con la hondura de los pinares que salpicaban las sierras; yo era la encarnación de lo salvaje y en absoluto estaba dispuesta a sacrificar mi voluntad. Así que a lo de

quedarme en un convento ni de broma. Bastantes contrariedades había tenido que vencer ya por entonces como para acabar ahora encerrada en las cuatro paredes de un lugar de monjas. Cualquier cosa menos quedarme allí bordando escapularios y remendando enaguas manchadas de orines. Andar por los montes con las gentes de la partida era algo que me fascinaba. La vida y la muerte formaban parte de la rutina cotidiana y, gracias a ello, no existía el futuro, sino únicamente las emociones veloces que eso que algunos llaman «presente» nos iba brindando a cada instante. El sol brillaba débil en lo alto. Algunas nubes grises espolvoreadas por el cielo hacían presagiar que el tiempo cambiaría en breve. El viento llegaba con un olor mojado de hojas secas, ramas caídas y frutos roídos por los animalillos de sangre caliente. El otoño se iba adentrando en las tierras de Castilla la Vieja. La guerra florecía por todas partes y la incertidumbre crecía en nuestros corazones como pétalos hermosos de la desesperanza. Aquello tan tremebundo y tornadizo que los demás tanto temían era, sin embargo, mi razón de vivir.

5
EN LA QUINTA DEL MARQUÉS

Llegamos a la quinta al caer la tarde. El cielo se había vuelto un amasijo de nubes negras que se deshacían en una llovizna débil y melancólica. Llevábamos largos capotes color tierra untados de grasa por los que el agua resbalaba mal que bien, pero aun así el camino resultaba incómodo. Los caballos jadeaban de cansancio y del aliento les colgaban hilos de agua. Sus herraduras chapoteaban en el barro y componían un sonido denso que entristecía y fastidiaba a la vez.

—Por ahí es —dijo el falso cura, señalando un camino flanqueado de cipreses que ascendía por una colina hasta perderse en la espesura de los nubarrones—. Tras esa loma está la casa de mi señor.

No me gustó el lugar. El arranque de aquel camino resultaba siniestro con tanto ciprés de cementerio. Aunque todavía no se veía construcción alguna, supimos que en ese punto empezaba una heredad por un mojón de piedra con el escudo de armas del marquesado de Lindaluz que allí se erigía: un lobo solitario aullándole a la luna sobre un campo de gules. Nos adentramos en aquella espesura sin pronunciar palabra. Los cipreses, agitados por el viento, mecían sus puntas como si fueran látigos, haciendo que el aire nos silbase melodías de dolor. La luz del atardecer se había vuelto oscura con el arreciar de la tormenta y las gotas empezaron a sacudirnos afiladas en la cara, cada vez con mayor fuerza. El camino serpenteaba ladera arriba y poco a poco se iba haciendo más pronunciado de lo que parecía a simple vista. Cabalgábamos a ciegas bajo los nubarrones, pues la frondosidad de los arbustos tras las hileras de cipreses hacía imposible vislumbrar paisaje alguno a nuestros flancos. Solo había el camino por delante y lo que a su final nos encontráramos. Continuamos al paso durante un rato largo. Quien hubiera mandado construir una quinta en semejantes soledades lo había hecho bien a conciencia. La ansiedad por llegar se sumaba al desagrado de cabalgar mojados. Por si fuera poco, las dudas de cómo nos las veríamos con ese pretendido marqués, a cuyo servicio decía estar el falso cura, nos volvía taciturnos. A Mataperros tampoco se le notaba muy tranquilo. ¿Y si todo aquello era una emboscada? Bien podía serlo, desde luego. Aquel falsario ya nos había demostrado lo que era capaz de hacer y no convenía fiarse demasiado. Tras coronar una cuesta, doblamos a la derecha y llegamos a un repecho. Una enorme verja de hierro marcaba el inicio del sendero que conducía a nuestro destino. La verja culminaba en unas hojas lanceoladas que acababan en finísimos extremos como puntas de alfiler. A ambos lados se alzaba un muro de piedra comido por la vegetación. Penetramos en el recinto del jardín y llegamos a una explanada muy enmarañada de maleza y matorral en la que la exuberancia de la naturaleza se había desmandado a su capricho. El cura

extendió el brazo apuntando hacia la casa y, entre el follaje, distinguimos una luz. Descabalgamos y nos acercamos con sigilo. Aunque el viento y la lluvia amortiguaban nuestros pasos, cada vez que un caballo relinchaba nos daba un vuelco el corazón. Nos detuvimos a cierta distancia de la fachada. Se trataba de un antiguo palacete edificado como cuerpo principal de lo que, en otros tiempos, parecía haber sido una vasta explotación agrícola. La casa tenía aspecto abandonado y tirando a tétrico. Frente a la entrada había un parterre con una fuente en forma de alcachofa que alguna vez debió definir una sirena pues, aunque mutilado ahora su cuerpo de pechos para arriba, se seguían distinguiendo las escamas que configuraban el extremo inferior de una cola de pez. Las proporciones eran soberbias y aquel animal mitológico, a juzgar por los vestigios ante nuestros ojos, debía haber sido grandioso, si no descomunal.

—He aquí la quinta de mi señor —nos indicó el falso cura de Fontenebro—. A estas horas estará en el invernáculo entretenido con sus plantas —dijo, señalando con la barbilla el edificio. Echamos un primer vistazo por el entorno. Unas luces tenues en el interior del edificio indicaban las estancias que en ese instante debían de encontrarse habitadas. Se escapaban por grandes ventanales de los que sobresalían balcones enrejados. Me llamó la atención que todo el perímetro del tejado estuviera coronado por un friso embellecido con motivos florales. A intervalos los bajorrelieves se interrumpían con pináculos de aspecto caprichoso, como si hubieran sido construidos escurriendo arena con el puño a la orilla del mar. El conjunto del edificio, sin ser siniestro, resultaba inquietante y, sin llegar a lo desapacible, infligía intranquilidad.

—En la casa solo viven un par de criados viejos y una cocinera que se pasa el día trajinando en los fogones para hacerle guisos al marqués. Con verduras, porque él no come carne. Es una de las rarezas que le califican. Nada tenéis que temer de ellos. Son cargantes, pero inofensivos. El marqués suele encerrarse en su invernáculo después de cenar sus porquerías, más o menos a estas horas. Allí le encontraréis.

—Como no sea cierto lo que dices, date por muerto —le aseguró Mojamas.

Mataperros nos ordenó a la Romero y a mí que los aguardásemos en el jardín con los caballos preparados mientras él se colaba en la casa con el cura y Juan Mojamas. Al marqués querían abordarlo por sorpresa. Nosotras deberíamos permanecer bien atentas para poder huir a escape si aquello devenía en encerrona.

—Si oís disparos ni se os ocurra entrar —nos advirtió Mataperros—, montáis en los caballos y salís de aquí al galope.

La Romero quiso protestar, pero de nada le valió el intento. Así que allí nos quedamos ella y yo, solas y empantanadas bajo la lluvia, mientras los demás corrían hacia la casa y se apoyaban de espaldas contra la fachada, bien pegados para que desde las ventanas superiores no les pudieran disparar.

Anduvieron así unos cuantos metros hasta llegar a uno de los balconcillos de la planta inferior. El cura se subió al alféizar, que le llegaba por el pecho, e hizo una

indicación para que los otros lo imitaran. No tuvieron que forzar el cierre, un empujón bastó para que la ventana cediese. La Romero y yo nos quedamos sorprendidas de la facilidad con la que se habían colado dentro. ¿Se trataría de una trampa?

—Daría cualquier cosa por estar allí con ellos —le dije a la Romero mordiéndome los nervios.

Ella se me quedó mirando con complacencia. Tenía muy presentes las instrucciones recibidas de Mataperros, pero su complicidad y mi excitación fueron más fuertes y le doblegaron la voluntad.

—Anda, síguelos —me dijo condescendiente—, que yo me quedaré aquí al quite, y ten cuidado, no vayas a romperte la crisma lagartijeando por ahí.

Ni Mataperros ni Mojamas advirtieron que yo les iba detrás. Ya habían accedido a la casa por la ventana y a saber dónde andaban ahora. Me subí al alféizar y me colé dentro de un salto. Aunque estaba medio a oscuras, la poca claridad que llegaba de fuera se reflejaba en los muchos espejos que colgaban de las paredes, por lo que la sala en la que había caído gozaba de cierta luminosidad. Avancé sin oír un ruido. El calor allí dentro era agobiante, un calor húmedo que mojaba la garganta al respirar. La estancia era alargada y enorme. No había muebles en ella, salvo unas pocas sillas arrimadas contra la pared. Del techo, un gran techo pintado con amorcillos y angelotes orondos y beatíficos, colgaban tres lámparas de araña de un cristal opalino muy espectacular. En el centro se abría una enorme chimenea, ahora apagada. Las molduras de la pared eran de pan de oro y conformaban guirnaldas exageradas que se elevaban hasta el techo. Por las arañas, los espejos y las pinturas de las paredes deduje que aquello debía ser un salón de baile. Estuve varios minutos sin moverme, observando alrededor, contenta por haberme metido en la boca del lobo, pero temerosa al mismo tiempo de que alguien me fuese a sorprender. Tras recuperar el resuello tuve la absoluta convicción de que en aquel lugar no había nadie y anduve hacia uno de los extremos de la sala. Salí por una puerta que allí había. ¿Cómo seguir los pasos de Mataperros por aquel laberinto de pasillos? Caminando muy despacio, llegué hasta un recibidor del que partía una escalinata de mármol con dobles pasamanos de lo mismo. Todo estaba en la mayor penumbra: ni una lámpara encendida, ni un triste candil mostraban evidencia de vida. Aquel caserón habría parecido deshabitado si no hubiera sido porque ni el polvo, ni la cochambre, ni el desorden hacían acto de presencia. Oí de pronto voces a lo lejos. Intenté localizar su procedencia. Me adentré por un pasillo que salía a mi derecha. El suelo de madera chirriaba bajo mis pies, así que tuve que pegarme a la pared, donde la madera crujía con más mesura. Anduve unos cuantos metros casi a oscuras hasta vislumbrar, al fondo, una puerta de doble hoja entreabierta. Me aproximé hacia ella con sigilo. Una franja vertical de luz parecía descender por su mitad. Me aproximé. La puerta rechinó al ser empujada y sentí una vaharada de aire caliente golpeándome el rostro. La temperatura allí dentro era aún más elevada que en el resto de las estancias y la

humedad volvía el aire casi irrespirable. Aquel lugar me pareció escalofriante. Jamás en mi vida había visto nada igual: todo estaba repleto de plantas, algunas con hojas enormes, otras con formas extrañas. Las había de todas clases: trepadoras, carnosas, con flores vistosísimas, delgadas en extremo o de troncos robustos, semejantes a árboles. Aquello era un vergel, pero conservado dentro de una estructura de cristal, un jardín maravilloso al resguardo por completo del exterior. Una luz cenital caía sobre mi cabeza y todo lo espolvoreaba de una tenue claridad. Examiné asombrada cuanto tenía a mi alrededor. Me fijé en unos plantones colocados en filas sobre bancos de madera, uno detrás de otro, como si fueran las huestes de un ejército vegetal. Las paredes de la estancia eran de cristal emplomado, como las vidrieras de una catedral, y subían en hileras curvilíneas formando niveles separados por estrechos voladizos con barandillas hasta casi juntarse en una cúpula, también de cristal, que constituía la parte más prodigiosa de aquel lugar. En el perímetro de los voladizos había espejos dispuestos con velas, de forma que la luz que arrojaban, al multiplicarse hasta lo impensable, lo impregnaba todo de un extraño resplandor. Tuve miedo, pero un miedo impreciso que trascendía mi razón. Pensé en darme la vuelta y regresar afuera con la Romero, pero en ese instante sentí una mano que me tocaba el hombro.

—¿No te había dicho que esperases con los caballos?

Me di la vuelta, sobresaltada. Era Mataperros, que me miraba con irritación.

—Quería ir con vosotros.

—¿Acaso no son claras las órdenes que doy?

No le respondí. ¿Para qué? Sus ojos helados le traslucían el ánimo. Tuvo, en cambio, la sensatez de no hacerme más admoniciones e indicarme que me mantuviera detrás de él. Y así lo hice al igual que un animal desamparado. Anduvimos por un lateral de aquel jardín prodigioso hasta llegar a donde Mojamas y el cura estaban apostados.

—¿Y el marqués? ¿Dónde demonios está el marqués? —increpó colérico Mataperros al cura.

—No lo sé. Siempre viene aquí después de la cena. Es muy raro que hoy no esté.

—¿Raro? —repitió Mataperros. El falso cura agachó la cabeza en señal de pesadumbre. A Mataperros no debió gustarle el gesto, porque le cruzó la cara de un bofetón. El cura empezó a gimotear.

—¿Por qué me pegas ahora?

—Por embustero.

Mataperros ordenó entonces a Juan Mojamas que echara una cuerda a un voladizo e improvisara un cadalso para guindar al cura sin más contemplaciones. En cuanto el cura se percató de lo que se le venía encima, se hincó de rodillas implorando clemencia.

—¡No me matéis, por favor, no me matéis!, ¡qué va a ser de mí si me matáis!

—Aquí no hay nadie que responda por ti. Tu amo, si es que lo tienes, habrá salido

huyendo al vernos llegar. Ya te habrás encargado tú de mandarle recado para que se esfumara a conveniencia. Pero descuida, que será lo último que hagas en este puerco mundo. Cuando tu amo regrese y te vea balanceando entre toda esta verdura, seguro que te agradece los servicios prestados y planta tu cadáver a sus pies.

El calor se hacía insoportable en aquel lugar. Era imposible aguantar mucho tiempo semejante sofoco sin arriesgarse a caer en el desmayo. Además, el aire venía cargado de un olor dulzón que se pegaba al paladar. De tan espeso, atragantaba. Al respirarlo hondo, un extraño contento parecía apoderarse de la mente. Todo, de repente, daba la impresión de estar flotando en una neblina indefinida. Los músculos se destensaban poco a poco y, al tiempo que aquello sucedía, la sensación de peligro disminuía. Cuanto más hondo se respiraba más convicción se iba adquiriendo de que nada importaba en este mundo salvo la complacencia de los sentidos.

Mojamas, siguiendo las órdenes de Mataperros, sacó una cuerda que llevaba en el zurrón y se la deslizó al cura por el cuello hasta que el nudo le quedó apretado en la garganta. Después estiró del otro cabo y, así atrapado, como si fuese un animal, le llevó hasta uno de los bancos con plantones al pie de un voladizo. Le dio entonces la vuelta y con un cordel le ató las manos a la espalda.

—¡Vamos, súbete ahí, alma de cántaro! —le espetó riéndose, como si en vez de encaramarse en el patíbulo fuera a hacer una acrobacia de titiritero.

El falso cura obedeció. Entre la oreja a medio tajar, la cara ensangrentada, sus muchos temblores y el sudor que le chorreaba por la frente, parecía el pobre un eccehomo haciendo doblete. Acto seguido, Mojamas deslizó el otro extremo de la cuerda por uno de los barrotes del voladizo y tiró de él para tensarla. La horca estaba ya lista y, con apartar el banco de sus pies, el reo quedaría balanceándose a tres palmos del suelo.

—Reza, si es que sabes, porque allí donde vas no van a darte tregua.

El falso cura cerró los párpados apretando fuerte para no tener que ver la muerte de cerca. La tripa, entonces, se le vació y un olor asqueroso llenó nuestras narices. Yo miré a Mataperros, intrigada por saber si tendría la sangre fría de colgar a ese hombre de aquella mala manera, pero todo parecía indicar que así iba a ser. El gesto lo tenía impasible, no movía un músculo de la cara y la dureza de su rostro lo volvía impenetrable. Entonces comprendí que jamás había tenido sentimientos ni hueco en su ser para la ternura o la compasión. Yo no podía más de calor. Quería salir de allí; estaba mareada y necesitaba aire fresco. Me di la vuelta con la intención de marcharme.

—¡Ahórcalo! —ordenó entonces Mataperros.

Mojamas le dio al banco un puntapié y el cura quedó pataleando. La cuerda chirriaba y el efecto de la caída le hacía dar vueltas al ahorcado como una pirindola.

El corazón se me echó a latir con fuerza. La orden de Mataperros aún retumbaba en mis oídos cuando, de espaldas a nosotros, por el extremo opuesto del invernáculo, oímos ruido de pasos aproximándose. Eran pasos desacompasados, pasos cojos,

pasos desmadejados, unos pasos huecos que parecían de cabra triscando por las peñas. Todos contuvimos la respiración. Una figura imponente, pero destartalada, altanera y, sin embargo, melancólica apareció ante nuestros ojos. En su mano izquierda llevaba un bastón en el que se apoyaba al caminar. Iba vestido con una bata encarnada, de anchas mangas con floripondios damasquinados, que le caía hasta los pies. En el cuello lucía un pañolón muy llamativo anudado con un alfiler de oro al modo aristocrático. Sería un hombre de mediana edad, ni tan viejo para lo estropeado que estaba ni tan joven como para lucir un timbre de voz tan cristalino como el que le salía por la boca. Anduvo unos pasos más hasta detenerse frente a donde el ahorcado seguía pataleándole a la muerte.

—Sería una lástima sacrificar a este hombre —dijo el recién llegado, sin que sus palabras revelasen tono alguno de exigencia—. Enviarlo ya al infierno cuando aún puede servirnos en la tierra sería una prodigalidad. Bájenlo de ahí si no les importa.

Mataperros sacó su pistola de la faja y la movió para indicar a Juan Mojamas que descolgase al cura. Mojamas se subió al banco y, con su navaja cabritera, cortó la cuerda de un solo tajo. El ahorcado se precipitó contra el suelo y en él quedó agitando las piernas como si fueran rabos de lagartija. Un segundo más y no lo habría contado. Mojamas se arrodilló y le aflojó el nudo de la garganta para que pudiera respirar. Una enorme herida causada por el ahorcamiento quedó entonces a la vista.

—Ha faltado poco para que esta gente acabara contigo, Tasito. ¿Qué les has hecho de malo para que te traten así? ¿Has sido acaso desconsiderado con ellos? ¡Ay, Tasito, Tasito… no sé qué voy a hacer contigo!

En cuanto el falso cura se recuperó del aturdimiento empezó a llorar a lágrima viva y se arrastró hipando hasta los pies de su amo.

—¡Perdóneme, señor marqués! Hice lo que estuvo en mis manos para convencerlos, pero no pudo ser. Todo salió torcido. No ha sido mi culpa, que yo me esmeré. Escrito estaba que fuera a suceder de esta manera. No me lo reproche por las malas, que bastantes sustos me he llevado ya.

El marqués le dedicó a Tasito una mirada de benevolencia y sonrió. Mataperros, entonces, se acercó hasta él y, sin mediar palabra, le puso el pistolón en la frente.

—Ha tardado usted lo suyo en llegar hasta aquí, mi querido amigo —comentó el marqués sin inmutarse lo más mínimo por la amenaza que se le hacía—. Lo cierto es que confiaba en verle un poco antes.

—Se cree usted muy valiente, ¿verdad? —le dijo el guerrillero—, pero con un disparo en la cabeza no va a haber valentía que le valga.

—En estos tiempos, amigo mío, cuenta menos la bizarría que el ingenio. Por eso está usted aquí. Por mi ingenio, dicho sea, sin desmerecer su bizarría. Vamos, vamos, aparte esta pistola. No le conviene dispararme. Sería un desperdicio haber cabalgado hasta mi casa para volverse por donde ha venido sin haber obtenido beneficio alguno a cambio.

—¿Quién es usted?

—Creí que me sorprendería con alguna pregunta de más enjundia. Pero bueno, si aún no lo sabe, le informo de que soy el marqués de Lindaluz. Ese es, por lo menos, el título que los siglos me legaron. Cosas antiguas de la tradición, ya sabe usted.

—¿Y qué es lo quiere de mí? —volvió a preguntarle Mataperros.

—¿Pero no se lo ha dicho ya Tasito? Vaya, vaya, eso me contraría. Tasito tenía un encargo muy simple, pero veo que no lo ha sabido cumplir. Lástima. Tendré que explicárselo yo mismo. Quiero el relicario de la Santa Camándula. Quiero que se lo arrebate a los franceses. Eso es todo cuanto necesito de usted.

—Ya —repuso Mataperros con desdén—. El relicario. —Recalcó la pronunciación—. ¿Y por qué no me lo ha pedido por las claras desde el principio, sin farsas de curas interpuestas? Todo habría sido más sencillo. ¿No le parece a usted?

—Al no provenir de un hombre de iglesia tal vez no hubiera aceptado mi encargo.

—¿Y quién le ha dicho que ahora lo vaya a hacer?

—Si no fuera así, no se habría molestado en venir hasta mi quinta.

—Pudiera ser, pero yo que usted no estaría tan seguro. Hay cosas que he de tener primero claras y usted debe darme respuestas a mi entera satisfacción.

—Es harto comprensible su interés y no menos razonable su inquietud, pero deberá entender lo molesto que resulta hablar con una pistola apuntándome en la frente. ¿Podría apartarla o acaso teme que un corcovado como yo vaya a burlarle?

Mataperros titubeó unos segundos, pero al final optó por apartar la pistola y dejar de amenazar al marqués. Bajó la mano, pero se abstuvo por precaución de devolver a la faja el pistolón.

—Me quedo más tranquilo así —prosiguió el marqués de Lindaluz—. Nunca llegará a saber lo incómodo que he podido llegar a sentirme. Entiéndame: no es que me cupiese duda alguna sobre sus intenciones, es solo que el cañón está muy frío y a mí el frío no me sienta nada bien. Me roe los huesos, ¿sabe? Bueno, ya me ve: no soy más que un pobre tullido alejado del mundo. En esta madriguera me resguardo de la locura de los tiempos. Aquí, entre mis vapores y mis plantas, puedo subsistir. Nos necesitamos mutuamente: yo las cuido, las alimento y las complazco; ellas preservan mi salud y me dan sabiduría. Las plantas encierran los secretos que todos desearíamos desentrañar. Estaban aquí antes de que los hombres apareciesen y seguirán estando cuando se extinga la humanidad. No necesito nada más para sentirme a gusto. La vida fuera de estos muros excede mi paciencia. Nada sabría de ella si no fuera por este fiel sirviente mío que me trae las noticias del exterior y, valido de sus piernas, lleva las mías allá donde yo no puedo llegar, ¿verdad, Tasito?

El falso cura, que después del ahorcamiento seguía echado a los pies del marqués, asintió moviendo la cabeza. Lindaluz se agachó y le pasó la mano por el pelo con condescendencia, como si estuviera acariciando a un perro. Tras revolvérselo un poco se la dio a besar. Tasito se tiró a ella y no paró de estamparle los labios en la sortija que llevaba en el dedo índice, una sortija ancha y vistosa culminada por una aguamarina. El marqués, harto de tanto lametón, apartó la mano con brusquedad y

Tasito se quedó postrado a cuatro patas.

—Mire —continuó el marqués—, contemple a este hombre postrado a mis pies, pesaroso por haber incumplido el mandato que le hice. Se cree merecedor de un castigo severo cuando, el pobre, no sabe que ha ejecutado fielmente mis deseos al traerle a usted aquí. Él jugó sus cartas lo mejor que pudo, apostó a la más alta y perdió para que yo ganara. La vida no es más que un juego, amigo mío, y cada uno lo juega como puede. Y, algunos, hasta sin saber que lo hacen. Por esa razón habéis venido. Pero no temáis, al contrario. Si estáis ante mí es porque deseo favoreceros. Vuestro valor merece mi reconocimiento. Yo respeto a los patriotas que tienen el coraje de plantarle cara al invasor. Admiro a las gentes como vosotros que, aun a riesgo de su vida, se empeñan en combatir al enemigo mientras sus gobernantes andan mariposeando por Madrid, bailándole el agua a José Bonaparte y a su corte de petimetres perfumados. Algunos piensan que la patria es un patrimonio que está en venta y, a cambio de un buen precio, están dispuestos a entregársela al primero que llega. Toda esa ralea de malnacidos debe ser expulsada de España sin tardanza. Más aún: debe ser exterminada para que no transmitan su indignidad con la perpetuación de su linaje.

Mataperros seguía atento las palabras del marqués. Ningún movimiento de su rostro hacía revelar sus intenciones. Tenía la frente cubierta con una pátina de brillo y en sus enormes patillas de boca de hacha las gotas de sudor le perlaban las canas. El calor de aquel lugar se estaba haciendo insoportable. Yo tenía la blusa pegada al cuerpo y el pelo churretoso de la humedad. Todos sudábamos, excepto el marqués, que parecía inmune a aquella atmósfera. Me dio un vahído y los ojos se me nublaron. Tuve que ponerme en cuclillas, con la cabeza mirando hacia el suelo. El aire me faltaba. Necesitaba salir pronto de allí o me acabaría desmayando. De repente, el fulgor de un relámpago se coló por los cristales del invernáculo. Todo pudo verse por un instante como si hubiera sido iluminado por la luz del sol. Fue solo un segundo, pero me quedé sorprendida al contemplar el rostro del marqués. Era bello como jamás habría sospechado, radiante y frío igual que nieve recién caída, pero desapacible al mismo tiempo. Nos cruzamos las miradas. Vi sus ojos líquidos hurgar adentro de los míos y sentí un escalofrío inexplicable, como si me anduviera sorbiendo el alma. Mis pensamientos se deshicieron en ese instante y tuve ganas de abandonarme a él. Entonces sonó el trueno y volví en mí.

—Mi enfermedad me tiene recluido entre estas paredes —prosiguió el marqués—. Tengo resecos los pulmones. Necesito la humedad para respirar. Este clima áspero de Castilla merma mi salud. Los huesos me duelen con el frío y es por eso que debo mantener las estancias caldeadas de continuo. El invernáculo me da la vida. Eso en común tengo con mis plantas: ellas y yo necesitamos el calor para vivir. Esta casa se construyó sobre unas viejas termas. ¿Saben? El agua brota hirviendo y yo me beneficio de su vapor. Solo así, gracias a la protección que me brinda el fuego de las entrañas de la tierra y a esta carnosidad del aire que las plantas producen, puedo

insuflarles vida a mis pulmones. Fuera de aquí, mis padecimientos son enormes. Pero no quiero aburrirlos con más miserias. Están en mi casa y he de ejercer de anfitrión. Estarán hambrientos y cansados del camino. Podemos pasar al comedor. No les prometo una cena suculenta, pero sí abundante. Colmará en cualquier caso su apetito. Luego podrán descansar en las habitaciones que tengo preparadas para ustedes: las camas son confortables y en ellas el sueño se concilia sin dificultad. El eucalipto y la lavanda relajan los músculos y propician el bienestar nocturno. Levanta, Tasito —le dio un puntapié al falso cura—, deja que me apoye en ti al andar.

El marqués le pasó un brazo por el hombro y empezó a caminar dando pasos breves. Era repugnante ver aquel desecho humano haciéndole de perro al marqués. ¿Hasta dónde llegaba la necesidad de uno y la carencia del otro?

Salimos todos del invernáculo y continuamos por el pasillo hasta unas escaleras. Por ellas se llegaba al vestíbulo principal de la mansión. Desde los ventanales se veía la lluvia sacudir la arboleda. Ahora caía abundante y a ráfagas ventadas. La Romero estaría maldiciendo su suerte allí fuera. Andaría ya calada hasta los huesos. Pero ella nunca protestaba: la resignación era su ley. La pobre tan solo se quejaba del francés. El resto de los males que la comían por dentro se los tragaba con la bota, bien diluidos en los chorros de vino que ordeñaba a discreción.

—No se preocupen por la mujer que los acompaña —dijo el marqués, como adivinándome el pensamiento—, los está esperando a la mesa. Mi ama de llaves fue a buscarla. Sus caballos están ya en mis establos; un poco de forraje no les habrá de faltar. Vengan conmigo: es por aquí.

Seguimos al marqués por un pasillo más ancho que los anteriores. A ambos lados había hornacinas adornadas con estatuas clásicas: Venus, Minervas, Artemisas y otras muchas deidades medio desnudas escenificaban sus epopeyas cinceladas en mármol. De las paredes colgaban enormes cuadros, muchos de ellos con temas religiosos, pero también había bodegones, paisajes y retratos de personas principales, a juzgar por sus atuendos y sus gestos bien embadurnados de altivez. La riqueza de aquellas obras de arte revelaba el gusto refinado de su propietario. El marqués se detuvo ante una puerta. Tasito la abrió; dentro, la Romero presidía una enorme mesa dispuesta con elegancia: mantel de Holanda, servilletas de encaje, copas talladas, vajilla de Talavera y cubiertos de plata con el escudo del marqués, el lobo aullándole a la luna, grabado en el mango configuraban el ajuar. La mesa estaba dispuesta con una variedad prolija de viandas, todas con un aspecto suculento y una presentación extraordinaria, propia del comedor de un rey. Había allí cuartos asados de cordero, un cochinillo despanzurrado sobre una fuente de cristal, pichones y perdices escabechadas, jamón y queso en abundancia, un surtido apetitoso de verduras, truchas rellenas, pan de hogaza y dos jarras de vino de un color tinto muy frutal.

—¡Sí que tardáis! —protestó la Romero al vernos entrar—. Llevo rato aquí dentro. Una mujer salió a buscarme. Me dijo que estabais esperándome y la seguí. ¿Qué iba a hacer si no? Total, si hubiera sido una emboscada andaríamos todos

criando malvas. —Se rio de forma estúpida y dejó entrever sus dientes picados. Aprovechó entonces para llevarse a la boca un pellizco de perdiz. La masticó con ganas y luego bebió de la copa—. Este vino está de miedo —celebró—. Probad y veréis.

Juan Mojamas, al ver todo aquello tan bien provisto perdió cualquier atisbo de compostura y, obedeciendo a la Romero, agarró la jarra, se llenó hasta arriba una copa y, de un par de tragos, la vació.

—¡Es tinta fina! Suave a más no poder. Menudo vino; una bendición de Dios.

Mataperros intentó no aparentar sorpresa, lo cual resultaba harto difícil, pues por su abundancia y suculencia daba la impresión de que todas aquellas viandas dispuestas sobre la mesa fueran fantasmagorías antes que alimentos verdaderos.

Pero, en verdad, ¿quién era aquel marqués que, tras jactarse de haber propiciado nuestra venida, nos deleitaba ahora con una mesa servida a lo grande? ¿Hasta dónde llegaba su gentileza y dónde empezaba su perversidad? Yo me hacía esa pregunta, pero no atisbaba la respuesta así que me dedique a estar ojo avizor por si las moscas.

—Me alegro de que sepan apreciar mi vino —comentó Lindaluz—. Es de la parte del Duero. Buenas tierras para darse la uva. Disfruten de todo cuanto tienen aquí servido. Coman lo que gusten, pero debo rogarles que empiecen sin mí: urge ir a atender las heridas de Tasito. Además, mi comer es muy frugal y solo me contento con verduras.

Miré al falso cura y lo cierto es que estaba hecho un Cristo verdadero. Tenía un aspecto deplorable, pero más aún lo era el verle comportarse como un perro babeando ante su amo. El que unos días atrás pasara por ser un hombre cabal en busca de ayuda, era ahora un animal deshilachado y sin voluntad. El marqués volvió a acariciarle el pelo con una delectación que a todos nos pareció repugnante.

—¡Pobre Tasito! Miren cómo me lo han dejado —continuó—. ¿Te duele aquí? —Y le tiró de la oreja con brusquedad.

—Mucho, mi amo —se quejó Tasito, gimoteando—, temo que se me vaya a desprender.

El marqués hizo un ridículo gesto de lástima abriendo mucho los ojos y encogiendo los labios. Muy a las claras, se burlaba de él. Sentí una punzada de cólera, pero me contuve.

—Si necesitan algo, toquen la campanilla y mis criados los atenderán. Disfruten de su estancia y siéntanse a gusto, como si estuvieran en su casa —nos dijo antes de retirarse.

Mataperros agradeció al marqués aquella mesa espléndida. Lo hizo sin efusiones y sin cumplidos. Sabía que mientras permaneciéramos en la quinta estábamos a su merced, por lo que nos convenía seguirle el juego. La noche no estaba apacible como para andar vivaqueando por los campos y un poco de comida y de descanso tampoco nos vendrían mal.

Aquella noche comimos y bebimos a nuestro antojo. Mojamas y la Romero se pusieron hasta arriba de todo aquello. Sus cuerpos orondos iban a reventar. Yo tampoco me anduve con miramientos. Las tensiones y las fatigas me habían abierto el apetito y hay que reconocer que todo cuanto el marqués nos ofrecía, además de sabroso, estaba en su justa sazón. Mataperros nos miraba masticar, con desinterés. Él apenas probaba bocado. Creo que en el fondo le molestaba que los demás lo hiciéramos, por lo menos con tanta complacencia. Para los místicos, los fanáticos y los visionarios llenar el buche en exceso siempre ha supuesto una indignidad. Si por ellos fuese no habría para comer más que mendrugos. La gula embota los sentidos, eso es cierto, pero no deja de ser menos verdad que el cuerpo hay que llenarlo cada día y, ya puestos a semejante esclavitud, lo mejor es hacerlo dándole gusto, ¿verdad, Agustina? Mataperros nos veía engullir desde la distancia de sus cavilaciones y en nada nos interrumpió salvo para decirnos que *de grandes cenas están las tumbas llenas*, a lo que Mojamas le repuso que *más mata el hambre que el comer*. Al cabo de un buen rato, cuando estábamos ya ahítos, se abrió la puerta del comedor y entró de nuevo el marqués. Había cambiado su indumentaria y ahora venía con un manto echado a los hombros encima de un camisón. Parecía más avejentado: tiritaba, le costaba trabajo respirar y hacía ruidos desapacibles al tragar aire por la boca. Se sentó a la cabecera de la mesa y se sirvió una copa de vino, que paladeó sin entusiasmo.

—No está bien lo que le han hecho a Tasito. Deberían haberlo tratado con más consideración. ¿Qué va a hacer ahora sin una oreja? Ningún perjuicio podría haberles causado y ustedes, sin embargo, se han ensañado con él. No ha sido de buenos cristianos su comportamiento. ¡Pobre Tasito! Le he dado a tomar una infusión de valeriana y pasiflora y se ha quedado descansando. Mañana deberían pedirle disculpas.

—No debe disculparse quien padece un engaño, sino quien lo propicia, y ese no es otro que usted —repuso seco Mataperros—. Fueron sus artimañas las que provocaron el desmán. Si usted no le hubiera mandado en mi busca, nada le habría sucedido a su Tasito. Que los unos hayan de pagar las decisiones de los otros es algo que a mí no me atañe. Es usted quien debe darme explicaciones de por qué no fue a las claras desde el principio.

El marqués se mantuvo callado unos segundos, como si evaluara el alcance verdadero de las palabras que Mataperros acababa de pronunciar. Luego se acomodó en la silla y, con parsimonia, empezó a hablar:

—Déjenme que les cuente algo importante. Napoleón, como bien saben ustedes, tiene presa en Bayona a la familia real. Pretende sustituir la dinastía de los Borbones por la de su propia estirpe. ¡Pobre ignorante! Desconoce que la monarquía presupone un derecho del que solo Dios puede disponer. Los franceses hicieron mal en guillotinar a sus reyes. Obraron contra Dios, insultaron sus tradiciones y ahora el precio que tienen que pagar es el de estar sometidos a advenedizos como este autoproclamado emperador. Napoleón quiere apropiarse del mundo, pero con

nosotros no va a poder. Nosotros somos diferentes. Nosotros somos españoles, pero no lo somos más por haber nacido en las tierras de España que por la gracia que Dios nos hizo de hacernos sentir así. Ser español es sinónimo de ser cristiano y hombre de honor, y como tales debemos defender la felicidad de la patria que es, a la postre, la felicidad del rey. Nos ha tocado enfrentarnos con un monstruo que pretende perturbar la armonía heredada de los siglos. Napoleón es un plebeyo ambicioso, un miserable que ha embaucado a sus compatriotas en un sueño delirante. Los franceses no son como nosotros: se han dejado convencer por la herejía de la razón. Es preciso acabar con su impiedad, pero para conseguirlo debemos saber primero organizarnos. Cada uno de nosotros tiene una misión que cumplir en esta guerra. Nuestra esperanza reside en el deseo de preservar la patria y ese deseo es, a la vez, nuestro deber. El hecho de que el rey legítimo se encuentre prisionero está acarreando múltiples problemas, pero el más acuciante de todos es, sin duda, el vacío de poder. Durante estos últimos meses se han constituido juntas de gobierno en las provincias que tratan de organizar los recursos para que la lucha no resulte un desbarajuste. Algunos generales han creado por su cuenta cuerpos de ejército para plantarle cara al enemigo. Ha habido éxitos, pero también fracasos. Muchos más de los que serían menester. Sin un poder unificado que defina la estrategia todos nuestros esfuerzos no serán más que escarceos inútiles que solo contribuirán a la frustración y al desánimo de nuestras gentes. Es por eso que debemos someternos a los mandatos de las juntas. La Junta Central da las instrucciones y fija los objetivos. Las Juntas Provinciales se encargan de aportar los medios humanos y materiales necesarios para conseguir ese fin común. Todos tenemos obligaciones, pero la primera es la obediencia. Al español que falte a sus deberes le aguarda la infamia, la muerte reservada a los traidores y la indignidad de su descendencia. Mientras Fernando VII no regrese a España todos debemos confiar en el mandato de las Juntas. Para liberar la patria de sus opresores hay que acatar las órdenes y atender las prioridades que nos marcan. Solo así podremos triunfar. Pues bien, una de esas prioridades, amigo mío, es la de recuperar la reliquia de la Santa Camándula: hay que impedir a toda costa que llegue a las manos de Napoleón. La Junta Central así lo ha ordenado. Es una tarea delicada y debe llevarse a cabo con discreción: nadie debe enterarse de que en ello va el honor de España. Esta guerra lo está trastocando todo y no siempre resulta oportuno revelar la verdad. A mí me ha sido dada la responsabilidad de ocuparme de este asunto y de hacerlo de la forma más rápida posible sin levantar revuelos. Por eso decidí enviarles a Tasito. Le ordené que se hiciese pasar por el cura de Fontenebro y le mandé a buscarlos a la sierra. ¿Qué mejor que unos patriotas echados al monte para llevar a cabo esta misión? Tasito nada conocía del mandato de la Junta Central. Por otra parte, cabía la posibilidad de que desconfiaran de él. En tal caso yo confiaba en que, aun de forma involuntaria los acabara trayendo hasta aquí. Y así ha sido. La curiosidad del ser humano es siempre previsible y ustedes pueden comprobar que no me equivoqué.

—¡Usted sí que sabe, vuecencia! —dijo la Romero a la vez que aplaudía

entusiasmada las palabras del marqués. Estaba muy bebida y las frases le salían estropajosas de la boca—. Por eso nos recibe en su casa con tanto vino y tanto festejo. Usted sí que es un patriota. ¡Vamos a brindar por los patriotas!

El marqués levantó su copa. Todos hicimos lo propio, salvo Mataperros. Un silencio se cruzó entre ambos. Se miraron a los ojos, el marqués con la copa levantada y Mataperros inmóvil, desconfiando aún. Aquel silencio fue duro de aguantar. ¿Qué sucedería acto seguido? Con Mataperros nunca se sabía. Entonces el marqués, sin dejar de mirarle a los ojos, amplió el brindis que la Romero proponía:

—Por los patriotas y por la Santa Camándula.

Mataperros, desafiante, no levantó su copa.

—¿No brinda con nosotros? —le inquirió el marqués.

—Yo brindo cuando lo estimo y con quien quiero, no a la conveniencia de los demás.

En otra circunstancia aquellas palabras habrían constituido el detonante de un enfrentamiento de honor, pero el marqués solo esbozó una sonrisa de complacencia y le respondió de una manera más que cortés.

—En ese caso, brindaremos sin usted.

Así lo hicimos, y todo quedó en eso. De momento…

Acabados los postres el marqués nos ofreció pasar a un saloncito contiguo al comedor en el que una criada sirvió café y licores. En la chimenea ardía un estupendo fuego de encina. La Romero y Mojamas se apoltronaron en dos butacones y probaron el aguardiente que se les sirvió. El marqués les ofreció cigarros a los hombres y a nosotras yemas de huevo confitadas con limón.

—Las hacen las monjas del Poyo —dijo, señalando el manjar—. Sus manos son portentosas, pero ahora, con la guerra los productos empiezan a escasear. Mucho me temo que pronto habremos de privarnos de caprichos tan refinados como estos.

La yema se me atragantó en la boca. Aquella mención al convento del Poyo me hizo regresar a la realidad. La amenaza de los hábitos se me venía encima. Pero yo no iría al convento, ya lo tenía decidido: jamás me dejaría encerrar en aquel lugar.

El marqués se acomodó en una silla junto a la chimenea y empezó a hablarnos de los dolores de su cuerpo, de lo mucho que padecía por culpa de la fragilidad de sus huesos y de cómo las articulaciones le crujían al andar hasta el punto de que tenía miedo de que se le fueran a quebrar. Luego se aplicó un frasco a la nariz y se puso a inhalar su contenido.

—Es esencia de sábila: fortalece los pulmones. Los tengo muy delicados; el aire me los pudre.

Aquel hombre parecía disfrutar lamentándose de su mala salud. Yo estaba cansada ya de oírle hablar de tanta enfermedad y tanta gaita, y tenía ganas de acostarme. La Romero medio roncaba en su sillón y Mojamas exprimía con

desilusión la última gota de orujo a la botella. Solo Mataperros seguía atento al discurso del marqués, en guardia en todo momento, desconfiado, como una fiera calibrando a su rival.

El marqués, percatándose de que sus males apenas nos interesaban, decidió cambiar de asunto y empezó a hacerme preguntas. Quería saber cómo una joven como yo había ido a parar a un lugar desolado por la guerra.

—No estoy aquí por mi gusto —repliqué para fastidiar a Mataperros.

—Pues más te valiera irte muy lejos —repuso el marqués—. La guerra debería estar reñida con la belleza.

—Y lo está —atajó el guerrillero—. Llevamos a Rosario al convento del Poyo, precisamente. Ella no es de esta tierra y por aquí no conoce a nadie. Con las monjas estará segura.

El marqués volvió a inhalar hondo del frasco.

—La guerra tardará en acabar y es posible que, para entonces, la belleza de esta chica pudiera haberse marchitado. Sería una lástima que se consumiera en un convento.

—Más lástima sería que cayera reventada por un cañonazo del francés.

—No hace falta ponerse en ese extremo, amigo mío. Pero tiene usted razón y a veces la sangre acaba llegando al río. Ha venido a mis oídos la noticia de que no hará mucho asaltaron el carruaje en el que viajaba un potentado inglés con su familia. Los acompañaba su dama de compañía. Los salteadores asesinaron a la escolta y, después de robar sus pertenencias, los dejaron abandonados a su suerte. Son tiempos duros los que vivimos. La comida escasea y los lobos están hambrientos. Por lo visto hicieron de ellos picadillo. Unos gitanos que pasaron a los pocos días por el lugar encontraron a la hija moribunda. Fue ella quien les contó lo sucedido. Según su testimonio, la dama de compañía los traicionó. La verdad es que todo esto que les digo son solo habladurías. ¿Quién va a creer a unos gitanos trashumantes? Sería absurdo pensar que una dama de compañía pudiera traicionar a sus señores. ¿Qué ser, en su sano juicio, mordería la mano que le da de comer?

—Las cosas que suceden en los caminos las más de las veces se las inventan los caminantes —atajó Mataperros.

—Puede ser, pero a menudo las habladurías llevan su pizca de verdad.

—La gente miente, y más en estos tiempos.

—¿Lo dice acaso por usted?

—Lo digo por lo mucho que les gusta a algunos meter las narices donde no los llaman.

El marqués sonrió, complacido. Aquel combate dialéctico se veía que le agradaba y a Mataperros se le estaban hinchando las narices, lo cual parecía complacerle más aún.

—Ya veo que no han oído comentar la historia que les cuento. Cuando vi a esta muchacha, de inmediato se me vino a la cabeza, vaya usted a saber por qué.

—Pues mejor quítesela. Está bajo mi custodia y bajo mi custodia seguirá.

Me divirtió imaginar que aquella reacción de Mataperros pudiera deberse al mordisco de los celos, pero estaba claro que si obraba de ese modo era para salvar su responsabilidad.

El marqués se encogió de hombros y la sobremesa continuó por otros derroteros; se interesó por la partida de Mataperros: quiso saber cómo se pertrechaban de armamento y la intendencia que seguían. El guerrillero no fue nada explícito. Siempre a la defensiva, recelaba de quien tenía delante. Ni las relaciones del marqués con las Juntas ni su abierta antipatía por Napoleón le sirvieron para granjearse su confianza.

—Deje de darle vueltas al asunto. Usted y yo estamos en lo mismo —argumentó el marqués—. Los hombres como nosotros no podemos resignarnos a la idea de ver pisoteada la patria y ensuciada la religión a manos de los esbirros de Napoleón. Debemos encender la conciencia del pueblo con el combustible suficiente como para que arda para siempre la mala hierba del descreimiento. Nuestro deber es lanzarlos contra el invasor, pero apelando a nuestras creencias verdaderas, apelando a la fe.

Mataperros nada repuso y el marqués continuó con su perorata.

—Napoleón ansía imponer su mentira a toda costa y la manera que más a mano tiene es arramblando con lo único que sabe que algún día podría hacerle frente: la fe. El desprecio a la religión legitima el pillaje. Sus soldados roban, queman, destruyen, infectan lo que tocan. Todo adrede, bien planificado, para conseguir el efecto previsto: aniquilar la fe del pueblo e instaurar el descreimiento como valor supremo de la patria. Por tal motivo, usted comprenderá que una de las preocupaciones más acuciantes de las Juntas de Gobierno sea la de preservar de las garras del enemigo el patrimonio de la santa madre Iglesia. Se está intentando poner a salvo las reliquias, los tesoros del clero y las obras de arte que sirven a la religión. Se ha sabido que Napoleón ha dado orden de sacar fuera de España los objetos más valiosos que, desde los tiempos antiguos, han estado vinculados al culto sagrado. Por uno de los correos imperiales interceptados se ha averiguado que el emperador de los franceses quiere apropiarse a toda costa de determinados objetos religiosos considerados relevantes y enviarlos a París. Yo he puesto mi fortuna y mi persona a disposición de la Junta Provincial de Burgos. Soy un pobre lisiado, estoy enfermo y poco puedo ayudar en el combate cuerpo a cuerpo, pero mi compromiso con la patria es incuestionable. Por eso he sido honrado con el encargo de una misión que cumplir: he recibido órdenes expresas de organizar la salvaguarda de cuantos bienes sagrados considere merecedores de tal fin. Pero la tarea es inmensa, y es difícil saber por dónde empezar. El correo imperial interceptado llevaba un mensaje en el que se hacía mención a una lista de objetos de culto que debían ser trasladados a Francia a toda prisa. Creemos que detrás de la confección de este inventario se encuentra el canónigo Escoiquiz, un consejero del rey Fernando que se desvive por servir a Napoleón. Según la información de la que se dispone, Escoiquiz, bajo el pretexto de querer preservar las

riquezas de la iglesia, estaría en realidad ayudando a su expolio. Se sabe también que Talleyrand, el ministro de relaciones exteriores de Napoleón, habría nombrado a un alto comisionado para organizar el saqueo sistemático de los bienes inventariados. Lo sucedido en la iglesia de Fontenebro no es, por lo tanto, un caso aislado de pillaje a manos de la soldadesca descontrolada, sino que detrás de lo ocurrido se encuentra el interés de ese alto comisionado.

—¿Y qué beneficio encuentran los franceses en apoderarse de un rosario hecho con las espinas de la corona de Cristo? ¿Qué hay de valor en ella para gentes sin Dios? —preguntó Mataperros con escepticismo.

—Más del que usted pudiera nunca imaginar.

Para azuzar la curiosidad de Mataperros el marqués empezó a hablarnos de la historia de aquella reliquia. Nos contó que, según relataba la leyenda, la Santa Camándula era nada más y nada menos que el rosario que empleaba la Virgen María para rezar. Un rosario con las espinas de su hijo crucificado en vez de cuentas. La reliquia había llegado a España de la mano de un cruzado llamado Bigot de Preumeneau que, después de haber luchado en Tierra Santa, acudió en peregrinación a Santiago de Compostela. En una noche aciaga en la que, llevado por el juego, el vino y la nefanda compañía de mujeres, el soldado de Dios desatendió la obligación de custodiar tan preciado objeto, la camándula cambió de manos y no fue a parar precisamente a las más puras. Los avatares desde entonces se fueron sucediendo. Se sabía que una prostituta la había dado en pago de un vestido y que una dama de alcurnia se la había legado al morir a su dueña. A partir de ahí se pierde su pista y la camándula no vuelve a salir a la luz hasta doscientos años más tarde, en una donación anónima que, en 1550, fue hecha al monasterio de San Pigal de Duero, al norte de Burgos. Del donante solo se supo que era caballero español de abolengo, pecador aventajado, pero cristiano arrepentido, y que había luchado en Lepanto contra los turcos al lado de Juan de Austria, donde había perdido dos dedos de una mano por un tiro de arcabuz. El abad del monasterio encargó a uno de los más exquisitos orfebres de su tiempo, el sevillano Marcial de Aljarafe, que creara un relicario adecuado en el que conservar la camándula. Marcial de Aljarafe, sin embargo, no desarrolló su imaginería creativa de la forma exuberante a la que estaba acostumbrado, al contrario, concibió la factura del relicario sobre un esquema de apariencia simple pero refinada en extremo. Imaginó un cilindro de cristal de roca y plata con los extremos redondeados. Dentro, extendida en toda su longitud, se albergaría la Santa Camándula, sostenida con un ingenioso sistema de enganche, de forma que pareciera que estuviera flotando. El relicario se completaría con un estuche de cuero de becerra repujado con filigranas florales. Marcial de Aljarafe se entusiasmó con el encargo y no escatimó ingenio para fabricar la pieza. El resultado fue asombroso. Era soberbia, de belleza casi mística y de elegante sobriedad. Al verla por primera vez, el abad de San Pigal de Duero se hincó en el suelo de rodillas y rezó tres avemarías a la Virgen en agradecimiento por el soplo de inspiración con que la madre de nuestro señor

había iluminado a Marcial de Aljarafe para que concibiera aquella maravilla. Pero, lejos de exponer al culto la reliquia, aquel abad empezó a sentir un miedo irrefrenable a que manos ignominiosas la profanaran o la distrajeran del monasterio. La salvaguarda de la reliquia llegó a convertirse en obsesión y, de ahí, mudó en locura. Un buen día, el abad desapareció con la reliquia y, al cabo de tres semanas, regresó al monasterio, pero ya sin ella. Al ser preguntado por el paradero de la Santa Camándula, el abad se santiguó parsimonioso y respondió que había sido escondida en una iglesia en cuya existencia nadie repararía. A partir de entonces, el único modo de averiguar qué iglesia alojaba el rosario sería por los milagros que, sin duda, la reliquia habría de obrar, aunque nadie sabría jamás que detrás de los mismos se ocultaría la Santa Camándula.

El tiempo fue borrando aquella historia hasta convertirla en mera habladuría de viejas, sin más verdad que la sustentada en la leyenda.

El marqués hizo una pausa para respirar de su inhalador. Hablar le fatigaba y la voz le acababa saliendo quebradiza. Mataperros no le quitaba ojo de encima. En la chimenea el fuego estaba casi apagándose y la sensación de bienestar había disminuido de forma considerable. La noche ya estaba muy entrada y el sueño se volvía acuciante.

—Hasta aquí lo que cuenta la leyenda —prosiguió el marqués—. Lo cierto es que en el inventario preparado por Escoiquiz aparecía la reliquia de la Santa Camándula y, según en el mismo se hacía constar, la reliquia era venerada en la iglesia de Fontenebro. Sin embargo, lo cierto es que nunca constó tal culto en esa iglesia, por lo que pensamos que la referencia estaba equivocada.

—Y entonces, de existir en verdad esa reliquia, ¿saben ustedes dónde está? —preguntó Mataperros con suspicacia.

—En realidad solo se trata de una leyenda, aunque puede que contenga algo de cierto. He estado interesándome por el asunto y bien podría decirle algunas iglesias castellanas en las que la reliquia podría estar escondida.

—Ya —exclamó Mataperros chascando la lengua—, y supongo que ahora irá a pedirme que vaya y se la encuentre.

—Digamos que me conformaría con que evitara que pudiese caer en manos de los franceses. Sería bello que un patriota, movido por sus sentimientos religiosos, evitara que la Santa Camándula pudiese caer en las garras de Napoleón. En las guerras la propaganda es importante y hazañas semejantes avivan la moral. Pero ya he apelado a su conciencia sin éxito y tampoco quiero parecer un hipócrita haciéndole ver que nuestro interés es exclusivamente pío. Hoy por hoy los recursos de la nación son escasos. Necesitamos del esfuerzo de todos para costear la guerra y ahí sí que entra usted, mi querido amigo guerrillero. Matar franceses por las sierras es una noble tarea, pero a la postre inútil. Como ya le explicado, necesitamos ejércitos bien organizados y pertrechados adecuadamente que puedan hacer frente a la maquinaria destructiva de Napoleón. Y para ello precisamos dinero, mucho dinero, más del que

España puede disponer.

—¿Pretende acaso que yo se lo dé?

—No, por favor, usted no podría. Conozco, sin embargo, a cierto individuo muy favorecido por la fortuna que posee un admirable interés por el arte sacro. Digamos que esta persona estaría dispuesta a entregar una suma considerable a cambio del relicario de Marcial de Aljarafe. Por supuesto que la Santa Camándula, como símbolo que es de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo y de la devoción de su madre la Santa Virgen, no entraría en el trato, sino que quedaría bajo la custodia de la santa madre Iglesia. Una reliquia de tal envergadura no se necesita más que a sí misma para generar la devoción de los fieles. Es más, cualquier adorno que la envuelva, por muy extraordinario que este sea, no haría más que desmerecerla.

—Comprendo —repuso Mataperros. Su contrariedad era evidente—. Yo evito que los franceses se la apropien, usted vende el relicario y la Iglesia se queda sin sus riquezas.

—Todos debemos poner nuestro grano de arena en esta contienda. Son tiempos difíciles los que corren. Lo importante no son los medios a utilizar, sino el fin que pretendemos: España debe triunfar.

—¿Y qué obtendría yo si accedo al trato?

—¿Qué tal quince cajones de fusiles? Le estoy hablando de fusiles ingleses de los de llave de chispa, todos acompañados de munición. ¿Sabe lo que eso significa? Con ese tipo de fusiles puede hacerse blanco a más de doscientos metros, prácticamente a salvo del alcance del fuego enemigo. Nadie echado al monte posee un armamento como ese. Sería usted imbatible. Las gentes de las otras partidas querrán unírsele y su fama no tendría parangón. Esta es la propuesta que le hago. Además, debe tener también en cuenta que, cuando nuestro rey Fernando vuelva a España, quienes hayan contribuido a su regreso gozarán de privilegios, regalías y tratos de favor. Su nombre no sería olvidado en el reparto.

—No soy hombre que necesite tales prebendas —repuso Mataperros—. Usted se equivoca conmigo. No me interesa su propuesta. Si los miembros de las Juntas consideran que para expulsar de España a los franceses hay que vender las riquezas de la iglesia es que son todos unos miserables.

—Su deber como patriota es obedecer a quienes dirigen el gobierno —repuso sin alterarse el marqués.

—Mi deber como patriota es matar gabachos, cuantos más mejor, y si en el camino he de llevarme por delante a los oportunistas y a los barateros, no tenga duda de que lo haré.

—Usted se confunde, Mataperros, pero no voy a tenérselo en cuenta. La hora es tardía y todos estamos cansados. Tal vez por la mañana entre usted en razón.

—Nada va a hacerme cambiar de idea. Mañana temprano nos marcharemos de aquí y sanseacabó. Y no se esfuerce en mandarme más recados. Si me vuelvo a topar con algún enviado suyo, juro por Dios que lo mataré.

—Vamos, cálmese. Nadie va a mandarle ningún recado más. Al contrario, será usted el que venga a mi encuentro —dijo displicente el marqués—. Escuche: no tenemos demasiado tiempo; dentro de tres semanas, y recuerde bien lo que le digo, tres semanas, quince cajas de fusiles le estarán aguardando. Usted me entregará la Santa Camándula y yo le daré a cambio los fusiles con su munición.

—Ya le he dicho que mañana me marcharé de aquí y usted no volverá a verme jamás. ¿Ha entendido bien? Ni un carro lleno de oro me persuadiría de lo contrario.

—Todo hombre tiene su precio y el suyo tal vez no sea el dinero, pero seguro que encontraremos otras razones que, sin duda, le ayudarán a inclinar su voluntad a mi favor, mi querido Mataperros… ¿o prefiere que le llame Juan Bautista?

Al oír al marqués llamarle por su nombre de pila, Mataperros levantó las cejas sorprendido. Aquel nombre pertenecía a una vida pasada, a una vida muerta de la que solo quedaba odio y dolor. Un nombre clavado dentro de sí como una espina que él habría deseado arrancar para siempre.

—¿Por qué me llama de esa manera?, ¿dónde ha oído decir mi nombre? —Mataperros se abalanzó hacia el marqués hecho un energúmeno y le agarró de la solapa del batín—. ¿Quién diablos es usted?

El marqués lo apartó de un empujón. No sé de dónde sacaría aquella fuerza, pero Mataperros perdió el equilibrio y cayó sobre la mesita de los cafés. El estrépito de la loza rota sacó de su sopor a la Romero y a Mojamas.

—¡Los franceses!, ¡a las armas! —gritó Mojamas, sobresaltado, sin saber muy bien qué sucedía.

Mataperros se incorporó de un salto, echó mano a la pistola y, con toda la sangre fría que le permitía su rabia, encañonó al marqués. Nosotros nos habíamos levantado de los sillones y estábamos como pasmarotes sin saber qué hacer.

—Ah, sí, la pistola. Otra vez esa pistola. —El marqués hizo un gesto de fastidio y, sin dar la menor importancia al arma que le apuntaba, continuó hablando—. Se me olvidaba decirle que el alto comisionado al que Napoleón ha encargado apoderarse de la Santa Camándula responde al nombre de Tainebleau. Tal vez le suene a usted de algo. —El marqués entonces se puso en pie y, agarrando la pistola por el cañón, la apartó de sí—. No desperdicie las oportunidades que le ofrece la providencia, amigo mío. Y hágame caso: guárdese las balas para quien de verdad las merece.

Mataperros dio un paso atrás y relajó los brazos. Se quedó allí quieto, cabizbajo y en silencio, envuelto en una nube de pensamientos sombríos. El marqués sacó su inhalador y volvió a respirar de él. Luego agarró su bastón y con una inclinación de cabeza nos dio las buenas noches.

—Tres semanas, Juan Bautista —repitió antes de irse—. Tres semanas y tendrá a su disposición todas las respuestas que desee.

La jornada había estado llena de emociones y el sueño nos vencía ya del todo. Solo quería irme a dormir y dejarme llevar por las caricias de la nada. Los días siguientes habrían de ser ajetreados y quién sabía si tendríamos otra oportunidad

como aquella para descansar a nuestras anchas. No recuerdo nada más de aquella noche, solo que caí rendida sobre una enorme cama y que, a lo lejos, un búho ululaba con monótona cadencia. Las tinieblas del sueño enseguida se apoderaron de mi consciencia, pero nada vi en ellas que me inquietara, salvo la silueta desgarbada de Tasito, todavía vestido con sotana que, según me pareció, contemplaba embobado mi descanso.

6
Los gallos cantaban sus quiquiriquíes sobre los palos del corral

A veces me he preguntado, Agustina, cuál hubiera sido la actitud de Napoleón de haber sabido el final que le aguardaba, muerto en la soledad del exilio y su cuerpo, profanado y mutilado, convertido en mercancía de coleccionistas. ¿Para eso sirve ser emperador de Francia? Es fácil crecerse cuando la juventud resplandece, todos son triunfos y los halagos regalan los oídos con palabras solemnes embellecidas para la ocasión, pero qué te voy a contar a ti, Agustina, que no sepas. A Napoleón los planes empezaron a torcérsele en España. Tras imponentes victorias como la de Austerlitz o Ulm, halló en Bailén el tamaño de la derrota. Fue esa la primera batalla en la que sus ejércitos cayeron vencidos. Debió fastidiarle de lo lindo. ¿Acaso se creía que con destronar a los majaderos de los Borbones y reemplazarlos por su hermano, el rey de copas, todo por aquí se habría de calmar? Al contrario: la gente salió a las calles y estalló la rebelión. Napoleón tuvo que aplazar sus compromisos y venir a España a escape a poner el patio en orden. Nunca antes se había dignado a hollar el polvo de estos caminos. Aún no lo sabía, pero aquello habría de ser el inicio de su declive. Entró por el Bidasoa y llegó hasta Chamartín, a las puertas de Madrid. Es cierto que esta vez doblegó a la capital del reino, pero, de repente, sin que nadie supiera la causa, se volvió por donde había venido como alma que lleva el diablo, renegando de pisar un solo segundo más el suelo español ¿Qué le sucedió para salir por pies de aquella manera? La precipitación de su partida indica que algo grave debió ocurrirle en Madrid. La versión oficial establece que su marcha se debió a la urgencia por atender el frente ruso, donde sus ejércitos estaban empezando a tener serios problemas, pero hay quien dice que una noche recibió una extraña visita que le llevó a tomar aquella decisión. ¿Qué fue lo que pasó? Lo cierto es que se largó sin dar explicaciones y dejó el país al arbitrio de sus generales. A partir de ese instante, su hundimiento comenzó: las batallas perdidas se fueron sucediendo hasta que todo se tornó desastre en Waterloo. Falleció exiliado en una isla del Atlántico a tres mil kilómetros de las costas de África, pero la muerte no fue lo peor: su cuerpo fue profanado y algunos de sus órganos, bajo pretextos diversos, todos pintorescos, le fueron extraídos y conservados en formol. Hubo un cura, el clérigo Vignali, que dio la orden de cortarle el pene al cadáver: quería evidenciar con el pingajo que la virilidad de Napoleón no era, ni mucho menos, la que magnificaban las habladurías. El cura estaba resentido porque, para ridiculizarle, Napoleón le había llamado impotente en una fiesta delante de todos los invitados. Ahora, el párroco se desfogaba amputándole el atributo masculino y mandándolo exhibir para que se viera bien de

muerto lo que de vivo apenas podía colear. ¡Ay, Agustina, cuánta envidia hay en el mundo y cuanta mala leche! Lo midieron para saber su alcance. Cuatro centímetros escasos que llegarían a lo sumo a siete en estado de erección. Aquello no era mucho, desde luego. Una ridiculez, por así decirlo. Es más, ninguno de los bálanos, nabos de baldrés o consoladores que se utilizan en el burdel cuenta con menos de quince pulgadas de envergadura y juro por san Cucufato, que de pijas sabe un rato, que no son para nada desmedidos. ¿Te acuerdas, Agustina, de aquel turco bujarrón que se empeñó en comprarnos la colección entera? ¡Anda que no le gustaba encerrarse con las niñas para disfrutar los instrumentos a sus anchas! Una fortuna nos quería entregar por ellos. Deberíamos haber cerrado el trato, pero una nunca sabe cómo acertar. El clérigo Vignali quedaría satisfecho con la cosita de Napoleón metida en el frasco, como si se tratara de una fruta macerada en almíbar. No es de recibo que, a alguien, después de muerto, le anden cortando sus partes pudendas, ni aun por justa venganza. Los escarnios con los cadáveres nunca han sido de mi agrado. En la época de la guerra ya hube de ver suficientes atrocidades. Solo de recordar aquellos cuerpos partidos en pedazos y colgados de los árboles me entran ganas de vomitar. ¡Menudo final para un emperador que pretendía serlo del mundo entero! Hecho cachitos, embotado, expuesta su carne en formol. Ese era el porvenir que le esperaba. En fin: muertes las hay infinidad, pero cada cual posee su estilo. Allá cada uno con la suya y no hay más ley, ¿verdad, Agustina? La vida es tan solo coyuntura, un lugar de paso sin sentido. De nada sirve aferrarse a ella o protestar. El final nos acaba llegando tarde o temprano, lo queramos o no, y solo quien tiene la ventura de elegir su propia muerte puede considerarse afortunado.

Mucho ha llovido desde aquel día en el otoño de 1808 en el que partimos de la quinta del marqués de Lindaluz, pero mucho más habrá aún de llover para enjugar las lágrimas que verterán las generaciones venideras al darse cuenta de los desmanes que entonces cometimos. La barbarie en la que puede recalar el ser humano no tiene límite fijado. Aquellos fueron tiempos duros, tiempos de combates cuerpo a cuerpo, tiempos en los que la vida no tenía otro valor que el de ser conservada unos pocos días, unas pocas horas más, acaso las suficientes para tajar en la prórroga las tripas de otro francés. Yo conocí mucha gente orgullosa de dar la vida por la patria y algunos hasta en verdad lo hicieron, pero ¿para qué? ¿De qué ha servido todo aquello? ¿Qué es la patria sino un rastro de sangre continuado por la historia?

Mataperros y los hombres de su partida andaban por los montes al acecho de los franceses, sin importarles las tormentas que soportaban a la intemperie o el hambre que les hervía en los estómagos. Eran gentes de raza, todos de una pieza y cada uno con sus propias convicciones para meterse a aquello, pero unidos al cabo en el propósito de expulsar a los soldados imperiales del suelo español. Pero no quiero dejarme llevar por la grandilocuencia. Para hacer honor a la verdad, es preciso dejar claro que no todo en aquellos días era sentimiento unánime de rechazo al invasor. Los mezquinos, los miserables, los interesados siempre han encontrado su lugar. Hacer de

la desgracia del prójimo un beneficio propio, un negocio goloso del que sacar partido, es tarea habitual de los buitres carroñeros. En aquella guerra también los hubo, y no pocos, por cierto. Mientras unos daban su sangre por España, otros hacían a su costa el mejor avío que podían mercando con los franceses y proporcionándoles, a cambio de prebendas y favores, cuanto ellos precisaban para su bienestar. El sentimiento de orgullo por España y la pena honda de verla en manos de los bastardos extranjeros tampoco era compartida por todos. No había más que ver los cuerpos destartalados de nuestros ejércitos para darse cuenta de la desidia: mozos robustos y hombres fornidos en perfectas condiciones para ser reclutados sobornaban con dineros a las Juntas Provinciales que se ocupaban del alistamiento y, así, solo los menesterosos y los simples acababan en la conscripción; los médicos atestiguaban inutilidades fingidas y los curas falsificaban los libros de bautismo para borrar de ellos a quienes les pagaban con buen contante el favor; los alcaldes contribuían al desmantelamiento del censo y los jueces rubricaban con sus firmas las mentiras de los alcaldes. Los cafés, las tertulias, las casas de juego y de lenocinio andaban llenas de población flotante que vagaba de un sitio a otro sin ningún control de la autoridad. Escudados en el incógnito, de súbito desaparecían todos cuando llegaban los de la recluta. Dentro del propio ejército tampoco era ejemplar la situación; la bajeza de la tropa era infinita: asesinos, gandules, correveidiles y trileros fomentaban la corrupción por todas partes. El abandono, la amenaza, los sablazos, los robos en las compañías estaban a la orden del día. Los pocos que conservaban algo de bondad, al ver a sus jefes corrompidos y entregados con desenfreno a cualquier vicio o desorden, se volvían primero recelosos de lo suyo y después más perniciosos aún que los maestros de los que habían aprendido el arte de malear.

La propaganda maledicente de Napoleón venía a ser al cabo corroborada. Frente a la desidia secular de los gobernantes españoles, el emperador ofrecía una administración fuerte y vertebrada nacida de los principios de modernidad que habían inspirado la revolución. La tropa francesa era compacta: los soldados se sentían orgullosos de pertenecer a sus cuerpos de ejército, eran los vencedores de mil batallas gloriosas, los amos indiscutibles de toda Europa. Seguían ciegamente a sus oficiales, no solo por disciplina castrense, sino porque confiaban en su inteligencia táctica y en su pericia militar. Se creían seres elegidos, imbuidos de una inteligencia más avanzada, destinados a ser los amos del mundo, más que por el resplandor de sus cañonazos, por la luz cegadora de su razón. Eran hombres listos, adiestrados en el uso práctico del pensamiento y entrenados en el ejercicio del juicio. No era extraño que, al compararse con la ralea de españoles que los desdeñaba y combatía, se sintiesen superiores. Pero en el fondo eran ilusos y desconocían hasta dónde puede llegar la saña animal.

Juan Mojamas solía contar muy a su gusto una historia sobre un aldeano del Baztán al que se le presentaron en casa, en mitad de la noche, un par de soldados franceses extraviados en el bosque. Llamaron a la puerta y el aldeano y su mujer les

abrieron con recelo. «Tenemos hambre —dijeron los franceses—, no conocemos estos valles y hemos perdido nuestra guarnición». El aldeano repuso que nada tenían para comer. Los franceses, creyéndose más listos que el pobre pueblerino, le preguntaron si les dejaba por lo menos un perolo con agua y la llama de una lumbre para hacerse una sopa de piedras. El aldeano y su mujer quedaron extrañados con tal petición y accedieron a lo que los franceses les habían pedido. Los otros, harto seguros de lo que hacían, pusieron la olla al fuego y echaron dentro unas cuantas piedras del tamaño de mendrugos. El matrimonio observaba expectante cómo los franceses removían aquello con el cucharón de madera. «¿Un poco de sal no tendrían?», preguntó el soldado que llevaba la iniciativa. El aldeano y su mujer se miraron unos segundos y, acto seguido, les entregaron un cacharro con sal. «Esta sopa con algo de verdura cogería mejor color: una berza o una calabaza vendrían bien; con unos tronchos bastaría». El aldeano sacó de una alacena un trozo de repollo y unos cuantos calabacines y se los ofreció a los soldados. El agua hervía y, cuanto más bullía, más ocurrencias iban teniendo los soldados. El matrimonio, ingenuo, les iba dando de todo lo que pedían: huevos, tocino, ajos y hasta un talego de alubias negras que tenían reservadas para el día de San Pascual. Una vez que aquello tomó la consistencia de un guiso suculento, los franceses se sirvieron sendos platos con lo más granado de los tropezones que habían echado en el puchero. «¿Y las piedras?», preguntó el aldeano sorprendido. «Las piedras —respondieron los franceses— son para los tontos como vosotros que las quieran masticar».

Mojamas contaba que los soldados llenaron bien la panza a costa de la estupidez de aquel matrimonio, pero que a la postre de nada les sirvió su estratagema porque, mientras dormían la comilona, la mujer, herida en su orgullo, fue y los degolló. Juan Mojamas lo contaba todo de corrido, casi sin respirar, dando mucho énfasis a lo que los franceses iban echando a la olla: los puerros, los chorizos, el jamón… él siempre añadía de más. El hambre estaba bien presente aquellos días y a Mojamas el mero hecho de mentar los alimentos le bastaba para obtener algo de gozo. Mojamas tenía aquella historia como cierta y así lo aseguraba a cuantos se la oían contar, aunque todo lo decía sin darle otro valor que el del simple chascarrillo. Pero estaba metiendo el dedo en el tuétano de esa realidad abismal que separaba al francés del español. Sin pretenderlo, lo que Mojamas daba a entender con su historia era que, por encima de la inteligencia, del orden, de la modernidad y de la arrogancia de los triunfadores, hay algo superior llamado dignidad que, en manos de los humillados, es un arma poderosa que hace tambalearse a los imperios.

¡Pobre Juan Mojamas, con lo mucho que le gustaba contar historias a la luz dormida de las lumbres, cuando la noche nos cogía en mitad del monte y nos echábamos en el suelo a descansar! ¡Pobre Mojamas! Lo pronto que acabó de ver la vida pese a lo mucho que le gustaba estar en ella despachando viandas por el buche —quesos, chorizos, hogazas, tocinos—, regándolo todo con la bota, que parecía que de un trago la dejaba ordeñada hasta el cuero. Un tiro de pistola recibió derechito en

el vientre y no le pudo sacar partido a las muchas ganas de vivir que aún le quedaban. Se vino abajo y se le acabaron los latidos del corazón. La guerra tiene estas cosas y es absurdo confiar en que la prudencia pueda acaso servir para salvaguardar mejor el pellejo. Al final es el azar quien marca los destinos de las personas y, a uno que se ha acurrucado en una zanja para que el combate lo deje en paz, lo mismo le cae encima una bala de cañón y le parte en pedazos y, a otro que se arroja sable en mano a despachar enemigos con los dientes, no le pasa más que un rasguño que se cura fumando tabaco y bebiendo coñac. Con Mojamas, sin embargo, no fue el azar quien vino a ajustarle las cuentas. Recibió su merecido en el tiroteo de las Maldonadas. Perseguíamos muy de cerca a Tainebleau y a sus soldados: olíamos el sudor de los caballos, el viento traía su peste agria a nuestras narices y nosotros cabalgábamos deprisa, para cortarles el paso y abortarles el saqueo. Sabían que andábamos tras ellos, debían presentirlo, eso se nota; la alimaña perseguida se sabe acorralada, se sabe sin defensa y, entonces, ataca a muerte o comete locuras y se lanza por un barranco a ver si no se estampa de la caída y burla el celo de su perseguidor. Pero todo eso pasó bastantes días después de haber salido de la quinta del marqués, justo cuando el plazo de tres semanas conferido estaba cercano a expirar.

¡Maldito marqués de Lindaluz! ¡Tenías que haberlo visto aquella noche, Agustina! Convenció a Mataperros tirándole a dar en donde más dolor tenía. Casi más que el odio, fue la venganza lo que le pudo. Se dejó seducir por la posibilidad de ajustarle las cuentas a Tainebleau. No tenía alternativa. El marqués disfrutó de su triunfo. Sabía que le tenía bien cogido: era solo cuestión de esperar el momento para decirle por las claras que el francés que comandaba el pelotón que andaba saqueando iglesias por los pueblos era el mismo hijo de perra que había matado a su mujer y a su hijo recién nacido. El muchacho Martinejo todo lo vio desde el pajar de la casa, pero nada pudo hacer por impedirlo. Le habrían arrancado también la vida. Una vez se hubieron ido los franceses salió corriendo sin parar, loco de rabia, llorando a lágrima tendida, trastornado por la brutalidad que había presenciado, dando saltos entre los bujes, sorteando piedras, arañándose brazos y piernas con las ramas de las zarzas sin darse cuenta del dolor porque no había más dolor que el que llevaba prendido en las pupilas, un dolor exagerado, inaplazable, un dolor hecho de sangre fresca y de cuchillo largo, el dolor profundo de los cuerpos que sufren en sus carnes la injusticia, el abuso y la sinrazón. Cuando llegó hasta donde Juan Bautista andaba con las ovejas, no le salían las palabras de la boca; ni siquiera las tenía; había enmudecido por el camino. Mataperros supo que algo grave había pasado y, cuando llegó a la casa y vio la escabechina, su mujer degollada y su hijo muerto en la cuna, creyó volverse loco. Mataría franceses, se echaría al monte y nunca jamás sería Juan Bautista, ese pastor de ovejas afable y bueno que no deseaba de la vida más que la felicidad de su familia.

Salimos temprano aquella mañana. Los gallos cantaban sus quiquiriquíes sobre los palos del corral. Nadie de la quinta se asomó a despedirnos, pero nos encontramos en el establo, preparados junto a los caballos, zurrones con alimentos abundantes: pan

recién horneado, jamón serrano, tocino salado, queso curado en aceite, cecina, migas de bacalao, nueces, avellanas y hasta albaricoques desecados, de esos que llaman orejones. Mojamas sonrió al ver tanto asunto para el buche y dijo que alguien que nos proveía de semejante manera para aplacar las pesadumbres del camino no podía tener intenciones perniciosas. Aún le duraba la borrachera de por la noche, pero su naturaleza era fuerte y estaba acostumbrado a digerir bien las cogorzas. La Romero, sin embargo, cabalgaba perjudicada del estómago y no paraba de lanzar eructos roncos y sonoros, como verdades que desagrada oír. El marqués había dicho que nos esperaría a medianoche dentro de tres semanas, en el sitio del Paso del Infierno, donde las hoces del Duratón, a unas pocas leguas de Sebúlcor. Era aquel un lugar maldito y solitario incrustado en lo más hondo de un cañón y por ello bueno para hacer las transacciones sin testigos. Las tres semanas del plazo habían empezado su cuenta atrás. ¿Adónde nos dirigiríamos ahora? Solo Mataperros lo sabía. Dijo que iríamos primero a donde las monjas del Poyo para encontrarnos con el niño Camuñas como habíamos acordado. Yo me mordí duro la lengua y no le pregunté si seguía teniendo la intención de dejarme en el convento. Le iba diciendo a la Romero que no me daba la gana quedarme de novicia, que mi naturaleza estaba hecha para no andar atada a reglas y que, aunque había nacido en las Filipinas, también quería defender la patria y dar mi vida por el rey de España.

¡Qué ilusos que éramos entonces, Agustina! ¡Valiente rey de España!, ¡la que organizó el mastuerzo a su regreso! Más nos habría valido que le hubieran cortado la cabeza en Bayona con esa máquina mecánica que inventara el doctor Guillotin: habría estado sublime su cara de tuercebotas sobre un almohadón de terciopelo a los pies de la Mariblanca, en la Puerta del Sol.

La Romero me decía que no le hiciera caso a Mataperros, que cuando llegara el momento de dejarme a mi suerte ya se echaría para atrás.

—No sé qué cabezonada le ha entrado a ese con dejarte en el Poyo. Pero tú no te preocupes, China, que todo se arreglará.

Por las claras yo tampoco lo sabía, aunque bien lo podía adivinar. Cada vez me miraba con más ganas. Puede que hubiera empezado a sentir algo por mí que le descolocara el corazón. El recuerdo de la familia muerta no podía conjugarlo con el fluir natural de los deseos y eso, aparte de dejarle perplejo, debía generarle ansiedad. Para Mataperros no había ya más vida que la destinada a la venganza. El ojo por ojo y el diente por diente se le quedaban siempre cortos. Por un diente él demandaba mil vidas; por un ojo, más si cabe, todas las que cupieran en su navaja, que carecía de fin. Parecía un héroe de la patria, pero no era más que un hombre atormentado. Otro a lo mejor no hubiera soportado la desgracia y se habría abierto las venas para quitarse de en medio, pero aquellos eran tiempos duros y los desastres de la guerra andaban por todas partes como un patrimonio comunal de España.

Nadie salió a despedirnos aquel día, ya lo he dicho. El silencio en la casa era monótono y todo parecía muerto, salvo por la presencia de ese calor despiadado que

hervía en derredor. ¿En el infierno será así? Tú a lo mejor lo sabes, Agustina, y yo tal vez vaya a corroborarlo. Nos marchamos con una grave pesadumbre hundiéndonos el ánimo. Un vapor brumoso, como de nube baja, envolvía la quinta cuando la dejamos atrás. Cabalgamos sin parar toda la mañana. La Romero se quejaba de tanto galope, pero Mataperros imponía un ritmo endiablado. La urgencia mandaba.

A mediodía hicimos un alto para que abrevaran los caballos y echarnos al buche algún bocado de los muchos que el marqués había dispuesto en los zurrones. Comimos callados, cada uno absorto en sus propios pensamientos.

—Mataperros —le dijo Juan Mojamas al acabar—: si tú quieres, vamos contigo. Te ayudaremos a recuperar la Santa Camándula.

—Eso, cuenta con nosotros —apostilló la Romero.

Él, altivo, les dio las gracias. Su decisión ya estaba tomada. La venganza le podía. Era la sed que llevaba en la sangre, el incendio que le hacía brillar los ojos, el gesto que le ponía boca de alimaña, como si lo fuera de verdad. El marqués de Lindaluz le había entregado una lista con algunas iglesias castellanas en las que supuestamente podría estar escondida la reliquia verdadera; la más cercana a donde estábamos era la de San Licinio, que quedaba a tan solo un día de marcha en la misma dirección que seguíamos para el convento del Poyo. Mataperros pretendía llegarse hasta allí y así nos lo hizo saber. Durante toda la tarde seguimos cabalgando campo a través, lejos de caminos y veredas; cuanto menos nos vieran, mejor. El aroma del aire era dulzón y en las hojas de los árboles el amarillo de la estación rompía ante nuestros ojos. Nos adentramos en un bosque de hayas de hojas rojas, como corazones de francés. La belleza del otoño amedrentaba con su presencia melancólica. Olía a musgo por todas partes y la humedad se nos metía en la boca al respirar. Sabía el aire a hongos, a gusanos, a pecina. Lo atravesamos entero y continuamos galopando.

Pasamos luego por un páramo desolador. De lejos nos llegó ese hedor macizo y fétido que lanzan los cadáveres en descomposición. Debía haber habido alguna refriega días atrás, tres o cuatro a lo sumo, a juzgar por el estado de lo que a poca distancia nos encontramos. De lejos parecía un simple árbol que extendía solitario sus ramas secas en mitad del horizonte. Galopamos hacia él y enseguida nos percatamos del horror: a pocos palmos del suelo, en uno de los brazos del tronco, habían empalado a un hombre. La punta de la rama le salía por los hombros; el muerto, con las piernas abiertas, parecía estar cabalgando la muerte; sus ojos vacíos miraban al infinito; tenía la boca abierta, el pelo tieso y la piel del rostro cuarteada. Para dar mayor vigor a ese espectáculo los franceses le habían aserrado los brazos por el codo y los habían colgado de otras ramas. El cadáver se asemejaba así a una estatua antigua que los hubiera perdido en su peregrinaje por la historia. Aquella figura en descomposición resumía por si sola la belleza de la guerra, su elocuencia magnífica, su grandiosidad.

Nos quedamos espantados ante semejante espectáculo. Mojamas soltó unas lágrimas de impotencia y escupió al suelo. La Romero tenía la boca abierta y no

podía dejar de mirar tamaña porquería en descomposición. Los franceses solían hacer esas barbaridades como escarmiento de la población. A todo el que pillaban con un arma le represaliaban sin miramientos. A veces organizaban ejecuciones públicas en las plazas de los pueblos para que los vecinos se intimidaran contemplándolas. Cogían a los reos, les colgaban del cuello un cartel en el que garabateaban su delito y les ponían encima el arma que les hubieran encontrado —un sable, una pistola, una navaja o lo que fuese—. Luego los sentaban en el garrote y apretaban el torniquete hasta que la punta de hierro les penetraba el cuello. La cabeza, ya sin vida, se les inclinaba hacia delante, humillada, ridícula, como pretendiendo piedad. Algunas veces a estos ajusticiados se les ataban juntas las manos, igual que si rezaran, y se les incrustaba entre las palmas un crucifijo. No se hacía por caridad, sino por escarnio. Así se demostraba a los demás que nada sobrenatural habría de salvarlos de la muerte y que la única voluntad suprema que allí había era la de Napoleón.

No le dimos sepultura a aquel cadáver: habría sido entretenernos y gastar en balde nuestras fuerzas. Nos subimos a los caballos y continuamos por el páramo. Al poco rato nos topamos con otro jardín de muerte. Los cuerpos florecían en los árboles como si fuesen las frutas podridas de un huerto espectral. Aquí la imaginería macabra de los franceses había superado las cumbres del horror creíble. De la rama de un árbol un ahorcado en camisa se mecía al viento: las calzas le colgaban por debajo de las rodillas y de su entrepierna salía una verga muerta, pero enhiesta, a cuyo *rigor mortis* habían atado un letrero con una leyenda que decía: *Por felón*.

A su derecha un hombre había sido colgado por las piernas con las manos atadas a la espalda: la rama se había vencido y la mitad de su cuerpo desnudo caía igual que un monigote. Unos pasos más allá había un muerto atado a un tronco por los brazos: la cabeza le caía sobre el pecho y su cuerpo desnudo estaba inclinado hacia delante, casi venido abajo. Pero el culmen de aquella gran hazaña con muertos se encontraba entre las ramas de un olivo: atado bocabajo por las rodillas aparecía un hombre decapitado; al cuerpo le habían cortado los dos brazos que, unidos con cuerdas por las muñecas, parecían cañas de lomo puestas a secar; en la rama más alta habían clavado su cabeza; tenía los ojos cerrados y el bigote le caía lacio por las mejillas; su aspecto era tan tremebundo que parecía que de un momento a otro iba a abrir los ojos y ponerse a gritar de dolor.

Nos fuimos asqueados de aquel lugar que Dios confunda. Al poco de cabalgar llegamos a una aldea. Las viejas enlutadas nos dijeron que unos franceses habían pasado por allí requisando comida, un par de días atrás. Los hombres del lugar se les habían encarado. Los franceses se pusieron furiosos y mataron a su antojo. A los que quedaron con vida los llevaron a campo abierto y allí los ajusticiaron. Dieron orden de que nadie del pueblo los enterrara: tenían que quedarse allí, exhibidos como escarmiento, hasta que la carne se les cayera a cachos. Las mujeres temían ir a por ellos para darles sepultura. No tenían fuerzas ni para llorar. El terror les impedía comprender que los franceses ya estaban lejos. Aquella historia se repetía por todos

los rincones de España por los que pasaban los soldados de Napoleón. La tropa imperial era rápida en su avance porque la intendencia la garantizaba rapiñando. Si llegaban a un pueblo y no se colaboraba con diligencia se hacía una saca de hombres y mujeres y se les daba un escarmiento. Si se encontraba oposición armada no se dudaba en ejercer represalias para espantar a la población y sugerirles que, en lo sucesivo, se abstuvieran de emplear semejantes cariños con los soldados. Una vieja encorvada de edad indefinida, toda vestida de negro y con un pañuelo en la cabeza, se acercó llorando a Mataperros y le pidió venganza.

—Tú que eres joven y fuerte dale venganza a mi hijo. Se lo llevaron para matarlo. Ahí arriba está, colgado de un árbol. Ni darle sepultura nos han dejado.

Mataperros le pasó a la mujer la mano por la cabeza y, con mucha contención en las palabras, le dijo que no tuviese cuidado, que los franceses habían escogido mal sus enemigos, que los españoles éramos un pueblo crecido de orgullo y que, entre todos, los echaríamos de la patria, aunque fuese a garrotazos.

—¿Cuántos franceses quieres que mate por tu hijo? —le preguntó después para consolarla.

—Los que tú tengas a bien —respondió la mujer—. Yo solo te pido que los mates con dolor.

Seguimos cabalgando y pronto dejamos atrás aquella gente herida por la tragedia, empapada en su propia desolación. ¿Qué era aquello que sentíamos, Agustina?, ¿ira, rabia, odio, impotencia, o todo eso a la vez haciendo revoltijo en nuestras tripas? No lo sé, pero cuantas más atrocidades veíamos, más ganas nos entraban de toparnos con un destacamento de franceses y tirárnoslos al cuello. Pero Mataperros era cauto: andaba siempre con los pies en el suelo y no atacaba más que cuando de antemano sabía que iba a ganar. Por el momento avanzábamos por lugares apartados de los caminos, atravesando páramos por los que era improbable que nos cruzásemos con algún francés. Su objetivo estaba claro: quería llegar a San Licinio cuanto antes.

Después de otro buen trecho galopando, Mataperros ordenó parar. La noche había caído y era mejor no cabalgar sin luz. Improvisamos el vivac al abrigo de unas peñas. Hacía frío. El viento soplaba fuerte del norte y se nos metía dentro de los huesos a pesar de las mantas, pero no encendimos fuego para que las llamas no nos delataran. La noche nos aguardaba cruda, desapacible, sin estrellas, pero acurrucados todos juntos nos dábamos calor y compañía y el temor nos menguaba. Mojamas se aplicó a la bota y, en cuanto estuvo caliente, se puso a contarnos historias de aparecidos. Aquella oscuridad lo propiciaba. ¡Cómo le gustaba a Juan Mojamas asustar con sus relatos! Disfrutaba a más no poder y la cara se le ponía de niño pequeño. Esa vez quiso contarnos una historia que, según nos dijo, le había sucedido a un paisano suyo que regresaba a Cuenca en una noche inhóspita. Se había demorado el hombre en hacer unos tratos de venta de grano que le salieron a última hora en la feria de un pueblo a la que había acudido a comerciar y por eso hubo de venírsele encima la oscuridad de regreso a su casa. Soplaba el viento como si cortase el mundo en dos y,

por lo negro de los montes, se oían voces siniestras como las de las almas del infierno en queja perpetua. El comerciante trotaba muy asustado temiéndose el acecho de cualquier mal cuando, de repente, al doblar el camino por donde unos arbustos muy crecidos, le salió al paso un viajero: iba montado sobre un caballo negro perla y una capa también negra lo envolvía, cayendo después por el lomo de su montura, de forma que caballo y jinete parecían hechos de una sola pieza, como esos centauros que dicen que hubo en la antigüedad. Pese a lo siniestro de su indumentaria, la voz de aquel viajero era apacible y el comerciante se tranquilizó al oírle hablar. Le explicó que se había extraviado por los montes y que iba a la ciudad de Cuenca a despedirse de un amigo moribundo que allí vivía. El comerciante le preguntó que quién era ese amigo al que acudía a visitar y, al reconocer el apellido de un hombre al que en verdad sabía muy enfermo, se tranquilizó y le propuso al desconocido hacer juntos el resto del camino hasta la ciudad. Así, si les salía al paso un lobo o un bandido, podrían hacerle frente mucho mejor. El viajero aceptó sin nada que objetar. Cabalgaron un par de horas en las que el comerciante no paró de contarle al desconocido episodios de su vida. El otro asentía con educación a cuanto escuchaba y, de vez en cuando, sonreía con ironía, como si en verdad ya supiera no solo lo que su acompañante le revelaba, sino lo que aposta se callaba por pudor. El camino transcurrió sin incidentes. Llegaron a las afueras de la ciudad de las casas colgadas, ya muy de madrugada. Se pararon en lo alto de un cortado y desde allí contemplaron la hoz del río Júcar, difuminada por las primeras brumas del amanecer. Las luces de algunos candiles brillando silenciosos y el rumor del río elevándose fugitivo por los tejados de las casas les regalaron la vista y el oído. La ciudad parecía flotar fugitiva sobre el sueño pacífico de sus habitantes. En ese momento, una ráfaga de aire surgido desde el fondo del barranco agitó la capa del viajero y la hizo ondear apenas un instante. El comerciante quedó estupefacto al ver que por dentro estaba todo envuelto en llamas. Entonces comprendió que su acompañante no podía ser otro que Satanás. A punto estuvo de desmayarse, pero conservó la sangre fría: sin decir palabra, sin dar explicaciones, puso su caballo a galopar barranco abajo. La cabalgada fue tremenda y al final llegó a la hoz. El caballo quedó sin fuerzas, pero el comerciante le espoleó hasta el límite y cruzó el río por donde la ermita de las Angustias. Allí el caballo se derrumbó. Su jinete salió corriendo y se abrazó a la cruz de piedra que había en la explanada frente a la iglesia. Al hacerlo, notó en la nuca un aliento de azufre a la vez que una voz horrible le decía: «De tus piernas te has valido, si no, de tu alma me hubiera servido».

Por la mañana, unos frailes le encontraron abrazado a la cruz. Encima de él, sobre la piedra, podía verse en altorrelieve la mano del diablo. El comerciante contó lo sucedido a los monjes, quienes fueron de inmediato a salvar el alma del moribundo al que el diablo había acudido a visitar, pero ya era tarde: había muerto sin confesión.

Todos nos quedamos sobrecogidos al escuchar de la boca de Mojamas aquel relato escalofriante. Fue tanta la impresión que me produjo que, pese a lo mucho que

ha llovido desde entonces, aún lo recuerdo palabra por palabra. No pegué ojo en toda la noche. Aquel jinete envuelto en llamas se me aparecía transformado en pesadillas. Solo al amanecer caí rendida y pude dormir. Mojamas aseguraba que la historia era cierta, que a él se la había contado un nieto del comerciante y que, si ibas a la ciudad de Cuenca, pegada a la ermita de las Angustias, estaba aún la cruz de piedra con la mano del diablo puesta en ella. Yo le juré viajar hasta allí para ver con mis propios ojos el prodigio y, aunque tardé años en hacerlo, contemplé por fin la cruz de la leyenda, me acordé de Juan Mojamas —muerto hacía ya mucho tiempo— y una lágrima me resbaló por la mejilla. Al rememorar entonces aquellos días nerviosos de la guerra pensé que la vida no es más que un ave de paso que se nos va para nunca volver y, en ese instante, volví a ver al diablo y percibí la melancolía que a su antojo esparce por la tierra y noté el sufrimiento y sentí la miseria y olí el mal y padecí la enfermedad y supe de la desesperación y contemplé el sarcasmo inagotable con el que el enemigo ofende a la humanidad, y ni por un segundo dudé de su existencia.

Reanudamos el viaje con el sol ya asomado. Íbamos al norte. Nos servía de guía el musgo que esponjaba los troncos de los árboles por su parte más húmeda. Cabalgamos toda la mañana sin detenernos. El tiempo había mejorado y la lluvia no amenazaba con echársenos encima. El barro de los campos silenciaba los cascos de los caballos que se deshacían en un chapoteo blando y constante. A eso del mediodía divisamos a lo lejos el ejército francés. Desviamos la ruta y nos refugiamos en una loma coronada por dos enormes rocas de granito, un bastión natural. Dejamos los caballos atados a unas zarzas y nos parapetamos en aquel lugar. Mataperros desplegó su catalejo: era un batallón de lo menos quinientos hombres con toda su impedimenta y su tinglado de pertrechos. Algo grande debían de estar preparando los franceses. Por la dirección que traían supusimos que iban hacia Madrid: tras la derrota de Bailén el gobierno de la capital se había tambaleado y José Bonaparte y su camarilla de afrancesados habían corrido a refugiarse al Ebro; era más que probable que José I hubiese pedido ayuda a Napoleón para recuperar la capital del reino, aunque no se tenía noticia de que los franceses estuvieran preparando movimientos, por lo que semejante despliegue de tropa sorprendió a Mataperros. Aquel batallón tenía pinta de ser una avanzadilla. A juzgar por el ritmo de la marcha que imponían sus oficiales, la prisa era un factor que tenían muy presente. Aguardamos escondidos tras las peñas la media hora larga que tardaron en perderse en el horizonte. Mantuvimos bien prieta la respiración no fuesen por una jugarreta del destino a dar con nosotros. Aunque el ejército estaba lejos, los grandes movimientos de tropa iban siempre acompañados de exploradores que despejaban los caminos y que salvaguardaban flancos y retaguardia para evitar los disgustos de un ataque por sorpresa. Si nos cogían allí escondidos de seguro nos fusilaban. La Romero acudió a amordazar las bocas a los caballos para evitar que relincharan. Debían haber olido el peligro y estaban nerviosos. Rezamos para que el enemigo pasara pronto. Tuvimos suerte de que el encuentro fuera al mediodía, pues de lo contrario habrían acampado en las cercanías y nos hubieran

dificultado la huida. Aquel desplazamiento militar había que reportarlo cuanto antes. Mataperros se angustió y otra vez el dilema entre su corazón y su deber se puso de manifiesto.

—Tenemos que darnos prisa. Hay que volver y avisar. Aquí no somos de ayuda para nadie. Puede que se avecine una escabechina de las buenas.

—Tú estate tranquilo Mataperros —intentó calmarle Juan Mojamas—, que ya otros los verán y darán parte. Nosotros, a lo nuestro, que ahora hay otros asuntos que atender.

Reanudamos el camino con el polvo de los franceses tiznando en lontananza. Subimos repechos, bajamos colinas y cabalgamos por una llanura interminable hasta ir a dar con el lecho de un riachuelo al caer la última luz del día. No lejos de allí distinguimos el humo de una hoguera saliendo por encima de unos chopos y oímos voces a lo lejos. Mojamas se acercó a ver quién andaba por aquel páramo mientras nosotros lo aguardábamos montados en los caballos, por si hubiera que salir al galope. Desde que dejáramos atrás el ejército francés no nos habíamos cruzado con alma alguna y era extraño que hubiera gente fuera de poblados en aquellos lugares solitarios por los que nos íbamos adentrando. Los caballos estaban agotaditos de cansancio y, si hubiéramos tenido que salir huyendo, lo más probable es que hubiesen reventado de la extenuación. Mojamas no tardó en regresar: se trataba de unos gitanos que tenían levantado su campamento a la orilla de aquel regato. Nos llegamos hasta ellos y, al ver que no éramos franceses, nos saludaron con consideración. Serían unos cuarenta y viajaban con niños y ancianos. Yo me fijé en una mujer joven y demacrada que tenía entre sus brazos a una criatura de apenas meses. El pobre no dejaba de llorar.

—¿Podemos pasar aquí la noche? —les preguntó Mataperros.

—Si son gente de paz, vengan a calentarse con nosotros —le repuso el patriarca, un hombre viejo con el bigotazo encanecido que llevaba un pañuelo anudado a la cabeza.

—No hay gente de paz en tiempos de guerra —repuso Mataperros—, todos tenemos un partido que tomar.

—Mire, señor —explicó el gitano—, nosotros no entendemos de esas cosas. Vamos de un sitio a otro porque está en la sangre que nos corre por las venas y debemos obediencia a nuestra ley. Entre nosotros nos defendemos y si nos tocan a uno es lo mismo que si nos tocan a todos, que allá estaremos para hacer lo necesario, aunque sea matar, pero de cosas de reyes y generales nosotros no queremos saber.

Atamos los caballos y nos sentamos con los gitanos en torno a una triste lumbre para compartir la cena. Les ofrecimos queso, chorizo y tocino del que llevábamos en los zurrones y ellos nos lo agradecieron dándonos a probar unas sopas de ajo bien condimentadas con pimentón que a nuestras tripas les sentaron de maravilla. Eran humildes e hicimos con ellos buenas migas, pero a la Romero se la notaba recelosa.

—Niña, los gitanos no son gentes de Dios: escupieron a Cristo camino de la cruz

y están malditos, todos condenados a ir de acá para allá sin detenerse nunca.

—Esos fueron los judíos, Romero.

—Y también los gitanos, que yo sé lo que me digo.

Los gitanos nos contaron que venían desde la parte de levante y que todas aquellas tierras de al lado del mar estaban hasta arriba de franceses. Habían estado en el Maestrazgo, luego subido hasta Tarazona, después tirado por las sierras de Soria y ahora se dirigían hacia Palencia para cruzar desde allí la raya de Portugal. Fueran donde fuesen la desolación era absoluta. Eran malos tiempos los que corrían y la gente no tenía dineros para gastárselos en peroles o en palanganas, que era lo que ellos lañaban, pero aun así hacían lo que podían brujuleando de pueblo en pueblo.

Entonces recordé que, según nos contara el marqués, habían sido unos gitanos los que rescataron a Blanquita, la hija de don Bambridge, de las fauces de los lobos. Pensé que tal vez pudieran haber sido estos mismos. No me importaba la suerte de Blanquita lo más mínimo, pero me dio por preguntar.

—Oí decir que unos gitanos salvaron a una muchacha de morir comida por los lobos en mitad de una sierra de por aquí —comenté al tuntún en el corro de la hoguera.

—Podría ser —dijo el patriarca.

—¿Fueron ustedes? —insistí.

Mataperros se me quedó mirando duro y dejó de masticar su bocado de tocino.

—¿Y qué, si fuimos? —volvió a responder.

—Nada. —Guardé silencio unos segundos y luego continué—. ¿Y la chica? ¿Estaba bien?

—Loca perdida. En Villabrágima se quedó. El barbero se hizo cargo de ella. Andaba dando saltos por los riscos. Tiritaba. Decía sinsentidos. En mantas la tuvimos que enrollar. A los padres se los jamaron los lobos. Unos bandidos debieron de asaltar el carruaje en el que viajaban. Les dejaron sin armas y a la intemperie. No se pudieron defender.

—Mejor habría sido que los mataran allí mismo —atajó Mataperros aquella conversación.

Yo le miré a los ojos. Esas palabras las decía por mí, para echarme encima la culpa de las muertes. Tal vez creía que me iba a amedrentar por ello, como si no hubiera llevado yo puestas las ganas del desquite.

—Eso nunca se sabe —repuso el gitano.

—Muertos a tiros no habrían sufrido por lo menos las dentelladas de los lobos —sentenció Mataperros.

—Los lobos están caninos. La comida escasea y bajan de las sierras a hacer su avío —dijo el patriarca—, pero con unas buenas pistolas se les pone bien a raya. Peores son los hombres, que no matan por hambre.

—Y más aún los bandoleros, que lo hacen por diversión —dije para devolverle a Mataperros el puyazo.

—No son tiempos para andar por los caminos —sentenció el gitano, chascando la lengua y moviendo la cabeza de un lado a otro en señal de fastidio.

—Son los franceses quienes han traído la confusión al mundo —intervino Mojamas—. Antes no ocurrían estas cosas que ahora se ven.

—¿Y ustedes qué hacen por estos parajes perdidos de Dios? —preguntó el gitano mientras removía con un palo la lumbre, que se estaba quedando en nada.

—Buscamos a un francés —respondió Mataperros.

—¿A uno cualquiera?

—No. A uno que debo matar.

—Ya veo.

El patriarca miró a Mataperros con severidad. Parecía dudar en si hacerle o no una confidencia. Abrió la boca, pero titubeó. Siguió atizando la lumbre y, tras pensárselo dos veces, se decidió por fin a hablar.

—Hará tres días que nos cruzamos con un jinete que galopaba fuera de los caminos. Venía herido en el cuello por arma de fuego y traía el brazo lastimado. Tuvimos que ayudarlo. No era asunto grave, pero le untamos un emplasto y le pusimos un vendaje.

»Le pregunté que si lo andaban persiguiendo los franceses, pero no quiso soltar prenda. Solo dijo que el tiempo acuciaba y que tenía que reanudar su camino cuanto antes. Vestía todo de negro y llevaba consigo un fardo alargado del que no se desprendía, así le asaran vivo. Le dimos de cenar, pero no mordisqueó más que un poco de queso. Fue descansar un rato e irse a escape.

»Al día siguiente nos salieron al paso unos franceses. Bajaron de un otero y se nos echaron encima de repente. El que los mandaba tenía una cara seca y torva. Vestía una casaca color dorado que le distinguía de los demás. Nos preguntó de malos modos quiénes éramos, de dónde veníamos y si nos habíamos cruzado con algún jinete en los últimos días. Les dijimos que no, que no sabíamos nada, que nosotros éramos gentes de paso que no se metían en las cosas del mundo. Luego quisieron saber por dónde quedaba el monasterio de San Licinio. Les contesté que no lo sabía y el que los mandaba, un hijo de perra, me cruzó la cara con la fusta. Entonces prendieron unas teas y nos amenazaron con quemarnos vivos. Les rogamos que no lo hicieran, pero a una orden de aquel hombre las lanzaron contra uno de los carromatos. Dentro estaba un nieto mío recién nacido, junto a su madre. Todo empezó a arder. Echamos a correr para sacarlos del fuego. Los franceses se reían y nos arrollaban haciendo cabriolas con los caballos para divertirse. A duras penas pudimos sacarlos, pero el carromato se quemó entero.

—¿Dijo ese francés para qué querían ir San Licinio? —preguntó Mataperros sin perder la compostura.

—No. Nada dijo de eso.

—Y ese hombre herido al que curasteis, ¿creéis que venía huyendo de ellos?

—Puede que sí, puede que no, vaya usted a saber. Son estos tiempos revueltos y

todo es confusión. Yo solo sé que al irse no tomó la dirección de San Licinio, que queda hacia poniente, sino que tiró hacia el sur.

Cerca de nosotros la mujer, con el recién nacido en brazos, cantaba nanas para reconfortarle. El niño sollozaba con un hilo de llanto. A su madre no le había subido la leche y al recién nacido le alimentaban con la de una cabra que ordeñaban para él. Me acerqué a ella y acaricié a su hijo.

—Son ya tres días que apenas come. Se me muere.

Llevaba enfermo desde que se cruzaron con los franceses. Toda la leche que mamaba del pezón de cuero que le habían hecho con la piel de un lechazo la vomitaba. El niño estaba en los huesos y a la madre se le saltaban las lágrimas de verle así.

—Han sido los gabachos los que le han traído el mal. Una higa les hago a todas horas, pero el niño se me muere igual.

Aquella mujer estaba destrozada por la pena de ver al hijo consumiéndose y no poder hacer nada para remediarlo. Tenía en los ojos esa mirada blanda que impone el dolor. La impotencia la conducía a la superstición y el cansancio le derribaba la esperanza. No podía con el peso de ver morírsele un hijo entre los brazos.

Yo le pedí que me dejara al niño y le acurruqué. Le faltaba aliento para llorar más fuerte. El vientre le dolía, pero el hambre no le dejaba comer. Pedí que me templaran un poco de leche y se la fui poniendo en los labios gota a gota, con suavidad. Mataperros no dejaba de mirarme hacer. Sus ojos destilaban tristeza y me di cuenta. El bebé se relamió. Poco a poco fue tomándose la leche mecido en mis brazos y pareció sentarle bien porque, tras ingerir casi un cuartillo, quedó dormido como un bendito. La gitana se lanzó a besarme las manos. No paraba de darme bendiciones. Me propinó todo tipo de parabienes y de buenos deseos: que si yo había salvado a su hijo, que si aquello era un milagro de la Virgen, que si tenía en la cara la gracia de los santos y cosas por el estilo que me turbaron por completo. No había hecho nada que cualquier otra persona no hubiera podido hacer también. Todos me trataban con alegría, como si mi llegada al campamento hubiera sido soplada por los vientos de los buenos augurios. De verdad creían que los franceses le habían echado al niño mal de ojo y que, gracias a mí, el maleficio se había esfumado.

El patriarca de los gitanos se acercó a donde estaba y me ofreció una taza de aguardiente.

—Esto es de lo mejor. Bébetelo a la salud del niño.

Bebimos y hasta Mataperros brindó por el recién nacido. Las gitanas bailaron alrededor del fuego danzas repletas de dulzura y no sin cierto misterio oriental. Para los que nacimos en la otra parte del mundo, algunos de los hábitos que a veces contemplamos nos hacen reflexionar sobre nuestros orígenes comunes, como si el conjunto de la humanidad procediera de un solo sitio y se hubiera desperdigado por la tierra llevando en el recuerdo los mismos terrores y la misma manera de espantarlos. El mundo es un territorio vasto, pero extrañamente familiar.

Una gitana revieja, con la cara cuarteada por las arrugas, vino a decirme la buenaventura. Se alumbraba con un candil que sostenía temblando en la mano izquierda lo que hacía oscilar la llama más de la cuenta. Las sombras y las luces que arrojaba sobre la palma de mi mano parecían llenarla de fantasía. La Romero, al verla, acudió corriendo para apartarla de mí.

—¡Quita con eso, pelleja, que son cosas de bruja! ¡Deja a la chica en paz! La gitana miró a la Romero con indiferencia y continuó leyéndome la mano. Me la besó primero y después la acarició con suavidad.

—Dame, bonita, déjame contarte las cosas hermosas que la vida reserva para ti.

La gitana estudio las rayas en silencio durante un buen rato. Se pasó la lengua por los labios resecos antes de hablar.

—Eres joven muchacha, pero llevas mundo a cuestas. —Su mirada era dura y la sostenía con misterio—. Mucho mundo, por lo que dice aquí.

—Vengo de lejos, si es a lo que te refieres.

—Sí, a eso también —respondió con rotundidad—. Las rayas las tienes bien formadas. Es larga la de la vida y la de la fortuna anda repleta. Encontrarás el goce, pero no tendrás amor, conocerás los placeres terrenales, pero jamás serás feliz. Los hombres te cortejarán y te agasajarán con regalos, pero levantarás la envidia de muchos. Disfrutarás de cuanto te rodea, aunque solo al final de tu vida encontrarás la paz de tu corazón.

—¿Solo eso? —le pregunté riéndome. La verdad es que en ese instante me arrepentí de no haberle hecho caso a la Romero y así evitarme escuchar aquella palabrería. Lo que la bruja me decía en el fondo me asustaba. Quise alejarme de ella, pero me agarró la mano con firmeza y no me dejó ir.

—No. Hay algo más. Mírame a los ojos, muchacha. Persigues un enigma. La espesura de la noche lo envuelve. Cabalgáis detrás del aire y jamás lo alcanzaréis. La tiniebla todo lo enmaraña. Después vendrá la oscuridad que ciega el mundo y los necios se crecerán. Pero el tiempo pasa muy deprisa… Al final de tu vida conocerás un hombre y entonces la luz se hará. Sí, ahora lo veo: él te contará lo que no sabes y entonces todo cobrará sentido para ti. Cuando eso suceda acuérdate de lo que ahora voy a decirte: tus días entonces estarán cumplidos y nada más te quedará en este mundo por hacer.

Goces, placeres, envidias, privilegios. Ese fue el augurio de aquella gitana. Después, la vida no me ha venido tan orlada como me pronosticó, aunque casi todo lo predicho resultó ser verdad. Faltaba lo último, sin embargo: el enigma, la espesura, la oscuridad…, pero hasta eso, Agustina, se acaba de cumplir. Un muchacho francés llegó al burdel. Era dicharachero y engatusó a las chicas de inmediato. Como casi todos los clientes, estaba allí de paso. Quería embarcarse para América, cambiar de vida, dejar atrás unas muertes turbias por las que la Justicia le perseguía. El muchacho empezó a frecuentar mi casa todas las noches. Las chicas no hacían más que hablar maravillas de él; estaban como trastornadas de contento: todo era jolgorio

cuando entraba por la puerta y no había una sola que no deseara seducirlo, hasta el punto que tuve que reprenderlas para que no me dejasen el negocio sin atender. Aquel muchacho sabía cómo agradar: apuesto, distinguido, embaucador, titular de todos los vicios inimaginables, también se adueñó de mi voluntad. Le dejaba a las chicas de balde y, cuando se satisfacía con ellas, lo invitaba a coñac. Hablábamos hasta tarde, conversábamos y él me hacía sus confidencias. El hervor de su sangre me hacía añorar la juventud perdida y había veces que maldecía al cielo por habérseme pasado la vida de repente.

Una noche, el muchacho me hizo una revelación. Era ya muy tarde y el coñac bebido de más le aflojaba la lengua a base de bien. Yo le observaba complacida, suspirando ante la belleza de su cuerpo medio desnudo recostado en el diván. Hablábamos de los tiempos de Napoleón, de cuando la guerra en España. Me preguntó si le había combatido y yo asentí, pero sin dar explicaciones. De pronto, las palabras empezaron a salirle esclarecedoras de la boca. Todo cobró sentido en ese instante y el enigma de la Santa Camándula me fue desvelado por completo. Me eché a reír a carcajadas y creo que hasta me oriné encima del espasmo. El pobre muchacho creyó que me había vuelto loca, pero entonces un pensamiento fúnebre se apoderó de mí, Agustina. Recordé las palabras de aquella gitana y supe que mis pasos por el mundo estaban próximos a llegar a su fin.

Nunca más volví a saber de ese niño al que alimenté con gotas de leche templada. Ha llovido mucho desde entonces. Toda una vida ha transcurrido, la mía y la de tantos otros que anduvieron por los montes disparando contra la soldadesca de Napoleón. ¿Y qué quedó de todo aquello? A nadie le importa ya, «cosas de viejos», dicen, desastres que ocurrieron tiempo atrás. No saben que los pueblos que desconocen su propia historia están condenados a repetirla una y otra vez.

Aquel niño seguro que sanó. Tal vez haya hasta pasado por el burdel sin yo advertirlo, pero ¿cómo lo habría de conocer? A esta casa, tú lo sabes Agustina, acuden hombres de cualquier pelaje y condición. Algunos son de por aquí, pero la mayoría están de paso. Hay de todo: viajantes de comercio, liberales arrepentidos, masones peripatéticos, buscadores de fortuna y hasta curas chocolateros con los hábitos arremangados y en guardia el cangilón. A veces me da por figurarme que alguna de mis chicas anda encamada con aquel recién nacido, dándole bien de gusto sin él saber que si ahora goza es tan solo porque hace muchos años yo le alimenté. ¡Ensoñaciones de vieja! El tiempo muda las prioridades de las gentes y propicia el olvido de los hechos que acontecieron con sangre. Yo aún me acuerdo, sin embargo, de aquellos días de incertidumbres y aventuras, de aquel cabalgar desenfrenado tras los pasos de Tainebleau y de esa noche extraña junto al riachuelo, la lumbre encendida, el olor penetrante a vetiver, a algalia, cuando la gitana me dijo la buenaventura al abrigo nacarado de la oscuridad.

7
LA HORA DEL ÁNGELUS

A lo lejos se divisaba el campanario de la iglesia de San Licinio. Estaba construida en lo alto de una montaña; parecía rozar las nubes. Se llegaba hasta ella por un camino estrecho que trepaba hasta ir a morir en una explanada presidida por una encina centenaria. Era la de San Licinio la segunda de las iglesias a las que, según las indicaciones dejadas por Lindaluz, podría haber ido a parar el relicario con la Santa Camándula. Llegamos al borde de la hora del ángelus. Al contemplarla en todo su esplendor, limpia, matizada por la luz feliz del pleno día, nuestros corazones se estremecieron. Quedé fascinada ante semejante maravilla. No cabía duda de que los que construyeron aquella iglesia sabían que la arquitectura es una de las maneras de lograr que el pueblo se sobrecoja y admita de rodillas la insignificancia de su naturaleza mortal. Desde allí, la vista era soberbia. El valle quedaba distante, minúsculo, cubierto de una bruma inconsistente, como de gasa de algodón. Solo el cielo nos acompañaba en esas soledades. El enclave tal vez hubiera albergado de antiguo alguna fortificación de moros porque semejantes atalayas más sentido tenían para lo militar que con vistas al recogimiento del espíritu. Respiré hondo para así tranquilizarme. El aire habría entrado limpio en los pulmones de no haber sido por el ligero olor a pólvora que trasladaba. Nos miramos entre nosotros al percatarnos de que algo extraño se cocía en aquella quietud.

Desmontamos con sigilo y amarramos los caballos. Los animales detectaron la pesadumbre en el ambiente y se pusieron a relinchar. La Romero tuvo que calmarlos con caricias. No se veía un alma y el silencio era desazonador. Avanzamos unos metros pistola en mano. Cerca de la iglesia, pero separado de ella por un puente de piedra que cruzaba un cortado, se alzaba un edificio no muy grande, de construcción reciente y de factura vulgar. Debía de tratarse de un monasterio de nueva planta levantado en aquel lugar de buitres roqueros al rebufo de la iglesia.

Desde el alto en el que estábamos no había más posibilidad de acceso al monasterio que atravesando el puente. Aunque la hendidura no era ancha, diez metros apenas, la brecha que caía en picado daba vértigo. Nos dimos cuenta de que el monte entero estaba constreñido por la hoz que un río trazaba, de forma que iglesia y monasterio se asomaban al mismo precipicio. Vimos enseguida que el portón del monasterio estaba abierto. No se percibían movimientos de vivos, sin embargo, ni trinar de pájaros siquiera. Todas las apariencias indicaban que sus moradores hubieran abandonado deprisa y corriendo aquel cenobio, interrumpidos tal vez de sus tareas por algún suceso repentino. Sobre el puente, a media altura, un par de buitres volaba en círculos. Corrimos hacia él. Dibujadas en el polvo aún se veían huellas de

caballos. La primera en asomarse al pretil fue la Romero.

—¡Reviento en Judas! —dijo—. Mirad lo que han hecho esos hijos de Satanás.

Nos asomamos y abajo, entre breñas y zarzales, distinguimos a varios monjes muertos. Debían de haberlos arrojado desde el puente. Su sangre brillaba todavía entre las plantas, por lo que la masacre tenía que ser reciente. Mataperros se santiguó al ver sus cuerpos despeñados y nos ordenó que corriésemos hacia el monasterio para ponernos a cubierto junto a sus muros. La carrera fue desenfrenada. Nos apostamos jadeando a ambos lados del portón. Si Tainebleau estaba aún dentro, saldaríamos cuentas a tiros con él.

—¡Esperad aquí! —ordenó Mataperros mientras se preparaba para entrar.

—Yo voy contigo —dijo Mojamas, resoplando por la fatiga de la carrera— y, si veo algún francés, me lo llevo por delante.

Ambos se metieron por el portón y quedamos fuera la Romero y yo, una a cada lado, mirando a todas partes muertas de miedo por si había emboscados que nos fueran a disparar. Aguardamos un buen rato, pero nada sucedió. El silencio era enorme. Aquel lugar tenía mucho de macabro. En ese instante sonaron las campanas justo enfrente de nosotras. Fue un toque raro, desvaído, sin melodía aparente. ¿Quién andaría subido en el campanario de la iglesia?

—Vamos a ver quién toca —dije resoluta.

—Espera, China —contestó la Romero en voz muy baja—, espérate a que vuelva Mataperros.

Lo cierto era que la Romero y yo estábamos asustaditas perdidas. No es lo mismo tener delante al enemigo y verle venir echando espumas por la boca, que intuir que anda emboscado, aguardando el mejor momento para lanzársete al garguero. La incertidumbre también mata. La cara barbuda de Juan Mojamas asomó entonces por el portón. Ambas soltamos un suspiro de alivio.

—Ahí dentro no hay nadie —sentenció el guerrillero—. Hemos visto un ataúd con cuatro hachones de cera consumidos. Debían de estar velando a un muerto, pero el ataúd está vacío. Todo parece estar en su sitio menos el cadáver.

—Huirían los monjes en tropel al ver llegar a los franceses —sugirió la Romero —. A lo mejor, a los más rezagados, los pillaron por banda y los tiraron por el puente. No hay más que ver la escabechina que hay en la hondonada.

Vimos aparecer a Mataperros. Salía del monasterio cabizbajo y en la mano llevaba un crucifijo. Lo había encontrado tirado en el suelo, al lado del catafalco. Su aspecto era sencillo, rústico, de madera sin desbastar.

—Probablemente lo llevaba puesto el muerto entre las manos —dijo mostrándonoslo—. No han debido de dejar un monje vivo esos bastardos. ¡Lástima que no se supieran defender!

—Eran monjes, no soldados —le precisó Mojamas—. No los juzgues mal.

—En estos malos tiempos hay que ser de todo: monjes, soldados y lo que sea menester —repuso airado Mataperros—. Cualquier cosa menos dejarse matar por los

franceses.

—Han tocado las campanas de la iglesia. —Atajó la Romero aquel amago de desavenencia—. Esta y yo las hemos oído bien claritas, ¿verdad, China?

Yo asentí con la cabeza.

—Puede que haya alguien allí arriba —sugirió Mojamas señalando el campanario con la pistola.

Mataperros hizo un gesto para indicar que le siguiéramos. Cruzamos de nuevo el puente y nos aproximamos a la iglesia con sigilo. Se accedía a ella por un atrio con arquería a doble columna cubierto por un saledizo desgastado por la humedad. Los arcos estaban cegados con mortero de forma que, lo que antes pudiera haber sido un soportal, parecía ahora boca de lobo: la única luz que penetraba en aquel sitio lo hacía por el ventanuco enrejado de una portezuela en uno de los extremos. Contuvimos la respiración y la empujamos. El cerrojo no estaba echado y se abrió sin más. Nada se veía en el interior y aquello habría sido nuestra tumba de haber habido dentro algún francés, pero la suerte nos acompañó. Mataperros entró el primero al soportal. Una bandada de murciélagos que se descolgó del techo al abrir del todo la puerta y permitir pasar la luz salió revoloteando al exterior.

—¡Bichos del diablo! ¡Así os fría Pedro Botero en aceite hirviendo! —maldijo la Romero.

Cuando nos acostumbramos a la oscuridad miramos por un ajimez que se asomaba al interior del recinto sagrado. Pudimos distinguir el atrio de la iglesia. A su derecha había una hornacina con una talla del arcángel san Miguel sometiendo al dragón. Le pisaba el cuello con el pie y blandía una lanza en señal de victoria. Alguien había tenido la ocurrencia de clavar una rata en la punta.

Las campanas volvieron a sonar, pero esta vez lo hicieron desmañadas: las tocaban al tuntún. Nos quedamos inmóviles, con los músculos rígidos como si nos hubiera entrado perlesía. Aguardamos a oír de nuevo algún tañido, pero ninguno otro sonó. Mataperros se acercó hasta la puerta de la iglesia y la empujó con suavidad. Los goznes chirriaron y un olor acre como a incienso requemado salió volando del interior. Con suma precaución, alargando el brazo desde el quicio, Mataperros siguió empujando la puerta hasta dejar un espacio suficiente para que todos pudiéramos pasar. Adaptados los ojos a la oscuridad, la luz que provenía del interior del templo nos cegó por un instante. Era una luz fría e insípida que transmitía desolación. Miramos alrededor. No había signos de vida por ninguna parte. El silencio era completo, hasta el punto de que lo sentíamos latir en los oídos. Avanzamos con prudencia por la nave central, hacia el altar. Vimos algunos objetos de la liturgia tirados por el suelo, pero, aunque el desorden era evidente, los daños no parecían irreparables. Examinamos la iglesia por encima. Mojamas inspeccionó las capillas laterales y husmeó por los confesionarios. Sorprendentemente, y al contrario del san Miguel Arcángel de la hornacina de la entrada, ninguna imagen había sido profanada. Si los franceses habían estado allí, no había sido precisamente para divertirse con sus

desmanes. Mataperros nos hizo un gesto desde el umbral de la sacristía. Fuimos con él y entramos a mirar: los enormes cajones con las prendas de oficiar habían sido sacados de sus carriles y andaban desparramados por el suelo casullas, cíngulos, estolas y demás indumentaria de la misa. A la izquierda de la entrada había un enorme armario de madera cuyas puertas habían sido arrancadas. A sus pies, tirados en el suelo, estaban las patenas, los cálices y otros objetos de valor relacionados con la liturgia. Mataperros pasó la mano por los estantes vacíos, despacio, como si los estuviera acariciando.

—Nada de esto se han llevado. —Chascó la lengua contrariado—. Han ido derechos a lo que buscaban.

Fue entonces cuando se oyeron sonar las campanas por tercera vez.

—¡Mirad allí, al fondo! —dijo Mojamas indicando el otro extremo de la sacristía con un levantamiento de barbilla—. Hay un portillo: seguro que por ahí se sube al campanario.

Fuimos hasta él y lo abrimos con precaución. Efectivamente, daba acceso a unas escaleras que parecían conducir al campanario. Mataperros comenzó a subir. Todos le seguimos sin rechistar. Los peldaños eran estrechos y resbaladizos. Caracoleábamos en la penumbra guiados por los pasos del de delante. Al llegar al campanario nos quedamos paralizados del espanto. Colgado de la soga que servía para hacer tañer las campanas, había un hombre ahorcado. El rostro lo tenía torcido a un lado y de la boca abierta, en una mueca horrible, le salía una lengua amoratada que le caía por la mejilla. Vestía un jubón a medio abrochar que apenas le llegaba a la cintura y, bajados hasta las rodillas, podían apreciarse unos calzones sucios. Pero aquello no era todo: le habían forzado la honra con un palo que, como si fuera un rabo tieso, aún le colgaba por detrás. La imagen que teníamos delante habría sido grotesca de no haber resultado espeluznante. Aquella visión resumía por sí sola toda la infamia, toda la depravación y toda la crueldad a las que el ser humano es capaz de llegar cuando apela a sus instintos más primarios. El cadáver oscilaba repugnante delante de nosotros. Nos quedamos mirándolo callados durante un buen rato, sin saber qué decir. De pronto, empezó a moverse con más velocidad, igual que si se estuviera columpiando. Las campanas, entonces, volvieron a sonar. Con el ruido, un par de ratas asomaron de dentro del jubón y se escaparon trepando por la cuerda. De las mangas salieron unas cuantas más. Mojamas apretó el cañón de su pistola contra el pecho del ahorcado: los cordones se desmoronaron, la tela se abrió hecha jirones y una turba de ratas saltó en tropel. Le estaban royendo desde dentro y las costillas se le veían con asquerosa claridad. El cadáver, impulsado por los saltos de las ratas hizo sonar de nuevo las campanas. Jamás en mi vida he vuelto a oír repiques tan inmundos ni siquiera años después, cuando las iglesias de Madrid celebraron el ahorcamiento de Riego ordenado por el Borbón.

¿Quién sería este hombre? ¿Por qué se habrían ensañado así con él? Las preguntas eran múltiples, pero nada allí nos las iba a responder, así que dejamos al

muerto balanceándose al antojo de sus huéspedes y, escaleras abajo, regresamos a la sacristía. Mataperros decidió que nos marcháramos de inmediato de aquel lugar. Si alguna vez estuvo allí custodiada la Santa Camándula, estaba claro que los franceses ya se la habían llevado. Volvimos a la nave principal y, antes de irnos, la Romero quiso santiguarse ante el altar. Al hincarse de rodillas oyó una voz sorda que procedía de muy lejos, como regresada de la ultratumba.

—¡Socorro!, ¡sacadme de aquí! ¡No puedo respirar!, ¡me ahogo!

La Romero se levantó de un salto y se echó espantada hacia atrás.

—¡Mataperros! —gritó descompuesta—, ¡aquí debajo grita un alma en pena!

Todos corrimos a donde ella estaba. La Romero se había arrodillado sobre una lápida. No tenía inscripción grabada encima y, por el lustre del granito, parecía aún sin estrenar. La Romero señaló la tumba con gesto de espanto.

—Parece venir de ahí abajo.

Mataperros se arrodilló sobre la piedra y empezó a husmear. Las junturas no estaban selladas con mortero.

—¿Hay alguien ahí dentro? —preguntó Mataperros.

La voz de ultratumba volvió a retumbar.

—Si sois gente de bien sacadme de aquí. Tengo el cuerpo entumecido y el aire casi no me alcanza para llenar los pulmones.

—¡Vamos! —ordenó Mataperros—, ¡hay que descorrer la lápida!

Con la ayuda de unos candeleros de forja que allí había pudimos hacer un poco de palanca. Cuando ya teníamos la lápida medio desencajada, Mataperros, valido de uno de los candeleros, sacudió un golpazo en el granito y lo resquebrajó por la mitad. A partir de ahí no nos costó gran esfuerzo acceder a la tumba. Extraímos los trozos resquebrajados y el resto de la losa la corrimos de un empujón. La lápida chirrió y todos nos quedamos enmudecidos mirando dentro: había un monje echado bocabajo; lo sacamos como pudimos.

Tenía la cara ancha, el cuerpo fofo y olía que apestaba, igual que un animal.

Al verse a salvo se puso a dar gracias a Dios. Estaba débil y temblaba de fiebre. Dijo llevar un par de días metido en aquel hoyo sin agua ni comida, sufriendo terror.

Le dimos un trozo de queso, y agua para beber.

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, Dios mío, por oírme las plegarias! —exclamaba sobrecogido.

—Cálmese, hermano, y cuéntenos lo que ha pasado aquí —le instó la Romero.

Los lagrimones se le escurrían al monje por las mejillas y la papada le tremolaba al masticar.

—¡Loado sea el cielo! Gracias a él, sigo vivo. Sois gentes de bien, me habéis salvado la vida. La providencia os ha puesto en mi camino. Ha oído mis súplicas. Mil rosarios llevo rezados para no morirme de desesperación. Menos mal que habéis llegado a tiempo. Ahí dentro me metí para escapar de los soldados. Casi dos días llevaba sin comer y sin beber. Si giraba la cabeza y apretaba la nariz contra la tierra,

un hilillo de aire me llegaba. Era un aire raro, con olor a hueso, pero por lo menos me permitía respirar. Debía de provenir de la cripta que hay bajo el altar. Esa ha sido mi salvación. ¡Gracias, Señor, por escuchar los lamentos de tu servidor!

El monje dijo llamarse Abundio y ser el sacristán del monasterio. La llegada de los franceses le había sorprendido dentro de la iglesia, preparando las exequias del abad. Le dimos de comer algo de queso que apenas mordisqueó y se puso a contarnos lo sucedido: había ido a llevar allí las velas cuando aparecieron los franceses. Serían seis o siete y no sintió el trotar de sus caballos. Fueron los disparos los que le alertaron. La comunidad al completo velaba al abad en la sala capitular del monasterio. Una desgracia había sucedido la noche anterior: durante la cena, mientras escuchaban las lecturas preceptivas, el abad había fallecido de repente. Fue una muerte absurda: tomaban sopa de ave y en una cucharada que se llevó a la boca se atragantó con un huesecillo que se le quedó atravesado. Empezó a toser, a regurgitar y a hacer ruidos extraños, como si no pudiera entrarle el aire. Los monjes acudieron en su ayuda, pero en vez de darle golpes en la espalda para ver si así se aliviaba, no tuvieron otra ocurrencia que tumbarle en el suelo boca arriba. El abad no tardó ni un santiamén en fallecer: dio un estertor profundo y lastimero y murió de aquella mala manera. La cara se le quedó contraída, un ojo abierto y el otro cerrado, y en la boca una tensión de músculos le hacía aflorar una sonrisa extraña, como de broma macabra, según el monje nos detalló. El caso es que algunos de los frailes acusaron al hermano despensero de propiciar la muerte del abad. Ambos estaban enfrentados y aquella circunstancia bastó a los partidarios del abad para acusar al cillero de haberlo envenenado. El cillero era inocente, pero lo agraviaron igual y, sin hacerle juicio, lo tuvieron por confeso de la muerte del abad, así que después de apalearle le encerraron en la despensa. La comunidad se dispuso entonces a organizar las exequias. Colocaron al abad en un catafalco, en la sala capitular, y allí fue velado toda la noche. A la mañana siguiente se dispuso lo necesario para darle sepultura. Dado lo imprevisto de su muerte, se decidió utilizar una de las tumbas destinadas a los benefactores de la comunidad situadas al pie del altar. La congregación se reunió a rezar un último responso ante el féretro; todos, menos el hermano Abundio, que estaba en la iglesia preparando los detalles del sepelio. Entonces oyó un relincho de caballos y después disparos. Algo extraño sucedía. Se asomó y vio a los soldados. Se asustó y aguardó a ver qué pasaba. Al cabo de un buen rato, Abundio vio cómo, de malos modos, sacaban a los monjes del monasterio y los llevaban hasta el puente. Debieron encontrar al cillero encerrado en la despensa, pues salió también al poco encañonado por un francés. Acarreaba a cuestas el cadáver del abad. Cuando llegó al puente le dijeron que lo dejara en el pretil. Los franceses estuvieron un rato hablando con los monjes. Parecían interrogarlos, pero ellos se limitaban a negar con la cabeza. Ni una palabra salió de sus bocas. Entonces, hartos de la espera, los ataron unos a otros por los pies y les mandaron encaramarse a la baranda del puente. Después, entregaron al cillero un fusil y le ordenaron disparar a un monje a su elección: cuando

uno cayese arrastraría a los demás. Los monjes se resignaron a morir de aquella suerte, pero, para fastidiar a los franceses, se arrojaron al abismo por su cuenta, sin esperar a que el cillero disparara. Arrastrado en la caída se llevaron con ellos al abad. Los soldados, contrariados, decidieron colgar al cillero como escarmiento por no haber obedecido sus órdenes con diligencia y, para ello, eligieron el campanario de la iglesia.

Al contarnos lo sucedido, el sacristán se echó a llorar. Tentado estuvo de salir de su escondite para ayudar a sus hermanos, pero nada hubiera conseguido con la valentonada. Nos dijo que, al ver a los franceses dirigirse hacia la iglesia con el cillero encañonado, no tuvo otra ocurrencia que la de meterse dentro de la tumba destinada al abad. Valido de un rodillo arrastró la losa hasta taparla casi por completo, se introdujo por el hueco que quedaba y ya desde el fondo la empujó con todas las fuerzas de las que fue capaz hasta que, por suerte, se encajó. A partir de ahí se hizo la oscuridad y de nada más pudo enterarse, salvo de su propia desesperación.

Oímos aquel relato espantados de lo que los franceses podían ser capaces de hacer para poner de manifiesto su impiedad. La Romero, temerosa de Dios, no dejaba de santiguarse mientras escuchaba al sacristán contar lo sucedido. No dábamos abasto para ver escenas macabras que, una detrás de otra, escenificaban los desastres de la guerra. Allí a donde íbamos, el terror y la locura parecían aniquilar cualquier promesa de esperanza en la redención del género humano. Era terrible enfrentarse a semejantes desatinos pero, para hacer honor a la verdad, también hay que decir que, como toda aquella barbarie constituía el día a día de nuestras rutinas, hasta en lo macabro acabábamos hallando regocijo.

El sacristán parecía exhausto. Tenía la cara repleta de magulladuras y las fuerzas le flaqueaban. Había estado al borde mismo de la muerte y ahora necesitaba descansar. Sin embargo, nadie había ya en el monasterio para atenderlo como convenía y, si lo llevábamos con nosotros, la marcha se vería retrasada y tal vez perdiéramos un tiempo precioso esencial para alcanzar a Tainebleau.

A Mataperros se le notaba inquieto. Observaba taciturno al sacristán, escuchaba sus palabras con atención de ave de presa y echaba miradas a todas partes como si anduviera reconstruyendo de cabeza los hechos sucedidos en aquel lugar.

—¿Sabe lo que buscaban esos soldados? —le preguntó al monje.

—No —respondió este con rotundidad—. Exclaustrarnos a todos, supongo: los franceses son impíos; no toleran a las gentes de Dios.

—Han entrado en la sacristía y lo han revuelto todo: los cálices, las patenas, los copones, la ropa de la misa… todo anda tirado por el suelo, pero no parece que se hayan llevado nada. Eso es raro, ¿verdad?

—No lo sé. Tal vez no quisieran rapiñar la iglesia, sino tan solo matarnos por diversión.

—Los franceses no rechazan apropiarse de cuanto de valor encuentran a su paso. Si de esta iglesia no se han llevado nada es porque tal vez vinieran buscando algo en

concreto. Algo que no encontraron… o puede que sí.

El monje quedó dubitativo. Mataperros le miraba dentro de los ojos, como hurgando en su silencio. Se le notaba incómodo con las preguntas que Mataperros le lanzaba. Hizo un esfuerzo por levantarse y a duras penas se incorporó ayudado por Juan Mojamas.

—Debo ver la sacristía.

Lo acompañamos hasta ella y se quedó mirando el revoltijo que allí había. Tras evaluar un instante el desbarajuste, empezó a rascarse la tonsura en señal de perplejidad.

—¿Echa algo en falta, hermano? —le preguntó Mataperros.

—No sé. Con todo este desorden no sabría decir. ¿No seréis vosotros ladrones?, ¿verdad? —preguntó haciéndose el desconfiado—. En estos tiempos nuestros uno ya no sabe lo que pensar.

—Somos patriotas —atajó indignada la Romero—, y si estamos aquí no es para robar lo que no es nuestro, sino porque andamos detrás de unos franceses que quieren adueñarse de un rosario hecho con las espinas de nuestro Señor.

—Cristo no tenía espinas —atajó despectivo Juan Mojamas—. ¿Acaso te crees que era un pez?

—¡Con espinas de la corona que Poncio Pilatos le plantó en la cabeza! —aclaró la Romero.

—Los franceses que han pasado por aquí van a ser los mismos que nosotros andamos persiguiendo —le dijo Mojamas al sacristán para así disipar sus recelos.

El sacristán quedó escamado al escuchar aquello de las espinas de Cristo, y movió los labios al modo de los peces, como evaluando la oportunidad de si decir algo o si mejor callarse. Al cabo de un suspiro se decidió.

—Quizás debería revelarles un asunto —dijo poniendo voz de confidencia—. A ustedes de nada los conozco, pero si la divina providencia los ha traído hasta aquí por algo será.

—¿Y qué asunto es ese que tal vez nos debería revelar? —le preguntó interesado Mataperros.

El sacristán agachó la cabeza para apartar así sus ojos de la mirada inquisitiva del guerrillero. Se le notaba nervioso. Ahora no se comportaba como un hombre agradecido por haber sido salvado de una muerte segura, sino más bien como una persona taimada que estuviera tanteando a sus interlocutores. Dio el monje varios pasos por la sacristía. Recogió un cáliz del suelo y, tras sopesarlo en sus manos, se sentó fatigado en el poyete que asomaba bajo un ventanal.

—En este monasterio nada fuera de lo común ha sucedido jamás. Nada, por lo menos desde el tiempo que llevo yo aquí, y van ya para veinte años. Nuestra vida se sustenta en la rutina. Siempre tenemos las mismas noches, las mismas tardes, los mismos días, cada cual enfrascado en su tarea y rezando por la redención de los pecados de los hombres. Es la nuestra una existencia de humildad, de sacrificios y de

dedicación a Dios nuestro señor. Con tanta faena como tenemos no nos queda tiempo para la holganza, lo cual no es óbice para que el aburrimiento pese a veces más de la cuenta. Por eso, cuando hay una noticia novedosa, corre como la pólvora y, por mucho que se pretenda ocultar, siempre se acaba sabiendo. Hará unas pocas semanas, justo al comienzo del otoño, algo extraño aconteció que nos distrajo a todos de nuestros quehaceres. Al principio se mantuvo en secreto, pero ya les digo que aquí es difícil guardar ninguno.

El sacristán empezó a contar que, una noche de tormenta, se había presentado un hombre en el monasterio, solo y a caballo. Había llamado a la puerta pidiendo cobijo para resguardarse de la lluvia diciendo ser un escribano del Patronato General de Bienes Nacionales y pidiendo pasar la noche bajo techo. El abad le otorgó la hospitalidad que rogaba y cenó junto a todos nosotros en el refectorio. Se escucharon las lecturas sagradas y, tras la cena, estuvo conversando con él en amigable compañía. En un momento de la conversación aquel hombre reveló que el Patronato General de Bienes Nacionales estaba inventariando el patrimonio que se encontraba a recaudo del clero en las diferentes diócesis españolas. Su propósito era el de tener conocimiento de cuál era la riqueza sagrada y en qué lugares estaba ubicada. Los soldados de Napoleón estaban empezando a saquear las iglesias y lo que no estuviera inventariado no se podría proteger. Se pretendía a toda costa inventariar el patrimonio cuanto antes con el fin de evaluarlo y salvaguardarlo de la rapiña. El abad, receloso de los asuntos del gobierno, se inclinó a pensar que de lo que se trataba todo aquello era de una mera excusa para, a la chita callando, hacer acopio de información sobre los llamados *bienes de manos muertas* con el fin de proceder en un futuro no lejano a su desamortización, como algunos desalmados pretendían, pero el escribano, rotundamente, se lo desmintió y el abad le creyó. Además, en San Licinio no tenían de valor más que el queso que se almorzaban los ratones y los ratones que se merendaban los gatos.

Al día siguiente, aquel hombre, previo permiso del abad, agarró su portafolios, cogió pluma y tintero y se puso a registrar uno por uno los objetos que se encontraban en la iglesia. No era aquella una comunidad muy rica, por lo que el escribano tardó poco en terminar el inventario. Se lo mostró al abad para que lo revisara y, si estaba conforme, firmara el documento en señal de conformidad. Cuando el abad iba a estampar su firma, el escribano le preguntó que si no echaba nada de menos en aquella relación. El abad, extrañado, le dijo que allí estaba todo lo que había de valor y que nada faltaba según su parecer. Fue entonces cuando el escribano sacó a relucir una historia singular: le habló de un relicario fabricado en los siglos antiguos por un orfebre sevillano. Más allá de su inigualable factura y de su belleza artística, aquel objeto albergaba una de las reliquias más importantes de la cristiandad. Se trataba, nada menos, que del rosario de la Virgen María, una camándula fabricada con las espinas que anduvieron clavadas en la frente de Cristo mientras los soldados romanos lo azotaban y se mofaban de él en el patio del palacio de Poncio Pilatos; una

camándula hecha con las espinas de la corona con la que pretendían humillarlo en la subida al Gólgota y que se mantuvo incrustada en su cabeza mientras expiraba en la cruz, los cielos se llenaban de nubes y estallaba la tormenta que dejó a la humanidad en la más terrible de las tinieblas.

El escribano contó al abad que su homólogo de San Pigal de Duero, siglos atrás, habría ocultado el relicario en una iglesia remota y solitaria para así evitar que nadie la apeteciera para sí. Solo él supo cuál era, pero el secreto se lo llevó a la tumba al fallecer. Por la peculiar ubicación de San Licinio, en la cima de un monte flanqueado por barrancos y lejos de los caminos transitados, bien podía haber ido allí a parar la Santa Camándula o, al menos, eso es lo que le dio al escribano por entender. El abad de San Licinio, sorprendido con aquella historia de la que nunca había oído hablar, le respondió que, muy a su pesar, allí jamás se había custodiado una reliquia semejante, que todo aquello no eran más que cuentos de viejas y que la Virgen María jamás rezó *diostesalves* con rosario ninguno pues rezarse a sí misma carecía de sentido. El escribano, decepcionado, se marchó con su inventario y nunca más volvió a saberse de él hasta que una tarde, hacía pocas semanas, se había presentado en el monasterio una mujer. Era joven y bonita, pero se la notaba sin refinar; la facha no la tenía de campesina, así que debía de ser moza de mesón o rabanera de mercado. Preguntó por el abad: traía una cosa para él. Se reunieron unos minutos y la mujer le hizo entrega de un bulto envuelto en una tela con una cuerda atada alrededor. Junto a ese objeto misterioso le entregó una carta lacrada; había sido escrita por aquel escribano del Patronato General de Bienes Nacionales y en ella decía que aquel objeto era la pieza fabricada por el orfebre sevillano, pero que unos franceses le perseguían de cerca para arrebatársela y que temía por su vida. Por si acaso lo atrapaban, había decidido separarse de la reliquia y enviársela con aquella mujer. Le pedía el abad que la escondiese. Si él conseguía salir con vida volvería a por ella cuanto antes y, si no regresaba, debían conservarla hasta que los franceses se marcharan de España y entregársela después a las autoridades eclesiásticas.

El abad le preguntó que si sabía quién le había confiado aquel objeto, pero la chica contestó que de nada conocía a quien se lo entregó. Le explicó que ella se ganaba la vida sirviendo mesas en una posada del camino de Aranda llamada el Corral del Gato y que un desconocido que había parado en ella le hizo el ofrecimiento de hacer de recadera y llevar aquel paquete hasta San Licinio. Le dijo que se lo entregara al abad, que él sabría lo que hacer con él. El desconocido le había dado en pago una bolsa con cuartos y ella aceptó. Eso era todo y nada más sabía de aquel asunto. El abad guardó silencio y se hizo cargo del objeto que se le entregaba, si bien no le gustaron las circunstancias que lo envolvían.

La mujer se marchó por donde había venido y nada más volvieron a saber de ella. El abad tomó la decisión de no poner en conocimiento de la comunidad lo sucedido: era mejor no involucrar a ningún hermano en el asunto. Además, tenía disputas con el cillero y bastaba que este lo supiese para que se pusiera a incordiar. Mientras se

aclaraba aquel embrollo pondría la reliquia en un lugar seguro, apartada de la vista de los monjes. Tras mucho meditar, determinó que el mejor lugar para ocultar la Santa Camándula era en la torre del campanario.

—Solo yo subo allí arriba para llamar a los oficios, así que el abad me pidió que la escondiera. No me dijo de qué se trataba, pero aquí somos pocos y todo se acaba sabiendo.

El sacristán continuó contando lo ocurrido: las noticias venían confusas, todo andaba revuelto, pero el abad sabía que tarde o temprano alguien vendría a reclamar aquella reliquia y que tal vez no fuese el escribano quien lo hiciera. Estaba muy preocupado por el tema; todos se lo notaban, pero nada decían. Lo demás, ya lo sabíamos. Su triste muerte, atragantado con el huesecillo de la sopa, los había sumido a todos en la tristeza y ni estaba aún sepultado su cadáver cuando llegaron los franceses e hicieron la escabechina.

—Tal vez fuera la Santa Camándula lo que quisieran los soldados —sugirió Mojamas.

—Alguien les pondría sobre la pista de que estaba aquí escondida —repuso el sacristán—. Vosotros también la habéis venido a buscar, ¿no es verdad?

Mataperros no contestó.

El sacristán se quedó mirando al guerrillero. Se le notaba agitado, o tal vez fuese la fatiga, pero el caso es que no paraba de sudar.

—Vamos a subir al campanario —dijo Mataperros—. Nos indicarás dónde escondiste el relicario y veremos si aún está allí.

El monje tragó saliva y acató la orden que se le daba. Todos le seguimos en procesión por la tiniebla de la escalera. Sus pasos eran lentos, fofos, torpes y tardamos lo suyo en subir. Arriba, el ahorcado seguía balanceándose por el trajín de las ratas. El sacristán, al ver aquello, casi se echa a vomitar.

—Se ensañaron los franceses —dijo Mataperros displicente.

Le flaquearon las fuerzas al monje y hubo de sentarse en el suelo.

—Las ratas han dado buena cuenta de él —comentó Juan Mojamas—. Más carnes que hubiera tenido y mayor festín se habrían dado. ¿No te parece, sacristán?

—Sí, más carnes —murmuró abstraído, fuera de sí.

—¿Y la reliquia? ¿Dónde la escondías? ¡Dínoslo! —le ordenó Mataperros.

El sacristán se incorporó y se puso a hurgar bajo unos sacos con tejas que había amontonados junto a una de las paredes. Había allí una argolla que levantaba una trampilla. El monje tiró de ella y la abrió.

—Ahí estaba, envuelta en trapos —indicó sin mirar dentro—. Los franceses se la han llevado.

—Alguien tuvo que indicarles el escondrijo, pero si el abad ya estaba muerto cuando ellos llegaron, solo tú pudiste hacerlo, sacristán —le espetó Mataperros en tono acusatorio.

El monje, al verse descubierto, empezó a resoplar. Anduvo unos pasos por el

campanario, como evaluando la posibilidad de escapar, pero enseguida se detuvo. Mataperros sacó entonces la pistola, levantó el percutor y le apuntó al pecho. No bromeaba; él nunca lo hacía.

—¿Qué tenías contra el abad, rata asquerosa? ¿Por qué dijiste a los franceses dónde escondíais la Santa Camándula? ¿Acaso creías que te iban a dejar marchar?

Al verse encañonado, el monje se echó a temblar. Los ojos se le llenaron de agüilla y su rostro blanduzco pareció adquirir un tono pálido, como de carne muerta.

—¡No me mates, hermano! ¡Por favor, no me mates, que estoy en pecado mortal! Satanás no tendría piedad de mí. No soy más que un pobre pecador y a nadie le he hecho nunca daño por mi gusto. No quieras condenar mi alma. No tuve más remedio que decírselo —confesó—, mi vida iba en ello, pero te juro por lo más sagrado que lo que aquel paquete contenía no era la Santa Camándula: los franceses lo abrieron y dentro solo había un palo, ese mismo con el que… ¡Oh, Dios mío! De rodillas te lo pido: no me mates…

Sus palabras quedaron interrumpidas por la detonación. El monje apenas tuvo tiempo de mirar con incredulidad la herida que en el pecho le sangraba. Casi de inmediato, los ojos se le quedaron en blanco y la cabeza se le derrumbó. Cayó al suelo sin apenas hacer ruido, blando, repentino, como un fardo de paja empapado por un chaparrón.

Todos nos quedamos de una pieza mirando embobados salir el humo por el cañón de la pistola de Mataperros. Aún nos restallaba en los oídos el disparo. Él, sin inmutarse lo más mínimo, volvió a guardarse el arma y, como si de un saco de inmundicias se tratara, le dio una patada al cuerpo sin vida del sacristán.

—No hay piedad para los delatores —dijo antes de darse media vuelta y empezar a bajar las escaleras.

Nada nos dijo entonces Mataperros de cómo se había percatado de que aquel monje era un traidor. ¿Qué le había impulsado a matarle a sangre fría? ¿Hasta ese punto llegaba su desprecio por el enemigo? Nada nos reveló y nada le preguntamos. El hecho en sí de la muerte del monje ya era suficiente explicación.

Aún quedaba luz suficiente en la tarde para retomar de nuevo el camino: no tenía sentido quedarnos más tiempo en San Licinio. Ya encargaríamos a alguien la tarea de enterrar a los muertos como Dios nos manda. Con reales todo se procura en esta vida y, más aún, cuando escasean. Nada le preguntamos a Mataperros sobre lo que acababa de hacer. Él tenía sus razones. No eran tiempos aquellos para evaluar las conductas de nadie. Cada uno tenía sus motivos y nada hay más partidario que la imparcialidad de quienes juzgan. Solo al cabo de los días comprendimos lo que en verdad había sucedido en la iglesia de San Licinio: Mataperros convalecía de sus heridas en la casa de don Baldomero, el padre de Roso Blasco, de quien luego hablaré; fue entonces cuando nos dio las explicaciones oportunas.

Vistos los acontecimientos de entonces con la perspectiva que da la mucha edad, estoy en condiciones de afirmar que Mataperros desconocía en qué vericuetos se

estaba metiendo. Más aún, pienso que nunca se acabó de enterar de con quiénes nos las andábamos jugando. No era un hombre inteligente ni estaba iluminado por las luces de la razón, pero poseía, sin embargo, un instinto natural para oler el peligro y averiguar la doblez. Veía la mentira desde lejos y, con solo mirar a un desconocido a la cara, sabía si podía confiar en él. Cuando alguien se ha pasado la infancia trashumando por los montes con el rebaño a cuestas sabe de sobra que el orden natural precisa de un creador, pero que no todo en la naturaleza es, no obstante, obra de Dios, pues el diablo está al acecho, tendiendo tentaciones a cada paso que el hombre da para que yerre y caiga. El diablo, igual que el hombre, es consciente de que su existencia se la debe a Dios. Sin el hombre, su propio reino de tinieblas dejaría *ipso facto* de tener sentido. Por eso no es a Dios a quien teme el diablo sino a quienes descreen de él.

Montamos los caballos y al galope dejamos atrás la iglesia de San Licinio. Paramos al caer la noche al abrigo de unas peñas en un lugar sosegado, camino del convento del Poyo. No encendimos fuego ni probamos bocado, pero tampoco nos apetecía gran cosa hincar el diente: teníamos revueltas las tripas y pocas ganas de masticar comida después de la carnicería que habíamos presenciado. Son las cosas de la guerra: por mucho que te esfuerces no te acabas acostumbrando del todo a la podredumbre y a la repulsión. Vivaqueamos unas cuantas horas sin poder conciliar el sueño, recordando las emociones del día. Antes del alba estábamos despiertos. Mojamas ralló un poco de chocolate para desayunar y lo caliente de la taza nos hizo aliviar pesares y revivir un poco. La primera raya de luz acababa de asomar. Si cabalgábamos bastante podríamos estar en Santa María del Poyo al caer la tarde. Allí nos encontraríamos con el niño Camuñas, que tendría novedades para nosotros. Queríamos llegar cuanto antes, yo incluida, aun sabiendo que allí mi viaje habría de acabar.

8
LOS HERMANOS VIRGINIANOS

Parece mentira, Agustina, en lo que nos hemos ido a quedar. Tú, ya cadáver y yo, piltrafa amojamada con la tumba a la vuelta de la esquina. Ojalá que, por lo menos, la muerte llame a mi puerta con modales. ¡Valiente juventud! ¡Valiente hervor de la sangre! Yo era flexible, ágil, inquieta y el cansancio no me amodorraba. Podía dormir al raso noche tras noche, vivir con dos mendrugos mojados en vino y cabalgar durante jornadas enteras sin que los huesos me doliesen. Podía lo mismo agarrar un hombre y no soltarlo a besos en tres días que rebanarle el gañote con un zas de navaja, que la vida se les estaba yendo a chorros y ni se daban cuenta ni por dónde ni por qué. «Con los cerdos se hace igual», me aseguraba la Romero, felicitándose de lo bien que había aprendido a degollar franceses; a todos les llegó su sanmartín y, a los que no, tuvieron que irse por pies de aquí. La juventud es una engañifa; cuando se tiene parece que siempre va a durar, pero todo se acaba en esta vida, Agustina: la belleza, la inteligencia, la dulzura y hasta las ganas de matar hijos de puta. Mira a esas chicas nuestras que, noche tras noche, andan encamándose con los clientes; obsérvalas revolcándose entre las sábanas, embobadas de placer, como si el goce fuera a ser más largo que un bostezo. ¿Cuánto tiempo creerán que les aguantará la carne prieta? ¿Cuánto tiempo va a tardar en empellejárseles la piel? La vida es un soplo, Agustina, un soplo que a veces ni eso dura. Mira, si no, a todos aquellos desdichados que lucharon a tu lado en el Portillo de Zaragoza, lo poco que la pudieron disfrutar. Sin destetar andaban aún los más. En vez de la muerte veían la gloria y ahí se la dieron toda junta, a cañonazos. Carne de fusil. ¿Quién se acuerda ya de ellos? Nadie recuerda ya los años duros en los que combatíamos al francés. Y si ahora es todo olvido, ¿qué habrá de ser con el transcurso de los siglos?

Las palabras, el tiempo se las lleva, Agustina, pero a lo mejor las coplas permanecen, vete tú a saber. ¿Te acuerdas de aquella que decía?:

Porque no se descubra la tremolina
Quiere nueva regencia la gente indina.
Tráelo, Marica, tráelo a Napoleón
Y le escabecharemos con tanto bribón
Pum, pum, cañonazo, pum,
Pum, pum, trabucazo, pum,
Que si no lo has visto,
Ya lo verás tú,
Cómo de este modo

Se baila el Landum.

El pueblo español siempre ha tenido desparpajo para las cosas de la burla: la sorna y la saña corren parejas con la valentía y la venganza. ¡Cómo nos animaban aquellas coplillas disparatadas y feroces! Era oírlas, inflamársenos la sangre y querer entrar en liza para masacrar algún Napoleón. ¿Y todo para qué?, para nada, para que volviera al cabo el rey felón haciendo de las suyas con su camarilla de truhanes y aprovechados. Todos juntos propiciaron que los que habíamos luchado por la patria quedásemos postergados como morralla. Ni agradecidos ni pagados. Nos sacaron el jugo a base de bien y después nos desdeñaron. Para nada les servíamos ya. Si estuviera en mis manos, haría que saliesen de sus tumbas y les arrancaría las orejas a esos miserables; pero no lo está. ¡Qué vergüenza para España! Mientras nosotros luchábamos por las calles, por los montes, por las sierras, Fernando VII andaba en Bayona con su camarilla de servilones bailándole las gracias al mismísimo Napoleón. El emperador se reía a pierna suelta. Contemplaba entretenido cómo Carlos IV le mendigaba ayuda para arrebatarle el trono al tonto de su hijo, mientras su esposa iba aún más lejos y le pedía que se lo llevase al cadalso por felón. Napoleón debía regocijarse con el espectáculo que daba aquella monarquía de abúlicos e indeseables. Ojalá los hubiera ajusticiado a todos dándoles garrote vil. De haberlo hecho, habría por lo menos ahorrado a la nación pasar vergüenza. ¿Cómo es posible que el rey Fernando, que contaba con el cariño y el apoyo de su pueblo, un rey en el que todos confiaban para regenerar el país y expulsar de él para siempre a los déspotas y a los corruptos, tuviera la desfachatez de felicitar efusivamente a Napoleón cuando nombró a su hermano, José Bonaparte, rey de España? ¿En qué cabeza cabe tanta ignominia, tanta mezquindad? Tristeza, vergüenza ajena. Ni siquiera de pelele de los franceses podría calificarse a tal fantoche, ni siquiera de marioneta en sus manos, de espantajo, de guiñapo agusanado con corona de cartón. No era digno del país que pretendía regir. Lo más que hizo en Bayona fue hurgar en sus rencillas con Godoy, jugar al *whist* y a la macedonia y facilitarle el trabajo sucio a Napoleón.

Los hermanos virginianos conocían bien la idiosincrasia de aquel petimetre engolado y zafio con ínfulas de rey. Algunos de ellos lo habían tratado muy de cerca: sabían de sobra cómo utilizarle para conseguir sus propios fines. Eran, sin duda, conocedores de cuantos parásitos le rodeaban, desde el canónigo Escoiquiz, dañino, rastrero y vanidoso, hasta el ultramontano Calomarde. No es de extrañar que urdieran su plan considerando acertadamente que, para tentar a Napoleón y hacerle picar en el anzuelo, lo mejor era servirse del propio Fernando VII. Para ello, el primer paso consistía en embaucar a alguno de sus consejeros más leales. Eligieron a Juan de Escoiquiz por ser canónigo y estar al tanto de las cosas sagradas. ¿Quién podía haber más interesado que el propio Escoiquiz en apoderarse de la Santa Camándula?; solo Napoleón Bonaparte, emperador de Francia. Si podían engañar a Escoiquiz con la patraña que habían tramado, con mayor motivo burlarían al propio rey. No era asunto

difícil, aunque debían ingeniárselas para que todo saliera conforme al plan previsto. La reina católica, siglos atrás, se había valido de un cardenal Cisneros para dejarse dar consejo, pero el narizotas hubo de elegir a un simple clérigo para lo mismo. ¿Era hábil el tal Escoiquiz o es que los reyes de España habían descendido al nivel palurdo de los curas? Si era así, la empresa no sería muy difícil. Las ansias de protagonismo del canónigo no tenían límite: cualquier cabriola hubiera hecho con tal de lamerle el culo a Napoleón. Era un verdadero miserable y, como tal, acabó. Pero nada de todo eso sabía yo aún cuando cabalgábamos camino de Santa María del Poyo; ¿cómo iba ni siquiera a sospecharlo? Las conspiraciones de salón auspiciadas por sociedades secretas eran algo que, por aquel entonces, quedaba muy lejos de mi alcance. ¿Quién iba a sospechar que todo se trataba de una conjura urdida por unos cuantos masonazos estrambóticos que, muy pomposamente, se hacían llamar los hermanos virginianos? Porque fueron ellos, Agustina, ¿o no?

Los hermanos virginianos no ganaron la guerra ni echaron a los franceses de España derramando su sangre en el empeño; ellos no se movieron de sus sillones ni tampoco interrumpieron el sabor de sus vegueros traídos de Cuba. Dicen que el sabor de los habanos lo dan las mulatas cuando, en sus muslos sudados, frotan las hojas antes de enrollarlas, y hasta puede que sea verdad. Napoleón, vegueros no fumaba, pero salió de Chamartín echando humo a causa de la trampa que le tendieron. Había venido a España a poner orden a tanto desbarajuste como se había montado por aquí, pero a la postre tuvo que salir por piernas. No, los hermanos virginianos tampoco ganaron ninguna batalla, pero lo cierto es que, cuando Napoleón emprendió apresuradamente el regreso a su país iba ya bien advertido de que los españoles no eran en absoluto la presa fácil que, en un principio, había querido imaginar.

La guerra podría decirse que la ganamos entre todos y que la perdieron los franceses, pero tampoco eso es exacto. Perderla, lo que se dice perderla, no la perdieron más que los muertos, los muertos que matamos y los muertos que nos mataron, todos muertos al fin y al cabo. Con su sangre regaron los campos de estas tierras, pero nada brotó de aquella siembra, salvo más tiranía, más ignominia y más vergüenza, si cabe, para España. La guerra la perdieron los muertos y la ganaron los tiranos. «¡Vivan las cadenas!», gritaban los servilones cuando el duque de Angulema, al mando sus cien mil hijos de perra, entró en Cádiz para liberar al tuercebotas y desmantelar la Constitución. Perdieron los muertos, pero los vivos no ganamos más que la carga de ser de nuevo los vasallos de un monarca despótico que pretendía mantener su reino entre tinieblas. Pero todo eso son asuntos añadidos que pasarían luego, años después de mi ingreso en Santa María del Poyo.

Cuando llegamos al convento, la noche ya estaba allí. Dejamos los caballos a resguardo y entramos en el atrio. Era un lugar espacioso con el suelo de barro cocido, las paredes encaladas y un torno asomado a una pared desprovista de adornos. A su derecha había un portón. Mataperros tocó la campanilla que colgaba junto al torno. Tras unos minutos de espera, oímos un murmullo de voz que provenía del artilugio

giratorio.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

Mataperros, con pocas palabras, le explicó a la monja tornera quiénes éramos y lo que nos había llevado a aquel lugar. Aquel susurro de voz al otro lado nos pidió que aguardáramos hasta que se avisara a la madre superiora. Al poco rato se oyó un estrépito de cerrojos descorriéndose y el portón se abrió. Una rendija de luz iluminó el zaguán y vimos a una monja entrada en años, grande y digna, que conservaba en el semblante algún vestigio de belleza: era la madre superiora. Mataperros se arrodilló ante ella y le besó la mano con reverencia tribal.

—Vengan conmigo —dijo la monja—. Hay alguien que los está esperando, pero sepan ustedes que si les he permitido el paso es solo a causa de esta guerra, que locas nos trae. Supongo que sabrán observar el decoro que a este lugar de clausura se le debe.

La monja nos condujo por un laberinto de pasillos hasta llegar a una estancia adyacente a las cocinas, situada en la planta baja del edificio. Caminábamos casi de puntillas para no turbar con el ruido de nuestros pasos la paz del lugar. Nadie hubiera sospechado que tras la quietud de aquellos muros se libraba una lucha feroz. La madre superiora abrió una puerta y nos invitó a entrar. Dentro, sentado a una mesa tocinera andaba el niño Camuñas mojando bollos en un tazón de leche. Al vernos entrar, corrió a abrazarnos.

—Me alegro de encontrarte, niño. ¿Tuviste algún percance? —le preguntó Mataperros.

—Ninguno, gracias a Dios.

—¿Qué tal te fue por Fontenebro?

—Las noticias que traigo no son buenas —respondió el niño.

Mataperros frunció el ceño y el niño Camuñas aprovechó el instante para dar un sorbo a su tazón de leche. Se le veía hambriento, o ansioso por lo menos. Luego mojó el bollo y, al llevárselo a la boca, se le derrumbó sobre la leche provocando un *chof* cremoso muy apetecible. Las tripas me sonaron de hambre.

—Todo anda muy revuelto por la parte de Burgos —continuó el niño Camuñas—. Parece que se va a liar gorda por allí.

La madre superiora interrumpió la conversación. Procuraba no saber detalles de lo que comentaban los guerrilleros.

—Antes de que ustedes sigan hablando, quiero que se acomoden como Dios manda. Vendrán fatigados del camino y desearán lavarse para cenar.

Mataperros agradeció a la superiora su predisposición a ayudarnos, y ella le restó importancia al hecho. El sentimiento de repulsa que tenía por los franceses era superior a su misericordia con los cristianos e incluso al miedo de poder ser descubierta colaborando con la guerrilla. No se le escapaba quién era aquel hombre que tenía ahora hospedado en el convento, pero los riesgos que asumía al ayudarle

estaban muy por debajo de cualquier otra consideración. De mala gana hicimos lo que nos pedía y nos lavamos en el agua helada de un pilón; no debíamos oler de maravilla, así que nos esmeramos en el aseo. Después regresamos a la cocina, donde la cena nos aguardaba.

—Cuando hayan acabado, tendrán ya preparados los aposentos —dijo la monja—. No es mucha la comodidad que podemos ofrecerles, pero para una noche les valdrá. Las mujeres dormirán con nosotras. Estarán mejor.

Fue salir la monja por la puerta y empezar la Romero a refunfuñar.

—Yo con esas no duermo, así me asen. ¡Vamos, lo que me faltaba! Te echas al monte a hacer la guerra y terminas durmiendo con estas tías pedorras que no saben más que hacer bollos y rezarle a Dios. ¡Anda ya!

Comimos con apetito unas sopas de ajo bien cuajadas de tocino y bebimos un vino espeso como la sangre de los toros, que a todos nos hizo revivir. Durante la cena, el niño Camuñas continuó refiriéndonos lo que había visto en su incursión a Fontenebro.

—Hay muchos franceses por todo el norte. Se ven columnas acampadas. Son hombres de Ney y de Soult. Vienen frescos y están pertrechados hasta los bigotes. Bisoños no parecen. Se les nota en el porte que andan fogueados. Los han traído de otros frentes para reforzar la gresca aquí. Por los caminos se comenta que la Junta Central ha dado al conde Belveder el mando del ejército de Extremadura y que se dirige a Burgos para hacerles frente. Parece ser que la Guardia Imperial va en la misma dirección. Va a ser un choque duro el de por allí arriba, Mataperros, eso ya te lo digo yo.

El niño Camuñas nos contó que, ya llegando a Fontenebro, se percató de que toda la zona estaba tomada por cuerpos del ejército francés. Tenían destacamentos avanzados en cada pueblo. El niño dijo que escondió el caballo y que marchó a pie. Se rasgó la camisa hasta hacérsela andrajos, con el jugo de bayas de sabina se simuló ronchones por el cuerpo y, poniendo cara de imbécil, se acercó a pedir limosna a los franceses. El niño tenía verdadera habilidad para hacerse el abobado y era maravilla verle cómo, con todo lo largo que era, se encorvaba hasta casi tocar el suelo con la barbilla. En esa postura echaba a andar y se retorcía como si las vértebras las tuviera hechas de espárragos. La cara la ponía de idiota, pero con salero, y su voz enteramente parecía que fuese la de un tonto de los de baba. Le había enseñado el Diago la artimaña y él ponía de su parte. Dos franceses que andaban merendando fiambre le echaron pan al suelo, como si se tratara de un perro y se quisieran entretener con él. Eran simples soldados, pero son estos los que menos cautela guardan a la hora de dar información. «Parecéis a gusto, franceses, tenéis descanso, tenéis de comer y de beber. ¿Qué más queréis? ¡Así también me alisto yo! Lo único que os falta es una mujer para gozar, pero eso yo os lo podría conseguir si me pagarais antes algo».

A los franceses les hizo gracia la facha destartalada de aquel muchacho con pintas

de retrasado y entablaron conversación. El niño Camuñas les puso muecas grotescas, les hizo gestos tontos, ruidos groseros y, una vez ganada su confianza, les empezó a sonsacar todo lo que quería saber. Los soldados, confiados, le dijeron en un español chapurreado sin soltura que pertenecían al cuerpo de lanceros y que habían estado batallando en los campos de Jena, en Turingia. Su regimiento estaba ahora en España para reforzar la presencia del ejército y sofocar las revueltas de algunos irredentos. Una gran dotación se estaba preparando para tomar Burgos y, desde allí, caer sobre Madrid.

Ahora sé que Napoleón quería supervisar en persona la marcha de las operaciones. Estaba indignado porque su hermano, el rey José, había tenido que salir huyendo de la corte. Aquella afrenta contra un miembro de su propia familia no la podía tolerar. Los españoles no eran nadie para eclipsar el éxito de sus campañas militares. Era preciso sofocar la rebelión y controlar de nuevo el país. No es que España le interesase en gran manera, pero sí Portugal. Dominando Portugal tendría a raya a los ingleses y por tanto la supremacía militar en la Europa continental. El problema con el que se encontraba era que, para llegar a Portugal, debía pasar primero por España y lo que pensó que iba a ser un paseo triunfal, de la noche a la mañana, se le convirtió en pesadilla.

El niño Camuñas propuso a aquel par de soldados franceses que lo acompañaran a un lugar que él conocía, donde había una mujer que podría complacerlos a su gusto a cambio de unas pocas provisiones. Les dijo que no se arredraran con el trato, que la mujer era su propia hermana y que estaba sana de sus partes. Los soldados se rieron en su cara y le preguntaron que si era tan horrorosa como él. No tuvo que hacer demasiados esfuerzos para convencerlos. Salieron del pueblo los tres juntos y los metió por un carrascal. El niño iba haciendo que cojeaba, arrastrando la pierna izquierda como si la tuviese de palo; andaba encorvado para parecer más vulnerable. Los franceses, de vez en cuando, le arreaban una patada para entretenerse y le preguntaban detalles groseros de la mujer a la que supuestamente los llevaba. Al pasar por detrás de un alcornoque, el niño Camuñas miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie había al acecho. Acto seguido, se irguió en toda su estatura y se les tiró a la yugular navaja en ristre. De un tajo se la rebanó al primero y, sin darle tiempo al otro a reaccionar, le introdujo el instrumento por el esternón. Allí en el suelo los dejó muriéndose. «Si queréis putas, os volvéis a Francia», les dijo de despedida; y después de escupirles, se marchó.

Lo que el niño Camuñas contaba sobre las tropas de Napoleón no dejaba de ser una noticia preocupante y a Mataperros no le agradó. Se avecinaba una batalla y parecía ir a ser de las importantes. Había que decidir qué hacer. Si continuaba en pos de la Santa Camándula no iba a poder luchar con los patriotas, pero, si regresaba a la sierra para ponerse al frente de sus hombres, se le escurriría de las manos… y Tainebleau con ella.

—Y de lo de la iglesia, ¿qué nos cuentas, niño, de lo de la iglesia de Fontenebro?

—le preguntó Mojamas interesado.

Lo que el niño Camuñas empezó a relatarnos resultó ser más o menos acorde con la versión proporcionada por el marqués de Lindaluz. Aquella iglesia había sido visitada por unos franceses, pero no presentaba ninguna evidencia de haber sido saqueada. El niño anduvo merodeando por los alrededores hasta ver a una mujer que venía de coger agua de una fuente y le preguntó por el párroco, a lo que ella contestó que allí nunca había habido ninguno. Le preguntó después por lo del saqueo, y la mujer le respondió que allí no había nada que saquear. «¿Pero no se han llevado la Santa Camándula?», insistió el niño. La mujer puso cara de extrañeza. «¿Acaso no se veneraba en esa ermita un rosario hecho con las espinas de la corona de Cristo?». La mujer se echó a reír y le contestó que allí solo se guardaba una imagen antigua de la Virgen de la Puerta y que de valor no había nada.

El niño se fue desconcertado. Tras caminar un rato vio a unos labriegos faenando en una ladera. Se acercó a ellos y les mencionó lo de la Santa Camándula, pero nada habían oído hablar tampoco de la reliquia. Les preguntó si los franceses habían saqueado la iglesia y matado a su párroco, y los labriegos dijeron que unos franceses habían pasado por ella días atrás, pero que a nadie habían matado porque allí nadie había salvo en los días de romería, que subían las mozas casaderas a pedirle a la Virgen de la Puerta que les abriera las del corazón de sus pretendidos.

El niño Camuñas había regresado al lugar donde dejara escondido el caballo y, tras dormir unas pocas horas, emprendió el camino hacia el Poyo al galope para encontrarse con nosotros, como teníamos convenido, y ya no había más.

—Esto sí que tiene guasa —comentó Juan Mojamas—. Así visto el asunto, lo que el marqués nos contó parece cierto. Así que ni párrocos muertos, ni iglesias saqueadas, ni santas camándulas ni la madre que nos parió.

—Si la Junta le ha hecho el encargo de recuperarlo es que el rosario existe —salió al paso la Romero en defensa del marqués.

—Existirá en su imaginación —precisó Mojamas—. Para mí que nos la quiere dar con queso. ¿A ti qué te parece, Mataperros?

El guerrillero no le contestó. Estaba mohíno, mascando pensamientos, evaluando cuanto el niño Camuñas acababa de contar. Con el pulgar y el índice se acariciaba la barbilla, como buscando una respuesta que tardaba en llegar. No era Mataperros un hombre cultivado, pero poseía el despabile de las fieras y su vivacidad era instintiva. Ahora, sin embargo, parecía confundido. Todos le mirábamos de refilón, como esperando que arrojase algo de luz sobre aquel embrollo, pero no quiso abrir la boca aún.

—Lo mejor va a ser que dejemos las cosas correr y nos volvamos a la sierra —continuó Mojamas, dando por hecho que Mataperros apoyaría su idea—. Ya hemos traído a Rosario hasta aquí y más obligaciones no tenemos, así que allá se las compongan los marqueses con sus camándulas, que nosotros mejor estamos por los montes que persiguiendo fantasías.

—Y los muertos de San Licinio, ¿qué? —sacó la Romero a colación—. ¿Acaso te parecieron fantasías?

Mojamas sacudió la mano como queriendo restarle importancia a aquel asunto.

Mataperros agarró entonces su pistola y se puso a examinarla con detenimiento. Todos, callados, le miramos hacer. La sopesaba con cariño, acariciaba sus cachas y evaluaba el estado del cañón. Parecía estar dialogando con ella como si fuera la pistola la que tuviera que decidir lo que hacer a continuación.

—Volveos a la sierra y avisad al Diago de los movimientos de tropas que los franceses se traen —dijo entonces Mataperros—. Decidle que algo gordo se prepara y que se ponga a las órdenes de la Junta para dar combate de la mejor manera que ellos estimen. Yo no puedo acompañaros y bien que lo siento. He de seguir el rastro de ese Tainebleau. Las cuentas que tengo que ajustar con él nada os atañen. Continuaré el camino esta misma noche, no tengo tiempo que perder.

El desconcierto se hizo en la estancia: las instrucciones de Mataperros eran rotundas y todos sabíamos que no tenían vuelta atrás. La determinación de dar cumplimiento a su venganza estaba por encima de cualquier otra consideración. Él tenía sus razones y obraría en consecuencia, eso estaba claro, pero ¿qué razones tenían los demás para acatar lo que les ordenaba?

—Yo voy contigo, aunque sea al infierno —protestó la Romero.

El niño Camuñas asintió con la cabeza y dijo que él también. Juan Mojamas frunció el ceño y, tras tachar aquello de locura, anunció que se uniría a ellos, y no porque le importase lo más mínimo la Santa Camándula, sino por lealtad a Mataperros, para contribuir con su faca a ajustarle las cuentas a aquel francés.

Por el claustro se oían los rezos de las monjas como zumbidos de abejas en torno al panal. Eran monótonos, infructuosos, incomprensibles. ¿Por qué rezarían?, ¿qué demandas portarían sus oraciones?, ¿desearían en sus rezos la muerte del francés? Entonces caí en la cuenta de que aquella historia de la Santa Camándula había dejado de tener que ver conmigo, pues Mataperros, ni aun suplicándoselo de rodillas, iba a querer llevarme con él. Mi viaje estaba concluido por lo tanto y acababa en aquel lugar. Eso me entristeció y una lágrima se me escurrió por la mejilla. Mataperros se dio cuenta, pero nada dijo; no le dio la gana hacerlo o acaso fuera su corazón, que no se lo permitió.

Salí a despedirlos a la puerta del convento; aparenté firmeza y me mordí las lágrimas. Fue mirar al suelo y al levantar la vista cabalgaban ya en la lejanía. ¿Qué sería de mí a partir de entonces? Antes de irse, Mataperros había estado hablado en privado con la superiora; supongo que le pediría que procurase mi bienestar. Supe después que le había entregado una bolsa repleta de monedas en pago por la carga que yo les iba a suponer, pero poco tiempo habría de permanecer yo en Santa María del Poyo: mi destino no era el de hacer dulces de monja. Dentro de los conventos la vida es rancia y el tiempo duele. La convivencia estrecha es mala cosa y, al final, los mismos odios y las mismas envidias que existen fuera se reproducen dentro de los

muros, pero con más virulencia todavía. Se empieza de esclava del Señor y se termina de sierva de las otras, o aún peor. No, aquel sitio de monjas no era lugar que a mí me apeteciera. Habría preferido irme con ellos en pos de los franceses y tal vez otro gallo les hubiera cantado, pero no pudo ser. De haber estado en la refriega que días más tarde se produjo, lo mismo mi pistola habría liquidado a Tainebleau, pero las cosas son como suceden y nada puede hacerse por mudarlas. Lo de si la culpa es del destino o si la tiene el azar es harina de otro costal.

Cuando la última brizna del polvo levantado por el galope de los caballos se hubo esfumado en la oscuridad, la madre superiora me agarró del cogote y me metió en el convento.

—Ya está, ya se han ido —dijo con aspereza de monja resabiada—. Esto es lo mejor para ti. Acabarás acostumbrándote, así que ahórrate las lágrimas y da gracias a Dios por haber encontrado un cobijo pese a tu cara de Micifuz.

La superiora me condujo hasta las celdas de las monjas, abrió una de ellas y me ordenó que entrara. Vi un cuarto sobrio, de paredes encaladas, amueblado con dos catres, cada uno a un lado de la pared. Una mesilla estrecha los separaba. Sobre ella había una palmatoria. La llama echaba escupitajos de sombra y, entre la humedad que rezumaba de los muros y la penumbra que la vela propiciaba, aquello más que celda parecía mazmorra. Me fijé en que sobre una silla había un hábito doblado.

—Las ropas que llevas apestan, están raídas y no son las más apropiadas para este lugar. Mañana te lo pones —dijo la superiora refiriéndose al hábito—. Ahora, desvístete y duerme, que con el alba vendrán a despertarte.

Me desnudé en su presencia. Poco me importó que no dejara de observarme. Mi pudor era nulo en ese instante. Lo único que deseaba era meterme en la cama y pensar con calma en cómo huir de aquel lugar. Tenía resuelto el escaparme a la primera posibilidad que se me brindase. Ni un solo día aguantaría tras esos muros.

—Que tengas buenas noches —dijo la monja con su voz de perejil—. Por cierto, ¿te gusta cocinar? —preguntó relamiéndose—. Verás qué dulces más ricos hacemos aquí.

No le respondí y ella, indiferente, sopló la vela y se marchó. Intenté dormir, pero no pude. Mil inquietudes me lo impedían. Tuve sed y quise beber agua; me levanté y fui a abrir la puerta, pero, para mi sorpresa, estaba cerrada: la monja había echado el cerrojo por fuera. Aquello me indignó. ¿Cómo había sido tan lerda de haberme dejado conducir hasta esa situación? Me puse nerviosa y golpeé con los puños la madera. Di patadas, grité…, pero mi insistencia de nada sirvió. Después de intentarlo durante un buen rato, volví de nuevo al catre. La garganta me ardía, pero estaba agotada de cansancio y de rabia y me quedé dormida en un pispás. Al poco, un ruido me despertó. Oí descorrerse el pestillo y la puerta se abrió. Por la rendija vi asomarse a una persona; entró en la celda y, tras cerrar la puerta tras de sí, se fue acercando muy despacio hasta mi catre. Era una mujer joven; llevaba puesto un hábito de novicia y, echada a los hombros, una manta gruesa. Se agachó ante mí.

—¿Estás despierta? —me preguntó. Me incorporé en el catre y la miré con desagrado.

—¿Quién eres tú?

—No te preocupes, soy amiga. Te han puesto en mi celda, por lo menos por ahora.

Entonces se giró y de debajo de su catre sacó un envoltorio que tenía allí escondido. Como pretendiendo ganar mi confianza, me lo ofreció.

—Toma, es chocolate. La superiora nunca nos da, pero yo sé bien dónde lo guarda. Pruébalo, es del bueno. Te gustará.

Mordí la onza y degusté su amargor. Hacía tiempo que no cataba el chocolate y su sabor me reconfortó.

—¿Te gusta?

Asentí con la cabeza, pero sin querer fiarme de aquella muchacha.

—He oído decir que te ha traído Mataperros. ¿Es eso verdad? Todo el mundo habla de él. ¿Eres de su partida? Anda, cuéntame.

Su voz era fresca y tintineaba en mis oídos. Su tono resultaba agradable. Mordí de nuevo el chocolate, pero nada le conté.

—Tienes los ojos húmedos. ¿Has estado llorando?

—No —mentí—. Es solo que me escuecen.

Hice un ademán de frotármelos, pero aquella muchacha me tomó las muñecas con sus manos y me las apartó de la cara para así contemplarme a la luz de la vela.

—A mí no me engañas. Tú has estado llorando —dijo riéndose.

—¡Sí, he llorado!, ¡y qué! —protesté enfadada—. Me traen aquí obligada y para colmo van y me encierran en este cuchitril. ¿Qué quieres?, ¿que no llore? Yo no soy la esclava de nadie y menos de unas monjas de mierda. Todo esto me asquea y en cuanto pueda me largo de aquí.

—¡Oh, sí, sí, qué maravilla! —dijo la muchacha frotándose las manos—. Me encanta oírte hablar así. A mí me trajo obligada mi hermano y también quiero marcharme, pero no tengo adónde ir. Además, no te creas que es tan fácil: las monjas están siempre al acecho y a la más mínima sospecha van y te aplican aislamiento, y a pan y agua te tienen hasta que las ganas se te pasan. Ya te irás dando cuenta de cómo se las gastan por aquí.

Entonces me ofreció estrechar su mano.

—Me llamo Clarita y soy de Madrid.

Mantuvimos juntas nuestras manos unos segundos, embelesadas por el roce. Recuerdo que entonces vi en sus ojos un destello de bondad. A veces basta una mirada para ganarse la confianza de las personas. Desde ese mismo instante, Clarita contó con la mía.

Tenía Clarita por aquel entonces diecisiete años cumplidos y todo el esplendor de la juventud lo llevaba a flor de piel. Rebosaba simpatía y vitalidad, y parecía dueña de una energía elocuente que todo lo arrasaba. La habían metido a la fuerza en el

convento y ella no estaba a gusto, así que, de inmediato, convinimos en escapar. Me contó que sus padres, los condes de Sotomayor, habían muerto siendo ella niña y que, durante su infancia, había vivido en Madrid con un hermano suyo, Jacinto, diez años mayor. Él era ahora el que administraba la fortuna familiar y quien había heredado de sus padres los títulos nobiliarios que poseían. Su hermano la quería con locura y la tenía en la más alta consideración, pero, encargado de su custodia y cuidado, al empezar las revueltas en Madrid había decidido alejarla de la corte y ponerla a resguardo en Santa María del Poyo hasta que se aclarase la situación. Clarita adoraba a su hermano Jacinto y compartían las inquietudes políticas y sus aficiones literarias. Él era amigo de Quintana, de Alberto Lista de Escosura… y escribía también versos dedicados a la gloria de la Nación y a la felicidad del pueblo. Su odio al valido Godoy era, como en muchos de los prohombres de la época, más visceral que meditado, lo que le llevaba a participar en cualquier conspiración que contra él se orquestara, de manera protagonista y con más ganas que el resto. La razón última de su inquina estribaba en la herencia de unas fincas por la parte de Extremadura, pertenecientes de antiguo a su familia y que, al morir su padre, habían entrado en litigio a causa de una acción reivindicatoria de dominio interpuesta por el marqués de Entrambasaguas. Jacinto había recurrido a la mediación del valido Godoy, a quien su padre tuvo a bien hacerle algunos favores útiles para su aceptación por lo más granado de la sociedad madrileña, pero, como muerto el perro se acabó la rabia, Godoy hizo oídos sordos de la ayuda que luego le pidieron para mediar en el pleito, lo que enfureció al hermano de Clarita. Para colmo, los magistrados de la Audiencia sentenciaron en su contra y dieron el derecho sobre las fincas a su oponente. Desde entonces, Jacinto no cesó de participar en conspiraciones contra Godoy y sus protectores reales: Carlos IV y María Cristina. Los rumores de que la reina se encamaba con el valido asistida del tácito consentimiento de su esposo estaban extendidos por todo Madrid, pero, con independencia de su veracidad, bien se encargó Jacinto de divulgarlos a los cuatro vientos con pelos y señales. Entre Godoy, Pepita Tudó —su amante, una muchacha bella pero de extracción humilde a la que todo el mundo odiaba y envidiaba— y la reina de España, tenían montado un tinglado que era la comidilla en los mentideros de la patria.

Jacinto, muy a la moda de la época, había entrado a formar parte de una sociedad secreta de inspiración masónica que tenía, como fin último, promover el libre pensamiento y la justicia universal, y como fin primero el conspirar contra Carlos IV y el valimiento de Godoy. La sociedad había sido constituida un año antes por un comerciante en lana merina llamado Juan Portela que tenía negocios con las colonias americanas y, especialmente, con el territorio de Virginia, lugar utópico de las libertades civiles, según sostenía; por tal razón la habían puesto de nombre Loable Sociedad Filantrópica de los Hermanos Virginianos. Aquella sociedad estaba integrada por miembros destacados del comercio, profesionales liberales, rentistas aburridos y artistas variopintos. Dos veces al mes celebraba sus conciliábulos, en los

que se trataba de multiplicidad de temas, desde la igualdad de derechos para hombres y mujeres hasta la demostración por métodos empíricos de la inexistencia del diablo. Uno de sus miembros, el ingeniero Matías Cruz, que acompañara a Malaspina en su famosa expedición científica por los mares del mundo, había inventado, al parecer, un artilugio óptico con el que, incrustado en la tierra en un ángulo cuya determinación implicaba intrincados cálculos matemáticos, podía observarse que el centro de la tierra era una bola de fuego magmático en la que no cabían ni cancerberos, ni demonios, ni tridentes, ni calderas hirviendo de Pedro Botero. No eran muchos los hermanos virginianos, pero cada miembro de la sociedad estaba escogido por su relevancia social, su mucha fortuna, su extrema audacia, su vehemencia embaucadora o sus excepcionales capacidades intelectuales. Se juntaban en las casas de unos y otros bajo la apariencia de estar celebrando cenas galantes. El hermano de Clarita solía hacer muy a menudo de anfitrión en su palacete de la calle de Tres Cruces. Los hermanos virginianos acudían ataviados con sus mejores galas y se pasaban la noche discutiendo sobre los variopintos temas que solían configurar sus órdenes del día. A veces acordaban tomar acciones para que su credo fuese calando en las diversas capas de la sociedad, bien subvencionando publicaciones, bien difundiendo pensamientos, bien comprando voluntades. Muy a menudo permanecían discutiendo hasta altas horas de la madrugada y después, de uno en uno, para no levantar sospechas y con la más exquisita de las precauciones, iban abandonando la casa hasta la siguiente reunión. Aunque la sociedad de hermanos virginianos llevaba poco tiempo activa, uno de sus logros más relevantes había sido, sin duda, la instigación del luego llamado motín de Aranjuez, en el que gentes del pueblo, convenientemente agitadas por individuos anónimos, asaltaron el palacio de Godoy, le tomaron prisionero y forzaron con ello la abdicación del rey Carlos IV en su hijo Fernando el bien amado. Eso les había ensoberbecido y alentado a seguir con sus propósitos filantrópicos sin reparar en esfuerzos, en medios o en derroches de imaginación.

Clarita no paraba de hablar de las bondades de su hermano Jacinto. Lo reverenciaba hasta extremos enfermizos, lo adoraba en cada gesto, en cada detalle, en cada palabra que pronunciaba, como se adora a Dios ante un altar, y lamentaba no poder estar con él ahora compartiendo su suerte en la villa de Madrid, hostigando a los invasores y haciéndole la vida imposible a ese gallito emplumado de Joaquim Murat, gran duque de Berg, y a toda su corte de lameculos y afrancesados.

Resultaba curioso constatar cómo dos personas de cultura y procedencia tan dispares como Mataperros y Jacinto, el hermano de Clarita, hubieran coincidido en determinar que aquel convento de monjas era el lugar más seguro para preservar a una muchacha de los rigores de la guerra. En cualquier caso, la casualidad nos había juntado allí y en esas estábamos. Clarita y yo nos abrimos nuestros corazones de inmediato y cruzamos confesiones igual que si nos conociéramos desde siempre. Yo le conté mi vida por entero, mi infancia en Filipinas y todos los avatares que me habían llevado hasta las playas de Sanlúcar. También le referí las últimas semanas

con la partida, desde que Mataperros me liberara de don Bambridge, los recelos que levanté en el campamento y cómo Mataperros había decidido enclaustrarme en aquel lugar y así apartarme de su lado bajo el pretexto de ponerme a salvo.

Con Clarita su hermano había hecho lo mismo: temía por ella. Aseguraba que los espías de los franceses eran numerosos y andaban camuflados por todas partes. En nadie se podía confiar, so pena de encontrarse con un disgusto. Cada palabra que se decía, cada expresión de queja que se pronunciaba, era recogida por algún confidente. Siempre había uno al acecho. Según me contó, algunas de las iniciativas de los hermanos virginianos habían sido conocidas de ese modo y concretamente de su atentado contra Murat. Después de lo que le habían osado hacer, los franceses se habían esmerado en averiguar quiénes integraban aquel atajo de irredentos que se hacían llamar de aquella manera ridícula. Clarita me contó que a Murat le gustaba pasear por Madrid, pavoneándose a lomos de un caballo alazán andaluz de pura sangre. Las chorreras y filigranas de su uniforme resaltaban la altanería de aquel individuo presuntuoso que aspiraba al trono de España por ser cuñado de Napoleón. Cabalgaba por la calle Mayor, seguro de su poderío militar, y se llegaba hasta el palacio de los duques de Alcubilla; luego torcía hasta el Buen Retiro, en donde a principios del mes de mayo habían sido fusilados algunos de los patriotas que se echaron a las calles para degollar mamelucos. Según Clarita, los hermanos virginianos habían planeado una acción subversiva que desprestigiara a Murat a los ojos del pueblo y diese alas a la gente para no temerlo ni respetarlo. Un mozo provisto con un cubo hasta arriba de mierda se había subido al tejado de una casa en la calle Mayor. Allí aguardó el paso de Murat para echárselo encima. La gesta estaba planeada con detalle, desde el día elegido, hasta el edificio más apropiado para luego escapar por los tejados con facilidad de gato montés. Todo estaba a punto y el pueblo de Madrid curioseaba por las calles a la espera de la consabida aparición vespertina del general, algunos para aplaudirle y descubrirse las cabezas, otros para ver de cerca el tamaño de la magnificencia de los franceses, y unos pocos para escupir al suelo a su paso. Encaramado en el alero, el mozo pagado por los hermanos virginianos aguardaba el momento oportuno para cumplir su misión. Vestía a lo majo: llevaba un pañolón granate en la cabeza y se tapaba el rostro con un antifaz. De repente, se oyó jaleo en uno de los balcones de la calle Mayor; un par de soldados franceses forcejeaba con una señora que debía de ser la dueña. Según parecía, los soldados habían entrado por las buenas, tirando la puerta abajo, y ella ahora se les encaraba, acorralada en el balcón. La gente, desde la calle, vio con estupor cómo uno de los militares le daba un golpe en la cara con la culata del fusil y ella caía desmayada al suelo mientras el otro apuntaba al alero de enfrente. Restalló entonces un disparo y el mozo enmascarado, herido de muerte, cayó del cielo y se estampó contra la acera con el cubo de mierda que portaba. Allí quedó, hecho un asco a la vista de todos y sin que nadie entendiera qué era lo que había sucedido en realidad. Los franceses, valiéndose de sus espías, se habían enterado del propósito de los hermanos virginianos y habían

abortado la acción. Eso era todo. Una muerte, si se piensa, absurda y desproporcionada para el fin previsto. La humillación del prójimo jamás debe pagarse con la vida, aunque todo sea, por supuesto, relativo en el terreno del amor propio. Los hermanos virginianos estaban constreñidos por pocos pero sólidos principios morales, y uno de ellos era el respeto escrupuloso a la vida humana: su credo les impedía quitarle la vida a nadie y aquello, en tiempos de guerra, era cosa bien absurda, desde luego. ¿Cómo salvar la patria sin derramar ríos de sangre, cataratas? ¿De qué modo triunfa la libertad si no es con la cabeza de los tiranos rodando cuesta abajo por los tablones de los patíbulos? Cualquier acción de rebelión emprendida por ellos —o por quien fuese— corría el riesgo, caso de ser descubierta, de ser castigada con la muerte. No estaban en igualdad de condiciones, pero tampoco les importaba: defendían lo que pensaban y trataban de ser consecuentes con sus ideas. Tal vez los tiempos venideros propiciasen una doctrina social del estilo de la suya, aunque resultaba poco probable conociendo la naturaleza carnicera del ser humano. En cualquier caso, lo cierto era que Clarita contaba todo aquello con una ingenuidad mayúscula, tal vez la de alguien que nunca se ha enfrentado cara a cara con la violencia verdadera y vive en un mundo nimbado de algodones.

Escuché fascinada a aquella muchacha; hablaba y hablaba sin parar; me contó toda su vida, sus anhelos, la emoción que sentía por las cosas simples de la existencia y las ganas que tenía, igual que yo misma, de marcharse a escape de aquel convento. No me anduve con rodeos: le propuse fugarnos juntas. En ese momento oímos pasos acercándose. Debía ser ya bastante de madrugada. Clarita me hizo señas para que me metiera en la cama.

—¡La vigilanta!, ¡es la monja vigilanta!: ¡cómo nos vea despiertas, nos despelleja! ¡Corre, hazte la dormida!

Nos metimos dentro de los catres y soplamos la llama de la vela. Un hilo de humo se deshizo en la oscuridad. En ese mismo instante la puerta se abrió y al trasluz distinguimos la silueta de un hábito. La oímos respirar a pulmón hinchado, como tragando el rastro del humillo que había dejado en el aire la vela al apagarse.

—Sé que estáis de cháchara y eso es imperdonable —dijo con tono desabrido—. Mañana, como castigo, las dos limpiaréis de rastrojos el huerto. Yo sabré hacer de vosotras novicias ejemplares: seréis obedientes, sumisas, disciplinadas y siervas dignas de nuestro Señor.

Ninguna de las dos la contestamos: nos limitamos a esperar calladas a que se fuera y, tras un rato de silencio prudente, continuamos hablando a oscuras. Volví a insistirle en que debíamos marcharnos cuanto antes. Con todo lo que estaba sucediendo en España era absurdo quedarse tras los muros de aquel convento. La vida verdadera estaba al otro lado y no nos la podíamos perder. Clarita, entusiasmada, no titubeó.

—Mañana, después de la comida, estaré ayudando a recoger la cocina. Tú vete allí con cualquier excusa. Se llega por el mismo pasillo que conduce al refectorio.

Está al final del todo. La cocina tiene una puerta que da a un patio trasero que, a su vez, comunica con la cuadra. Los desperdicios se echan a los animales; tú me ayudarás a llevarlos. Allí hay un par de mulos; los cogemos y nos vamos.

—¿A plena luz del día? ¿No sería mejor esperar a la noche? —repuse.

—Después de la comida las monjas se amodorran. Ni se darán cuenta.

—¿Pero hay arreos y sillas de montar?

—No sé. Algo habrá y, si no, montaremos a pelo, ¿o es que no sabes?

Quedamos en hacerlo de ese modo. Lo importante era irse de inmediato y por lo menos aquella muchacha tenía mi mismo ánimo. Nos arriesgaríamos. Ya veríamos adónde íbamos después. Tal vez pudiéramos unirnos a alguna partida, a la del Cananas o a la de Francisquete. Ellos nos aceptarían sin los remilgos de Mataperros. Se lo dejé caer a Clarita y la idea le entusiasmó.

—¿Has matado algún francés? —me preguntó excitada.

Me vino a la cabeza el recuerdo de los muertos vistos en San Licinio y la perspectiva de la sangre, de repente, me asqueó. ¿Irnos para seguir contribuyendo a la matanza? ¿Era la de la patria causa suficiente como para justificar la caza de enemigos? Fue entonces cuando le revelé a Clarita la historia de la Santa Camándula y las vicisitudes por las que habíamos pasado en los últimos días por culpa de la reliquia. Le relaté la llegada del falso cura a la guarida de la sierra. Le repetí las patrañas que Tasito nos contara y cómo Mataperros había descubierto su engaño. Le detallé la extraña noche que pasamos en el Corral del Gato, la visita a la quinta del marqués de Lindaluz y la escabechina de los frailes de San Licinio. Le di cuenta de las averiguaciones que el niño Camuñas había hecho sobre la iglesia de Fontenebro y cómo detrás de aquella historia misteriosa parecía estar un francés, *monsieur* de Tainebleau, con el que Mataperros tenía cuentas pendientes que ajustar.

Clarita mostró gran interés por cuanto le conté. Yo lo achaqué a que el mundo que mis palabras dibujaban estaba en claro contraste con el suyo propio: quieto, formal, acostumbrado a la infertilidad galante de los salones madrileños y a la paz atufada de aquel lugar de monjas. Me satisfizo desmenuzar con ella los acontecimientos de los últimos días. Además, el hecho de tener que narrar lo sucedido me sirvió de ejercicio para ordenar mis pensamientos.

Creí que con aquella historia que le acababa de endilgar, Clarita tendría suficiente material como para quedarse pasmada, pero, una vez más, la vida me demostró ser el territorio de la sorpresa y lo que Clarita me reveló acto seguido me dejó boquiabierta.

—¿Y qué más os contó ese marqués de Lindaluz sobre la Santa Camándula? —me preguntó, rompiendo con su voz tintineante el silencio en el que estábamos—. ¿Os dio detalles de cómo era el relicario que forjó el orfebre sevillano para conservarla?

—No demasiados. Dijo que era muy hermoso; cilíndrico, de cristal de roca y plata, redondeado en los extremos.

—¿Y por qué crees tú que la andan buscando esa reliquia los franceses, si todos

son unos sindiós?

Recordé que esa misma pregunta se la había hecho Mataperros a Lindaluz y utilicé la misma respuesta que él le diera.

—Por su valor. Vale miles de reales. La reliquia en realidad es lo de menos. Lo que cuenta es el relicario. El marqués aseguró que se trataba de una joya única y que había personas dispuestas a pagar por ella muchos cuartos.

—¿Y si fuera mentira? —repuso Clarita con una pizca de desafío en la voz.

—¿Mentira, el qué? ¿Que sea valiosa?

—No. Valiosa no. Mentira que la busquen por eso.

—¿Y por qué si no?

—A lo mejor porque guarde otra cosa, una reliquia, pero no la que aparenta conservar.

—¿Otra reliquia? ¡Qué tontería! ¿Qué mayor reliquia que el rosario de la Virgen María?

Clarita se hizo la enigmática y cambió el tono de su voz, como si fuera a desvelar un gran misterio.

—Supón que ese relicario contenga algo diferente —dijo incorporándose en el catre—. Algo horrible, pero que Napoleón desea poseer a toda costa.

—No entiendo lo que dices. ¿A qué te refieres con algo horrible?, ¿de qué me estás hablando?

Llegué a creer que Clarita se estaba trastornando por momentos, pero cuando me dijo lo del cuerno comprendí que lo que estaba era ida del todo. «Pobre chica», pensé, «así de joven y ya sin juicio». ¡Y yo que la había hecho caso en lo de escaparnos juntas al día siguiente! Más me valiera ventilármelas por mi cuenta y no confiar en el primero que me saliese al paso. Lo peor no es que la gente se invente fantasías: lo peor es que se las crean a pies juntillas y que, teniéndolas como ciertas, pretendan trasladárselas a los demás.

—Me refiero al cuerno del diablo —me soltó Clarita a bocajarro—, el cuerno que se le partió a Satanás cuando cayó del Cielo. El maligno anda desde entonces por el mundo tullido de cabeza, tentando a las gentes y haciendo el mal allá donde puede. Cuando Dios le expulsó cayó en picado y se estampó de bruces contra el suelo. Uno de los cuernos se le partió y un azor se lo llevó prendido en sus garras. Nunca lo ha recuperado desde entonces, pero cuando lo haga recobrará el poder que antaño tuvo. Eso es lo que le he escuchado decir a Jacinto en sus cenas con los virginianos.

Por si el embrollo del rosario hecho de espinas fuera poco asunto, Clarita me salía ahora con lo del cuerno del diablo. ¡Había que amolarse! Me vinieron a la cabeza las leyendas que contaba Juan Mojamas en la sierra cuando, después de cenar, nos juntábamos alrededor de las hogueras. Él echaba mano de su repertorio y nos las relataba con elocuencia, impregnándolo todo de una atmósfera de misterio que asustaba a cuantos le escuchaban. Una de aquellas historias hablaba, efectivamente, de un cuerno del diablo que tenía la facultad de otorgar la victoria a aquellos

generales que lo usasen como bastón de mando. Decía que lo habían poseído Alejandro Magno, Julio César y también Castaños en Bailén. Pero todo aquello no eran más que pamplinas, cuentos de vieja para asustar y entretener. No quise contrariar a Clarita en su desvarío y opté por callarme y dejarla explayarse. Me dijo que, durante una cena en su casa de Madrid, había oído contar la historia del relicario. Aquella noche estaban presentes gentes muy diversas, todas relevantes y de postín. Entre ellas había algunos individuos que, por su conocida afiliación a las ideas enciclopedistas, eran tenidos por simpatizantes de lo francés. La velada había sido organizada por su hermano Jacinto para homenajear a un pintor que hacía dibujos estrambóticos de brujas, aquelarres, murciélagos y espantajos; sátiras todos de vicios y pecados del pueblo español. Lo más granado de Madrid admiraba la obra de este artista controvertido y todo lo que la misma representaba de burla contra el poder. Fue un joven abogado llamado Roso Blasco el que sacó a los postres el asunto de la Santa Camándula. Roso era amigo del hermano de Clarita y miembro también de los hermanos virginianos. Habían estudiado juntos en el colegio de San Isidro y Clarita le conocía desde pequeña. Era apuesto, noble, decidido, amaba a la patria y despreciaba abiertamente las relaciones cordiales que los Borbones en Bayona se traían con Napoleón. Clarita sentía por él un cariño confuso que la hacía temblar cada vez que lo veía, pero nada relevante había sucedido entre ellos. La noche de la cena, con habilidad y buen tino, Roso fue dejando caer sobre la atención de los comensales la historia del relicario: cómo fue encargado por el abad de San Pigal de Duero y concebido por la mano prodigiosa de aquel orfebre sevillano; de cómo el abad se lo llevó del monasterio por temor a que alguien lo robase y de cómo al ser preguntado dónde estaba, se santiguó con parsimonia y explicó que lo había escondido en una iglesia en la que nadie repararía. Hasta ahí casi nada difería de la versión contada por Lindaluz. Cuando los comensales estaban ya expectantes, incapaces de atender a otra cosa que no fuera el desenlace de aquella historia, Roso Blasco desveló el secreto. Al contrario de lo que todo el mundo consideraba, el relicario fabricado por el orfebre sevillano Marcial de Aljarafe no contenía el rosario de espinas de la Virgen María, sino nada más y nada menos que el cuerno del diablo, también conocido como la espina *daemonis*. La sorpresa fue general y hubo un debate acalorado sobre la posibilidad de que aquel asunto inverosímil pudiera ser una chanza del abogado. Roso sostuvo con templanza la certeza de lo dicho. El cuerno se le había partido al caer del cielo y un azor se lo había llevado volando, entre sus garras. Sin el cuerno que le faltaba, el diablo podría seguir engañando al hombre, pero el hombre tendría la capacidad de descubrir sus mentiras. Aquella fue la compensación que Dios le dio a la humanidad por haberle enviado semejante compañía. Los siglos fueron pasando, las civilizaciones se sucedieron unas a otras, pero el diablo jamás volvió a recuperar el cuerno perdido. Aquel objeto tenía la propiedad de inferir valor y mando; la obediencia ciega les era debida a aquellos que lo poseían. En manos de un general, cualquier ejército, por desfallecido que estuviera, saldría vencedor en la batalla. El

diablo siempre intentaría recuperarlo, pero mientras estuviera consagrado a la divinidad, nada podría hacer para ello. Solo volvería a su poder en el final de los tiempos. El cuerno había pasado por infinitas vicisitudes y fueron muchos sus poseedores a lo largo de la historia. Por esos avatares del destino fue a caer en manos del abad de San Pigal de Duero. Este decidió encerrarlo dentro de un relicario y bendecirlo para así someter su poder al divino. El abad hizo creer a todo el mundo que el relicario en verdad contenía la Santa Camándula, y después lo escondió en sagrado, fuera del culto, en alguna iglesia recóndita, apartada de todos los caminos.

El tema fue tratado por los comensales hasta bien entrada la madrugada y, a juzgar por la pasión con la que estuvieron discutiendo, no debió parecerles asunto baladí. Al contrario, la conversación se enriqueció con pareceres variados que contribuyeron a potenciar el debate. Así, por ejemplo, el poeta Aldana, uno de los invitados, manifestó su voluntad de escribir una oda al cuerno del demonio, y el ingeniero Javier de las Ramas, discípulo aventajado de Ventura de la Vega, hizo proposición de hacer una expedición a tierras castellanas en busca del lugar en el que el diablo se estampara pues, si fue un azor la rapaz que le distrajo el cuerno, era obvio pensar que habría sido en Castilla, de donde estas aves son oriundas. Unos y otros hicieron sus aportaciones variopintas y sacaron sus propias conclusiones sobre lo que Roso Blasco les acababa de contar. El pintor al que homenajeaban en la cena tuvo la deferencia de ponerse a dibujar para los presentes la pieza fabricada por Marcial de Aljarafe según las descripciones efectuadas. En apenas quince minutos tuvo hecho un boceto. Todos le aplaudieron la maestría del trazo y admiraron la belleza sin par de aquel relicario tan raro que pintó.

—¿Qué te parece? —me preguntó Clarita sonriendo—. Está claro que lo que tú me has contado coincide del todo con la historia de Roso Blasco.

—Puede ser —respondí un tanto confusa—, pero suena estrambótico. ¿Cómo puedes estar segura de que todo lo que oíste contar no fuese más que una patraña destinada a entretener a los invitados de tu hermano?

Clarita se quedó callada. Un atisbo de decepción se adivinaba en su silencio.

—No crees lo que te digo, ¿verdad?

—¡No es eso, mujer! —respondí compungida—, ¿pero qué constancia tienes tú de que sea cierto?

—Roso Blasco no es una persona que vaya por la vida mintiendo. Él contó una historia y nada más. Yo no sé si es cierta o no lo es; solo sé que la contó y que es muy parecida a la que tú me acabas de decir que escuchasteis de boca de ese tal marqués de Lindaluz. Que ambas sean la misma y que tengan acaso una parte de verdad es algo que a lo mejor deberíamos nosotras tratar de averiguar.

Me eché a reír para mis adentros. ¡Menuda idea estupenda acababa de ocurrírsele a Clarita! Para saber si en el relicario de la camándula se escondía en verdad el cuerno del diablo habría primero que conseguirlo. Y ya había visto lo que les pasaba a los que iban tras él.

—¿Y qué sugieres entonces que hagamos? —le pregunté—, ¿que nos pongamos a buscarla por nuestra cuenta?

—Bien podría ser.

Clarita parecía muy segura de sí misma, así que ¿por qué no intentarlo? Tal vez aquella similitud entre las dos historias encerrara algo más profundo. Las leyendas flotan en el aire desde épocas remotas y se van adaptando al paso de los tiempos para jamás morir. Cambian de aspecto, mudan de intención y así perduran. La mera posibilidad de ponernos a buscar el relicario no hizo más que avivar mis ganas de salir de aquel convento.

—Que hayas llegado a Santa María del Poyo no ha podido deberse a la casualidad —sentenció Clarita—. Tú y yo estábamos predestinadas a encontrarnos y la Santa Camándula ha sido la causa necesaria. Imagínate por un momento que la leyenda fuera cierta y que en el relicario se ocultase el cuerno del diablo. ¿Qué sucedería entonces? Si no conseguimos evitarlo, ese francés sanguinario del que hablas se hará con él y acabará en las manos de Napoleón. Con el cuerno en su poder, los franceses se crecerían, cundiría el desánimo en nuestras tropas y la guerra estaría perdida. Cualquier resistencia, cualquier oposición habría sido en balde. Debemos evitar que caiga en sus garras. ¡Esa ha de ser a partir de ahora nuestra misión!

Puede que Clarita estuviera en lo cierto, pero había partes de aquel asunto que no acababan de encajar. ¿Por qué si Roso Blasco sabía de la existencia del cuerno del diablo lo había proclamado a los cuatro vientos en aquella cena a la que Clarita se había referido? ¿Pretendía acaso que se enterasen los franceses? No parecía tener mucho sentido el ponerlos sobre aviso. Madrid era un hervidero de espías y cualquier rumor, por absurdo que fuera, acabaría de inmediato en los oídos de Joaquim Murat. Si realmente la reliquia de la Santa Camándula era en verdad la tapadera del cuerno del diablo, los virginianos deberían habérselo callado.

—No tiene sentido que tu hermano y su amigo le fueran a todo el mundo con el cuento del cuerno del diablo, Clarita. ¿Qué pretendían?, ¿acaso que se enterase todo Madrid? Lo que tendrían que haber hecho hubiera sido callarse la boca y ponerse ellos mismos a buscarlo en vez de dedicarse a tanta cháchara.

—¿Y cómo sabes tú que no lo hicieron? —repuso con astucia Clarita—. A lo mejor hasta lo tenían ya en su poder.

Me quedé pasmada con aquella respuesta. ¿Qué me quería dar a entender? Se lo pregunté por las claras y ella siguió contándome que, pocos días después de las revueltas de principios de mayo, en plena represalia de los soldados de Murat, Roso Blasco apareció por su casa. Era de noche y al principio no lo reconoció. Venía disfrazado de majo, envuelto en una capa parda y con un sombrero de ala ancha que le caía por el rostro. Traía un sobre lacrado para su hermano. Le dijo que se iba de Madrid, que le habían delatado por participar en la defensa del parque de artillería de Monteleón y que tenía que poner tierra de por medio. Al poco de él haber llegado llamó a la puerta una mujer: vestía muy elegante y llevaba el rostro tapado con un

velo. Se hizo anunciar como *madame* de Truffigni. El hermano de Clarita salió de inmediato a recibirla, le besó la mano con reverencia y le indicó el camino del gabinete donde estaba Roso Blasco. Los tres se encerraron en él, pero Clarita puso la oreja tras la puerta y pudo escuchar parte de la conversación. Ambos hombres pretendían que aquella mujer les sirviera de enlace con el rey Fernando, recluido en Bayona. Los hermanos virginianos querían transmitirle un mensaje de confianza, esperanza y tranquilidad. Deseaban hacerle saber que la espina *daemonis* estaba a buen recaudo y que de nada se tenía que preocupar. Esa misma información debía igualmente trasladársela a Escoiquiz. Por mucho que se empeñase, Napoleón no podría beneficiarse del poder de aquel objeto. *Madame* de Truffigni debía ponerse en camino rumbo a Valençay cuanto antes. No sería tarea fácil entrevistarse con el rey, pues Napoleón mantenía a la familia real aislada del mundo, pero al ser ella amiga personal de la emperatriz Josefina seguro que lo podría conseguir: al fin y al cabo había sido ella misma quien se la presentara a Napoleón años atrás.

—Aquella mujer salió de mi casa despepitada —continuó Clarita—. Llevaba un vestido precioso color violeta, a la moda de París. Le dije que me encantaba y ella, levantándose con dos dedos el velo que le tapaba el rostro, me guiñó un ojo y me sonrió. Cuando se hubo marchado le pregunté a mi hermano que quién era y él me respondió que *madame* de Truffigni, una conocida suya del Casino. Mentira.

—¿Quién era entonces? —pregunté intrigada.

—Teresa Cabarrús, más conocida como nuestra señora de los buenos auxilios. Una mujer muy rica y bien relacionada, tanto en Madrid como en París. ¿Sabes por qué le dicen así?

Negué con la cabeza.

—Durante la época del terror revolucionario ayudó a proteger a los realistas de la saña de los jacobinos. Robespierre la encarceló y, si no llega a ser porque Tallien, que era su amante por entonces, da un golpe de estado y le derroca, la mandan a la guillotina sin contemplaciones.

—¿Y forma también parte de los hermanos virginianos?

—Eso ya no lo sé. Supongo que sí, porque de lo contrario no habría acudido a mi casa aquella noche, pero vete tú a saber.

—¡Pues sí que ha sabido hacer bien el encargo la de los buenos auxilios! Habrá tranquilizado al rey, pero lo que es a los demás los ha alborotado a base de bien. Todo el mundo parece haberse puesto a buscar como loco la Santa Camándula o el cuerno del demonio o lo que diablos sea lo que esconda ese cacharro. Desde el marqués de Lindaluz a Tainebleau, pasando por los del Patronato de Bienes Nacionales y por la Junta Provincial, todos parecen andar detrás de él. Y para colmo ahora vas tú e insinúas que a lo mejor lo tienen ya los virginianos en su poder. ¿Lo has dicho en serio?

—Sí. ¿Por qué iban si no a decirle al rey que estaba a buen recaudo? Tenemos que ir a ver a Roso Blasco de inmediato —dijo Clarita decidida—. Él es el único que

puede contarnos la verdad.

—¿A Roso Blasco, el amigo ese de tu hermano? ¿Acaso sabes dónde está?

—Fue a esconderse a la finca que su familia tiene por Segovia. No ha de distar muchas leguas de aquí. Con los mulos de las monjas, en un par de jornadas nos plantamos, tres a lo más.

Aún quedaban unas pocas horas para el alba. Los párpados se me cerraban de cansancio; teníamos que aprovechar el tiempo y dormir. El gallo nos despertaría con su cántico y entonces vendría la vigilanta para, tiradas de las orejas, llevarnos a maitines. Clarita me dijo que confiase en ella, que no me preocupara, que todo saldría bien, que al día siguiente nos escaparíamos del convento y que juntas aclararíamos aquel misterio. Me dio las buenas noches y se durmió enseguida. Yo cerré los ojos, pero como el sueño no me acompañaba me entretuve en darle vueltas a aquel asunto. Mil nuevas incógnitas me asaltaron de repente: ¿sabría el marqués de Lindaluz que el relicario de la Santa Camándula escondía en verdad el cuerno del demonio? Y si lo sabía, ¿por qué no se lo dijo a Mataperros? ¿Cuáles eran sus verdaderas intenciones? Y, sobre todo, ¿quién era aquel individuo al que se había referido como supuestamente interesado en adquirir la pieza de orfebrería que forjara Marcial de Aljarafe? Todo en mi cabeza era lío y embrollo y confusión. Los pensamientos me hacían hervir los sesos; habían sido muchas las emociones vividas aquel día, muchas también las palabras escuchadas. La versión de Clarita daba al asunto de la Santa Camándula una dimensión un tanto diferente, pero sobre todo más inquietante, por no decir descorazonadora. Estaba agotada y ya no sabía qué pensar. No eran tiempos de claridad aquellos y la añagaza imperaba por todas partes. En época de guerra la gente suele ser voluble y muda el pensamiento según conviene. Hay que andarse con cuidado y no fiarse de los demás. El oro todo lo compra, el hombre todo lo vende y la vida, en el mejor de los casos, es solo una mercancía más. Ya veríamos cómo se iban desenvolviendo los acontecimientos, pero de momento lo más acuciante era escapar.

9
CAMINO DE LA LIBERTAD

El 20 de abril de aquel año de 1808, el que fuera príncipe de Asturias había cruzado el Bidasoa rumbo a Bayona junto a su camarilla de gentilhombres, mayordomos, oficiales de secretaría, ayudas de cámara, correveidiles y consejeros empavonados: las artimañas de Murat para que acudiera a entrevistarse con Napoleón y sellar así su alianza habían dado resultado. La comitiva se aloja en el castillo viejo de Bayona, donde el general Savary desenmascara los planes del emperador y le dice a la claras a Fernando que Napoleón no tiene la más mínima intención en reconocerle como rey de España y que ni tan siquiera va a tener la condescendencia de recibirle. Mientras el pueblo de Madrid rubrica con sangre el odio al francés y todo el pueblo se alza en armas contra el invasor, el rey renuncia a sus derechos dinásticos con la infamia añadida de liberar desde aquel momento a los españoles de todas sus obligaciones para con él.

¿Se merecía acaso semejante fantoche un regreso como el que tuvo al acabar la guerra, el pueblo, excitado, aclamándole como rey salvador de la patria? Pronto se olvidan las mezquindades, Agustina, y aquellos que se envilecieron para dar satisfacción a sus intereses particulares enseguida fueron ensalzados como grandes prohombres y estadistas ejemplares cuya clarividencia y voluntad había llevado a la patria por la senda del honor y la grandeza. Poco tardó aquella gentuza en ponerse a perseguir a los que de verdad habían luchado por el bien común. ¡Ya ves, Agustina, de lo que te valió pegar cañonazos en el Portillo de Zaragoza! Pudimos haber muerto en combate y de ti y de mí nadie se hubiera acordado jamás. Si hicimos lo que hicimos no fue por interés, sino por juventud. Pero ambas acabamos de lo mismo, lejos de los palacios, aquí en esta ciudad de paso por la que el mundo evacua su porquería. Tú y yo, Agustina, ya hemos luchado lo nuestro en esta vida. A ti no te queda más que pudrirte, pero yo necesito aún sopas de ajo. Si fuese más joven no te digo yo que no me encamara de vez en cuando con alguno de esos morazos que frecuentan el prostíbulo: tienen las vergas gruesas, unos bálanos despanzurrados que ya los quisieran muchos cristianos para sí; solo Dios sabrá cómo les caben a las chicas; verdaderos prodigios de la naturaleza, enhiestas, encarnadas y a punto de reventar. Hay que disfrutar mientras se es joven, Agustina, vivir la vida con intensidad y no ponerle ascos a nada, que en cualquier momento va la muerte y te aparta de un zarpazo. Se lo digo a esas zánganas todos los días: vosotras sois putas, pero nosotras tuvimos que vérnoslas con los franceses cara a cara, a la distancia de un cuchillo; eran sus vidas o las nuestras. Vosotras, en cambio, sesteáis con los moros, retozáis con los cristianos y hacéis del goce con los gentiles un oficio bien

remunerado. Mejor joder que matar y, puestos a morir, que sea de gusto. Acordaos bien de lo que os digo, que llegará el Día de San Martín y se os cortará la menstruación y caeréis en daros cuenta de que vuestro cuerpo está caduco y que, lo que antes era bello y a los hombres excitaba, chorrea ahora y atufa, con ese regusto a sebo del cuero sin curtir.

Clarita se despertó antes que yo; me cogió de los hombros y empezó a sacudirme. Caí al mundo desde el fondo del sueño y abrí los ojos de par en par; todo andaba mezclado en mi cabeza y el corazón me palpitaba. ¿Dónde estaba?, ¿qué día era?, ¿quién era yo? Al ver a Clarita allí delante se me fueron aclarando las ideas.

—Venga, date prisa, vístete, tenemos que ir a maitines o serán las monjas quienes nos lleven de las orejas.

Me puse el hábito de novicia que me habían dejado en la silla la noche anterior y corrimos a la capilla; la madre superiora nos lanzó una mirada de reproche al vernos entrar apresuradas. Nos sentamos juntas en el mismo banco. Rezamos con devoción, como si aquello ya formara parte de nuestra rutina diaria. Yo le pedí a Dios que me allanara el camino para llegar a Mataperros y advertirle de lo que la reliquia escondía, pero fue tiempo perdido, pues ni con rezos ni sin ellos pude llegar hasta él, como después se verá.

Una vez hubieron concluido los oficios, desayunamos en el refectorio y después Clarita se fue con sus quehaceres. Quedamos como habíamos planeado por la noche: en el reposo de la comida yo iría a buscarla a la cocina, cogeríamos los mulos y nos largaríamos de allí por la puerta de la cuadra.

El resto de la mañana transcurrió muy deprisa. Una monja, sor Ignacia, estuvo enseñándome las distintas dependencias del convento por orden de la madre superiora y yo fingí complacencia y obediencia para no levantar sospechas.

—Eres muy afortunada —me dijo—: han dado por ti una dote importante. Mientras dure, te tratarán divinamente. No te faltará de nada, ya lo verás.

—¿Es que a las que no tienen dote les falta de todo?

—¡Qué ocurrencias tienes! —exclamó la monja, displicente—. ¿De qué guindo te acabas de caer?

A la hora de comer el refectorio apestaba. Era la coliflor hervida que hedía a pedo a base de bien. Pero una comida caliente, se agradece. Luego nos pusieron abadejo en salazón, que es un pez de mar. Comí cuanto me cupo, y sin decir palabra. Un almuerzo semejante no sabía cuándo lo iba a volver a tomar. No caté el vino para mantenerme despejada y observé a las monjas masticar: todas lo hacían complacidas, como si la alegría les fuera en ello, y así debía ser a juzgar por el alborozo de sus eructos. El vino, desde luego, contribuía a su contento y ni un sorbo perdonaban las condenadas.

Tras la comida la madre superiora me convocó a su gabinete. Aquello me contrarió bastante, pues Clarita me estaría esperando en la cocina, pero no tenía otra opción. Llamé a la puerta y me hizo sentar. Después de repasarme de arriba abajo se

puso a darme una charla sobre las reglas de aquel lugar: me explicó que era mi obligación guardar la compostura que el hábito exigía y que no debía dejarme llevar por los malos pensamientos. Yo no veía el momento de salir de allí. Clarita se estaría impacientando y a lo mejor un retraso por mi parte haría que nuestros planes se fueran al garete. La superiora seguía largando de lo lindo, dándome instrucciones minuciosas sobre lo que debía hacer, sobre lo que debía pensar, sobre lo que debía decir y demás asuntos doctrinales que a mí no me importaban una higa. Ya me estaba impacientando, se me llevaban los demonios con tanta palabrería inoportuna; la monja se percató de mi nerviosismo.

—¿Te ocurre algo? —me preguntó enfadada.

Le respondí lo primero que me vino a la cabeza.

—Verá, madre, es que la coliflor ha debido caerme mal y me están dando retortijones. Necesito hacer de vientre.

—Pues anda y ve, no te lo vayas a hacer encima, alma de cántaro.

Salí de allí corriendo a todo correr. Tal y como había previsto Clarita, el sopor de la siesta había ralentizado el ritmo del convento. Solo se escuchaban los chillidos del aire al doblar las esquinas del claustro. Me fui hacia la cocina, como había quedado. Entré, pero no vi a nadie.

—¡Clarita! —grité.

En ese instante noté una mano sobre el hombro. Me sobresalté.

—¿Qué haces tú aquí, niña? ¿Quién te ha dado permiso para entrar?

Al darme la vuelta vi a una monja vieja y arrugada a más no poder.

—¿Qué andas buscando? ¿Acaso te quedaste con hambre en la comida?

Entonces empezó a palparme el cuerpo con sus manos de espárrago triguero.

—Estas hecha una piltrafa, se te notan los huesos. Para sacarte algún provecho primero vamos a tener que cebarte a discreción.

Su aliento era pestilente y tuve que volver la cabeza y contenerme las arcadas para no devolver. ¡Qué asco de vieja! Pensé en salir por pies, pero justo cuando me iba a echar a correr se oyó una voz por detrás de donde estábamos.

—¡Déjala en paz, que viene a buscarme!

Era Clarita. Al verla aparecer me tranquilicé. Se acercó hasta donde estábamos y, sin mediar palabra, se sacó de la manga una botella y se la entregó a la monja.

—Toma, es anís del bueno —le dijo—, del de Chinchón.

La monja, al verla, me soltó de inmediato y agarró la botella con ansiedad. Una sonrisa imbécil le iluminó la cara.

—Venid, vamos ahí fuera, no sea que alguien nos vea —dijo indicando el patio que comunicaba con la cuadra.

Aquella monja era, por lo visto, la encargada de cribar las sobras y echárselas a los animales que criaban, conejos, gallinas, pavos, un par de vacas de las de ordeñar y varios cerdos amancebados en la corte. Salimos a un patio y desde allí, por una portezuela, accedimos a la cuadra. La monja volvió a beber del frasco. Cuanto más

tomaba más beatífica le salía la sonrisa, hasta el punto de parecer tonta del bote. Mientras ella ingería a discreción nosotras nos dedicamos a enjaezar los mulos. Cuando hubimos terminado Clarita le pidió que nos abriera la puerta exterior. Le dijo que teníamos que ir a hacer un encargo por cuenta de la madre superiora. La monja, que a esas alturas estaba bien contenta, ni rechistó.

Pusimos a los mulos al galope y, al poco que quisimos darnos cuenta, estábamos ya alejadas del convento. A media tarde habíamos recorrido un trecho suficiente como para constatar que no vendrían en nuestra persecución. Además, ¿por qué iban hacerlo? Ya rezarían las monjas por nosotras: para eso se quedaban con nuestras dotes; muchas oraciones les quedaban por decir.

—No te preocupes, que ya no vendrán. Esas no salen por la noche, así se mueran.

Clarita me contó que, si había algo que las monjas temían de verdad, era que las violaran los gabachos. Aquella era su obsesión; solo de pensarlo se echaban a temblar, aunque muchas de ellas no sabían ni en qué consistiría ser violadas. Se reía Clarita imaginándose a la madre superiora arrodillada ante la verga de un mameluco, implorando compasión. Clarita hacía broma de ello y no siempre de buen gusto; tenía afilada la lengua, aunque blando el corazón. Decía las cosas conforme le salían, sin evaluar su oportunidad, y no se reprimía ningún comentario que le apeteciera soltar. Podría decirse de ella que era una persona satisfecha consigo misma, orgullosa de su condición aristocrática, y con el criterio suficiente como para evaluar las cosas al margen de la opinión de los demás.

Ya lejos del convento, cuando todo el sofoco de escapar había pasado, le pregunté por la heredad de Roso Blasco y si sabía el camino a tomar. Nuestras provisiones eran escasas y no podíamos entretenernos dando tumbos por los campos.

—Tú no te apures. Rosario. Por aquí se va a Segovia. Una vez fui con mi hermano a la quinta de los Blasco y yo me oriento divinamente porque he estudiado las estrellas. La encontraremos sin problemas, ya lo verás.

Tanta seguridad me escamó: todo lo ven estupendo los optimistas, lo que suele llevarlos a obviar las evidencias y a confundir la realidad. ¿Estábamos haciendo lo más inteligente? Me dio por pensar que no, que iríamos a perdernos por los montes y que tal vez fuera mejor tratar de dar alcance a Mataperros y contarle lo que sabíamos de la Santa Camándula. Se lo dije a Clarita, pero ella se rio.

—Tú no te preocupes y confía en mí, que yo sé bien lo que me hago.

—¿Y si nos perdemos?

—Nos volveremos a encontrar —dijo encogiéndose de hombros—. Además, si lo que quieres es hablar con Mataperros, ten por seguro que, a juzgar por la cruz, no debe de andar muy lejos.

—¿La cruz?, ¿qué cruz? —Pensé que desvariaba.

—Mira, ven —Clarita descabalgó y yo lo hice también—. Lindaluz os contó que, cuando le preguntaron al abad de la leyenda por el relicario, él se santiguó con parsimonia y dijo que lo había escondido en una iglesia en cuya existencia nadie

repararía, ¿no es así?

Asentí con la cabeza. Entonces Clarita se agachó sobre el polvo del camino, cogió un palito y con él trazó en la tierra una cruz.

—¿Por qué se santiguó el abad de San Pigal de Duero? —me preguntó.

—¿Cómo quieres que yo lo sepa?

—¿Y por qué lo hizo con parsimonia?

—No tendría prisa.

—No seas tonta. —Con el palo señaló entonces el extremo derecho de la cruz.

—¿Sabes lo que es esto? —Yo no sabía lo que decía y me encogí de hombros.

—Es la iglesia de Fontenebro, donde los franceses fueron primero.

Yo seguí mirándola, sin comprender a qué se refería.

—¿Y esto de aquí? —volvió a preguntarme, señalando con la rama el extremo izquierdo.

Tampoco respondí y aguardé a que ella lo hiciera a su propia pregunta.

—San Licinio. ¿No lo ves?

Yo seguía sin ver nada de nada. Así que ella señaló el extremo superior de la cruz.

—¿Y esto?

Hice con la boca un gesto de ignorancia que a Clarita desesperó.

—¡San Pigal de Duero, Rosario! ¿Es que no te estás dando cuenta? ¡El abad, con el gesto de santiguarse, estaba revelando dónde había escondido la Santa Camándula!

—¿Y por qué se santiguaba con parsimonia? —pregunté, sorprendida.

—Porque no tendría prisa. —Me devolvió Clarita el comentario y yo le eché una mirada de reproche que a ella le provocó la risa floja—. Supongo que lo haría para dar a entender que la distancia entre una y otra iglesia estaba proporcionada con arreglo al teorema de Pitágoras —me soltó como el que no quiere la cosa.

—No sé adónde quieres llegar, Clarita, pero más vale que te expliques porque yo no entiendo nada de lo que dices.

—Es muy fácil, mira —dijo mientras señalaba las esquinas de la cruz que había dibujado en la tierra—. Si sabemos la distancia que hay entre San Licinio y Fontenebros, y entre ambas iglesias y Pigal de Duero, podremos calcular la situación exacta de la iglesia en la que el abad escondió la Santa Camándula, justo en el extremo inferior del estipe de la cruz.

Me quedé estupefacta ante semejante razonamiento: o Clarita desvariaba o su inteligencia era admirable. No sabía qué pensar.

—Por lo tanto —prosiguió Clarita a la vez que pintaba dos triángulos opuestos sobre el eje de la cruz—, los franceses se deben dirigir en este instante hacia esta zona, y Mataperros tras ellos. ¿Lo ves? —Clarita señaló el vértice del triángulo inferior.

—Mucha imaginación me parece que le echas al asunto —le dije para rebajarle los aires que se daba.

—No se trata de imaginación, sino de matemáticas. Solo hay que fijarse. Hay

cosas que a simple vista no se notan y que, sin embargo, están ahí. Con abrir bien los ojos sobra y basta para percatarse. Ese Tainebleau no es nada tonto; está siguiendo un curso lógico, un patrón. Observa, si no, sus movimientos: siguen los puntos de la cruz.

—¿Y si estuvieras equivocada?, ¿y si lo de la disposición de esas iglesias fuera tan solo casualidad?

—El día entero llevo dándole vueltas. La casualidad no existe, Rosario. Todo en este mundo obedece a una razón. No hay efecto sin causa. Mi deducción tiene sentido y me juego lo que quieras a que Lindaluz y Tainebleau han llegado a la misma conclusión. Los hermanos virginianos están detrás de todo esto, ya no me cabe duda alguna, pero no sé cómo ni por qué. Eso es lo que debemos averiguar. En cualquier caso, esta es la única pista que tenemos, salvo que tú sugieras alguna idea mejor.

No tenía ideas mejores ni pistas ni nada inteligente que proponerle, así que me callé. Seguiríamos la marcha y buscaríamos a Roso Blasco. Tal vez él nos desvelara el misterio que se escondía detrás de la Camándula. La heredad de su familia quedaba por la parte de Segovia, también en el extremo inferior de aquella cruz, así que, fuera como fuese, nos encaminábamos hacia el lugar exacto donde todos los acontecimientos parecían ir a tener lugar.

Cabalgamos durante toda la tarde sin detenernos, hasta casi reventar los pobres mulos. Galopamos por caminos solitarios, subimos oteros, descendimos por vallejos angostos que olían a humedad y no detuvimos la marcha hasta que el mulo de Clarita, extenuado, paró junto a un arroyo para beber.

—¿Cuántos días tardaremos en llegar?

—No lo sé. Tal vez uno, tal vez dos o tal vez más. Estos mulos son unas rémoras y con ellos todo camino se dilata. ¡Si pudiéramos conseguir monturas mejores!

¿Pero cómo conseguir cabalgaduras en medio de la nada? Cualquiera que nos hubiera visto montando casi a pelo por los páramos castellanos se habría persignado por si acaso éramos brujas en vuelo al ras. Continuamos cabalgando durante un par de horas más. El viento chillaba entre las piedras. Teníamos hambre y frío. Conforme caía la noche era más fuerte la sensación de habernos extraviado; pensaba que Clarita seguía adelante nada más que por el orgullo de no reconocer que desconocía el camino hacia la quinta de los Blasco.

—No me tienes a ley, Rosario. Tú confía en mí, que yo te llevaré a donde tú quieres llegar.

Lo cierto es que cada vez confiaba menos en que Clarita pudiera llevarme a sitio alguno por aquellas soledades. No habíamos probado bocado desde la coliflor de la comida y las tripas me empezaban a sonar.

—Deberíamos buscar algún sitio resguardado en el que pasar la noche.

—No me vengas con esas ahora. Aún hay luz suficiente. Vamos, aguanta un poco más.

Yo no veía el momento de llegar a parte alguna. El viento soplaba escaso, si bien

frío, y el hábito de estameña que vestíamos, pese a ser basto y grueso, apenas frenaba sus punzadas. Si la noche nos pillaba en descampado nos íbamos a enterar. Mis pensamientos eran oscuros. Estaba confundida y mi voluntad hacía aguas por todas partes. Tal vez fuera la sensación de haberme puesto en manos de una loca como Clarita lo que llenaba mi espíritu de incertidumbre, pero lo cierto es que estaba agotada y que tenía mucho frío, ese frío pardo de Castilla que se mete en los huesos y los pule hasta dejarlos de cristal.

—Sigue subida al mulo. No te bajes ni para orinar —me ordenó Clarita—. Tenemos que continuar. Ya debe faltar poco. Confía en mí.

La noche se nos echó por fin encima y no habíamos llegado a ningún sitio. Los mulos estaban muy sudados y parecían a punto de reventar. La situación era apurada y estaba claro que Clarita no iba a poder sacarnos de aquel atolladero.

—Si revientan los dejamos tirados y seguimos andando.

—¿Pero acaso sabes dónde estamos?

—Creo que sí. Lo que pasa es que la noche todo lo confunde.

Continuamos avanzando durante una media hora más, hasta que ya la noche nos tragó. Estábamos ya perdidas del todo. Habría que hacer vivac e intentar resistir al frío dándonos calor entre nosotras. Oímos entonces el ulular de un búho y, al girar nuestras cabezas, distinguimos a lo lejos un resplandor.

—Van a ser franceses —dijo Clarita en voz muy baja.

Nos bajamos de los mulos y, andando con sigilo, fuimos hacia la luz. Nos aproximamos con prudencia y cuál no sería mi sorpresa al distinguir a lo lejos la caravana de gitanos con los que nos habíamos cruzado días atrás.

—Vamos —le dije a Clarita con alivio—, los gitanos nos ayudarán.

Al llegar al campamento un gitano nos dio el alto. Vestida de monja como iba no me reconoció, pero le hice ver quién era y el gitano nos dejó pasar.

—¿Qué haces aquí, muchacha? Andas lejos del lugar al que ibais —me dijo el patriarca al verme.

—Se me torció el camino —le respondí.

—Pues por aquí tampoco andan las cosas muy derechas.

Oímos entonces plañir a unas mujeres. Eran llantos largos y lastimeros que se elevaban en la noche soplados por el viento. Avisaban de una muerte.

—No es esta la noche para fiestas —continuó el patriarca—. La vieja se acaba de morir.

El patriarca nos contó que después de nuestro encuentro días atrás, aquella mujer que me echase la buenaventura dijo que ya no quería seguir viviendo y dejó de comer. Adujo que ya había visto lo suficiente en este mundo y que estaba cansada de tanto sufrimiento y de tanta necedad. Dijo que su hora había llegado y se echó en el carromato para dejarse morir. Había fallecido por la tarde y ahora la estaban velando. Al amanecer cavarían en la tierra un hoyo hondo y enterrarían el cadáver. Luego seguirían su camino hacia la raya de Portugal.

Les dimos el pésame y rezamos una oración por el alma de aquella mujer que me augurara que jamás habría de ser feliz. Si acertó o no con el pronóstico es cosa que ni siquiera en esta hora mía de las verdades, cuando el tiempo que resta es escaso y carece de sentido engañarse a una misma, sabría bien decir.

Los gitanos nos proporcionaron ropa, comida y lumbre, y forraje para los mulos, pero nos pidieron que nos fuéramos a acampar lejos de allí. No querían tenernos con ellos en esa noche lúgubre. Su dolor era solo suyo y con nadie más lo deseaban compartir.

—Seguid cuando amanezca la dirección de las montañas. Si no dais muchos tumbos, llegaréis a Segovia antes de que el día finalice.

Cuando los mulos hubieron comido lo suficiente nos marchamos. Cabalgamos un buen trecho hasta alejarnos de los gitanos y, cuando ya dejamos de ver el resplandor de sus hogueras, nos detuvimos, hicimos un fuego, cenamos caliente y, bien abrigadas con las mantas que nos habían dado, nos echamos a dormir.

No nos levantamos demasiado temprano al día siguiente. El sueño nos había atrapado y al final el acomodo se acabó haciendo placentero. Cuando nos pusimos en marcha pasamos por el lugar en el que estuvieran acampados los gitanos la noche anterior. Nada quedaba de ellos, salvo restos de ascuas y un pedazo de tierra removida, con unas cuantas piedras a la cabecera en señal de aviso mortuorio. Nos marchamos de allí sin pronunciar palabra y anduvimos cabalgando hasta bien entrado el día. Los mulos bebieron agua en abundancia de una fuente junto a la que paramos para almorzar. Yo no hacía más que pensar en Mataperros: ¿dónde estaría en ese instante? ¿Habría dado alcance a Tainebleau? Clarita no desfallecía en sus consideraciones; seguía convencida de que, una vez que llegáramos a la quinta de Roso Blasco, todo el asunto se resolvería de inmediato.

—Vas a ver cómo él nos ayuda. Tú no te preocupes por eso. No vamos a dejar que los franceses se apoderen del cuerno del diablo. Encontraremos el relicario antes que ellos y, cuando lo tengamos en nuestras manos, acudiremos con Mataperros a la cita que dices que tiene con el marqués. Llegaremos a tiempo, ya lo verás.

Los mulos no estaban acostumbrados a tanto tute y cada vez avanzaban más despacio. La lentitud del paso resultaba exasperante. Un rayito de sol que justo me caía sobre los ojos hizo que los cerrara, así que entre el bamboleo y el sopor me fui quedando adormilada. Al pasar junto a unas zarzas el mulo brincó y yo caí al suelo. Clarita desmontó para ayudarme.

—¿Rosario, es que estás tonta? ¿Te has hecho daño?

Tenía la espalda dolorida y algunas espinas clavadas en las manos.

—Nada de alcance. Me dormí encima del mulo —le respondí mientras me ayudaba a ponerme en pie.

Caminé un poco para desentumecer los músculos y espabilarme. Clarita aprovechó la pausa para orinar. Anduve unos pasos hasta el arranque de una loma y, justo cuando estaba a punto de darme la vuelta, fue cuando lo vi.

Era un soldado francés. Estaba a cierta distancia, sentado de espaldas sobre unas piedras. No se había percatado de nuestra presencia. Tenía a alguien cogido de la mano: parecía una mujer menuda, o tal vez fuese un niño, no se distinguía bien del todo porque había unos jarales delante que dificultaban la visión. Hice señas a Clarita y, agachadas, nos acercamos lo más que pudimos. Antes nos cercioramos de que no hubiera más franceses alrededor.

Durante aquellos primeros meses de la guerra no era raro encontrarse con soldados perdidos por el campo. Los más rezagados de las columnas a veces se extraviaban y daban vueltas por los caminos hasta que hallaban algún destacamento en el que reengancharse. Los franceses aprendieron a palos y al cabo fueron comprendiendo que el separarse de la tropa equivalía a morir. En la sierra, con la partida, más de una vez había escuchado referir las técnicas del Diago y cómo, cuchillo en boca, se lanzaba contra los franceses extraviados: los seguía con sigilo y aguardaba el momento propicio para abalanzarse. Entonces salía gritando ferocidades y entraba en el cuerpo a cuerpo sin darle al soldado tiempo de comprender lo que pasaba; cuando el francés caía en la cuenta de que era un guerrillero lo que tenía delante, ya llevaba la hoja de un cuchillo bien metida en el vientre. Del Diago dicen que rugía para atemorizarlos, pero yo sabía que lo hacía por la rabia que le entraba de verlos pisando suelo español. Eso era algo entonces muy común.

Clarita me indicó que mirase a mi derecha. El soldado había dejado el fusil a varios metros de donde estaba. Si nos echábamos encima, lo cogeríamos por sorpresa y no podría reaccionar.

—Tenemos que matarlo —dijo Clarita entusiasmada.

Eché cuentas de que no llevábamos encima arma ninguna: ni un cachorrillo, ni una miserable navaja cabritera, ni una perica con la que rebanarle la yugular. Había en el suelo, sin embargo, cantos de un tamaño suficiente como para romperle el cráneo; si cogíamos un par cada una y atacábamos al unísono, a lo mejor lográbamos abatirle a golpes.

—¿Con piedras? —se sorprendió Clarita—. ¿Es esa manera de combatir al enemigo?

Ella se imaginaba que la guerra era algo más elevado, más galante incluso, pero siempre la realidad es lo que hay y piedras era lo único que teníamos a nuestro alcance.

—Suponte que en vez de un hombre es un perro, así te resultará más llevadero.

Con piedras y con palos si hacía falta y a mordiscos, y echándoles aceite hirviendo desde las ventanas de las casas, y envenenándoles el agua, y clavándoles tijeras en el corazón, así es cómo los españoles matábamos a los franceses. Cualquier método valía, cualquier instrumento servía con tal de aniquilar al enemigo. Solo había que tener ganas y contar con una pizca de valor.

Cogimos las piedras y nos fuimos arrastrando hacia el soldado. Clarita me seguía bien dispuesta. No era cobarde aquella muchacha. Le sonreí. Entre las dos

acabaríamos con él. Parecía uno de infantería. Lo mataríamos y nos iríamos de allí a escape. Esa era la ciencia de la guerrilla: acechar, atacar y desparecer. Cuando ya estuvimos cerca vimos que el acompañante del francés era un niño de unos seis o siete años. ¡Valientes soldados, enfrentándose con los indefensos para mayor gloria del emperador! ¿Qué pensaría hacerle el desalmado? Aquello me sacó de mis casillas y a la de tres nos tiramos al enemigo.

—¡No le hagáis daño, no le hagas daño! —empezó a gritar el muchacho al vernos aparecer enfurecidas.

Con la alerta del niño, el francés se giró y evitó así que le abriésemos la cabeza. Aun así, le cayeron varios golpes en los hombros y en el pecho que le dejaron tirado en el suelo a nuestra disposición. Sus ojos tenían una expresión de terror. Me miraba, pero no veía sino la muerte aproximarse. Era joven y hermoso, y el pelo revuelto sobre la cara le hacía parecer un niño travieso. Clarita agarró una piedra para aplastarle la cabeza, pero el niño volvió a gritar desconsolado:

—¡No lo matéis, por favor no lo matéis!, ¡me ha salvado la vida, me ha dado de comer!

Nos fijamos entonces en un hatillo con comida: un trozo de carne asada, un cacho de pan y unas cuantas manzanas andaban esparcidos por el suelo. Clarita no pudo detenerse y le tiró la piedra encima, pero el soldado tuvo reflejos y se apartó. Eso le salvó de morir aplastado.

—¡Quieta!, ¡párate! —grité a Clarita.

El soldado se incorporó y retrocedió unos cuantos pasos sin dejar de mirarnos asustado, pero tropezó y cayó al suelo un poco más allá. Clarita y yo nos contuvimos. Bastó el calmarnos un segundo para darnos cuenta de lo que sucedía en realidad. Aquel niño, al contrario de lo que habíamos supuesto, no era ningún prisionero. El francés lo había rescatado de un cepo para lobos en el que el muchacho había caído. La trampa, al cerrarse, debía haberle roto la pierna. El soldado francés escuchó gemidos y corrió a ayudarlo. Le había hecho una cura de urgencia y ahora lo llevaba a poblado para que se ocupasen de él. El muchacho había tenido suerte de que el francés anduviera extraviado, pues de no haberle encontrado, en breve hubiera muerto. El chico nos contó con detalle lo ocurrido y hasta evidenció que el soldado no solo le había rescatado de la trampa, sino que había compartido su comida con él.

Nos quedamos sorprendidas. ¿Cómo era posible que un soldado de Napoleón tuviese semejantes atenciones con un muchacho español? Agarré al francés por la solapa de la guerrera y, mitad en su lengua mitad en la mía, le pregunté qué hacía él solo por aquel lugar. El soldado, muy asustado, nos dijo que pertenecía a un destacamento de intendencia y que se había extraviado de sus compañeros al detenerse a beber en un arroyo. Llevaba deambulando un par de días por aquellos campos, sin saber muy bien adónde dirigirse, cuando se había topado con los sollozos del muchacho. No tenía nada más que contar y suplicaba que, por favor, le respetáramos la vida, que él nada malo había hecho y que, si estaba alistado de

soldado, era por salir del pueblo de donde era, una aldea de pescadores en Bretaña, e intentar buscar mejor fortuna en los ejércitos de Napoleón.

Clarita y yo nos miramos sorprendidas. Aquello era inaudito, nunca hubiéramos imaginado semejante comportamiento de un francés. Cogimos al niño y nos fuimos de allí. Al soldado lo dejamos tendido en el suelo, lloriqueando de agradecimiento al ver que no íbamos a hacerle nada. Clarita no pudo contenerse las ganas y le arreó una patada en el costado.

—¡Toma, mamarracho!, ¡esto para que te acuerdes de nosotras, y ya te estás largando de aquí, que si te vuelvo a ver, te mato!

Hablamos con el niño y le preguntamos por el lugar que andábamos buscando. El niño conocía la quinta de los Blasco. Dijo que no quedaba demasiado lejos de un pueblo en el que vivía una tía suya: él, si queríamos, nos llevaría hasta allí. Aquel chico se llamaba Miguelón y era zagal. Le montamos en el mulo y emprendimos el camino.

—¿Por qué le has pegado una patada? Era bueno, me había ayudado —le preguntó a Clarita.

—Es un francés. Un soldado de Napoleón. Tienen invadido el país.

—Sí, pero a mí me ha salvado la vida.

No pudimos replicarle el argumento. Las guerras no se hacen con razones, sino con fe, obediencia y voluntad.

El muchacho nos llevó por sendas entre los montes que no eran visitadas ni por las cabras. Tenía mucha fiebre, pero aguantaba entero. Era recio aquel chico, pero su pierna corría peligro; lo más probable es que se la tuviesen que amputar. Pasamos un pinar, vadeamos un riachuelo y, al pie de una ladera, distinguimos un pueblo. Llegamos al caer la noche y le llevamos a la casa de su tía.

—Ahora tienes que curarte, chico —le dijo Clarita con ternura—. Vas a ver como muy pronto te pones bueno.

El muchacho nos dijo que no pensaba estarse quieto, que en cuanto pudiera saldría a la busca de aquel soldado que le había salvado la vida. Decía que, mientras anduviera por España, él le habría de asistir en todo lo que necesitase.

Aquel empecinamiento del muchacho me fastidió. Era verdad que el francés le había salvado la vida, pero aquella trampa para lobos no habría estado puesta en ese sitio de no haber entrado en España los soldados de Napoleón. Si acababa perdiendo la pierna habría sido enteramente por su culpa, pero en vez de percatarse de la causa, el muchacho tan solo se fijaba en el efecto y, encima, se lo tomaba a lo servil. Una buena somanta de palos le hubiera yo recetado; eso y aprenderse el catón:

—¿Cuáles son los enemigos del alma?

—Muchos, padre: los afrancesados, los masones, los materialistas, los jacobinos, los jansenistas, los liberales, los habladores, los periodistas, mundo, demonio y carne y toda la turbamulta de la que estamos rodeados los hombres de bien.

De detrás del cementerio salía un sendero flanqueado de chopos; siguiéndolo, a unas diez leguas al norte, nos dijeron que estaba la quinta de los Blasco. Habíamos pasado la noche resguardadas en la cuadra de los tíos del niño Miguelón. Nos dieron bien de cenar —unos huevos fritos con torreznos—, y dormimos a pierna suelta, amodorradas por el vino que en abundancia los acompañó. Nos levantamos temprano al día siguiente y, sin perder tiempo en despedidas, cogimos los mulos y enfilamos el camino. Rodeamos el camposanto y encontramos el sendero que nos dijeron. Tras más de una hora de recorrerlo pudimos divisar la quinta. Era una construcción de piedra rosa con escudos tallados en la fachada principal, de esos que lucen yelmos emplumados y demás zarandajas nobiliarias. La hiedra le subía por un flanco hasta el tejado, en algunas partes desvencijado, testigo seguramente de tiempos mejores.

Llamamos a la puerta y un criado nos abrió. Era viejo y tenía grandes bolsas bajo los ojos que le afeaban el mirar. Parecía lelo, y a lo mejor lo era. Clarita le preguntó por Roso Blasco.

—No se encuentra en la casa —dijo encogiéndose de hombros—, pero sí su señor padre, don Baldomero.

Esperamos en el zaguán según se nos ordenó. Después de un rato el criado regresó y nos condujo por unas escaleras hasta un comedor en el piso principal. Sentado a la cabecera de una mesa se encontraba desayunando don Baldomero Blasco. Tenía anudada al cuello una servilleta blanca que se le confundía con la barba. Aunque era un hombre viejo, mantenía en sus rasgos cierta dureza que hacía pensar que en su juventud había sido una persona de carácter y acostumbrada al mando.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis de mi hijo? —Su voz era ronca e imponía respeto.

Clarita le explicó que Roso Blasco era amigo de su hermano Jacinto y que necesitábamos su ayuda en un asunto de extraordinaria importancia para el bien de la nación. Omitió decirle que nos habíamos escapado de Santa María del Poyo y que el asunto que nos traía a su casa era la reliquia de la Santa Camándula o la del cuerno del diablo, que lo mismo daba ya. Tan solo le contó que teníamos que hacer llegar a unos patriotas un recado urgente y que considerábamos que Roso Blasco podría ayudarnos en nuestra misión.

—Ya sé quién eres, niña —comentó don Baldomero—, eres la huérfana de los condes de Sotomayor. Yo conocí a tus padres y sé por mi hijo de las calaveradas de tu hermano. Valientes elementos están hechos los dos, y tú tienes pinta de ir por su mismo camino. ¿Sabe tu hermano que estás aquí?

Clarita bajó la cabeza, pero nada respondió.

—Ya veo que no lo sabe y, aunque lo supiera, a ti te daría igual.

Don Baldomero gesticuló en señal de contrariedad. No le hacía mucha gracia que aquella muchacha anduviera a su albedrío; una huérfana necesitaba un tutor y saltaba a la vista que su hermano no ejercía de tal. El viejo reparó entonces en mi presencia.

—¿Y tú, muchacha, de dónde has salido? Tienes cara de india, ¿vienes de las

colonias de ultramar?

—De las Filipinas.

—Entonces eres india filipina —repuso de forma despectiva—. Cristóbal Colón no tenía que haberse ido tan lejos para buscar salvajes, aquí los hay a puñados.

—Ni soy india ni soy salvaje —protesté—. Soy española: hablo esta lengua, siento esta patria y lucho por ella.

—Ya, entonces además de india estás con esos salvajes que quieren echar a Napoleón de aquí para seguir viviendo en la barbarie —repuso don Baldomero con desdén—; más te valdría haber nacido en otra parte.

—Estoy orgullosa de haber nacido donde lo hice.

El padre de Roso se echó a reír.

—Orgullosa de haber nacido donde lo hice —repitió con retintín—. ¡Eso sí que es bueno! Valiente majadería acabas de soltar. Nacer no es más que una circunstancia y es del género tonto enorgullecerse de las circunstancias.

—Más del género tonto es estar en contra de tu propio país, sobre todo cuando lo andan invadiendo.

—No te enfades, muchacha —dijo el padre de Roso Blasco intentando suavizar su discurso—, eres hermosa y veo que tienes coraje. Eso por lo menos te justifica. Créeme: más allá de patrioterismos y de soflamas lo único que a los hombres les interesa conquistar es a las mujeres como tú. Así que más te valdría dejarte de imbecilidades y empezar a defender tus propios intereses.

—Señor, no hemos venido a hablar de mí. Yo sé bien ocuparme de mis cosas y no necesito sus consejos.

El viejo se me quedó mirando con sorna. Mi enfado acrecentaba su interés.

—Maldita sea mi estampa —gruñó—. ¿No te digo que tienes carácter? ¿Dónde has aprendido a hablar así, muchacha?

—Necesitamos ver con urgencia a su hijo —interrumpió Clarita—. Hemos venido a eso. Díganos dónde lo podemos encontrar.

—Y dale con mi hijo. ¿Queréis saber dónde está ese majadero? Muy bien, pues os lo voy a decir: el idiota de mi hijo anda por ahí haciendo el pazguato en vez de ocuparse de los asuntos de la familia como debiera. Tengo la fortuna echada a perder por culpa de esta guerra y él, en vez de ayudarme a mitigar los daños, se empeña en conspirar contra los franceses. No se da cuenta de que solo ellos pueden traernos los mercados sin aranceles y la prosperidad. Los que nos dedicamos al negocio de lana necesitamos que nuestros productos salgan al exterior. Algunos se creen que echando a Napoleón de España podrán seguir manteniendo sus privilegios comerciales, pero el mundo ha cambiado y no se han dado cuenta todavía. ¿Qué pretenden? ¿Acaso que los pañeros franceses u holandeses se inclinen ante nosotros, nos hagan reverencias y se abstengan de comerciar? No sé en qué siglo viven esos retrógrados. Únicamente el libre comercio puede garantizar el progreso de Europa y Napoleón es su única salvaguarda por el momento. Enfrentándose a él, lo único que van a conseguir es que

se siga vertiendo la sangre. Las patrias no se hacen con muertos, sino con dineros. Sin un comercio próspero te aseguro, niña, que no hay patria que valga. Nos estará bien empleado si arrasan el país y lo dejan en los huesos. Vienen a tendernos la mano, a modernizar nuestras costumbres, a diluir nuestros humores, a ventilar nuestros modales de sacristía y lo único que se nos ocurre es lanzarnos contra ellos, navaja en mano. ¡Valiente nación de bárbaros!, y mi hijo, el primero. No se entera de nada, el condenado. De eso le ha servido la educación que le proporcioné. Muerde la mano que le alimenta, reniega de su fortuna y nos quiere llevar a todos a la ruina. Es un descarriado y vosotras tenéis pinta de querer descarriaros con él o yo no me llamo Baldomero.

—No somos descarriadas, sino patriotas, aunque no lo desee comprender. Tampoco hemos venido a discutir con usted, sino a hablar con su hijo. Si quiere decirnos dónde podemos encontrarlo, bien y si no, nos marchamos de aquí y santas pascuas. No le queremos molestar.

—Pues sí, me molestáis; todos vosotros me molestáis, este país de bestias me molesta, pero aun así no voy a dejar que os marchéis de vacío. Tus padres eran buenas personas y, aunque solo sea por su memoria, intentaré prestarte ayuda. No sé dónde diablos estará mi hijo en este instante, pero sé que no tardará en volver.

Don Baldomero se levantó de la mesa donde había acabado el desayuno y nos indicó que pasáramos con él a un gabinete contiguo. Allí ordenó a su criado que nos sirviera una jícara de chocolate caliente.

—Así os quitáis el helor de la mañana.

No era cuestión de despreciar semejante golosina, así que se lo agradecimos complacidas. Y a lo mejor hasta nos lo servían con picatostes.

—Mi hijo y yo tuvimos una discusión hace algunos días —continuó—. A menudo me saca de mis casillas, pero esta vez me hartó de veras. Antes del verano vino aquí huyendo de Madrid y, en vez de quedarse quieto por un tiempo sin meterse en jaleos y ayudándome a sacar los negocios adelante, continuó intrigando contra los franceses. Pertenece a una logia de gentes sin juicio que tienen por fin hacer del mundo un lugar justo y feliz. ¡Menudo desvarío! Se hacen llamar los hermanos no sé qué.

—Virginianos —interrumpí.

—Eso es, los hermanos virginianos. No podían haber escogido un nombre más ridículo. Para cambiar el mundo lo mejor es la guillotina y ya la inventaron los franceses. A los monarcas, a los obispos y a su séquito de ladrones no hay más que llevarlos al cadalso y que el filo de la cuchilla les rebané el pescuezo. A la tumba con todas sus prebendas. ¡Qué digo a la tumba! ¡A la fosa común!

—Habla usted como un afrancesado, don Baldomero —protestó Clarita con altivez.

—Y tú como una majadera, niña mocosa. Si no fueras la hija de quien eres, ahora mismo os largabais de aquí, tú y esta india amiga tuya. A los perros os azuzaba para que os mordieran los faldones, a ver si os los quitabais para correr. ¡Afrancesado, me

dice! Si yo fuera más joven, si estos fueran mis tiempos, iban a enterarse los servilones de lo que vale un peine. A nadie le importa el progreso en este país. Todos andan rezando acobardados, en vez de asumir las riendas del futuro; curas, monjas, aristócratas ociosos que viven de chuparle al pueblo lo poco que le queda. ¿Y los jóvenes?, ¿qué hacen mientras los jóvenes?; los jóvenes no hacen nada, solo calaveradas y, los que no las hacen, se vuelven pisaverdes y señoritingos de pitiminí que se untan de afeites y de perfumes como si fueran petimetres. ¡A quemar iglesias los ponía yo a todos para que, por lo menos, higienizasen la nación!

Fue soltar la blasfemia don Baldomero y empezar Clarita a santiguarse, lo que sacó más de quicio al viejo cascarrabias.

—Sí, anda persígnate, que con eso todo se arregla, majadera. ¡Así va España! Un país de meapilas y corruptos, de chulos, correveidiles y aprovechados. Un país de pacotilla, sin empuje, sin criterio, que malvive de su historia como un mendigo al sol. Así estamos y así puestos llegan los franceses para sacarnos del marasmo, y lo primero que se nos ocurre es levantarnos contra ellos. ¿Es que no hay nadie que conserve en estas tierras el sentido común? ¿Es que no queda nadie para percatarse de que contra el progreso no se puede combatir? ¡Ay, si yo tuviera treinta años menos…!, iban a ver todos esos curas y alcaldes y regidores que perturban a la gente con las amenazas de la religión. Son ellos los que nos están condenando. Napoleón va a hacer confites con nuestros despojos y material no le ha de faltar.

Ni Clarita ni yo alcanzábamos a entender cuanto aquel hombre decía. Para nosotras eran solo barbaridades lo que salía de su boca. ¿Qué idea tenía de la vida que le llevaba a despotricar contra la patria y a creer que los franceses nos traerían el progreso, cuando estaba claro que lo único que llevaban en sus petates era la tiranía y la destrucción? Aquel hombre debía de haberse vuelto loco de remate; o eso, o era un esbirro de Napoleón.

—No es que hable usted como un afrancesado —le espeté a la cara sin poderme contener—. Es que lo es. Merecería que lo ahorcasen, por traidor.

Don Baldomero se levantó de su butaca y se me quedo mirando con severidad. Alzó la mano y me señaló con su dedo índice, como si fuera a clavármelo entre las cejas.

—¿Traidor yo? ¿Traidor a quién? ¿A la inteligencia? ¿Al progreso? ¿Al sentido común? Aquí no hay más traidor que el que se traiciona a sí mismo en aras de la obediencia ciega a reyes y a curas.

Me quedé callada. ¿Era un traidor don Baldomero tal y como yo le acababa de echar en cara? ¿Y si aquel hombre llevaba razón y no hay más traidor que el que engaña a su conciencia?

—No todo es como usted dice —le repliqué a don Baldomero. Intentaba de alguna manera suavizar mi acusación—. Nosotros estamos aquí por algo. Tenemos una tarea que cumplir. Queremos salvar la patria, echar de ella a Napoleón y traer de vuelta al rey Fernando.

—¿Y nada menos que vosotras pretendéis traerle de vuelta? ¿Dos mocosas pintamonas? ¿Es ese el glorioso ejército de España? ¿Los tercios que pusieron la pica en Flandes? ¿La armada que venció al turco en Lepanto? ¡Válgame Dios, lo que a mis años hay que oír!

—Hay hombres echados al monte —insistí—. Hay partidas de guerrilleros luchando por todas partes: interceptan los correos, hostigan al enemigo, le impiden proveerse de víveres, le amenazan la retaguardia, lo desmoralizan, no le dejan nunca en paz.

—Esos no son más que contrabandistas y ladrones —replicó el viejo, malhumorado—. O las partidas de las que me hablas se ponen bajo la autoridad militar o seguirán siendo un atajo de energúmenos, hordas incontroladas que confunden la táctica con la ferocidad.

Pero ahí don Baldomero sí que se equivocaba, Agustina. La guerra no era ningún tablero de ajedrez en el que los jugadores fueran moviendo ficha según les tocara, sino una carnicería sin cuartel. Si de aquellos años terribles en los que hubimos de vivir sacamos algo en claro fue que, puestos a matar, la saña ayuda, la sangre excita y no hay límites que valgan para la barbarie: las guerras se ganan con impiedad; no hay en ellas honor, ni gloria, ni camaradería que valga, solo supervivencia o aniquilación.

El criado nos sirvió el chocolate; una bandeja de picatostes lo acompañaba. Fue catarlo y ponernos contentas. En los placeres más simples de esta vida es donde radica la felicidad, pero no todo el mundo cae en ello. A don Baldomero le satisfizo comprobar nuestro apetito y nos animó a servirnos otra taza.

—Podéis quedaros en mi casa. Mi hijo, tarde o temprano, regresará. Siempre lo hace, aunque solo sea para pedirme cuartos. Podéis esperarle aquí si os da la gana. Os prepararán un cuarto y estaréis a vuestro gusto. Nadie os molestará. Así tendremos ocasión de conversar. Un afrancesado como yo a lo mejor tiene algunas cosas que enseñaros —dijo con sorna—. Sois hermosas, para qué negarlo, y será agradable vuestra compañía, pero sea lo que sea lo que os traéis entre manos más os valiera no desperdiciar la juventud en tonterías. Las mujeres deben estar en los salones luciendo su belleza y no echadas al monte como las fieras. Andad, id con Silvestre, mi criado; él os dará cuanto necesitéis para asearos, que oléis a estiércol a la legua. A ver si los perfumes os devuelven la cordura.

Aceptamos su invitación y nos instalamos en la quinta. ¿Cuánto tiempo tardaría su hijo en regresar? De momento era una incógnita, igual que era una incógnita el saber si Roso Blasco se avendría a revelarnos el misterio que escondía la Santa Camándula, si es que escondía alguno en realidad. Pero aun suponiendo que lo hiciera, ¿seríamos capaces de avisar a tiempo a Mataperros? Los días iban pasando y la fecha establecida por el marqués de Lindaluz para hacer el intercambio cada vez estaba más cercana. Mataperros debería conseguir el relicario y llegar a tiempo a la cita con el marqués. Parecía muy difícil que lo fuera a lograr, pero aun presumiendo que lo hiciera, no sería consciente de lo que en verdad andaba en juego ni del peligro

que en realidad corría, salvo que nosotras le avisáramos. ¿Pero dónde encontrarle? Y, sobre todo, ¿cómo conseguir que nos creyera?

Yo estaba equivocada, Agustina. No lo sabía, pero lo estaba. A Mataperros en absoluto le importaba la Santa Camándula, ni aunque para sí la quisiera el mismísimo Napoleón porque ocultara el cuerno de Satanás. Él solo buscaba dar satisfacción a su venganza: quería ajustarle las cuentas a Tainebleau, devolverle golpe a golpe lo mucho que le había hecho sufrir. De no haber estado involucrado en el asunto de la reliquia, jamás hubiera ido tras ella. Ese fue el cebo que Lindaluz le puso y Mataperros bien a conciencia que lo mordió. Lo demás le daba igual: la guerra, la partida, los franceses, todo era un accidente pasajero, un modo útil para mantener con vida su rencor. Únicamente matando a Tainebleau volvería a tener sentido el hecho de vivir. Ese era su objetivo, lo único que en este mundo deseaba hacer.

10
UNA BOTELLA DE COÑAC FRANCÉS

Ceuta es tierra de paso, puerta de caminos, encrucijada de mundos, esquina propicia para desaparecer. Aquí la gente llega, haraganea un tiempo, se mezcla con sus habitantes, y luego se esfuma sin más. Nadie hace preguntas; a nadie le importa el origen de los que llegan ni el paradero de los que se van. Aquí se viene, se mudan las identidades y se escapa del pasado para nunca más volver. ¿Hay sitio mejor para vivir que aquel en el que el pasado nada cuenta y en donde el extranjero no interesa porque todos lo son?

Ya me dirás, Agustina, qué habría sido de nosotras si no hubiéramos parado en este sitio. Una es, al fin y al cabo, de donde la dejan vivir en paz. No hay patrias, ni reyes, ni dioses que merezcan una sola gota de sangre, eso lo aprendimos bien tú y yo, que por poco nos dejamos el pescuezo luchando contra Napoleón. La historia cambia los valores y acomoda las maneras. Lo que antes era infame luego se vuelve de admirar y viceversa, lo mismo según el viento que sople en cada época. No hay verdades ni mentiras que duren para siempre. Aunque la realidad a veces nos parezca una losa inamovible, todo es efímero en este mundo.

Si yo te digo que una vez vi al diablo no es porque lo viera, que lo vi, sino porque, además de a otras sandeces, de joven me enseñaron a creer en él. A lo mejor fue mentira que lo viera, o tal vez sea la única verdad de la que puedo estar segura a estas alturas de mi vida, pero ya me contarás a quién le va a importar lo que yo diga. El diablo carece de patrias y, si Dios lo expulsó de su lado, no fue más que por un asunto de amor propio, que es el que se tiene a uno mismo en detrimento de los demás. El diablo, sin embargo, a los demás los necesita: no se justificaría su existencia sin alguien a quien tentar. ¿Y cómo tentar mejor que haciéndonos creer su inexistencia? ¿Tú crees en el infierno, Agustina? ¿Tú crees en la pasión de Cristo, en que le azotaran en el palacio de Pilatos y le pusieran una corona de espinas en la frente? ¿Tú crees en el Gólgota, en la crucifixión, en la resurrección al tercer día? ¿Tú crees que con la muerte no se terminan los entresijos de la conciencia? ¿Tú crees en el Juicio Final?

Lo más contrario a tener que morir no es ser inmortal, como podría pensarse. Tú y yo, que hemos visto a más de uno estremeciéndose por el dolor de las heridas, demasiado bien sabemos que con la muerte todo acaba. Lo contrario de la muerte es el deseo, el saberse vivo, el hacer del gozo de la carne un asidero para no caer en el abismo de la incertidumbre y en el horror espantoso de la nada. Algunos con la patria tienen de sobra parar calmarse la ansiedad, pero la patria no añade sabiduría, ni mejora el carácter, ni atempera el orgullo. La patria no es más que el sobrevivir de

cada uno y ese trozo de tierra imaginaria en el que nos creemos inmortales esos segundos escasos en los que nuestra vida se desgrana. Nuestra patria, Agustina, fueron las cuatro paredes de este burdel y el apetito de estas chicas por vender a precio su juventud. Hay quien sostiene, sin embargo, que lo contrario a la muerte es el poder, pero yo de eso discrepo. Mira, si no, a Napoleón: después de haber tenido el mundo entre sus manos, después de que sus ejércitos, lo mismo que los de Alejandro Magno, dominaran continentes enteros, después de ser glorificado en vida, acabó desterrado en una isla en la que acabó pudriéndose. La eternidad no existe, es imposible; Napoleón pretendía ser eterno, pese a todo, pero la pretensión le salió mal. Dicen que le envenenaron para quitárselo de en medio, pero ahí no acabó su desgracia. Una vez muerto le extirparon los órganos y los metieron en formol para mantenerlos con prestancia de cara a la eternidad. Luego llegaron los buitres y comerciaron con ellos. Así se vende la gloria del mundo. Maurice me comentó que en una casa de subastas londinense llegaron a pagarse quinientas libras esterlinas por la pija del emperador. ¿Te acuerdas que ya te hablé de Maurice, aquel muchacho francés que traía a las niñas de calle? Era guapo el condenado, guapo y embaucador. Pero no te vayas a pensar, lo increíble no fue el precio pagado, sino lo que el pene medía: ¡cuatro centímetros escasos! Fíjate, Agustina, cuatro centímetros de mierda para contentar a Josefina. Con razón le tildaban de impotente. Aun así dejó preñada a María Walesvska, o al menos eso fue lo que ella mantuvo para sostenerle la hombría. ¡Cuatro miserables centímetros! La cortedad humana no tiene límites; tal vez fuera ese el fundamento de su ambición.

Nos enfrentamos al mundo no como nos viene en gana, sino como los demás nos van dejando. La vida es una gresca permanente. El pasado de nada sirve; el futuro está aún por llegar. ¿Qué nos queda pues, Agustina? Cuatro centímetros de realidad presente. No hay nada más de lo que ahora somos: el pellejo colgante de nuestras carnes. Los dolores de huesos, las malas digestiones, esos pedos furiosos que me tiro después de haber comido y que huelen a Satanás. Si por algunos fuera, ya nos hubieran quemado por brujas. Bueno, a ti no, que ya estás muerta. Dale a Dios las gracias por estar así; dáselas si quieres a la reina Isabel y a su ejército, que nos defienden del yugo tenebroso del carlismo. Dáselas a la tierra en la que tus huesos se pudren.

Esta ciudad de Ceuta siempre ha sido territorio preferido para la corona de España, tal vez por su alejamiento o a lo mejor por haber estado de antiguo destinada a ser presidio de maleantes e irredentos, pero el caso es que nunca se la ha atendido con la suficiente consideración. Por eso, para gente como tú y como yo, que sabemos lo deprisa que mudan de sitio las prebendas y cambia el soplar del viento, vivir aquí no solo es garantía de discreción, sino también de sosiego. No te quejarás, Agustina. En Ceuta hemos podido hacer y deshacer a pleno antojo y nadie se ha metido con nuestros asuntos, salvando aquella sola vez que los carlistas del presidio se rebelaron, va a hacer ahora doce años, y tomaron el gobierno de la ciudad a golpe de fusil.

¡Valientes majaderos! No se les ocurrió otra cosa que constituir una Junta Gubernativa y ponerse a regir la ciudad con arreglo a los postulados de la tradición. A buenas horas, mangas verdes. No lo pasamos bien con tanto tradicionalista suelto jodiendo a sus anchas, que por poco nos revientan a las muchachas. ¿Te acuerdas de aquel jaleo? Menuda se montó. Menos mal que el asunto duró poco y entregaron la plaza a la reina Isabel a cambio de que los dejaran salir con sus armas y unirse de nuevo a los ejércitos del norte para seguir combatiéndola. Allí se fueron todos, muchos con la sífilis de recuerdo, que ya se ocuparon algunas de darles lo que se merecían. Después la vida siguió igual. No hemos vivido mal del todo, ¿verdad, Agustina? El clima de por aquí es benigno y la brisa del mar trae recuerdos amables de las costas de Cádiz. De vez en cuando puede que hayan escaseado las provisiones por culpa de esos piratas cárabos que en la ensenada de Betoya tienen cavadas sus madrigueras, pero desde que el ejército de la reina ha tomado posesión de las islas Chafarinas y hay allí una guarnición estable, los abordajes se han reducido, por lo que ahora las escaseces son menores. ¿Qué más podemos pedir? Tanto tú como yo hemos llevado una existencia digna y no tenemos motivos para quejarnos. Hemos gozado lo nuestro, nos han amado, hemos hecho y deshecho cuando nos ha venido en gana y, lo más importante de todo, conseguimos sobrevivir a la barbarie. ¡Valiente paz hicimos! ¡Valiente nación de aprovechados! Los franceses se marcharon, pero se llevaron lo que pudieron. Nadie les pidió cuentas de lo que habían destruido y saqueado. Arramplaron con lo que les vino en gana y aquí no pasó nada. Cuadros, joyas, objetos sagrados… todo lo rapiñaron sin excepción. Vinieron, nos mataron, dejaron unos cuantos miles de cadáveres abonando el suelo patrio y aquí siguió todo lo mismo: los poderosos con sus poderes, los curas con sus púlpitos, y los mendigos a la greña de la limosna. Regresó el rey Fernando en olor de multitud, le limpiamos del trono la sangre que tenía salpicada y él, en vez de postrarse de rodillas dándole las gracias a la Nación y reconociendo la Constitución que en su ausencia se había promulgado en Cádiz, fue y se entretuvo en jodernos bien. Volvió a España y se afanó en hacer del redil patrio un cementerio en el que nadie podía abrir la boca, so pena de ser tildado de conspirador; reinstauró la anacronía y se puso a rebuznar; tuvo especial interés en perseguir las sociedades secretas, pues bien sabía que incrustadas en las sombras le socavaban la autoridad. Las logias masónicas, las hermandades filantrópicas y los clubes liberales fueron hostigados sin miramiento al considerarse un contrapoder en manos de librepensadores y jacobinos. Los símbolos extraños, los gestos teatrales y las frases que ocultan dobles sentidos y triples significados son algo que los poderes absolutos no van a estar jamás dispuestos a aceptar. Aborrecen la inteligencia y temen cuanto ignoran.

Roso Blasco regresó a la quinta de su padre. ¡Vaya si regresó!, y no puedes, Agustina, imaginarte de dónde venía el condenado. Era guapo y altanero, uno de esos hombres que embaucan con la mirada y te dejan sin aliento en cuanto te sueltan la menor galantería. Un bicho adorable. ¿Dónde le había visto antes? Sus rasgos eran

bastante similares a los de don Baldomero, pero aun así hubiera jurado que la familiaridad de su rostro me venía de otra parte. A veces sucede que la empatía entre personas surge de lo que su apariencia nos sugiere. En mi caso, lo admito, fue conocerlo y perder la razón: me engatusaba con sus palabras; podía pasarme horas oyéndolo hablar. Sin ser tan radical como su padre, coincidía con él en muchos de sus diagnósticos sobre el atraso el país. No defendía, sin embargo, el que los franceses hubieran pretendido por las armas imponernos la razón del progreso, y estaba comprometido hasta la médula en expulsarlos de España. Me encantaba escuchar sus filosofías mientras paseábamos de la mano por el bosquecillo que se abría detrás de la quinta. Fueron muchas las confidencias que me hizo sobre los hermanos virginianos y sus vínculos con la masonería, pero no las que en verdad me hubiera debido hacer. La unión de los hermanos virginianos había nacido inspirada por el deseo filantrópico de redimir al ser humano de su ignorancia inveterada y proporcionarle la felicidad. Observaban, según me dijo Roso, la misma parafernalia simbólica que la empleada por la famosa logia del Gran Oriente Español. En aquellos tiempos había cuatro logias establecidas en Madrid: dos afrancesadas y dos patriotas. La más antigua de las patriotas era la Gran Logia, fundada por el conde de Aranda. La otra, la llamada del Gran Oriente Español, estaba afiliada a la masonería escocesa y había sido fundada por el conde de Tilly, un miembro relevante de la Junta Central. Esta logia habría de ser el embrión de otras dos más, la de los anglófilos que propugnaban la intervención de Inglaterra para echar de España a Napoleón, y la de los patriotas puros, que negaban cualquier injerencia foránea en los asuntos de la nación. Los primeros eran partidarios del combate ortodoxo entre ejércitos a campo abierto, como era tradición en la institución militar. Los segundos se inclinaban por la lucha de guerrillas. Del guirigay sembrado por estas logias habría de salir con los años el partido liberal con sus corrientes moderadas y progresistas, herederas de anglófilos y patriotas respectivamente. Por parte de las logias afrancesadas estaba la de Santa Julia, compuesta por militares franceses de alta graduación y españoles partidarios del rey José, y la llamada Gran Oriente de España y de sus Indias, que seguía las prédicas del Consejo Supremo de Francia.

Roso me explicó que la Gran Logia defendía las ideas de los autores más relevantes de la *Enciclopedia*, como Diderot o D’Alambert, pero que no propugnaba soluciones políticas para los problemas de la sociedad, por lo que su influencia en la guerra era irrelevante. Los del Gran Oriente Español eran, sin embargo, partidarios de la intervención directa. De hecho, trabajaban para que se promulgase una constitución en la que se declarara formalmente que la nación española era libre e independiente y no patrimonio de familia ninguna. Para los simpatizantes de esta logia la soberanía residía en la nación, a la que correspondía únicamente dictar sus leyes fundamentales. Seguían sus miembros las ideas de Jovellanos, uno de los pocos políticos que habían hecho algo de bien a este país, pero estaban demasiado influidos por las propuestas revolucionarias extremas, hasta el punto de que algunos de sus integrantes defendían

el terror como la única herramienta válida para alcanzar el poder. Roso también me contó que los del Gran Oriente de España, una de las logias más afrancesadas, no consideraban que la guerra contra los franceses fuera por la independencia de España, sino tan solo una guerra entre facciones: dos bandos españoles enfrentados entre sí; de un lado, los partidarios del rey José y de las ideas de progreso traídas de Francia y, del otro, aquellos españoles partidarios del rey Fernando, de los Borbones en definitiva, con todo lo que representaban de dinastía caduca, brutal y corrompida. Estábamos, según ellos, ante una verdadera guerra de sucesión.

Los hermanos virginianos, según decía Roso, compartían muchos de los postulados del Gran Oriente de España, pero discrepaban en la legitimidad de Pepe Botella para reinar. Aun admitiendo que el viento del progreso soplaba de Francia y que Fernando VII y sus adláteres solo representan la carroña y el horror, no estaban de acuerdo con que Napoleón hubiera sentado a su hermano en el trono de España. En realidad, ellos no querían ningún rey: para los virginianos el hecho físico del nacimiento no podía legitimar el gobierno de una nación. Más lejos que cualquiera de las logias existentes los hermanos virginianos propugnaban la república, una república dirigida por hombres cultos capaces de tener una visión justa de la vida, fundamentada en principios racionales y no divinos. Mientras que los reyes se fabricaban en la cama, los gobernantes verdaderos debían forjarse en las escuelas, en contacto directo con el pueblo y bien empapados de justicia social.

Todo lo que Roso me contaba sobre los hermanos virginianos era bonito de ser escuchado, pero yo no dejaba de observar en sus palabras evidentes inclinaciones afrancesadas. Discutíamos al respecto, pero él lo negaba con vehemencia: los virginianos, según decía, eran verdaderos patriotas cuya misión irrenunciable era la de humillar a Napoleón y echarle del país, y en eso, no cabe duda, ambos estábamos de acuerdo. No miento si digo que me embelesaba oyéndole referir los pormenores de todo aquel entramado de logias y hermandades que, maniobrando desde las sombras, aspiraba a trazar los derroteros de la patria, pero antes lo achacaba a su voz seductora y a lo goloso de su compañía que a mi interés real por los entresijos de la masonería. Clarita me lo notó enseguida: «Tú te estás enamorando, Rosarito». ¿Era verdad? He de reconocer que sí. Roso era la emoción hecha persona, la belleza en carne humana, el placer más singular. No podías sustraerte a sus palabras, no podías dejar de mirarle, de escucharle, de atenderle, no podías controlar los latidos que, inoportunos, se escapaban a toda velocidad del corazón. Era un encantador de serpientes que a todos embaucaba, Agustina. Si tú lo hubieras conocido habrías sucumbido también.

¿Te acuerdas, Agustina, de los devaneos que se traían las niñas con Maurice en el burdel? ¿Te acuerdas de cómo les bailaba el agua y de cómo ellas perdían el seso por completo, hasta el punto de hacerle gratis los favores? Muchas veces Maurice me recordaba a Roso Blasco. A menudo me pillaba a mí misma buscando en él su misma mirada y mentiría si dijese que me esforzaba en encontrarla. Aunque físicamente eran bien distintos, ambos poseían un encanto natural para embelesar a las personas y

conseguir de ellas lo que les viniera en gana. Tras el tiempo de placer que las chicas le daban, Maurice se venía a mi gabinete y me contaba sus anhelos. Andaba esperando un barco que le llevase a las Américas: quería ir a Nueva Orleans, empezar allí una nueva vida, comprar terrenos, plantar algodón. «¿Tienes dinero para hacerlo?», le pregunté un día que le noté más fantasioso que de costumbre. «Tengo conocidos, gente que me ayudará», me respondió con una rotunda confianza en sí mismo. Sorprendía tanta seguridad. Pero enseguida adiviné de qué pie cojeaba: además de golfo redomado, era masón; uno de los de tomo y lomo. Nos quedábamos hablando hasta muy tarde: yo lo invitaba a tomar coñac y él se sentaba a mis pies y me los acariciaba con delectación. ¡Hay que ver, Agustina, lo distintos que son los pies de las personas! Algunos parecen garras de ave, otros son patas de pato y los más se asemejan a tubérculos deformes. A él le entusiasmaban los míos; decía que eran perlas de carne y yo me dejaba adular. Era un gusto charlar con Maurice a esas horas ya tardías, en las que el jaleo de las risas y los gritos daban paso a la verbena de los ronquidos. Me hacía confidencias, me revelaba intimidades, fingía que me abría su corazón y, las más de las veces, lograba engatusarme. Menos mal que la vejez destila cordura y el cuerpo ya no responde a los deseos; la naturaleza es sabia a la par que cruel.

Un buen día se despidió de nosotras, me entregó aquel obsequio inquietante y nada más volvimos a saber de él. «¿Qué es esto que me das?», le pregunté. «No lo abras aún, espera a que me haya ido para verlo».

A veces pienso que su llegada a mi vida, más que a una circunstancia del azar, fue debida a un sarcasmo del destino. ¿Sería él la luz que aquella gitana vieja vio en mi mano y que, según me dijo, algún día habría de encontrar? En cierto modo, sí que lo fue: gracias a Maurice pude conocer aquella parte de la historia que Roso Blasco nunca nos quiso revelar. Todo sucedió una noche en la que Maurice estaba más bebido que de costumbre; conversábamos sobre España; yo le hablaba de mis nostalgias, de los avatares de mi juventud cuando, echados a los montes, luchábamos contra los franceses. Entonces le pregunté si conocía la península y él me respondió que nunca antes había estado, que su padre siempre le había recomendado no acercarse ni por asomo, pues era un lugar bárbaro en el que solo habría de encontrar superstición, arbitrariedad y desdén. «¿Y cómo es que tu padre tiene en tan alta estima a los españoles?», le pregunté con cierta sorna al escuchar semejantes improperios. «Los conoce de primera mano: estuvo en España con Napoleón cuando tomó Madrid». Aquella revelación causó mi asombro y supliqué a Maurice que me contara los detalles. Su padre había venido a España en los tiempos de la invasión; pese a su juventud y gracias a muy oportunas recomendaciones, servía como edecán a Bonaparte. Al comienzo de la guerra, cuando el rey José huyó despavorido de Madrid y los primeros combates hicieron comprender a los franceses que controlar el país no iba a ser tarea fácil, Napoleón tomó la decisión de acudir a España de inmediato. Fue un viaje fugaz: cruzó la frontera el cuatro de noviembre del año mil ochocientos

ocho. El día diez tomó Burgos, ciudad de la que partiría hacia Madrid el veintidós. Hizo un alto en Aranda de Duero y el treinta de ese mismo mes llegaba a Somosierra sin encontrarse prácticamente resistencia. Enseguida me percaté de que aquellas eran las mismas fechas en las que anduvo Mataperros en pos de la Santa Camándula, persiguiendo a Tainebleau, lo que acrecentó mi interés en el relato. Un contingente del ejército español al mando del general San Juan aguardaba a Napoleón en Somosierra, pero tras cuatro tiros y algunos escarceos cuerpo a cuerpo los patriotas salieron huyendo despavoridos, de forma que el primero de diciembre Napoleón instalaba su campamento en el campo de Chamartín. Los madrileños, mal armados, con nulo entrenamiento militar y sin jefes que supieran darles las órdenes apropiadas, quisieron hacer frente al enemigo en la barahúnda de las calles. Todavía bullía en el ambiente lo que ellos llamaban heroicidad del dos de mayo. Pretendían emular los atisbos de resistencia que ya se habían producido en ciudades como Valencia o Zaragoza. Las tropas de Napoleón se encaminaron por la senda de la fuente Castellana hacia el portillo de Recoletos, donde había cavado un foso defendido por seis baterías patriotas; el otro frente estaba un poco más arriba, junto a la plaza de toros, al lado del Retiro. Napoleón llegó sin dificultad hasta Veterinaria y allí dividió en dos la embestida, una hacia la puerta de Alcalá, y la otra hacia el convento de los Agustinos. Ordenó a su general mayor Bethier que empezará a atacar mientras él, de lejos, observaba la lucha con un catalejo. Al parecer, gruñía y se pegaba golpecitos en el estómago, como si el espectáculo le produjera ardor. Cayó primero la resistencia del Retiro y después la del portillo de Recoletos. Los franceses se adentraron por la calle de Alcalá. El pánico y la confusión se extendieron entonces por todas partes. Los madrileños salían corriendo en desbandada. No les cabía en la cabeza que el mismísimo emperador de los franceses estuviera sacudiéndolos en el corazón de la ciudad. Sencillamente eran incapaces de creérselo. Esa misma tarde Tomás de Morla, autoridad al mando de la defensa de la villa, fue a Chamartín a rendir la plaza: Madrid había capitulado.

¿Y eso era todo lo que su padre tenía que contarle? Quedé un poco decepcionada y le dije a Maurice que nada nuevo venía a descubrirme, que todo aquello era sabido. Se mostró enojado y quiso darse ínfulas; fue entonces cuando me aseguró que podía contarme algo mucho más suculento, un suceso sobre el que se había acordado guardar silencio y que él solo conoció cuando, ya mayor de edad, pasó a engrosar las filas de la logia de Sainte Julie, a la que su padre pertenecía. ¿Un secreto guardado por una logia? Aquello sí que parecía interesante, así que le di pábulo. Maurice bajó la voz y me confesó que se trataba de un asunto de honor: los implicados juraron guardar silencio hasta la muerte. Su padre, como edecán de Napoleón, había sido testigo de lo sucedido. De haberse hecho público aquel asunto habría recorrido las capitales europeas como la pólvora, lo que hubiera resultado altamente contraproducente para el emperador. Según Maurice, Napoleón salió escarmentado de Madrid sin haber encajado aquella afrenta de la Santa Camándula que se le hiciera, y

nunca más regresó a España. ¿Qué fue lo que ocurrió? Maurice me dijo zalamero que, si quería saberlo, tendría que servirle más coñac. Lo hice, así que ese fue el precio que tuve que pagar por desvelar por fin un misterio que me había acompañado la vida entera: una botella de coñac francés.

11
LAS MALDONADAS

Cuando al día siguiente despertamos, Roso aún no había regresado a la quinta de los Blasco. Clarita y yo nos desperezamos a gusto. Habíamos dormido sobre colchones de lana y estábamos reconfortadas. Silvestre, el criado de don Baldomero, nos sirvió unos tazones de leche bien llena de nata, y mojicones para desayunar.

—El señorito Roso aún no ha vuelto —nos advirtió—. Quiera Dios que nada grave le haya pasado. Tantos días fuera de casa poco de bueno pueden traer. No son estos tiempos para andar de paseo. Llegan noticias de Burgos. Se dice que los franceses han derrotado a las tropas del conde de Belvedere en Gamonal y que los gabachos andan desparramándose por todas partes, cazando huidos como a conejos. Cuentan también que la Guardia Imperial ha emprendido el camino a Madrid. Todos en el pueblo están asustados y el señorito, sin venir. Aunque don Baldomero no quiera reconocerlo tiene mucha preocupación encima.

Durante toda la mañana permanecimos en la casa de don Baldomero aguardando la llegada de su hijo. ¿Tenía sentido esperarle allí? ¿Cuánto tiempo más podríamos desperdiciar? Mientras estábamos paradas, Mataperros y los demás seguirían persiguiendo a Tainebleau en pos de la reliquia sin siquiera sospechar cuál era el secreto que en verdad encerraba. Yo temía por su suerte y me agobiaba estar de brazos cruzados mientras ellos se andaban jugando el pellejo. Se lo dije a Clarita, pero ella insistió en que debíamos tener paciencia. El tiempo pasaba lento, pero por lo menos aprovechamos las horas muertas para descansar. Clarita le pidió a don Baldomero mapas de España, una regla y un compás, y sobre ellos dibujó con esmero la misma cruz que trazara en el suelo con un palo. Pretendía calcular exactamente la distancia entre los puntos definidos por las iglesias de San Pigal, Fontenebro y San Licinio y así determinar el lugar concreto al que Tainebleau se dirigía. El resultado de sus cálculos nos dio a entender que el sitio resultante no debía estar muy lejos de donde estábamos. Al día siguiente fueron llegando más noticias sobre la batalla acontecida en Burgos. El panorama no era halagüeño: todas confirmaban la derrota. Se me hacía difícil permanecer parada, pero Clarita enseguida salía al paso y me convencía de que estábamos haciendo lo mejor.

Un par de días anduvimos en la incertidumbre de la espera, tan solo entretenidas por las largas sobremesas que don Baldomero nos regalaba muy a nuestro pesar. Lejos de mostrar temor por la vida de su hijo, nos aseguraba que tarde o temprano se dejaría caer por allí, que era cuestión de poco tiempo, pero, claro está, la procesión iba por dentro.

Al tercer día le dije Clarita que me marchaba, que ya no aguantaba más. Tenía

pensado partir hacia donde, según su teoría, debía alzarse la iglesia que señalaba el extremo inferior de la cruz imaginaria que el abad de San Pigal de Duero habría evidenciado al santiguarse. Para tenerme distraída Clarita le anduvo preguntando a Silvestre por las iglesias de los contornos que más o menos pudieran encajar en el punto definido en el mapa. El criado lo estuvo evaluando con nosotras y, después de mucho meditarlo, nos habló de una en concreto: se trataba de una antigua ermita abandonada hacía siglos en razón de la peste que allí hubo; estaba situada en un lugar siniestro, un páramo olvidado de la mano de Dios. Aquel santuario había sido construido en el mismo saliente de un cortado que caía a plomo sobre un río. Se trataba de la ermita de las Maldonadas. Para nuestra sorpresa esa misma tarde Roso Blasco regresó. Venía cansado, hervido en sudor, todo desaliñado, pero con una belleza férrea, casi animal, que entraba por los ojos y apetecía. Clarita fue verle y transformársele el semblante, y no es que yo me quedase a la zaga, porque pocos hombres había contemplado tan guapos como aquel.

Fue Silvestre quien nos dio el aviso:

—¡Viene el señorito! ¡Viene el señorito por el camino!

Salimos a su encuentro. Clarita se le abalanzó para abrazarle nada más bajar del caballo.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Roso tras haberla reconocido. No parecía que se alegrase mucho de verla en aquel lugar.

—Creíamos que no vendrías nunca; estábamos muy preocupadas por ti.

Roso Blasco nada respondió. Se limitó a entregar las riendas del caballo a Silvestre y acto seguido se encaminó hacia la casa sin tener con nosotras ninguna consideración.

¿Era aquel el hombre, la excelente persona, el enemigo acérrimo de los franceses que nos habría de revelar el secreto de la Santa Camándula? Reconozco que la primera impresión que tuve fue la de decepción. Pensé que me había equivocado por completo al confiar en Clarita y, de pronto, se me vino el mundo encima: aquel hombre cansado, lleno de polvo y con unas ojeras tremebundas no tenía ninguna pinta de ir a hacernos ningún caso. ¿Qué le importaban a él las pretensiones de un par de mocosas lastimeras?

—Hemos venido a pedirte ayuda —le explicó Clarita con una voz potente que pretendía reclamar su atención. Nunca la había escuchado hablar de forma similar. Aquel tono metálico, lejos de semejarse a una súplica denotaba exigencia y sobre todo enfado. Roso se detuvo en el umbral de la puerta y nos miró del mismo modo que hubiera podido mirar a unos insectos que zumbasen amenazantes a su alrededor.

—¿Ayuda? ¿Ayuda para qué?

Subimos al comedor y Roso nos pidió que le aguardásemos mientras se lavaba y se mudaba de ropa. Estaba sudado y traía el cuerpo lleno de magulladuras. Ordenó que le prepararan un plato con comida caliente y nos dejó allí, esperándolo. Cuando al poco regresó, venía vestido con un traje elegante, como de petimetre. Traía el

brazo vendado y en el cuello un apósito, pero la herida que taponaba no le paraba de sangrar y enseguida se le empapó. Roso se echó mano a la gasa y la retiró con un gesto de contrariedad. Clarita, al darse cuenta, le pidió examinársela y él se la mostró con elegante desinterés.

—No es más que un rasguño. Estaba oscuro y la rama de una encina me rozó cuando cabalgaba.

Después de unos segundos de estar evaluando la herida, Clarita me pidió que le echara un vistazo. Aprovechó el instante para presentarme a Roso y este me saludó con una breve inclinación de cabeza adornada con un aleteo de pestañas que me hizo contener la respiración. La herida no era demasiado profunda, pero tenía un par de pulgadas de longitud. Había visto ya, por aquel entonces, suficientes estragos como para saber que aquel tipo de heridas nada tenía que ver con las ramas de los árboles, sino con el roce de las balas. Aquel hombre había tenido mucha suerte. De haber variado mínimamente el plomo su trayectoria aquello ya habría dejado de ser una herida superficial para convertirse en la causa de su muerte. Clarita y yo se la limpiamos con esmero, le pusimos encima una compresa y le presionamos hasta cortarle la hemorragia. Él, por coquetería, no se quejó. Nada comentamos sobre la causa de la herida, pero de aquel silencio cómplice Roso pudo perfectamente colegir que ni éramos una par de pánfilas ni nos chupábamos el dedo.

Silvestre le sirvió un plato de lentejas con tocino de las que nosotros habíamos tomado para almorzar y Roso se lanzó a devorarlas con avidez. Dos copas de vino apuró casi de un trago, como si las necesitase para calmar los ánimos. Don Baldomero hizo entonces acto de presencia y se abrazó a su hijo. Lejos de reprocharle cosa alguna y sin mostrar enfado por su ausencia, le conminó a quedarse en la quinta y a no volverse a marchar hasta que la situación se calmara y el rey José volviera a ocupar el trono de Madrid. Roso agachó la cabeza pero no le dijo ni que sí ni que no.

Mientras el recién llegado almorzaba, Clarita le fue explicando la razón de nuestra presencia allí. Le contó cómo nos habíamos conocido en Santa María del Poyo y las peripecias vividas desde que huimos del convento.

—Rosario es de la partida de Mataperros. Andan detrás de un francés que quiere apoderarse de la Santa Camándula. Un marqués les ha hecho el encargo de recuperarla; a cambio va a entregarles armas. Le he contado lo que te oí decir sobre esa reliquia, lo que en realidad escondía en su interior. Tienes que decirnos todo lo que sepas, Roso Blasco. Mataperros y sus hombres pueden estar corriendo un gran peligro y les tenemos que advertir.

Roso Blasco se nos quedó mirando con los ojos muy abiertos, como no dando crédito a cuanto oía, y luego se echó a reír. Aquel asunto debía sonarle a fantasía.

—¿La Santa Camándula? Me parece un desatino que os hayáis jugado el tipo viniendo a verme por una majadearía como esa. Jamás he oído hablar de ninguna Santa Camándula, así que no sé cómo te voy a poder ayudar, Clarita, salvo escribiendo ahora mismo a tu hermano para decirle que estás en mi casa. Las monjas

le habrán mandado ya recado de tu huida y estará muy preocupado por ti. Has sido una insensata escapándote del convento.

Clarita no se alteró al oír hablar a Roso en semejantes términos e insistió en el asunto.

—No te hagas el tonto, Roso Blasco. Yo te oí en mi propia casa hablar con *madame* de Truffigni: le pediste que fuera a Bayona a ver al rey para informarle de que los virginianos teníais la reliquia a buen recaudo. ¿Cómo tienes ahora la desfachatez de decirme que nunca has oído hablar de la Santa Camándula? ¡Necesitamos que nos ayudes a encontrarla y lo necesitamos ya!

Roso se levantó de la silla y se dirigió a la chimenea. Abrió una caja que había sobre ella y sacó un cigarro largo y fino. Lo encendió con una tea y expulsó el humo hacia el techo con estudiada parsimonia.

—Todos los caminos principales están tomados. Napoleón en persona ha entrado en España al mando de un ejército de setenta mil hombres y en estos momentos se dirige hacia Madrid. Con él van los mariscales Soult, Ney y Bessiére. Los franceses controlan casi por completo el Camino Real. Están crecidos: acabamos de perder dos batallas, una en el bosque de Gamonal, donde entre muertos y heridos debe de haber habido más de dos mil bajas, y otra en Espinosa de los Monteros, con tres mil bajas más. Nuestros ejércitos se han dispersado y los soldados corren sin concierto, como conejos en desbandada. Lasalle avanza sobre Lerma y Aranda, y los hombres de Milhaud sobre Palencia y Valladolid. Muy pronto llegarán hasta aquí. El ejército francés está aniquilando nuestras tropas. Los pueblos son saqueados; las cosechas, quemadas; los bienes, rapiñados; las casas, destruidas. Estamos rodeados de franceses por todas partes y, mientras todo eso sucede, me venís vosotras con el ruego de que os ayude a encontrar una reliquia absurda detrás de la que anda un guerrillero que también persigue a un francés. ¿Habéis perdido el juicio o qué?

—Tú dijiste que tras la Santa Camándula lo que en verdad se ocultaba era el cuerno del diablo. No puedes negarlo: yo te escuché en una cena y después te vi hablar con esa mujer en mi casa y hasta sé quién era ella, no me puedes engañar.

—¿Ah sí? —exclamó Roso haciéndose el sorprendido—. ¿Y quién era, si se puede saber?

—Teresa Cabarrús —soltó Clarita categórica.

—Tienes una imaginación prodigiosa. Me atribuyes estar en posesión de un secreto referente a una reliquia y hasta sostienes que me has oído hablar de ello nada menos que con Teresa Cabarrús. Todo lo oíste equivocado. Todo lo tergiversó tu cabecita. Aquellas reuniones a las que te refieres en casa de tu hermano, aquellas cenas galantes que nos traíamos, tan solo propiciaban conversaciones de salón. No había más que palabrería dicha con el ánimo de entretener a unos cuantos comensales aburridos que carecían de mejor ocupación que la de pasar el rato entre cotilleos y bromas banales. Interpretaste lo que oíste de la manera que se te antojó. Tu fantasía juvenil te ha jugado una mala pasada. No hay nada de lo que dices. No hay ninguna

Santa Camándula, ni ninguna Teresa Cabarrús.

—No le creas, Rosario —me advirtió Clarita, desairada—. Miente. Miente del todo este bellaco. Él sabrá por qué.

A duras penas se contenía las lágrimas. Eran de orgullo, aunque parecían de exasperación. Se sentía ridícula frente a Roso y desautorizada ante mí.

—Aquí corréis peligro —añadió Roso engolado—. Debéis marcharos cuanto antes. Los soldados no tardarán en aparecer. Este lugar ya no es seguro.

¿Y qué lugar era seguro a esas alturas? No me gustó aquella actitud de Roso Blasco hacia nosotras; su fatuidad era despreciable. No necesitábamos consejos de ningún tipo y menos aún de él. ¿Por quién nos había tomado aquel redicho?

—Sabemos el peligro que corremos —intervine malhumorada—, pero tengo una misión que cumplir. Pertenezco a la partida de Mataperros y sé muy bien lo que es combatir al francés —exageré—. No tengo miedo a los soldados de Napoleón. Si he venido hasta tu casa, ha sido porque Clarita me convenció de que tú podrías ayudarme, pero ya veo que todo ha sido en balde. Nada más tengo que hacer aquí; me marcharé ahora mismo; el reloj corre en mi contra y ya estoy harta de perder el tiempo a lo tonto.

Me di la vuelta y, toda digna, salí por la puerta. Mi decisión era inapelable, y no porque estuviera convencida de lo que acababa de decir, sino porque no me quedaba otro remedio que ser coherente con mis palabras. Clarita me rogó que no me fuera, que había muchas cosas que aclarar y que, con un poco de insistencia, Roso se avendría a contarnos la verdad, pero la ignoré por completo y no me detuve. Ya en el establo me dispuse a encinchar el mulo; no me llevó mucho tiempo hacerlo. Al enterarse de que me marchaba, Silvestre, compasivo, vino a entregarme un hatillo con comida. Yo se lo agradecí. ¿Qué hacer acto seguido? Saldría al encuentro de Mataperros: me dirigiría a la ermita de las Maldonadas; tal vez le encontrase por sus alrededores, como Clarita suponía. Por un momento se me pasó por la cabeza abandonar aquella idea y largarme del país. Podía intentar llegar hasta Lisboa y embarcarme rumbo a América para empezar allí una nueva vida: ¿no era esa la tierra donde, de todas formas, habría terminado de no haber hundido los ingleses el barco en el que me llevaban como esclava? Decían que en el norte habían expulsado a los británicos y se habían constituido en nación libre. ¿Por qué tenía que seguir sintiéndome partícipe de la causa de la patria? ¿Qué me había dado la patria a mí? ¿Desdén?, ¿postergación?, ¿indiferencia?

¡Ojalá hubiera hecho caso a aquellos pensamientos y me hubiera largado de España! Haber puesto tierra de por medio habría sido lo más sensato, pero la sensatez no siempre va pareja a la voluntad y a menudo el azar es el que manda.

Estaba terminando de enjaezar el mulo cuando Clarita entró corriendo en el establo.

—Me voy contigo, Rosario. Te ayudaré a encontrar a Mataperros. Si a ese mentiroso de Roso no le da la gana decirnos lo que sabe, seremos nosotras las que

averigüemos la verdad.

¡La verdad, nada menos que la verdad, pretendía Clarita que averiguásemos! El optimismo de la juventud no tiene límites: han tenido que pasar más de seis décadas para llegar a conocerla y, aun así, sin la intervención de la casualidad hubiera sido imposible. Hace ya tiempo, Agustina, que Clarita falleció. Llevó una vida azarosa, pero plena; sin embargo ella nunca pudo conocer la verdad. La verdad… me río yo de la verdad mientras recuerdo ahora a Clarita abrazándose a mí y echándonos las dos a llorar a lágrima viva en aquel instante lejano de un tiempo que fue el nuestro.

—No llores, Clarita, tú no tienes la culpa de que a Roso no le dé la gana decir lo que sabe.

Clarita era, en el fondo, una niña de posibles un tanto asilvestrada y bastante resoluta, que lo poco que sabía de la vida se lo había soplado su abundante fantasía. No podía estarse quieta y el haberse cruzado en mi camino le daba la oportunidad de participar de un mundo en el que el riesgo corría parejo a la gloria. Aceptaba alegre su destino y su destino, en ese instante, era echarse a los caminos a mi lado.

—Encontraremos a Mataperros —insistió Clarita mientras se sonaba los mocos en un pañuelo de organdí que don Baldomero le había regalado—, encontraremos a Mataperros y evitaremos que la Santa Camándula caiga en manos de Napoleón. Tanto si lo que oculta es el cuerno del diablo como si no, nos haremos con ese relicario, ya lo verás.

Silvestre nos indicó la ruta más derecha a seguir hacia la ermita de las Maldonadas. Nos dio algunos consejos para no perdernos por el monte. Fuera de los caminos evitaríamos mejor a los franceses. Nos miraba atentamente mientas hablaba. Nuestra tozudez debía desconcertarle: dos muchachas ridículas pretendiendo hacer la guerra por su cuenta.

Ya estaba todo dispuesto. Dormiríamos las primeras horas de la noche y de madrugada emprenderíamos el viaje. Nos despedimos de don Baldomero, quien nos ofreció la protección de su casa por si queríamos regresar. Fuimos a acostarnos temprano. Antes de apagar la vela llamaron a la puerta de nuestro cuarto: era Roso Blasco; estaba muy pálido y el sudor le empapaba la frente. La herida del cuello seguía sangrándole y la fiebre le había subido, aunque intentaba comportarse como si nada le ocurriese.

—Si estáis empeñadas en arriesgar vuestras vidas, será mejor que vayáis armadas.

De un zurrón sacó un par de pistolas con su aderezo de pólvora y balas y nos las ofreció. Clarita tomó las armas y se dio media vuelta sin pronunciar palabra, pero poniendo en la boca un gesto de dignidad. Roso sonrió complacido con el orgullo de la muchacha, como aprobando la soberbia de su actitud.

—No es fácil llegar a donde vais —continuó diciendo Roso—, la ermita de las Maldonadas está en un lugar escarpado, alzada sobre un tajo que cae en vertical hasta el río. El camino hacia allí a veces serpentea y otras parece derrumbarse entre precipicios. Manteneos siempre en él, aunque creáis que os conduce al mismísimo

infierno; hay un momento en el que desaparece al entrar en una garganta: apenas veréis un palmo sobre el abismo para caminar. Tendréis que descabalgar. Tapadles con vendas los ojos a los mulos o no querrán avanzar por allí. Cuando dobléis el barranco aparecerá el santuario ante vuestros ojos y notaréis un cosquilleo en las tripas como si el alma se os quisiera escapar: el paraje es desolador; allí el silencio suena duro y pesa el aire como si estuviera hecho de piedra. Dicen que fue en aquel lugar donde el ángel Luzbel cayó del cielo y se estampó en la tierra para pesar de la humanidad. Id si es eso lo que queréis. Solo en un sitio semejante puede que encontréis lo que buscáis.

Roso empezó a toser de forma violenta y nosotras nos quedamos contemplándolo sin saber qué hacer. Respiró hondo y al poco se le pasó. Después, sin darnos más explicaciones, nos deseó suerte y se marchó. A la penumbra de la vela su rostro se me antojó de nuevo familiar: ¿en qué momento lo había visto antes?, ¿en qué situación?, ¿en qué lugar?

Roso estaba en el secreto, de eso ya no cabía duda alguna, pero ¿por qué quería callar? Nos dio aquellas pistolas para que pudiéramos defendernos. Era consciente de los peligros que íbamos a correr. Si nos dejó a nuestro albedrío tal vez fuera porque se sintiera incapaz de seguir controlando una conjura que había escapado a su control. Al menos iríamos armadas, y razón para querer protegernos no le faltaba. Cuando llegamos a donde las Maldonadas y vimos la siembra de cadáveres desperdigados entre los cantuesos, el corazón se nos encogió como en un puño ¡El panorama era increíble! Por donde pasaba la Santa Camándula un río de sangre se desbordaba sin remedio. Aquel objeto parecía aunar las fuerzas del infierno en torno a él, de manera que, cuanto más cercano parecía, más horror liberaba. Pese al hecho de estar maldito, eran demasiadas las personas que parecían dispuestas a dejarse matar por conseguirlo. ¿Y todo para qué? Parece mentira cómo a veces las ocurrencias más peregrinas tienen efectos nefastos que nadie puede predecir.

Al ir a partir supimos de un último favor que Roso Blasco quiso hacernos: en el establo había ensillados dos caballos para nosotras. Así pues, dejamos los mulos de las monjas y salimos antes del amanecer. Seguimos las indicaciones de Silvestre al pie de la letra; tomamos la vereda, galopamos monte a través y nos adentramos en una región extraña. El gris acuoso de las nubes encapotaba nuestras cabezas al hacerse la luz. De vez en cuando algunas hebras de sol se descolgaban desde el cielo e iluminaban a trazos las laderas de los montes. Cabalgamos sin parar por aquellas soledades. Al cabo de la jornada tomamos un camino estrecho y desapacible. La mayor parte del tiempo teníamos que ir en fila, ya que el espacio para transitar era casi nulo y había veces que nos veíamos obligadas a descabalgar para no despeñarnos, tal y como Roso nos había augurado. Durante dos o tres horas avanzamos como pudimos. La dificultad se iba incrementando con la marcha. El

silencio era absoluto y solo de vez en cuando el graznido de una rapaz o el aullido de un lobo lo rompían en pedazos; sus ecos se quedaban resonando en nuestros tímpanos, como si procedieran de un insecto de zumbido pertinaz.

Después de media tarde el cielo se volvió de un gris impenetrable que parecía venírsenos encima. En una curva del sendero, donde se abría un pequeño repecho sobre el precipicio a nuestra derecha, paramos para tomar respiro y comer algo; masticamos sin entusiasmo un poco de cecina que a mí me supo a herrumbre. Entonces empezó a llover. Nos cubrimos las cabezas con una manta, pero al rato se caló y nos chorreó encima. Por si fuera poco, a Clarita le dio por orinar y se empapó todita de arriba abajo. Continuamos avanzando unas dos horas más hasta llegar a un lugar donde la senda se ensanchaba y daba paso a una cañada enjuta pero muy nutrida de pinos crecidos, de esos que llaman salgareños. Nos detuvimos un instante para evaluar la dirección a seguir. Fue entonces cuando escuchamos los gemidos.

—¿Has oído eso? —dijo Clarita curvando su mano sobre la oreja para amplificar la audición.

No venían de muy lejos. Alguien lloraba más allá de los árboles, tal vez en la otra boca de la cañada. Con todo el sigilo del que fuimos capaces nos dirigimos hacia allí. No pensábamos que fueran a ser franceses, pero por si acaso amartillamos las pistolas. El peligro salta lo mismo que las liebres y si te coge desprevenida, sanseacabó. Cada vez se oían más fuertes. Eran, sin duda, llantos lastimeros. Descabalgamos y nos aproximamos con precaución. Un poco más allá, medio oculta entre broza de bojes, distinguimos a una mujer que tenía en su regazo el cuerpo sin vida de un hombre. Parecía una Piedad plañidera al pie de la cruz. Un muchacho, sentado a su lado con la cabeza entre las piernas, se pasaba las manos por la nuca en señal de desesperación, pero de su boca no salía gemido alguno. Al reconocerlos me dio un vuelco el corazón: era la Romero con el cadáver de Juan Mojamas.

—¡Lo ha matado, al pobrecito! —repetía sin parar—. ¡A él, que no quería otra cosa que poder vivir en paz! ¡Pobrecito mío! ¡Pobrecito mío! ¿Qué más nos tiene que pasar en esta guerra sin cuartel?

Al vernos aparecer, el niño Camuñas echó mano al naranjero y nos apuntó.

—¡Niño! —grité—, ¡no tires, que soy Rosario!

El niño se me abalanzó emocionado.

—¡China, China, nos han matado a todos! ¡Ha sido una carnicería!

Las palabras le venían con lágrimas a la garganta y no era fácil entender lo que decía.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté, excitada—. ¿Qué ha pasado aquí?

El niño arrojó el trabuco al suelo y se dejó caer con él. Estaba agotado y toda la tensión vivida en las últimas horas se le vino encima de repente. Me abracé a la Romero, que lloraba en silencio. Fruncido en los ojos se le escurría el dolor.

—Hicimos cara a los franceses —contó el niño—. Andaban emboscados en una ermita en ruinas que hay pocas leguas más allá. Se parapetaron en las rocas y nos

dispararon por sorpresa al vernos llegar.

El niño nos contó que tras marcharse de Santa María del Poyo cabalgaron hacia el sur en pos de Tainebleau. Un pastor con el que se cruzaron les dijo haber visto un grupo de franceses a todo galope días atrás. Les siguieron la pista; la olfatearon como perros de caza. El rastro que los franceses iban dejando les hacía ver lo cerca que estaban; incluso oían el relincho de sus caballos cuando el viento soplaba a la contra. Entraron por aquella cañada y enfilaron después un camino que discurría sobre el abismo hasta una ermita en ruinas. Se sorprendieron de no ver a nadie al llegar. La ermita estaba enclavada en el saliente de un tajo y a simple vista no había más accesos que la estrecha embocadura que conducía hasta ella. No se oía un solo ruido en aquel lugar: era como si el aire se los tragara; hasta los cascos de los caballos parecían amortiguarse al avanzar. Avistaron el santuario y supusieron que los franceses se habían marchado ya de allí, pues ni rastro había de ellos. Nada más descabalgar fueron conscientes de su error: estaban escondidos entre las peñas, aguardando el mejor momento para atacar; fue acercarse a echar un vistazo y empezar el tiroteo. Aquella primera ráfaga los pilló desprevenidos, pero afortunadamente pudieron hacerle frente; los caballos no corrieron tanta suerte y cayeron abatidos por las balas de los soldados de Tainebleau. Se echaron a correr como pudieron hasta parapetarse lo mejor posible. El tiroteo era intenso, los franceses les sacudían desde diversas posiciones para evitar que se movieran. Aguantaban con firmeza, pero sin poder maniobrar. Al cabo de un buen rato empezaron a sentir disparos a sus espaldas. Creyeron que los franceses los habían cogido entre dos fuegos y dieron sus vidas por perdidas. La sorpresa se la llevaron al ver al Diago, que con unos cuantos hombres de la partida les estaba cubriendo la retaguardia. Eran ellos los que disparaban haciendo fuego cruzado.

Al constatar que Mataperros no regresaba al campamento, el Diago, contraviniendo las órdenes recibidas, había decidido salir en su busca. Hasta la sierra habían llegado noticias de las derrotas de Espinosa de los Monteros y Gamonal y los hombres estaban inquietos y sin saber qué hacer. En el Corral del Gato, Florián, el posadero, le facilitó alguna información sobre la Santa Camándula, entre la que hábilmente se incluía el precio que Juan Mojamas había recibido por disuadir a Mataperros de ir a buscarla.

Me quedé estupefacta al oírle al niño referir la traición. El niño nos dijo que Mojamas, al principio, negó la acusación que se le hacía y amenazó de muerte al Diago. Mataperros los instó a ocuparse de los franceses y dejar las aclaraciones para luego. Siguieron disparando como mejor pudieron: tenían que defender la posición o los de Tainebleau se les echarían encima. Mataperros planeó dividirse y atacar por los flancos; pretendía desconcertarlos con una ofensiva inesperada.

Los hombres del Diago avanzaron con determinación, pero el fuego francés era de los finos: apuntaban con pericia y algunos de los guerrilleros cayeron en el intento. Al verse fuertes los franceses salieron en tropel para desmenuzar el ataque y fue

entonces cuando la escabechina se organizó. No se sabía por dónde venían los disparos y la confusión era monumental; olía a sangre y pólvora por todas partes. Se luchaba cuerpo a cuerpo, cada cual como podía; los combatientes caían al suelo entre aullidos de dolor y allí se los remataba sin piedad. El Diago fue uno de los primeros en caer: le volaron la cabeza cuando intentaba subirse a unos sillares para coger a unos franceses por la espalda; se vio un salpicar de sangre y su cuerpo cayó rodando a plomo. Durante casi media hora se estuvo combatiendo a muerte. Mataperros buscaba a Tainebleau. Quería enfrentársele cara a cara, pero el otro no aparecía por ningún lado: estaba al resguardo de la ermita y sus hombres hacían lo imposible para que no se avanzase en esa dirección. Pero, poco a poco, la defensa fue cediendo. Cuando los muertos empezaron a sumar más que los vivos, los dos o tres franceses que quedaban aún en pie decidieron escapar; agarraron los caballos que tenían a resguardo y huyeron al galope. Mojamas intentó cortarles la retirada poniéndose delante, pero arriesgó demasiado y uno de los jinetes le disparó casi a quemarropa. Al ver que sus hombres lo abandonaban, Tainebleau salió de la madriguera; se podía distinguir su casaca dorada contra los muros de la ermita en dirección a la parte posterior, donde el tajo se precipitaba al vacío. Llevaba entre las manos un objeto alargado envuelto en una tela de arpillera. Todos lo vieron. Solo podía ser la Santa Camándula. La debía de haber hallado en aquel lugar. El niño nos dijo que Mataperros salió tras él gritando; ni un segundo se lo pensó: tenía la venganza al alcance de la mano y no iba a dejarla escapar. Al verse amenazado, Tainebleau sacó una pistola y le disparó. El niño vio cómo Mataperros se sacudía. La bala le había dado, pero no se detuvo y siguió tras él. Corrieron hasta el borde del precipicio; de allí no había escapatoria, salvo saltando por el barranco. La caída era tremenda y el río que corría en la hondonada no parecía llevar demasiado caudal. Tainebleau se volvió un instante para observar a su perseguidor. Sacó una sonrisa de desprecio y después se arrojó al abismo. Mataperros no pudo impedirlo, pero tampoco estaba dispuesto a quedarse sin su presa, así que saltó tras él.

Según el niño, ambos debían de haberse matado: nadie podía sobrevivir a una caída así. Sus cuerpos andarían desmembrados sobre las peñas y, con ellos, la Santa Camándula. Él y la Romero se asomaron al precipicio, pero nada vieron salvo el discurrir del río, angosto entre cortados, bajo un tremebundo farallón de buitreras.

El niño y la Romero inspeccionaron los cuerpos caídos en el combate, pero ninguno había sobrevivido; todo era silencio y muerte alrededor. Fueron entonces a donde Mojamas había caído herido cuando intentaba cortar la huida de los franceses y comprobaron que aún vivía; estaba consciente, pero respiraba con dificultad. Al examinarle la herida que tenía abierta en el vientre enseguida se dieron cuenta de que aquello no iba a tener curación. Se lo llevaron de allí como pudieron hasta la cañada en la que nos los habíamos encontrado gimoteando. Allí le prepararon un lecho lo más mullido que pudieron y lo envolvieron en mantas. Una noche y un día estuvieron atendiéndole. Mojamas, en su agonía, les confesó haber aceptado en el Corral del

Gato un talego con monedas a cambio de disuadir a Mataperros de ir en busca de la Santa Camándula. Un hombre que allí había y al que el posadero le había presentado tras la cena se lo ofreció. Les dijo que no lo había hecho ni por traición ni por codicia, sino por el bien de la partida, para que se mantuviese unida. No había nada que hacer por él salvo asistirlo en el trance del tránsito. Cuando Clarita y yo llegamos Juan Mojamas acababa de expirar.

La Romero asentía a cuanto el niño nos contaba, a la vez que me miraba con unos ojos carentes de expresión. Estaba ida, ausente, tan solo unida a este mundo por el abrazo inacabable que le daba al cadáver de Juan Mojamas.

Recuerdo aquella imagen, Agustina, como si la estuviera contemplando en este instante. Representaba la guerra tal y como era en verdad: trágica, injusta, inapelable, cruel. En ella se mata y en ella se muere y por aquel juego macabro a Mojamas le había tocado ahora sucumbir. Tenía aún abiertos los ojos y parecía estar mirando las nubes con placidez.

Quise acercarme a la ermita de las Maldonadas donde había tenido lugar el combate. Quería ver con mis propios ojos el lugar en el que, supuestamente, el diablo se había escornado al caer al mundo. El panorama era espeluznante: sembrados al tuntún andaban los cadáveres de unos y de otros; el enfrentamiento tenía toda la pinta de haber sido de los cruentos. Los bichos ya habían empezado a alimentarse; vi a una sanguijuela adentrándose por la nariz de un francés y tuve que echarme la mano a la boca para disimular una arcada; el niño Camuñas pisó la cara de aquel soldado y el bicho estalló en una flor de sangre que todo lo pringó de un color verdinegro repugnante.

—Este a poco me mata, pero yo fui más veloz y le hinqué la faca por el esternón. Ahí se pudra el condenado.

Inspeccioné por dentro la ermita: aunque la parte central estaba medio en ruinas, el crucero y la girola aún se conservaban en buen estado. Detrás del altar había una hornacina reservada al sacramento. Tenía destrozada la portezuela, como si la hubieran partido a golpes. Allí debía de haberse ocultado la reliquia. Salí de la ermita y me asomé al barranco por el que Mataperros y Tainebleau se habían lanzado, según nos dijo el niño; un río de aguas turquesas dejaba entrever remolinos de espuma; tiré una piedra, pero no sonó al caer. La vista era lóbrega y el aire faltaba al respirar. Ningún cadáver se distinguía en la distancia.

La Romero se empeñó en enterrar el cuerpo de Mojamas, del Diago y de los otros hombres de la partida caídos en el combate, así que nos tocó cavar como pudimos una fosa al abrigo de la ermita y depositar en ella los cadáveres. Los de los franceses los dejamos a la intemperie para que se los comieran las sabandijas, los carroñeros y las alimañas.

No era aquel sitio apacible para estar y partimos en cuanto nos fue posible. El día era lóbrego y olía húmedo a otoño, pero con un matiz a muerte que espantaba. Si alguna vez hubo en la tierra un enclave propicio para que el diablo se estampara al

caer del cielo, sin género de dudas tenía que haber sido aquel. Montamos en los caballos, el niño con Clarita y conmigo la Romero. Apenas nos quedaban fuerzas para hablar. La aventura estaba concluida. ¿Había merecido la pena derramar tanta sangre por la Santa Camándula? A nuestras espaldas quedaba la noche más siniestra. El olor hondo a tumba nos rascaba el paladar. La única persona que podía responder a aquella pregunta seguía siendo Roso Blasco; esta vez le exigiría que lo hiciera: teníamos derecho a una respuesta. Los vivos precisan de los vivos las explicaciones que los muertos ya no les pueden dar.

12
PASEOS CON ROSO BLASCO

La Romero y el niño Camuñas no entendían muy bien para qué queríamos ir a la quinta de los Blasco; ellos deseaban volverse al monte cuanto antes para juntarse a alguna partida con la que seguir combatiendo a Napoleón. Les prometí que allí averiguaríamos la verdad: se la sacaríamos a Roso Blasco, aunque fuese con tenazas. Clarita se ocupó de contarles lo del cuerno del diablo, pero a la Romero le sonó todo a camelo.

—¡Niña, ¿pero tú cómo haces caso de esas patrañas?! ¿No ves que es puro cuento? ¡Qué hermanos virginianos ni qué niño muerto! ¿Cómo va a haber un cuerno del diablo danzando por ahí?

Llevábamos aún metida en nuestras ropas la humedad de la fosa cavada y los cuatro estábamos cansados de cabalgar. El camino de regreso había sido lento y fúnebre, y carecíamos de ánimos para discutir. Durante el camino estuve meditando sobre la traición de Juan Mojamas: ¿por qué habría querido apartar a Mataperros del rastro de la Santa Camándula? Lo que estaba bien claro era que en el Corral del Gato se intrigaba a base de bien. Florián, el posadero, no era gente de fiar. De los asuntos que por allí se guisaban él era el cocinero mayor. Nada como el río revuelto para sacar ganancias los pescadores, y las suyas no debieron ser escasas, pero de nada le sirvieron a la postre, pues al cabo de los meses los franceses le fusilaron por espía y quemaron el Corral. De eso me enteré tiempo después, cuando pasé por delante camino de Francia, pero esa es otra historia que a lo mejor algún día contaré. Puede que Mojamas aceptara el soborno de buena fe, pero debía haberse percatado de las corrientes subterráneas que corrían por debajo del asunto. ¿Le había cegado hasta ese punto la codicia? ¿Unos pocos cuartos habían bastado para doblegar su parecer?

Recordé la noche que pasamos en el Corral del Gato y todo aquel trajín de ruidos, puertas y murmullos que hubo hasta el amanecer. En aquel entonces pensé que había sido Tasito quien acudiera al cuarto de la moza posadera, pero mis sospechas eran infundadas: no fue él quien se reunió en la habitación, sino Juan Mojamas; ahora lo veía claro. Comprar su voluntad no tuvo que ser tarea de mérito; lo engañarían, lo embaucarían, lo convencerían con palabras biensonantes, pero eso ya era lo de menos: la clave estaba en saber quién lo hizo y por qué. El artífice debió ser aquel fantasmón que, ya de madrugada, apareció por el corredor, ese hombre vestido de negro al que vi pasar medio dormida cuando me hallaba escondida en el hueco de la escalera; aquella visión seguía siendo una certeza en mi memoria. ¿Quién sería aquel sujeto embozado?, ¿qué pintaba allí? Mataperros le disparó cuando, al intentar huir a caballo, se abalanzó sobre él. De haberle acertado, puede que nada de lo después

acontecido hubiera llegado a suceder, pero no está en nuestras manos mudar lo pasado, sino tan solo, si acaso, llegarlo a comprender.

Camino de vuelta por aquellas sendas desoladas, los pensamientos se me aturullaban en la cabeza y el silencio de los campos magnificaba mi pesar. ¿Qué hacer ahora? Mataperros había muerto, la Santa Camándula había escapado de nuestro alcance y la cita con el marqués de Lindaluz carecía, por lo tanto, de razón de ser. ¿Qué podríamos decirle si acudíamos? ¿Que habíamos fracasado en el intento y que se fuera él a buscar el relicario entre las peñas de un tajo al que nada más que los buitres podían acceder?

Silvestre no se sorprendió demasiado al vernos llegar:

—Me alegra veros de vuelta sanas y salvas. ¿Disteis con la ermita?

Roso Blasco salió a recibirnos nada más enterarse de nuestra llegada. El descanso le había sentado bien y tenía mejor aspecto que cuando nos marchamos de la quinta; era joven, su naturaleza robusta le ayudaba. Nos preguntó si habíamos llegado hasta la ermita y le referimos la escaramuza habida en aquel lugar. Se le notaba nervioso e indiferente a los detalles que le dábamos sobre el combate, tan solo se mostraba interesado en el paradero de la Santa Camándula.

—¿Encontrasteis la reliquia? —Fue directo al grano.

—Suponemos que estaba guardada en un armario tras el altar. Tainebleau debió llevársela. Al verse abandonado por sus hombres saltó por el barranco. Mataperros fue tras él, y sin pensárselo dos veces también se echó al vacío. Tú conoces el lugar así que puedes suponer que de un salto semejante no se puede salir vivo.

Roso nada repuso. Se limitó a agachar la cabeza y después se marchó.

A la hora de la cena nos sentamos a la mesa con don Baldomero y con su hijo. El niño Camuñas y la Romero se abalanzaron a las sopas de ajo que nos sirvieron y el ánimo se les enderezó; comer caliente no quita las penas, pero en algo las alivia.

—¡Eso, engullid mi comida! —dijo don Baldomero con retintín al vernos rebañar los platos—, llenaos las tripas hasta reventar, no sea que mañana no tengáis otra ocasión. Comed, hinchaos, poneos hasta arriba, que yo ya me basto por mí mismo para reponer la despensa. No hay como alimentar a los que combaten por la Patria.

La ironía de don Baldomero le pasó inadvertida a la Romero, que creyéndose alagada por sus palabras se lanzó a besuquearle la mano con estrambótica reverencia.

—Gracias, señor, por cobijarnos y darnos de comer y darnos vino, no sabe usted la necesidad que teníamos después de lo de la escabechina con los franceses. Pero la vida sigue, ea, y por nosotros que no quede el dar buena cuenta de estas sopas tan bien dotadas de huevos y jamón.

Don Baldomero soportó el besuqueo con un evidente gesto de disgusto, mientras el niño Camuñas le observaba sin saber muy bien si aquel sujeto que nos daba de comer era un patriota o un imbécil.

En el transcurso de la cena Clarita volvió a sacar a relucir el tema de la Santa Camándula. Instó a Roso Blasco para que contase al niño y a la Romero las historias

que sabía sobre la reliquia, pero Roso mantuvo que todo aquel asunto no eran más que imaginaciones y zarandajas sin fundamento real.

—Pues para ser zarandajas mucha sangre lleva ya derramada la camándula —protesté.

—No son zarandajas —atajó Clarita muy molesta—: yo te oí en mi casa contar a todo el mundo lo del cuerno del diablo y bien que sostenías que era verdad. Niégalo ahora si te da la gana, pero yo te escuché y a mí no me puedes engañar.

—¿El cuerno del diablo?, ¿qué demonios es eso del cuerno del diablo? —se interesó don Baldomero.

Roso se echó a reír para disimular y quitarle importancia al asunto.

—Nada, padre, una historia disparatada que se comentaba por los salones de Madrid; una tontería relativa a una supuesta reliquia que anda por ahí circulando. Los franceses iban tras ella, al parecer, y la partida de Mataperros les seguían los pasos para que no la rapiñaran. En algo tienen que entretener el tiempo los ociosos.

—Eso mismo pienso yo —repuso don Baldomero—, pero mira que me sorprende lo que me cuentas. ¿Acaso han renegado los franceses de su credo anticlerical?

Aproveché entonces para preguntarle a él si había oído hablar alguna vez del marqués de Lindaluz. Quería manifestarle el interés que, según nos contara, la Junta Central tenía por evitar que la Santa Camándula cayera en manos de Napoleón.

—No, no conozco a nadie que responda a ese título, pero si los de la Junta Central andan detrás de una reliquia es que son aún más cretinos de lo que yo me figuraba.

Al hilo de aquel comentario de don Baldomero, Clarita, de nuevo, se encaró con Roso:

—¿Vas también a decirme que tampoco estabas al tanto de que la Junta Central quería hacerse con la reliquia?

—¿Y cómo quieres que esté yo al tanto de las decisiones de la Junta Central? ¿Acaso te piensas que formo parte de ella? Has de saber que, en toda guerra, la mentira y el rumor son armas igual de eficaces que las pistolas, así que nada me extrañaría que lo que ese marqués de Lindaluz, o como diablos se llame, os contó no fuera más que una patraña.

—Tú eres el que no hace más que mentir —insistió Clarita—. Tú sabías de su existencia y tanto lo sabías que pretendiste apoderarte de la reliquia antes que nadie.

—¿Para qué iba yo querer la Santa Camándula? —repuso Roso, soltando una sonrisa displicente.

—Eso tendrías que decírnoslo tú.

—Una de dos: o estáis locas de atar o tenéis las cabezas llenas de pájaros.

—Di lo que te venga en gana, pero aquella tarde en mi casa de Madrid te oí perfectamente darle el recado a la Cabarrús.

Roso alzó los ojos hacia el cielo en señal de desesperación. Luego negó con la cabeza y arrojó sobre la mesa su servilleta, indicando de esta manera que daba la cena por concluida.

—Vamos a dejarlo aquí —sentenció—. Es absurdo seguir discutiendo con vosotras. Vais en busca de quimeras y las quimeras pueden llegar a ser dañinas. Y a vosotros —dijo refiriéndose al niño y a la Romero—, más os valiera regresar a vuestros pueblos en vez de estar por ahí participando en fantasías. Para ganar las guerras no solo bastan los cuchillos, unos deben esforzarse en la intendencia de los que empuñan las armas, y otros utilizar la astucia y el ingenio para minar la moral del enemigo.

Todos enmudecimos al escucharle. ¿Qué era aquello de la astucia y el ingenio para minar la moral del enemigo con lo que ahora nos salía?

Un redicho, eso es lo que era Roso Blasco, un redicho, un petimetre y un masón.

Cuando terminó de hablar se levantó de la mesa, inclinó la cabeza en señal de despedida y la cena concluyó.

Los hermanos virginianos sabían muy bien dónde apuntar; vaya que si lo sabían, Agustina. Fueron conscientes de que la única manera de despertar el interés de Napoleón era a través del narizotas. Tenían que usar al rey de cebo para que el emperador fuera y picara. Llegar al tuercebotas y penetrar en su prisión dorada de Valençay no era tarea fácil, sin embargo. Muy poca gente podía gozar del privilegio de atravesar ese cordón dorado que los separaba del mundo real. Tuvieron de su parte a Teresa Cabarrús, lo que de entrada les supuso una ventaja, pero había que mover los hilos con pericia y, además, tener suerte. Todo había sido concienzudamente planeado por los hermanos virginianos; todo, menos la sangre de balde que iba a costar su juego. Pero la sangre, en cualquier caso, era algo que ya estaba derramándose en España y unas cuantas gotas más tampoco iban a cambiar el curso de la historia.

Roso Blasco nunca nos llegó a contar del todo lo que sabía del asunto, pero sí dejó intuir hasta qué punto estuvo involucrado en la burla de la Santa Camándula. Con el paso del tiempo pude hacerme una idea de cómo lo sucedido aquella noche en el Corral del Gato fue crucial para los acontecimientos ulteriores. Después de atar los cabos pertinentes, ya no me cupo duda alguna de que fueron los hermanos virginianos los que orquestaron el tinglado. Ellos ocultaron la supuesta reliquia en la iglesia de Fontenebro; fueron ellos quienes empezaron a hacer circular los rumores de sus pretendidos poderes sobrenaturales para así captar la atención de los franceses, pero el éxito excedió a sus previsiones, hasta el punto de llegar también a despertar el interés de la Junta Central por algo que no era más que una patraña. Napoleón envió a Tainebleau en busca de la reliquia, pero los de la Junta se adelantaron y se apoderaron de ella antes de que los franceses pudieran llegar a Fontenebro. Aquel escribano del Patronato General de Bienes Nacionales que la dejó en el Corral del Gato, con el encargo de que la llevaran a San Licinio, fue el que la sacó de la iglesia de Fontenebro. Debía sentirse perseguido, tal vez por los propios virginianos que, habiéndose enterado de que la Junta Central andaba interfiriendo en sus enjuagues,

acudirían prestos a Fontenebro para asegurarse de que fueran los franceses y no los españoles los que se hicieran con ella. Pero llegaron tarde, el mal ya estaba hecho y la Santa Camándula en poder del posadero Florián. De haber informado los virginianos a la Junta Central de lo que se traían entre manos, tal vez hubiera podido evitarse la matanza de los frailes de San Licinio y la muerte en combate de los guerrilleros de Mataperros que vino después. Pero para el éxito de sus planes era imprescindible que solo ellos anduvieran al corriente. El cebo debía ser mordido sin sospechas, porque la Santa Camándula no era más que un cebo, y de eso, ya por aquel entonces, no me cupo duda alguna pese a las negaciones de Roso Blasco y a sus intentos por desviar nuestra atención. ¿Pero cuál era el pez que los hermanos virginianos pretendían pescar con él? Muchas vueltas hube de darle a esa pregunta a lo largo de mi vida, pero no fue hasta hace bien poco, ya asentada mi cabeza en la lentitud de la vejez, que hallé de repente la respuesta hablando una noche con Maurice, como en breve relataré.

Aquella mañana en el patio de la casa había una muchacha desenredándose el pelo con un peine de cuerna. Estaba sentada en una silla de enea y tenía la cabeza inclinada sobre las piernas, cubiertas por un mandil. La melena le chorreaba por delante del rostro y ella se la peinaba con perfecta monotonía, completamente ajena a cuanto sucedía a su alrededor. La imagen de aquella mujer sin rostro se me ha quedado representada en la memoria como un ejemplo de la intrascendencia cotidiana que propician los tiempos de paz. No lo eran aquellos, desde luego, pero el sosiego de la escena tal vez me los hiciera desear. Se trataba tan solo de una de las menestrales al servicio de don Baldomero, que andaba entretenida con su aseo personal, pero fue verla y llenárseme el pecho de bienestar. Fue aquella una sensación que jamás he vuelto a experimentar. De pronto, la voz a lo lejos de Silvestre me sacó del ensimismamiento en el que me encontraba:

—Han encontrado a un moribundo en la orilla del río.

Acababa de llegar del pueblo y vino a darnos la noticia. Al parecer, le había hallado un pastor por donde el barranco de las Maldonadas. Estaba desprovisto de consciencia y tenía los huesos quebrados y el cuerpo aterido de frío, pero aún le latía el corazón.

De inmediato nos cupo la posibilidad de que pudiera tratarse de Mataperros, que de milagro hubiera sobrevivido a la caída. ¿Pero y si fuera Tainebleau?

Al galope cabalgamos hasta el pueblo la Romero, el niño y yo. El día estaba desapacible y del cielo caía una llovizna fina que todo lo envolvía con una bruma de irrealidad. En la plaza nos dijeron que le habían llevado a la casa del barbero y allí nos presentamos. Le explicamos quiénes éramos y nos condujo hasta el cuartucho maloliente en el que yacía el rescatado.

—Pues francés no tiene mucha pinta de ir a ser —comentó mientras nos indicaba

el camino escaleras arriba.

Lo habían envuelto en mantas y tuvimos que acercarnos hasta la cabecera de la cama para poder verle la cara. La Romero se echó a llorar nada más reconocerle.

—¡Qué te ha pasado, mi prenda! —Le asfixiaba, le abrazaba, le anegaba a lagrimones—. ¡Ay, no te nos vayas a morir ahora que acabas de resucitar!

El barbero nos contó que el pastor que lo encontró lo había confundido con un tronco varado en el río. El paraje era de difícil acceso y hasta las ovejas accedían por los breñales, triscando entre las piedras. Luego pensó en un venado malherido por los lobos, pero al acercarse un poco más se dio cuenta de que aquello era un hombre. Le sacó del agua a rastras. El corazón aún le palpitaba, pero estaba inconsciente. Debía de llevar bastante tiempo tirado en la ribera, pero tuvo suerte porque, de no haberlo encontrado el pastor, al poco hubiera muerto.

Por la calle se oyó entonces el trote de un caballo chapoteando sobre el barro. Me asomé al ajimez, que apenas iluminaba aquel cuartucho. Era Roso Blasco, que venía con Clarita montada a la grupa. Les hice una seña para que subieran a donde estábamos.

—¿Es Mataperros? —preguntó Clarita nada más entrar en la habitación y yo le asentí con la cabeza.

Mataperros no tenía ninguna pinta de ir a salir de aquella, o al menos esa fue la primera impresión que nos dio al verle. Ya no parecía aquel guerrillero apuesto y joven capaz de desafiar a los franceses como un David invicto que yo conociera meses atrás. Perlada su frente con el sudor de la fiebre, los ojos inyectados de amarillo y azuleándole el rostro la barba sin rasurar, más se asemejaba a un monigote desvencijado que a un héroe bíblico. El barbero nos dijo que, aparte de heridas por disparos, tenía varias costillas rotas y, lo que más le preocupaba, un golpe punzante en la cabeza que le había horadado un poco el cráneo. Que estuviera con vida le parecía verdadero milagro, pero aun así no estaba claro que pudiera sobrevivir a aquel estado.

Roso Blasco determinó que Mataperros estaría mejor cuidado en la quinta, así que le dijo al barbero que se las agenciase para meterle en un carro y llevarlo hasta allí, donde podría seguir atendiéndole con todas las comodidades necesarias. Para mover su voluntad le entregó unos cuantos duros que el otro agradeció con una reverencia exagerada.

Aquel gesto compasivo de Roso me emocionó y la blandura se me asomó a los ojos con un brote de lágrimas. Aunque nada dije de palabra, fui y lo besé en la mejilla. Roso debió percatarse entonces de lo que me bullía en el corazón. Nada comentó, sin embargo. Solo sonrió, de lado, al bies, un instante minúsculo, adornándose el gesto como esos toreros muy floridos que rematan la faena con un revuelo lindo de capote.

Ya en la quinta llevaron a Mataperros a una alcoba grande y ventilada, con dosel y aguamanil, cuyo balcón se abría al patio. Le quitamos la ropa, le lavamos las

heridas, echamos bálsamo en ellas y lo dejamos reposar. Tenía mucha fiebre y Silvestre le preparó un emplasto para bajársela. Junto al hombro izquierdo, una herida de arma de fuego le asomaba. Debían haberle descargado una pistola, pues tenía una siembra de perdigones en torno a un cerco de carne roja arrebatada por la quemazón.

Era necesario sacarle el mucho plomo que tenía metido en el cuerpo, pero estaba aún muy débil para someterle a ninguna intervención. En un pueblo cercano, a menos de quince leguas, había un médico cirujano que podría encargarse de la faena. La Romero ordenó al niño que le fuese a avisar. Lástima que Juan Mojamas no hubiera estado vivo porque él lo habría atendido divinamente. El niño Camuñas se dispuso a partir de inmediato; cuando salía de la alcoba, don Baldomero apareció.

—¡Hijo mío! —dijo echándose las manos a la cabeza—, ¿hasta moribundos me metes en la casa? ¿Qué pretendes? ¿Invitar a la muerte a hacerme una visita para así quedarte con la herencia? Si es eso lo que buscas, vas a llevarte un gran chasco, pues con todo lo que me estáis costando tú y tus correrías, ni una perra has de ver cuando me llegue la hora, ya te lo adelanto yo.

—¡Cállese de una vez la boca, padre, y vuelva a sus asuntos! —repuso Roso de malos modos—. Póngase a echar las cuentas de sus negocios y mire no le vaya a faltar una moneda, no sea que el mundo se le venga encima.

—Lástima de dinero que malgasté en educarte. ¡Cerdos podría haber criado! ¡Una piara entera tendría ahora, en vez del cuervo ingrato que me saca los ojos!

No era placentero ver a padre e hijo discutir a todas horas, pero esa fue la servidumbre que los días que pasamos en la quinta, mientras Mataperros se debatía entre la vida y la muerte, hubimos de soportar.

Durante los primeros momentos la Romero no se movió de la cabecera de la cama. Atendía a su jefe lo mejor que podía: con paños frescos en la frente intentaba bajarle la fiebre, le daba medicinas, le cambiaba las vendas y procuraba su bienestar. No nos dejaba ni acercarnos; se había tomado ese cometido como un compromiso personal. Estaba convencida de que la sanación de Mataperros dependía de sus cuidados. Nosotros la dejábamos hacer, porque en otra cosa que no fuese esperar no podíamos gastar el tiempo, así que nos limitábamos a contemplarla velándole y a escuchar los delirios que el guerrillero balbuceaba cuando la fiebre le subía.

Una vez que estaba delirando, le oímos hablar de un demonio al que decía perseguir. Las palabras le salían a trompicones de la boca. Afirmaba que tenía abiertas las alas, que parecían de piedra pómez. Quiso luchar contra él, pero los golpes no le afectaban: aquel ser era invencible. Le miró dentro de los ojos y se dio cuenta de que no tenía cara. Con todas las fuerzas que le quedaban se abalanzó contra él, pero el demonio le hizo caer de rodillas apenas habiéndole rozado el pecho. Le obligó a agachar la testuz y lo humilló, poniéndole su pezuña sobre el cuello; Mataperros sentía estar cargando con todo el peso del mundo y no podía moverse. Al bajar la cabeza hacia el suelo vio el cilindro con la Santa Camándula: estaba allí, tirado delante de él. Intentó cogerlo, pero cuando lo tuvo entre las manos se dio

cuenta de que aquel objeto era de carne, cartilaginoso, inflado. No era un cetro glorioso, sino una víscera repugnante lo que sostenía entre las manos. Mataperros gritó y se revolvió en la cama, como si aquella cosa reptara por su cuerpo. Luego respiró agitado y enmudeció.

Nada podíamos hacer por él. A la espera de que de nuevo aflorase a la vida o descendiera para siempre a los abismos de la parca, pasábamos el tiempo lo mejor que podíamos. Alojados y atendidos en la quinta de don Baldomero como estábamos, tampoco teníamos mucho que hacer. A los pocos días empezaron a llegar las confirmaciones oficiales de las estrepitosas derrotas que los ejércitos españoles habían sufrido en Gamonal y en Espinosa de los Monteros. El ánimo se nos vino abajo a todos, salvo a don Baldomero, que daba botes de alegría al prever el fin inminente de la contienda y el reinado estable de José Bonaparte en el trono de Madrid.

—Ya se van a enterar ahora todos esos correveidiles de los Borbones que chupan de la renta nacional igual que tábanos. Andarán zumbando de preocupación y elucubrando a ver en qué otro cagajón se van ahora a posar.

Los ejércitos de Napoleón tenían ahora abierto el Camino Real de Francia, que comunicaba Burdeos con la capital de España. El emperador en persona se dirigía a Madrid al frente de sus mariscales. Nada podía ofrecerle resistencia. Solo unos pocos hombres, al mando del general San Juan, aguardaban en el paso de Somosierra para impedir a la desesperada que las tropas francesas tomaran la ciudad. Madrid, más mal que bien, se estaba fortificando, pero la confianza en la resistencia era menguada. Se decía que la Junta Central se había trasladado desde Aranjuez a Andalucía, lo cual implicaba un signo de flaqueza. No eran buenas las noticias que nos llegaban y, según las íbamos conociendo, nuestras esperanzas languidecían y nos sumían a todos en la circunspección, en la desconfianza y en el desánimo. El único que parecía conservar entera su determinación por la victoria era Roso Blasco.

—Napoleón no podrá salirse con la suya; nuestro arrojo triunfará sobre él. El pueblo de Madrid superará la artillería de los franceses. Hemos aprendido mucho desde mayo. Tenemos buenos hombres al frente de la resistencia; tu hermano es uno de ellos, Clarita, confía en él; verás cómo sabrán parar los pies a los gabachos. Por muy superiores que sean los ejércitos de Francia, por muy pertrechados que combatan sus soldados, nosotros, los españoles, siempre poseeremos la verdad del hombre libre que triunfa sobre la tiranía y la opresión.

Hubo suerte y, poco a poco, Mataperros fue experimentando alguna mejoría. El médico que le intervino hizo un buen trabajo y la herida de pistola ya había dejado de supurar sus pestilencias. La del cráneo también parecía mejorar. Mataperros era fuerte y el peligro estaba pasando. Ahora solo quedaban las secuelas: el dolor, los huesos rotos y el agotamiento general. La Romero seguía atendiéndolo día y noche sin descanso hasta el punto de que ella misma se estaba demacrando de tanto no dormir. Unas ojeras húmedas y rosas como las lenguas de las vacas le habían salido bajo los

ojos y, en vez de andar por las estancias, parecía bambolearse en ellas. Se desmoronaría en cualquier momento si no se echaba a descansar.

—Romero, debes echarte un rato, ya me encargo yo de Mataperros.

—Deja, niña, que ya está empezando a sorber los caldos con ganas; dos días más y verás cómo se incorpora para comer.

Empezaba Mataperros a tomar caldos de verduras bien sustanciados con puntas de jamón. Roso Blasco, a pesar de las protestas de su padre, no estaba escatimando en atenciones para con nosotros y, poco a poco, acostumbrados a las duras como estábamos, fuimos agradeciendo aquella vida muelle hecha de buen dormir y nada mal comer. Aprovechaba los ratos largos de la espera para dar paseos por los alrededores y meditar sobre mil cosas distintas que atosigaban mi imaginación. El mes de noviembre estaba ya avanzado y los tonos decaídos de las hojas me hacían sentir en paz. La apacible belleza de aquel lugar reconfortaba la vista. Respirando esos olores, contemplando los errabundos colores del cielo, sintiendo en la cara el viento que venía de las sierras, parecía que ninguna desgracia podría jamás llegar.

Algunas tardes Roso me acompañaba en mis paseos melancólicos por aquellos caminos tristes y llenos de matices vegetales. Me preguntaba por mi origen, por cómo había salido de las Filipinas para acabar en una guerra lejana que, a su juicio, nada tenía que ver conmigo. Yo me enfadaba con él y reivindicaba mi derecho a ser patriota, lo mismo que otros muchos que en ese instante luchaban por España. Él se reía al percibir mi indignación. Discutíamos, nos enfadábamos, pero enseguida volvíamos a un tono amable que no hacía sino plasmar la atracción que el uno sobre el otro iba adquiriendo. Mis sentimientos eran confusos: Mataperros convalecía en la cama a unos pasos de mí y, sin embargo, mi corazón parecía inclinarse cada vez con más pendiente hacia aquel hombre extraño, enérgico e impetuoso que me acompañaba en los paseos. Clarita debió notar el encaprichamiento de Roso hacia mí, pues casi de forma imperceptible fue dejando de compartir conmigo sus confidencias y de la noche a la mañana se volvió adusta y antipática. Yo no pretendía hacerle daño a ella, ni mucho menos, pero tampoco estaba dispuesta a poner riendas a los latidos de mi corazón. Durante aquellos días que anduvimos en la quinta de don Baldomero, Roso me ilustró sobre conceptos políticos y pensamientos filosóficos desconocidos hasta entonces por mí. Su idea de la patria difería bastante de la mía, mucho más simple y visceral. Enseguida se enfrascaba en discursos enjundiosos que yo no siempre podía seguir. Roso era, ante todo, un hombre de ideas elevadas, muchas de ellas irrealizables. No tenía los pies en la tierra y las razones de su particular lucha contra los franceses eran de difícil entendimiento. Enseguida se le hinchaba la boca con palabras grandilocuentes, arengas y soflamas con las que me atizaba sin compasión. Roso sostenía que todos los hombres nacen iguales y que nacen libres, sin distinciones, y que tienen el derecho de que así se les reconozca por el conjunto de la nación.

—Los privilegios —sostenía— no pueden derivarse de la sangre o de las fortunas

heredadas, sino del esfuerzo y de los méritos personales.

—Pero Dios ha querido que algunos nazcan reyes y nobles y que los demás estén a su servicio.

—Dios no ha querido nada de eso porque ese dios que predican los curas no es más que una patraña descomunal de la que unos pocos se valen para tener al resto sometidos —respondía con contundencia—. Los clérigos perpetúan la tiranía de los poderosos sin añadir riqueza al mundo, atemorizando a los simples con las penas del infierno y comiendo luego sus buenos pucheros sin haber trabajado jamás para ganárselos.

Roso también estaba en desacuerdo con la estrategia que las guerrillas desarrollaban contra los ejércitos de Napoleón. Despreciaba a sus cabecillas: decía que gente baja y movediza nada de bueno podía aportar al progreso de la patria, solo indisciplina y cerrazón. No se fijaba en el efecto de desconcierto y terror que la guerra de guerrillas podía llegar a causar en los soldados franceses, ni tampoco en las bajas que les ocasionaban, ni siquiera en la capacidad de maniobra que tenían para cortarles los suministros y descolocarles la intendencia. La lucha de las guerrillas le estaba viniendo bien a los intereses de España, pero a Roso, centrado en sus prejuicios, únicamente le preocupaba que los cabecillas de las partidas fueran gentes simples, muy crecidas en los principios antiguos de sometimiento servil al rey y al temor de Dios.

No solo despotricaba de los guerrilleros, también echaba pestes contra los miembros de la Junta Central que se había constituido para gestionar el vacío de poder en ausencia del rey Fernando. Decía de ellos que eran vejestorios achacosos incapaces de afrontar los vientos de progreso que soplaban por todas partes. Los acusaba de estar allí colocados con el afán exclusivo de sacar la mejor tajada posible de la situación presente y procurar que las cosas volvieran a su estado anterior cuando se marcharan los franceses. Decía que había que descabezar su autoridad y preterir sus órdenes. Mientras España no se constituyera en asamblea para formular una declaración política que sostuviese los mismos principios de la Revolución francesa y expresase libremente su voluntad de progreso en una constitución política, ningún poder, por muy reverenciado que fuere, tendría legitimación suficiente para que los ciudadanos lo respetaran, lo acatasen y lo obedeciesen.

Se le hinchaba la boca hablando de Rousseau, de Diderot, de Voltaire, de D’Alambert y de cuantos pensadores, filósofos y escritores habían propiciado la *Enciclopedia*, y me explicaba a grandes trazos los pensamientos de cada uno de ellos. Como Roso despotricaba de casi todo, también dedicaba sus buenos insultos a los jefes militares que estaban organizando la guerra contra Napoleón. Le soliviantaba que los ingleses hubieran entrado en liza en España en defensa exclusiva de sus propios asuntos y que los generales españoles se lo consintieran; decía que no se ocupaban más que de sus intereses económicos y que si habían llegado a España no era para ayudarnos, sino para utilizarnos en su lucha comercial contra los franceses.

Aún estaba fresca la catástrofe habida frente al cabo de Trafalgar, tres años antes, en la que la armada española fue derrotada por el almirante Nelson.

—Para ellos es muy fácil jugar a la guerra en nuestros campos, en nuestros caminos, en nuestras ciudades. Cuando echemos a Napoleón, se apuntarán ellos el triunfo y nos exigirán, además, su buena recompensa por habernos ayudado. Gentuza despreciable los hijos de la pérfida Albión.

Algunas veces se nos unía Clarita en los paseos y escuchaba embobada las palabras de Roso. Se estaba dando cuenta, sin embargo, de la predilección que el hijo de don Baldomero empezaba a tener por mí y los celos le hervían gota a gota en las entrañas.

—Mataperros ya se ha incorporado. Dice que se encuentra con ánimo de andar. ¿Por qué no vas a ver si necesita algo de ti?

—Ya está con él la Romero para cuidarlo —respondía yo, a sabiendas de que lo único que Clarita pretendía era apartarme de Roso Blasco. Pobrecilla. Yo nada hice queriendo: es el corazón el que se inclina a un lado o a otro, sin gobierno ni control; inútil resulta someterlo a disciplina, pues acaba siempre derramándose por encima de los muros que lo constriñen.

Al lado de Roso me sentía diferente, no sé cómo explicarlo, gustada, querida y hasta puede que amparada. Es placentero constatar que un hombre anda loco por una mujer: se le muda el brillo de los ojos, las palabras le trastabillan y la ternura que de suyo esconde la saca de golpe a relucir; se les cata a la legua su babeo y, a poco que los acaricies donde debes, los tienes echados a tus pies. Ilusos, simples, bobos. Cuando las dos estábamos con él, Clarita casi ni abría la boca. Se limitaba a contemplarlo con arrobo y gran dolor de sus entrañas. La tenía pena y me sentía tal vez culpable de la mudanza repentina de mis sentimientos, pero nada podía hacer por remediarlo. Clarita andaba despechada, creía que había abusado de su confianza y sus miradas me atravesaban como puñales. A veces pensaba que pronto se le pasaría y otras temía que estallase en una furia incontrolada y me clavase unas tijeras por venganza.

Los días pasaban deprisa y las noticias de la guerra llegaban ya en abundancia con su carga de ferocidad y desazón. Mientras las escaramuzas de las guerrillas seguían su curso allende las sierras, el general Dorsenne hacía y deshacía en Burgos a su antojo: a los rebeldes los ahorcaba de las murallas para escarmiento del pueblo y los dejaba allí a la vista de todos y sometidos al picoteo de las urracas. Sus soldados estaban entregados al saqueo y al desenfreno más miserable, y de la catedral habían hecho establo para mulas. Napoleón, mientras tanto, bajaba sin pausa hacia Madrid. Somosierra había caído. ¿Aguantaría la ciudad su acometida? ¿Respondería el pueblo echándose a la calle lo mismo que sucediera el Dos de Mayo?

—¿Qué harás ahora, Roso? —le pregunté una tarde al regresar de nuestro paseo.

—No lo sé Rosario. Aquí no me puedo quedar. Dicen que el ejército de Extremadura está recomponiéndose. Tal vez vaya y me una a ellos.

Mientras nosotros nos acaramelábamos cada vez más ricamente, el niño Camuñas rabiaba por estar allí metido: su cara era siempre de disgusto y a menudo se enzarzaba en absurdas trifulcas con don Baldomero; no lo podía soportar y se quejaba de tener que compartir techo con un afrancesado. Iba y venía al pueblo, traía noticias, cabalgaba y averiguaba cosas por ahí. Se le notaba irritado; estaba impaciente por coger al descuido a algún francés y vengar en él la muerte del Diago y de los otros.

Tenía el hervor de la sangre que apareja la juventud y aquellos días lentos, saturados de espera, reventaban su impaciencia. Tanta buena comida y tanto buen jergón le venían grandes. Él era de estirpe de pastores y, como tal, estaba acostumbrado a la intemperie de las sierras, a las gachas guisadas en la lumbre, a las lluvias que calan hasta los huesos y a la inmensidad rotunda de las noches en las que el lobo acecha a las ovejas y sus pasos se confunden con el crujir ligero de las hojas. El niño Camuñas veía las filosofías de Roso Blasco amaneradas y sin utilidad. Siempre que podía rehuía su compañía; no le gustaba estar en su presencia, bajo su mismo techo, viviendo a sus expensas; se sentía ofendido, preterido, ninguneado. Para el niño Camuñas solo el hecho de andar en la partida de Mataperros poseía una gradación de dignidad; se enfurecía cuando no llegaba a comprender filosofías ni razonamientos, que era la mayoría de las veces. Nada podía hacer para evitarlo salvo marcharse de allí, pero, hasta que Mataperros no mejorase, tenía que esperar. Mientras tanto, para entretener sus malos humores, cada vez que se cruzaba con don Baldomero le increpaba gritando:

—¡Viva el rey Fernando! ¡Muera Napoleón!

—A palos te molía si fuese yo más joven, deslenguado, bruto, servilón —le respondía el viejo refunfuñando—. Más te valiera aprender a leer y a escribir, en vez de disfrutar matando gente por los montes.

Conforme los días pasaban, el niño también se iba percatando de mi inclinación por Roso Blasco y de la creciente predilección de este por mí, plasmada en mil y un detalles y atenciones. No le gustaba nada aquello que iba viendo y, a su manera, trataba de advertirme del peligro que corría.

—Ten cuidado con lo que haces, China. Estas gentes son afrancesadas. No deberíamos quedarnos mucho tiempo más aquí. En cuanto Mataperros pueda levantarse, nos lo llevamos y sanseacabó. A estos, si quieres, podemos apiolarlos antes. Les damos matarile y fuera la mala hierba.

—Ten paciencia, niño. Pronto nos marcharemos, pero antes tengo que sonsacarle a ese lo que sabe. ¿Qué te crees, que me he dejado embaucar por sus lisonjas? ¿Acaso me ves a mí derritiéndome por un petimetre? ¿Por quién me has tomado, ricura?

La verdad era que sí. Embaucada hasta arriba por sus lisonjas, derretida al completo por sus arrumacos y deseando comérmelo a bocados, estaba yo con Roso Blasco, pero qué iba a decirle al niño. Debía por todos los medios hacer que mantuviera la confianza en mí y, para conseguirlo, empecé a contarle determinadas sospechas sobre Roso.

—No fue azaroso que en el Corral del Gato alguien se esforzara en comprar a Juan Mojamas para que Mataperros no siguiera el rastro de la Camándula.

—¿Qué insinúas, China?

—No insinúo nada, pero piensa: ¿a quién le interesaba que fueran los franceses quienes se hicieran con la reliquia?

—No sé, China. ¿De quién sospechas? Dímelo tú.

—De nadie. Yo solo digo que parece como si alguien, desde el principio, hubiera estado intentando alejarnos del rastro de la reliquia. No sé, todo es confuso, pero a veces pienso que no somos más que las marionetas de un guiñol. Cada vez que nos aproximamos a la Santa Camándula, cada vez que más cerca la tenemos, más de las manos se nos va. Alguien hay en nuestra contra y no me estoy refiriendo a Tainebleau.

—Eso que dices es grave, China. ¿Acaso crees que fue el posadero quien untó al Mojamas? —El niño me estaba llevando a un callejón sin salida, pero la culpa la tenía yo solita por haber tomado aquel derrotero. Ahora me arrepentía de haberlo hecho y tenía, como fuese, que salir de semejante embrollo, sobre todo considerando que, aunque en mi fuero interno no lo quisiera reconocer, cada vez tenía más claro que aquel fantasmón embozado que había visto en sueños, cuando aguardaba acurrucada en las escaleras del Corral del Gato, no era otro que Roso Blasco.

—Yo, ni creo, ni dejo de creer. Lo único que digo es que nos hemos quedado sin la Santa Camándula, eso es lo único que sé. Lo que pueda haber más allá, ya es cosa tuya averiguarlo.

El niño se marchó confundido. Debería haberme callado la boca. Tenía que haber sido más discreta: nunca he sabido morderme la lengua. El corazón me estaba empezando a latir fuerte, pero por mucho que el idilio me trastocara, la luz de la razón seguía alumbrando mis pensamientos.

Cuando se le preguntaba abiertamente, Roso sostenía que nada tenía que ver con la Santa Camándula, pero eso era algo que yo no me acababa de tragar. ¿Para qué, si no, propagó por los salones de Madrid la existencia de la reliquia? ¿Por qué le contaba a todo el mundo que, escondido en el relicario de Marcial de Aljarafe, se hallaba un cuerno de Satanás? Mucho detalle para nada tener que ver con el asunto. Y si algo tenía yo claro por entonces era que Clarita no mentía. De la noche a la mañana mucha gente se había empezado a interesar por la Santa Camándula: los franceses la buscaban; la Junta Central daba instrucciones al marqués de Lindaluz para que la consiguiera a toda costa, y a Mataperros le estaban utilizando para tal fin. Todos le seguían la pista, pero la Santa Camándula parecía inalcanzable y solo un rastro de sangre quedaba a su paso. Traiciones, mentiras, dobleces, muertes y silencio. Ignoraba lo que Roso pretendía sacar de todo aquello. Lo único que parecía claro era que aquel objeto poseía un gran valor y que, con los frutos de su venta, un ejército entero podría ser vestido y alimentado. España estaba en bancarrota y había que conseguir pólvora y fusiles. La Junta Central necesitaba dinero para financiar la

guerra y ahí parecía entrar de lleno Lindaluz.

Una mañana Roso me pidió que le acompañara a un molino cercano para llevar trigo a moler. Cargamos unos cuantos sacos de las bodegas de su padre en una carreta y nos encaminamos hacia el lugar. Cuando llegamos, el molino parecía cerrado y no había signos de actividad. Llamamos a la puerta, pero nadie nos abrió. Roso se encaramó a un poyete y entró por una de las ventanas de la fachada; al poco, desde dentro, abrió la puerta. Allí no había nadie, pero todo parecía revuelto, como si hubiesen movido las cosas de sitio sin ton ni son. Oímos unos ruidos en el sobrado. Roso sacó la pistola y subió por una escalera.

—¡Sal de ahí o disparo! —se le oyó gritar. Entonces un ruido seco sonó.

—¡No me mates, no me mates, que soy Matías, el molinero!

El molinero nos contó que había aparecido un puñado de franceses y que se había llevado de todo lo que de alimento había allí guardado: sacos de harina, odres de aceite y orzas con tajadas. Después le habían sacudido una somanta palos para divertirse. El molinero, presa del pánico, se había subido al desván y un día entero llevaba allí metido, temiendo el regreso de los soldados.

—Si merodean por aquí los ojeadores, es que la tropa se va acercando —sentenció Roso Blasco—. Pronto ya no estaremos seguros en ninguna parte.

De regreso a la quinta de don Baldomero, pasamos por el pueblo. En la plaza había un revuelo de gente. Los vecinos se arremolinaban en torno a un tuerto zarrapastroso que parecía atraer la atención de los demás. Entre ellos se encontraba el niño Camuñas. Nos detuvimos a fisgar qué sucedía. El tuerto vociferaba:

—¡Todo está perdido! ¡Rendid el pueblo o harán con vosotros lo que les plazca!

Según decía, venía huyendo de Burgos. La gente le escuchaba con una mezcla de curiosidad y de pavor. Relataba aquel hombre las lindezas que estaba haciendo el general Dorsenne con los que se resistían a sus órdenes: a los patriotas los ahorcaba de la fachada de su palacio para hacer de adorno y servir de escarmiento. Toda la orilla izquierda del Arlanzón la tenía sembrada de cadáveres, que era muy de su agrado contemplar. El tuerto zarrapastroso contaba barbaridades de los franceses y, a cada palabra que pronunciaba, más amedrentaba a cuantos le oían.

—Dorsenne ha jurado limpiar Castilla de guerrilleros. Ha dicho que ahorcará a cuantos colaboraren con las partidas. No les deis pan ni cobijo. No se os ocurra ayudarlos a mantenerse por los montes porque lo pagaréis con vuestras vidas.

Una vez que tuvo a su audiencia aterrorizada del todo, aquel hombre empezó a arengar a los presentes para que delatasen a los enemigos de Napoleón. Los pueblerinos lo escuchaban asustados, sin saber bien qué hacer, todos callados. La oratoria de aquel zarrapastroso quebrantaba el ánimo de las gentes corrientes a base de bien. En el corro de la plaza las miradas de algunos se dirigían hacia mí. Era sabido que estábamos alojados en la casa de don Baldomero y, con lo que aquel sujeto les iba largando, todos empezaban a temer por sus vidas. Ese era el método de Dorsenne: aterrorizar a todo quisqui e instar luego a la delación bajo el imperio del

miedo.

A mí se me estaba poniendo a hervir la sangre de escucharle. De haber muchos más como él vagando de pueblo en pueblo y soltándoles a los aldeanos las mismas admoniciones, mal nos las íbamos a ver en el futuro. El niño Camuñas, sin poder morderse más la lengua, intervino en ese instante.

—Yo a ti te conozco, tuerto. Hace poco te he visto en Fontenebro confraternizando con los franceses, solo que entonces no eras tuerto. ¿Te ha venido la desgracia de repente, miserable? ¿Se te ha cegado el ojo de un día para otro o es que los tienes de quita y pon?

El tuerto, al verse descubierto, intentó echar a correr, pero el corro de aldeanos no se abrió y cayó al suelo de una zancadilla que le pusieron. El niño se abalanzó sobre él y lo levantó cogiéndolo por el gañote.

—¡Miradle todos bien! —gritó el niño—. ¡Es un espía de los franceses!

El tuerto, con los dos ojos ahora muy abiertos, pataleaba queriendo zafarse, pero el niño lo tenía bien agarrado. Con el brazo firme lo condujo hasta en medio de la plaza, donde se alzaba un rollo antiguo con un poyete de piedra desde el que antaño se impartía la justicia. Allí lo puso de rodillas y, ante la mirada atónita de los lugareños, abrió la navaja y, cogiéndolo por los pelos, de un tajo lo degolló. No titubeó ni un instante y yo me quedé estupefacta ante tamaña resolución. El niño Camuñas acababa de demostrar tener la decisión pronta, la voluntad derecha y la conciencia en sintonía con el alcance de su determinación. De la noche a la mañana aquel muchacho se había convertido en un hombre de temer. Las circunstancias le habían sacado de dentro lo más indómito de su naturaleza, pero esa misma violencia justiciera que le llevaba a confiar en su propia suficiencia fue lo que acabó con él años más tarde, cuando los franceses, ya de retirada, lo cogieron prisionero y, por negarse a dar la información que le pedían, lo fusilaron contra la tapia de una iglesia en un pueblo de Gerona. Esto me lo contaron al cabo de los años, ya acabada la guerra y vuelto a sentarse el rey Fernando en el trono de España muy a sus anchas, y bien ayudado por las potencias defensoras del orden antiguo, de la patria sacrosanta y de la sempiterna religión.

Al día siguiente tuvimos visita en la quinta de los Blasco: un teniente francés, acompañado de seis soldados, se presentó. Venían a requisar provisiones para la tropa. Pensé que tal vez fueran los mismos que, unos días antes, saquearan el molino. Roso salió a recibirlos.

—Cuanto tenemos lo necesitamos para nosotros —les soltó a los franceses sin inmutarse.

El teniente al mando no se enojó y dio orden a los soldados de que entraran en la casa para ver qué es lo que había. Don Baldomero, al saber allí a los militares, salió a saludarlos complacido.

—Somos amigos de Napoleón —dijo don Baldomero con su mejor sonrisa.

—Más les vale —respondió el oficial en un gangoso español.

Al poco empezaron a salir los soldados con todo tipo de provisiones. Don Baldomero, al verlos, se echó las manos a la cabeza.

—¡Qué hacen! ¡No pueden llevarse todo esto! —exclamó desconcertado.

—Es para el ejército imperial. Le entregaremos a cambio un pagaré que más adelante podrá hacer efectivo contra el Tesoro de Francia. —El militar abrió una carpeta y le extendió el documento.

—¡Pero esta cifra que pone aquí no alcanza ni de lejos para costear cuanto se llevan! —protestó don Baldomero—. ¡Esto no puede ser! ¡Esto es una confusión!

—Pagamos lo que vale, ni más ni menos —le respondió el oficial.

—¡Pero esto es un robo! —repuso don Baldomero.

—¡Quítate, viejo, no me canses más! —El teniente lo apartó de un manotazo y siguió atendiendo a las provisiones que iban cargando los soldados.

Roso, sin rechistar, levantó a su padre por el brazo y lo metió en la casa. Don Baldomero iba cabizbajo, más dolido por la humillación que por el saqueo. Subieron las escaleras y entraron en el comedor. El niño Camuñas propuso a Roso emboscar a los soldados y matarlos a todos.

—Si los atacamos, pronto vendrán más y mi padre no podrá defenderse solo. Es mejor dejarlos hacer. La batalla hay que dársela en otros sitios donde más les duela, no aquí.

—Tú verás —dijo el niño con desdén—, son tus víveres los que se llevan. —Escupió al suelo y se marchó.

Mataperros iba mejorando poco a poco gracias al descanso y a los cuidados constantes que la Romero le propiciaba: la fiebre le había desaparecido y los músculos parecían haber recobrado su tono vital. Una mañana abrió los ojos e intentó incorporarse en la cama. Aunque tenía rotas varias costillas, el dolor ya no le ponía en un sinvivir. Su naturaleza era fuerte y el cuerpo enseguida le respondió. Preguntó que en dónde estaba y se le explicó en detalle. Luego, pidió ver a Roso Blasco.

—¿Qué día es hoy, Rosario? —me preguntó.

Faltaban apenas unos días para nuestra cita con el marqués de Lindaluz. Mataperros quedó meditabundo. Yo sé que pensaba en su compromiso, pero ¿para qué acudir a la cita si no habíamos logrado cumplir nuestra parte del trato?

Roso Blasco entró en la habitación y se acercó a la cama.

—Veo que ya ha recuperado la consciencia —le dijo Roso con cierta altivez.

—¿Por qué me han traído aquí? —preguntó Mataperros.

—Estaba malherido. Había que curarle a usted de inmediato o la muerte se lo habría llevado por delante.

Mataperros se le quedó mirando con recelo, pero nada más habló.

A la tarde siguiente, al volver de mi paseo, vi en el comedor de la casa al niño Camuñas con un manojo de cubiertos de plata en la mano: los había cogido del cajón de una alacena y ahora los metía en su zurrón.

—¿Qué haces, niño? —le pregunté con voz severa mientras lo agarraba por el

brazo.

El niño se revolvió violento y me apartó de un empujón.

—¡Déjame, China! En la partida no recibimos paga y la Junta no tiene ni para alpargatas. De alguna manera nos tendremos nosotros que resarcir. ¿No se resarcen los franceses con lo de los españoles? Pues yo me resarzo con lo de los afrancesados.

—Pero eso es robar —repuse—. No debes hacerlo.

El niño Camuñas cerró el zurrón y se lo echó al hombro.

—Esta es la plata de un traidor. Mejor que la aprovechemos nosotros que no dejársela para que la acaben utilizando en nuestra contra. Además, ya estoy harto de permanecer en esta casa, voy a marcharme de aquí.

—Mataperros no está recuperado del todo.

—Podría aguantar subido a un carro. Lo metemos y nos lo llevamos a la sierra.

—¿Y si nos paran los franceses? ¿Qué vamos a decirles? ¿Que le han pegado un tiro cazando liebres? Tú estás tonto, niño. No sabes ni lo que dices.

El niño arrugó los labios con un fruncir mohíno que revelaba más hastío que contrariedad.

Al poco rato el niño me abordó en un aparte y me dijo que se iba.

—No aguanto más aquí, China, me largo. Ayer estuve hablando con un mulero y me contó las noticias que llegan de Tudela: están por allí las tropas de Castaños concentradas y dicen que va a haber una gran batalla. Si además de lo de Gamonal y lo de Espinosa nos vencen los franceses ahora en Navarra, el futuro de la guerra va a estar bien negro. Si caen Tudela y Madrid, toda España será de Napoleón. Tengo que marcharme a la lucha, China, no puedo estar más tiempo de brazos cruzados. La Romero que se quede con Mataperros si le da la gana, pero yo me voy.

—¿Vas a engancharte a las partidas o piensas unirte al ejército de Castaños? —le pregunté.

—No lo sé aún, ya veremos. Será lo que Dios quiera.

El niño se afianzó el zurrón en la bandolera, lo sopesó con una mano para calibrar el alcance de la plata y, con una sonrisa de picardía que sin ser de niño tampoco era de adulto, salió del comedor sin decir más.

Aquella noche fue la primera que pasé junto a Roso. No pude evitarlo o, mejor dicho, lo busqué. Cuando la carne arde nada puede hacerse para sofocarla salvo abandonarse a la combustión. Después de la cena desaparecimos a la vez y nos marchamos a su alcoba. Clarita se nos quedó mirando con ojos de pasmada. Lo sentía por ella, pero no estaba en mis manos el mitigar sus celos. Nuestros deseos estaban enfrentados y eso tiene nula solución. Cuando se es joven, la posesión del ser amado resulta irrenunciable; luego, con la edad, las cosas se van viendo de otra manera, con otro prisma menos acaparador. Nada es para toda la vida, pero hay quien no parece entenderlo y se aferra desesperado a sus verdades de chichinabo. Fue una noche maravillosa bajo las sábanas; hacía tiempo que no gozaba tanto con un hombre. Roso se me reveló un amante intenso, incansable y desinhibido. Navegamos por la cama

soplados por el viento del deseo. Recorrimos mares salados y reposamos en playas remotas hechas de carne cálida, como tostada al sol. Luego dormimos acurrucados bajo la luz de las estrellas. El mundo se detuvo aquella noche para nosotros dos, pero al alba, el canto del gallo nos devolvió de nuevo a la realidad color de sangre. El niño Camuñas se había marchado, y Clarita con él.

Dos días más estuvimos en la casa de Roso Blasco. Mataperros aún estaba débil, pero ya quería levantarse. Daba pequeños paseos por la alcoba ayudado por la Romero. El apetito se le había abierto y no paraba de hablar. Los hechos acontecidos desde la mañana en que Tasito apareciera por el campamento de la sierra no dejaban de obsesionarlo: una y otra vez hablaba de lo mismo. Nosotros le decíamos que olvidara lo sucedido, que ahora lo que debía hacer era recuperar las fuerzas del todo, pero él se empecinaba en rememorar lo ocurrido en las últimas semanas; fue entonces cuando nos enteramos de por qué había matado a sangre fría a aquel monje en San Licinio.

Mataperros se había percatado desde el principio: el crucifijo de madera que llevaba puesto el muerto del catafalco no podía ser el de un abad. Por muy pobre que fuera su monasterio; no es propio de abades adornarse con objetos toscos y sin valor, luego si el abad estaba vivo cuando llegaron los franceses, todas las pesquisas que estos hicieran se habrían centrado en su persona. Debió callar la boca y por eso acabó ahorcado del campanario. No era el cillero, pues, de quien las ratas se alimentaban allá arriba; le faltaban carnes para ello. El sacristán mentía. Le pareció harto difícil a Mataperros que alguien metido en una tumba pudiera cerrarse la lápida desde dentro. Todos deberíamos haberlo sospechado, pero solo él cayó en la cuenta: fueron los franceses quienes lo metieron allí y, si lo hicieron, por algo sería. Mataperros lo vio claro: demasiado orondo para ser el sacristán; subir al campanario varias veces al día le hubiera supuesto un suplicio. No es habitual en sacristanes el estar tan estupendamente alimentados, sino, más bien en cilleros, que son al fin y al cabo los que manejan la despensa. Se fijó en las magulladuras de su cara: eran la prueba de la tunda que sus propios hermanos le habían propiciado antes de encerrarlo en la despensa por haber querido envenenar al abad, según él mismo había contado. Estaba claro que aquel monje era el cillero, que se estaba haciendo pasar por sacristán. El verdadero debía de haber muerto tomando sopa. Los monjes son suspicaces y pensarían que el plato estaba envenenado. Tal vez fuera mentira y el sacristán muriera atragantado por un hueso de pollo, tal y como el cillero sostenía, pero lo que quedaba en evidencia era el enfrentamiento existente en la comunidad. Al llegar los franceses vería el cillero una oportunidad para la venganza. Traicionó al abad y les reveló dónde escondían el paquete que la moza del Corral del Gato les había entregado: los llevó al campanario y les indicó el escondrijo, pero al abrir el paquete no encontraron dentro más que un palo. Con él, los franceses forzaron al abad, probablemente ante la presencia del cillero. Tal vez pretendieran que alguno de los dos revelase *in extremis* dónde se escondía la Santa Camándula, pero ni el abad ni el cillero lo sabían. Los

franceses debieron explayarse a su gusto: ahorcaron al abad, y al cillero lo sepultaron en vida. Estupenda recompensa para un traidor.

La Romero y yo enmudecimos escuchándolo. Si era cierto o no cuanto Mataperros sostenía, era cosa que no había modo alguno de comprobar.

Con los años he pensado mucho en aquel suceso brutal: la expresión del monje al sentir el disparo a quemarropa de Mataperros, una y mil veces se ha reproducido en mi memoria. Puede que Mataperros tuviera razón y que fuera un traidor, pero he llegado a comprender que, queriéndole revelar a los franceses dónde estaba escondida la Santa Camándula, no traicionaba a la patria, sino que, muy al contrario, y aun sin pretenderlo, la ayudaba a triunfar.

No había opción ninguna; nada podíamos hacer para convencerlo de lo contrario: Mataperros estaba determinado a acudir a la cita con Lindaluz e iría a toda costa aun a riesgo de su vida, así que la Romero y yo no tuvimos más remedio que acompañarlo. Aunque notablemente recuperado, tenía el semblante roto y el alma desgarrada como si la fuerza vital que le movía se le hubiera evaporado de repente. Había adelgazado varios kilos y la piel la tenía transparente: parecía un cadáver con el privilegio de la vida, alguien recién salido de la tumba para ajustar cuentas pendientes y tal vez volver después.

—No vas a poder montar, Mataperros —le dijo la Romero—. Habrá que hacerte algún apaño para que no te nos caigas del caballo.

Le construimos una especie de cruz de palos que acoplamos a una silla de montar. Mataperros podía ir bien atado con cinchas al artilugio de forma que no descabalgase con el trote.

Quedaban solo un par de días para la cita con el marqués. Cabalgando a un ritmo razonable y, aun teniendo en cuenta que deberíamos evitar los caminos principales, podíamos llegar a tiempo.

—¿Para qué quieres verlo?, ¿qué vas a decirle, Mataperros?

—Nada. Es él quien me va a decir a mí.

Partimos antes del alba. Don Baldomero no salió a despedirnos. A Roso le prometí que regresaría.

—Hazlo si quieres, Rosario, pero a lo mejor ya no me encuentras aquí —me dijo a su pesar.

Una lágrima se me escurrió por la mejilla cuando subí al caballo. ¿Sería aquella la última vez que habría de verlo? Roso me ofreció su pañuelo. Al enjugar con él mis lágrimas noté cierto perfume que no me resultó desconocido. ¿Dónde lo había olido antes? Un escalofrío me recorrió la nuca. No, no era ningún olor extraño; era un olor profundo y raro y, sin embargo, familiar. No cabía duda alguna: era el mismo que había olido acurrucada bajo la escalera del Corral del Gato, aquella maldita noche de nuestro pesar.



13
LA CAMÁNDULA

Dicen que el tiempo borra los recuerdos, pero a veces tan solo los difumina. Agrio se me pone el paladar al recordar aquella noche espeluznante en las hoces del Duratón cuando acudimos a la cita con Lindaluz. La luna estaba enorme y temeraria, como si llevara allí puesta desde siempre, desde el inicio de los tiempos, antes incluso de que existiera la humanidad. Caía sobre los árboles a ráfagas y cuanto la vista alcanzaba parecía salido de los sueños. Las ramas, salpicadas por el brillo blanquecino de las estrellas, eran alambres de hielo sobre nuestras cabezas. Avanzábamos en silencio por aquel camino estrecho, pegado al río, con la incertidumbre palpitando en nuestros corazones. La marcha había sido dura para Mataperros, todavía muy resentido de sus heridas, pero su determinación por encontrarse con el marqués lo mantenía firme en el caballo. Después de un par de días de marcha, por fin habíamos llegado al lugar de la cita. ¿Qué energía extraordinaria impulsaba la voluntad de aquel hombre? ¿El honor o la palabra dada confieren acaso tanto empeño como él había empleado para acudir a aquel lugar?

Muchas preguntas quedaban en el aire, pero, sinceramente, ya a esas alturas no pensaba que Lindaluz fuera a respondérnoslas. Para mí estaba claro que lo único que al marqués le interesaba de la Santa Camándula era el valor del relicario que la contenía. Lo deseaba para venderlo y conseguir así efectivo con el que financiar a la Junta Central. Pero nuestros esfuerzos habían sido inútiles; el fracaso no podía ser más estrepitoso y así deseaba Mataperros reconocérselo al marqués. Yo no cesaba de preguntarme dónde pararía a esas horas la reliquia. ¿Perdida acaso en el barranco de las Maldonadas? ¿Y si Tainebleau, igual que Mataperros, hubiera sobrevivido a la caída y la tenía ahora en su poder? Costaba creer que, cayendo por aquel precipicio, alguien lograra sobrevivir, pero si Mataperros lo había hecho ¿por qué no también Tainebleau? La Romero se lo preguntó sin rodeos.

—¿Sabes si murió el francés?

—Nada le sucedió —repuso Mataperros convencido—. Le crecieron alas negras y se escapó volando.

Achacamos su respuesta al golpe recibido en la cabeza y seguimos adelante.

Apenas volvió a abrir la boca durante el trayecto. La herida del pecho se le había vuelto a abrir y debía dolerle horrores, pero apenas se quejó. Cada poco hacíamos un alto y la Romero le quitaba la venda para echarle el ungüento que Silvestre nos había proporcionado. Admirábamos su entereza, un tormo de hombre, una roca con forma humana. Taciturno, endurecido, resignado, tres guerras seguidas habría sido capaz de resistir.

Hicimos un alto en la boca de una cueva y descansamos hasta bien transcurrida la noche. La cabeza no se me estaba quieta ni un instante; pensara en lo que pensase, siempre acababa dándole vueltas a los acontecimientos de los últimos días y Roso Blasco se me colaba al menor descuido: era cerrar los ojos y ponerme a pensar en él. Antes del alba proseguimos el camino. Los campos bajo la luna estaban lóbregos, desangelados. Castilla la Vieja es una tierra que se asoma al cielo a pecho descubierto y el clima la tunde sin reparos. Los hombres que la pueblan son por ello recios y a la fuerza austeros; la resignación les acomoda el ánimo y aguantan los rigores sin rechistar. Al amanecer del día siguiente, nos topamos con un pastor. Llevaba pocas ovejas en el rebaño y entre los brazos sostenía un corderillo que acababa de nacer.

—¿Hay franceses por Sebúlcor? —le preguntó la Romero.

—Lo desconozco, pero haberlos, los habrá. No hay sitio en el que no paren los condenados.

Aprovechamos para hacer otro descanso. El pastor nos ofreció nueces y requesón de desayuno. Tenía un niño de pecho al que hacía días que no veía, según nos dijo. Regresaba a su pueblo para estar con la familia. Le preguntamos si no pensaba unirse a los ejércitos de España, pero él se encogió de hombros.

—A los pobres nos da lo mismo quienes manden. Ninguno va a hacer nada por nosotros, y de asco nos vamos a morir igual.

Le agradecimos el desayuno y reanudamos el camino. Puede que los seres tomen el carácter de la tierra en la que nacen, pero a lo mejor es al contrario y somos nosotros mismos quienes dejamos nuestra impronta en la tierra que habitamos para que la tengan de plantilla los que vengan detrás.

Mataperros cabalgaba con la espalda atada al palo que le habíamos incrustado en la montura a modo de respaldo. Más que un jinete, parecía un monigote. Ir a caballo le dolía, pero ni una queja salía de su boca, ni una sola blasfemia, ni un gesto de dolor. Durante un buen rato cabalgué a su lado por si el palique lo aliviaba, pero él ni mu. Seguimos en silencio y de repente me hizo una pregunta:

—¿Por qué lo hiciste?

—No sé a qué te refieres, Mataperros.

—A cuando ibas con el inglés. Llevabas puestas buenas ropas y no parecía irte mal.

—Mal o bien es lo de menos. Me faltaba libertad.

—¿Y qué es para ti la libertad?

—No pertenecerle a nadie.

—¿Y eres libre ahora?

Medité para mis adentros. ¿Era realmente libre? Libre ¿para qué? Mi vida estaba en una encrucijada irresoluble; mi corazón, lo mismo. Un pensamiento raro me atravesó como una liebre la cabeza, no sabría bien cómo definirlo; fue una mezcla de lucidez y desengaño: ¿de qué valía ser libre en este mundo si el precio era también seguir sufriendo? A Mataperros no le contesté, pero me quedé con el runrún, y así

hasta hoy.

Ya lo ves, Agustina, toda la vida a cuestas con lo mismo, pero ¡a quién le importa ya la libertad! La libertad no existe. La libertad no es más que ser joven y tener arrojo y desdeñar la vida. Lo demás son pamplinas. No, no somos libres, Agustina, pero tal vez lo fuéramos sin darnos cuenta cuando vivaqueábamos por los montes, en punta los nervios y ese sabor a metal del coraje carnicero bien pegado al paladar en el instante mismo del combate. En eso consistía la libertad y nosotros, Agustina, la catamos, y cuanto más la catábamos más libres nos sentíamos y esas ansias nuestras invencibles fueron a la postre las que derrotaron al francés. Napoleón tuvo que venir a España deprisa y corriendo. Fue visto y no visto. En apenas diez días se plantó en Madrid. La ciudad se le rindió sin casi lucha. Él dictó sus órdenes, aprobó sus decretos y regresó a Francia a escape. Aquella fue la única vez que osó pisar suelo español. No volvió nunca jamás. En el fondo no éramos para él más que un atajo de alimañas sin orden ni concierto, que acechaban desde la sinrazón. No valían explicaciones con nosotros, ni argumentos civilizadores, ni miramientos ventajosos, sino tan solo fuerza bruta, pero en eso los españoles éramos los amos, y nuestra barbarie resultó proverbial. Si algo he constatado a lo largo de mi vida es que el pueblo español no tolera que se le impongan los gobernantes. Cuando al español se le somete a un gobierno por la fuerza, enloquece y se echa al monte sin meditar las consecuencias. Empuña las armas y desempolva el orgullo. Confunde la arrogancia con el valor y la justicia con la temeridad. No corre por las venas de los españoles el fluido del sometimiento, sino en todo caso el espesante de la resignación. Cuando se les doblega por las bravas, aguantan y aguantan hasta esperar la mejor ocasión para sacudirse de encima el yugo que los oprime. Si lo logran, se vengan, y entonces ya no tienen compasión.

Llegamos al río recién caída la noche. Las estrellas salpicaban el cielo con su brillo de vapor; allí estaban todas las que aprendí a reconocer en este lado del mundo; era como si también quisieran asistir a nuestra cita con el marqués de Lindaluz. Hice ademán de contarlas, pero enseguida me cansé. El borde de la luna parecía el filo de un alfanje y todo lo iluminaba con su blancor. En los campos, los enebros y las sabinas refulgían a nuestro paso y a veces parecían seres vivos al acecho. Nos adentramos por un vallejo que discurría entre riscos atestados de buitreras. El río bajaba a un lado; al otro, la pared de roca escalaba hasta los cielos. Los cascos de los caballos retumbaban como pieles de tambor. Entre el ruido del agua y el martilleo de las herraduras apenas sentíamos el palpitar del corazón. Aquel desfiladero hacía propias las constricciones impuestas por la orografía y a veces se estrechaba tanto que se aunaba con el río. Rocas sobre nuestras cabezas, tan altas como para equipararlas a las nubes. Un lugar fantasmagórico aquel por el que discurríamos, un paisaje amenazador que hacía temblar.

—Tengo la carne de gallina —dijo la Romero.

Continuamos al paso por la senda. Las formas de las rocas a nuestro alrededor

resultaban caprichosas, como salidas de un mal sueño. Hasta el olor del mundo se sentía allí distinto. Seguimos avanzando con cautela: aquel era un lugar perfecto para que nos tendieran una emboscada, pero el silencio de la noche era tan hondo que el mero chasquido de una rama habría retumbado por todas partes, alertándonos. Mataperros detuvo su caballo y alzó al cielo la mirada, como si se dispusiera a rezar. No me interesó saber si lo hacía; a esas alturas nuestra suerte estaba echada y ningún rezo habría de servirnos para salvar el pellejo si caíamos en una emboscada. Estábamos expectantes, aguardando algo inminente sin saber muy bien el qué. Conforme nos adentrábamos por aquellos parajes, más me daba la impresión de que allí no iba a haber encuentro con el marqués, sino ingreso en el Infierno. Andaríamos ya en el filo de la media noche cuando oímos un ruido áspero, como de pedruscos rodando. Detuvimos los caballos, pero nada vimos. Solo el monótono fluir del agua eliminaba el silencio a nuestro alrededor. Continuamos muy despacio y con los sentidos atentos. El río volvió a dar una curva y el paso del camino se estrechó de nuevo, dejando a nuestro frente apenas una hendidura: era el Paso del Infierno, el lugar de nuestra cita. Tuvimos que atravesarlo en fila, de uno en uno, la Romero primero y yo detrás. Al otro lado la garganta la noche parecía más espesa, como si las estrellas, de repente, hubieran derogado su fulgor. Olía blando a barro, a lodo, a moho. Los caballos chapoteaban en el légamo. Sentí frío por dentro, un aire helado que se me colaba hasta los huesos.

—¡Mirad! —exclamó La Romero. Señalaba con el índice un bulto en la distancia, una sombra quieta encima de un montículo, no lejos de donde nos encontrábamos.

La sombra se empezó a mover y, al poco, distinguimos recortada en la negrura la silueta de un hombre a caballo. Aguardamos acontecimientos. El jinete se acercaba hacia nosotros; venía al paso, lentamente. A su caballo parecía costarle caminar. A cada zancada que daba las patas se le hundían en el barro y, al levantarlas, chapoteaban y hacían ruido de ventosa. El aire se respiraba cristalino; del puro hielo que llevaba arañaba los pulmones. El mes de diciembre estaba en sus comienzos y el invierno, con todo su rigor de témpanos y heladas, dentro de poco se adueñaría de aquellos parajes. El jinete se iba acercando y Mataperros se adelantó a su encuentro. Azuzamos los caballos para seguirle, pero él extendió la mano para ordenarnos que nos mantuviéramos quietas. La Romero y yo le desobedecimos y avanzamos hasta él. El jinete se detuvo delante de Mataperros y, por fin, le distinguimos las facciones: poseía una belleza despejada en la que nunca hasta entonces había reparado. Pese a lo provecto de su edad, al mirarle de frente, me pareció un hombre hermoso. Así, montado en el caballo, la lacra de su cojera pasaba inadvertida, lo que le otorgaba una apostura bien erguida y repleta de altivez.

—Buenas noches —dijo el marqués de Lindaluz—. Veo que ha acudido a la cita y eso me complace.

—Por nada del mundo hubiera faltado —repuso Mataperros.

La Romero y yo callamos; nada teníamos que aportar a aquella conversación. Nos

limitaríamos a escuchar cuanto ambos se dijesen y a flanquearle a Mataperros los costados, por si las moscas.

El marqués de Lindaluz montaba un caballo azabache, cepillado con esmero hasta el punto de que en su pelo despuntaban crestas de brillo. Llevaba puesto un abrigo negro de piel que le caía hasta la caña de las botas. Las manos las llevaba enfundadas en guantes, también negros, y lucía sobre la cabeza un sombrero de tres picos, al uso tradicional. Visto en su conjunto sobre el telón de fondo de la noche, parecía una sombra salida del abismo, salvo por lo cerúleo de su rostro, que le daba un aspecto aún más espectral.

—Buenas noches a la compañía —dijo refiriéndose a nosotras con una sonrisa galante—. Veo que falta uno de los suyos, ese que comía sin parar. ¿Qué ha sido de él? ¿Un atracón se lo ha llevado acaso al otro barrio?

—Algo parecido. Lo mataron de un disparo —atajó Mataperros sin dar más explicaciones.

—Vaya, qué lástima. Se ve que el plomo no lo digería bien.

—Nada bien —repitió Mataperros a disgusto—. A veces es mejor para la salud tener la boca bien cerrada.

—Desde luego, amigo mío, desde luego, pero dígame: ¿usted se encuentra bien? Así, amarrado como va a la silla de montar no da la impresión de disfrutar de sus mejores facultades. ¿Tiene acaso el cuerpo roto?

—Eso es lo de menos.

—No parece que lo sea. Tal vez no debería haber acudido a nuestra cita en su estado. No querría que por mi culpa sus lesiones se agravaran. Pero dígame: ¿qué le pasó?

—Perseguía a Tainebleau.

—¡Oh, eso es soberbio! —le repuso el marqués—. ¿Cumplió entonces con mi encargo?

—No, no cumplí —contestó Mataperros con brusquedad.

El silencio se hizo entonces entre ambos. Mataperros le miraba desafiante, pero el semblante del marqués no mostraba ninguna alteración. La tensión creció. Tuve ganas de intervenir, pero las palabras se me interrumpieron en la boca cuando quise empezar a hablar.

—¿No pretenderá usted engañarme? —preguntó el marqués modulando su voz con un vago tono de incredulidad—. Si lo que pretende es sacar mayor ventaja al trato, creo que aún podemos llegar a un buen acuerdo.

—Le he dicho que no tengo lo que busca —le reiteró Mataperros.

—Bien, eso cambia un poco la situación. ¿No le parece, mi querido amigo?

—No para mí —le respondió—. Usted sabía de antemano que no iba a poder cumplir su encargo. Usted sabía desde el principio dónde se escondía la reliquia y me dejó a mi suerte. Lo único que usted quería de mí era que persiguiese a Tainebleau, que me echase tras él como un perro de presa, aun intuyendo que nunca le llegaría a

alcanzar.

El marqués se inclinó hacia adelante sobre la silla de montar y sonrió.

—¿Cómo iba a querer yo eso?

—Dígame entonces por qué no me dijo la verdad. ¿Cuál es su papel en este juego?

—Ya se lo expliqué: la Junta Central me hizo un encargo y yo le encomendé la tarea. No se trataba de un asunto fácil, en eso estoy de acuerdo, pero usted era la única persona que podría haberlo logrado. Nuestros intereses eran coincidentes: ambos deseábamos pararle los pies a *monsieur* de Tainebleau. No existían muchas opciones y había que actuar con discreción. ¿A quién mejor que usted podía recurrir con el encargo?; se necesitaban agallas para hacerlo y usted tenía un asunto pendiente con Tainebleau que le servía de acicate. Lamento de veras que no lo haya logrado, sobre todo por usted. Ahora no me queda otro remedio que reportar nuestro fracaso.

—¿Quién, aparte de nosotros, andaba tras el rastro de la Santa Camándula?

—¿Acaso había alguien más? Me sorprende lo que dice. —El marqués de Lindaluz estiró el cuello en señal de extrañeza. Su actuación era impecable, pero Mataperros no se amilanó y continuó interrogándole.

—Sobornaron a Juan Mojamas. Alguien tenía interés en alejarme de la reliquia. ¿Quién podía ser?

—Ni me lo puedo imaginar.

—A Mojamas no lo mató la codicia. Yo lo conocía bien y él con poco se conformaba. Hubo de haber otra razón.

—Las personas cambian, amigo mío. Lo que hoy parece sólido mañana se desmorona sin remedio. Lamento decepcionarlo con mi ignorancia, pero, que a mí me conste, tan solo los franceses buscaban lo que usted. ¿Quién sino Napoleón iba a querer hacerse con la reliquia? Únicamente a un enemigo de la patria y de la religión podría ocurrírsele algo semejante, ¿no le parece?

—No fueron los franceses, sino alguien que trataba de evitar que cayese en mis manos. ¿Y sabe por qué, señor marqués?

—No. Explíquemelo usted.

—Porque no quería que acabase en las suyas.

El marqués soltó una carcajada que retumbó en la noche.

—¿Qué disparate es ese? Bien sabe usted que yo no deseaba la reliquia por capricho —repuso Lindaluz.

—Sobornaron a Mojamas para que me disuadiera de ir tras ella y él aceptó. ¿Quiénes lo hicieron? —insistió Mataperros—. Usted lo sabe. ¡Reconózcalo!

La impaciencia de Mataperros iba en aumento al constatar que ninguna de sus preguntas hacían mella en el discurso del marqués. Apretaba los dientes hasta hacerlos rechinar. Mera impotencia. De no estar impedido, lo mismo hubiera sacado la pistola para descerrajarle un tiro, pero así, transformado en eccehomo, poco podía hacer más que insistir. No obstante, el cinismo del marqués, si es que era cinismo lo

que le salía de la boca hecho palabras, era contundente y desconcertaba y confundía.

—En estos tiempos que corren todo se ha vuelto confuso —exclamó Lindaluz con parsimonia—. Hay políticos que por sentirse patriotas luchan contra los franceses, pero también los hay que aun declarándose españoles abrazan la causa de Napoleón. Patriotas y traidores, menudo galimatías. Para resolverlo habría habido que empezar por determinar lo que es la patria, pero mucho me temo que ni en eso los españoles sabrían ponerse de acuerdo y el debate solo añadiría más confusión. Es preciso tener cuidado con quién se habla, con quién se junta uno porque a la vuelta de la esquina acecha la doblez y la delación. Ignoro quién sobornó a su compañero, pero pudo ser cualquiera, yo mismo o alguno de sus hombres incluso. ¿Usted qué opina, señorita? —preguntó el marqués, dirigiéndose a mí—. ¿Quién cree que le compró la voluntad a ese desafortunado?

Permanecí callada, como aturdida. No quería revelar lo que sabía y menos aún especular con lo que sospechaba. La pregunta de Lindaluz me había pillado por sorpresa. ¿La habría hecho de forma casual o acaso había intuido lo que enmascaraba mi silencio? Por nada del mundo hubiera revelado en ese instante mis sospechas de que Roso Blasco estaba detrás de todo aquel asunto. No quería que Mataperros se enterara por mi boca de que la misma persona que le había cobijado en su casa era quien había propiciado la situación en la que estábamos: si había que ajustarle a Roso las cuentas, yo no quería tener nada que ver.

—¿No responde, señorita? —insistió el marqués—. La prudencia es señal de inteligencia, pero a veces el silencio puede confundirse con la complicidad.

—Nada sé que a usted le valga —tuve que decir en mi descargo—, pero quien lo hiciera debió quedarse bien a gusto. ¡Vaya mérito el untar a un hombre bueno, a un patriota ejemplar!

—Cada cual es patriota a su manera y, entre tanto patriota, puede que haya alguno que lo que en verdad desee sea ver la Santa Camándula en manos de Napoleón.

Las palabras del marqués restallaron en mis oídos. Una idea terrible se pasó por mi cabeza en ese instante: ¿sería posible que los hermanos virginianos pretendieran que la Santa Camándula cayera en poder de los franceses? De repente, aquella hipótesis me pareció no solo factible, sino también real. ¿Era eso lo que Roso Blasco pretendía?, ¿entregarle la Santa Camándula a Napoleón?

—Tal vez todo se trate de una estratagema —continuó diciendo el marqués—, de un engaño, o tal vez sea un simple juego con el que algunos de esos patriotas ejemplares que usted menciona se hubieran querido entretener. Imagínense por un momento un anzuelo para pescar emperadores: ¿qué mejor cebo que una camándula hecha con espinas de la corona de Cristo para llamar la atención de un pez gordo como Napoleón?

La Romero escuchaba con los ojos abiertos y la boca cerrada cuanto el marqués decía, pero llegó a un punto en el que no se pudo morder más la lengua:

—Diles lo del cuerno del demonio, Rosario, anda, cuéntaselo.

Mataperros intentó girarse en su montura al oír aquello. Nada le habíamos dicho sobre el asunto y le pilló por sorpresa.

—Solo son patrañas —atajé para quitar importancia—. Según una historia que nos contaron, escondido en el relicario de la Santa Camándula se encuentra el cuerno que Satanás se partió al caer al mundo cuando Dios lo echó del cielo.

Mataperros puso cara de pasmado y el marqués se echó a reír. Sus carcajadas eran ásperas y daban miedo y, más que miedo, desamparo, y en aquellas soledades hacían sentir desolación.

—¡Nada menos que el cuerno del diablo! Imagínese usted que esa historia fuera cierta: el panorama cambiaría sustancialmente, ¿no le parece, amigo mío? —le espetó el marqués a Mataperros, sin dejar de reír.

Mataperros se santiguó y el marqués, al verlo persignarse, volvió a estallar en una nueva carcajada, más descomunal, si cabe, que las anteriores. El viento que soplaba se detuvo y el grosor de su risa pareció reventar. Mataperros quedó mudo; nosotras, también.

—Hacía tiempo que nada me provocaba tanta risa —dijo Lindaluz, tras respirar hondo y serenarse—. Ya saben, en la soledad de mi retiro no gozo de demasiadas oportunidades para tratar a las personas y de Tasito ya estoy cansado de reírme. No vayan a malinterpretarme, por favor, no quiero que tomen mi risa como una descortesía hacia ustedes. Yo los aprecio sinceramente. Napoleón sigue siendo nuestro enemigo común. Es él quien pretende destruir nuestra forma de vida heredada de los siglos. Solo él se burla de nuestros reyes, que lo son por la gracia de Dios. Desprecia nuestras costumbres, persigue a la Iglesia y lo que más desearía es desterrar de estas tierras la religión. Nada hay sin Dios, ustedes bien lo saben, únicamente la permisividad, el relativismo moral y la incuria de las almas. Da igual los cuernos del demonio que anden desperdigados por el mundo: fuera de Dios, ni siquiera el diablo puede existir.

No nos quedaba mucho más que hablar con el marqués de Lindaluz. Mataperros ya le había rendido cuentas de su fracaso y él en nada había respondido a las incógnitas que aguardaban ser despejadas: ¿quién era en realidad aquel marqués?, ¿qué era lo que pretendía de nosotros?, ¿cuáles eran las cartas que jugaba en el embrollo?

—Usted no me engaña —le dijo Mataperros al ir a marcharnos—. Sé que de algún modo que no alcanzo a entender se ha servido de mí, pero no me importa en absoluto. Alguien encontrará algún día de su talla y le dará lo que se merece. He venido hasta aquí a informarle de mi fracaso y ya lo he hecho. Nada más le debo a usted.

—No debería preocuparse por eso, amigo mío. El arte de vencer se aprende en las derrotas, así que no va usted por mal camino.

—Ojalá fuera cierto lo que dice —suspiró Mataperros—. Y ahora, si me lo permite, debo irme. Cada cual que siga su camino. Jamás volveremos a vernos usted

y yo.

—Eso nunca se sabe —repuso sonriendo el marqués—. Recuerde que tiene aún pendiente una venganza. Tal vez yo le pudiera ayudar a darle fin.

—Mis venganzas son cosa mía y ya las despacharé yo cuando toque.

—Eso espero, sobre todo por su bien. La venganza es necesaria para aliviar el corazón; no se prive de ella, mi querido amigo, no se prive.

—Adiós, marqués —dijo Mataperros azuzando a su caballo.

—¡Esperen! —gritó Lindaluz—. Se olvidan los fusiles.

Se refería a las armas que nos había prometido a cambio de la reliquia.

—No cumplí nuestro trato, ya se lo he dicho —insistió Mataperros—. Fracasé.

—Lo sé, pero al fin y al cabo los fusiles sirven para matar franceses, y querer verlos a todos muertos es algo que, en este instante, usted y yo tenemos en común.

El marqués dio entonces un silbido y la silueta de un hombre asomó al fondo; una recua de mulas venía tras él en procesión y cada una de ellas portaba un par de cajas largas como ataúdes, fusiles y munición. El mulero se acercó hasta Mataperros y le entregó las bridas: era Tasito.

—Repártalos entre los hombres de su partida. Ellos sabrán darles buen uso —dijo el desorejado.

—En ese caso, se los debo —objetó Mataperros dirigiéndose al marqués.

—¿Debérmelos? —replicó Lindaluz—. ¿Y con qué me los pagará? ¿Acaso con su alma? —Se echó a reír de nuevo—. Adiós, Juan Bautista. Que la guerra le sea propicia —se despidió—. Vámonos, Tasito, nada más tenemos que hacer aquí.

Clavó el marqués a su caballo las espuelas hasta ponerlo al trote y la noche se lo tragó.

El 4 de diciembre de 1808, una vez rendida la ciudad de Madrid, Napoleón Bonaparte dictó varios decretos en pos de la modernización del país; lo hizo desde el palacio del duque del infantado, sede de su nuevo campo imperial de Chamartín. Como primera medida disolvió el Consejo de Castilla; después, declaró abolido el tribunal de la Santa Inquisición por atentar contra la soberanía de la nación española y contra la autoridad civil y ordenó que todos sus bienes pasaran de inmediato a la corona de España. Entre otros múltiples decretos, Napoleón derogó aquel día el derecho feudal y las cargas personales que de él se derivaban, e instauró la libertad de industria para que los españoles pudiesen desarrollar sin trabas todo tipo de actividad comercial. Ordenó que, desde el primero de enero de 1809, las aduanas interiores quedasen suprimidas por considerar que perjudicaban la prosperidad de la nación. Estableció que el número de conventos existentes en España se redujera a una tercera parte y en igual proporción mandó reducir a sus religiosos, prohibiendo admitir a nuevos novicios hasta que no se ejecutase su mandato e invitando a cuantos quisieran dejar los hábitos a hacerlo con toda tranquilidad, garantizándoles una pensión

vitalicia cuya cuantía iría escalada en función de su edad. Todos los bienes de los conventos suprimidos pasarían de inmediato al dominio de España y serían aplicados como garantía de los efectos de deuda pública. Tal mandó y así fue ejecutado.

El futuro, Agustina, es ese lugar inalcanzable que siempre anda aguardándonos en la senda de la vida. Hacia él nos encaminamos aquella noche extraña en la que el viento sonaba hiriente como la risa de las hienas. Tras mucho dar vueltas por el mundo, tras muchas peripecias sorteadas, placeres gozados, decepciones habidas y dolores sufridos, he podido, por fin, llegar hasta él. A ciencia cierta nunca supe quién era Lindaluz, pero sí lo que teníamos en común; él deseaba lo mismo que nosotros: la derrota de los franceses, la caída de Napoleón. Sus motivos nos los expuso claramente: el hacer antiguo, la tradición legada por los siglos, corrían peligro de desaparecer. Si Napoleón ganaba la guerra, otro tipo de valores se impondría en España. El triunfo de la razón dejaría en desuso las costumbres antiguas; nadie respetaría al monarca como elegido de Dios y la gente simple se sacudiría sin esfuerzo los yugos de sus servidumbres. Los privilegios de los poderosos desaparecerían para dejar paso a un nuevo orden prosaico y vulgar, antes fundamentado en el dinero que en la dignidad de la sangre. El utilitarismo, el pragmatismo y la duda como único método de aproximación a la realidad del mundo se impondrían en el conjunto de la sociedad y nadie temería a Dios, porque a Dios se le acabaría también matando, esta vez no en la cruz, sino en las escuelas.

Napoleón representaba ese mundo nuevo surgido del maremágnum de la revolución; él era la semilla del progreso. La libertad de pensamiento, la crítica intelectual, la igualdad ante la ley, la fraternidad entre los hombres articulada por el sentir social de los gobiernos… serían los estandartes de un mundo nuevo en el que la tiniebla y la obediencia ciega al poderoso no tendrían cabida nunca más. Basta de púlpitos desde los que predicar dogmas y amenazas, no más iglesias en las que encerrar las alas del pensamiento libre, del sentir ilimitado del corazón. El hombre sin ataduras sería el soberano de sí mismo y a nadie tendría que dar cuentas de sus palabras, de sus pensamientos, de sus actos, salvo a su conciencia y a la ley, pero no a una ley concebida como instrumento de sometimiento a los poderosos, sino como máxima expresión de la voluntad popular. Atrás quedarían la tiniebla opresora de la religión, el absolutismo de las verdades antiguas, apoteósicas e indiscutibles; atrás los privilegios, los derechos absolutos y la vida concebida como temor constante, como obediencia ciega, como catecismo incuestionable. Lindaluz estaba en el secreto: sabía lo que sería de España si Napoleón triunfaba y aquello no le convenía. Nos lo dijo bien a las claras: «Fuera de Dios, el diablo no puede existir».

No sé quién era Lindaluz, o tal vez sí lo sepa, pero la explicación que a mí me valga no tiene por qué servirle a los demás. Sé lo que pretendía y con eso me basta, ¿pero acaso lo consiguió?

Al cabo de los meses, en lo más intenso de la guerra, cuando caí en manos de los franceses y me llevaban presa al penal de Montpellier, una tarde que hicimos un alto

en uno de sus campamentos, vi por casualidad a un coronel del ejército imperial interrogando a un guerrillero de los más fieros de la partida de Mina el Joven. Lo habían atrapado en una emboscada e iban a fusilarlo al día siguiente. El coronel le preguntaba:

—¿Por qué combaten ustedes? ¿Qué es lo que pretenden defender? ¿La Inquisición? ¿Los privilegios de los nobles? ¿Un rey inepto acaso?

—Defendemos la independencia de la patria —contestó aquel guerrillero con orgullo—, nuestro derecho a seguir siendo españoles.

—Ya veo —le replicó el coronel—; a seguir siendo españoles ignorantes.

—El cómo seamos en España es solo asunto nuestro.

—¿Pero no se da cuenta de que nosotros les traemos el futuro?; ¿la igualdad, la libertad, la fraternidad entre los hombres? —volvió a insistirle el coronel, ahora contrariado por la tozudez del español.

—Sí, la fraternidad a cañonazos. ¿Es que no lo ven? ¿Tan torpes son, tan ciegos están? Jamás podrán imponernos sus ideas y mucho menos por la fuerza de las armas. Ténganlo claro. Nunca nos vamos a dejar.

La Romero acabó convencida de que el marqués de Lindaluz era el demonio y que, si deseaba conseguir la Santa Camándula, no era más que para recuperar el cuerno que se le partió al caer del cielo, pero todo eso son patrañas, leyendas, cuentos de vieja que con su algo de verdad adornan su mucho de mentira. Sirven para lo que sirven, para asustar a los niños en las noches de invierno y poco más. La verdad resulta siempre más prosaica y, a menudo, menos espectacular. Muchas veces a lo largo de mi vida he pensado en el papel que Florián, el posadero del Corral del Gato, desempeñó en el desarrollo de los acontecimientos. No me cabe duda alguna de su participación en la intriga de la Santa Camándula ni de que pretendía aprovecharse de unos y otros, franceses, patriotas y hermanos virginianos incluidos, para obtener su beneficio. Todo debió de empezar con la llegada del escribano, tal y como refiriera el hermano cillero de San Licinio. Venía galopando desde Fontenebro con la seguridad de que le estaban persiguiendo. Aquel hombre dejó comisionado al posadero con la reliquia y le ordenó que, de no regresar en breve a por ella, la enviara por su cuenta al monasterio. Sería aquel escribano seguramente el mismo que, mandado por el Patronato de Bienes Nacionales habría estado tiempo atrás haciendo el inventario, pero eso ya es una suposición indemostrable. El caso es que, fuera por lo que fuese, aquel enviado de la Junta jamás regresó al Corral del Gato, por lo que el posadero se vio en la tesitura de cumplir el encargo que se le había hecho. Y bien que lo hizo, pero a su modo: para intentar sacar provecho en el río revuelto de la guerra, mandó a su fregona ir a San Licinio con un palo envuelto en arpillera haciéndolo pasar por la reliquia. Supuso que los curas lo esconderían sin abrirlo y jamás se percatarían del engaño. Eso le permitió quedarse con el objeto que le entregaran en depósito y

negociar con él. ¿Y quiénes fueron los que entraron en su juego? Indudablemente, los propios virginianos, que deseaban a toda costa recuperar el cebo que en la iglesia de Fontenebro le habían puesto a Napoleón y que, por esas carambolas del azar, el escribano había desbaratado.

Supe con el tiempo que a aquel escribano lo habían encontrado sin vida junto a un árbol, en un camino a pocas leguas del Corral del Gato. Tenía un golpe en la frente, a todas luces propiciado por la rama gruesa de una encina contra la que debió estamparse cuando huía a todo galope de sus perseguidores: los hermanos virginianos. ¿Fue Roso Blasco quien cabalgaba tras él? Es muy probable que así fuera, pero de eso ya no puedo dar yo fe.

El caso es que Florián, el posadero, devolvió a los virginianos la Santa Camándula, seguramente a cambio de un goloso corretaje. Aquel era el trato que debían estar cerrando la noche en que nosotros llegamos al Corral. No me cabe duda alguna de que el fantasmón que en mi duermevela viera andar por los pasillos fuera Roso Blasco. Él fue quien se llevó la Santa Camándula para esconderla de nuevo, esta vez en la ermita de las Maldonadas, y así seguir atrayendo la atención de Tainebleau. Pero ahora no solo iba a tener a los franceses tras de sí como en un principio pretendía, sino también a la Junta Central y a la partida de Mataperros, azuzada por el marqués de Lindaluz.

Florián siguió haciendo su agosto y sacando provecho a aquel asunto, solo así se explica que Tainebleau se encaminase a San Licinio; aquel soplo debió venir sin duda del posadero. Si volvían los de la Junta a reclamar lo que era suyo, él se escudaría diciendo que había mandado la reliquia a San Licinio, según las instrucciones recibidas. Bien sabía que los franceses rapiñarían el lugar: nadie averiguaría, por lo tanto, que lo enviado al monasterio era un simple palo envuelto en trapos. Un juego perfecto para el posadero de no haber sido porque, después de haber constatado los franceses que el soplo recibido era un engaño, mandaron un destacamento al Corral del Gato y lo quemaron sin contemplaciones. De nada le valió a Florián su afán de cerrar tratos, pues esta vez le resultó imposible negociar con los franceses su propio pellejo y murió ahorcado delante de las pavesas de lo que había sido su mesón.

Toda una vida he tenido que aguardar para saber lo que fue de la reliquia y ya ves, Agustina, ha sido la providencia o el azar, si es que acaso no sean los dos la misma cosa, quien ha venido ahora a desvelarme la incógnita.

Creí que habría de morirme sin averiguar la verdad. Ya ni me acordaba de aquella gitana que, al leerme la mano, me advirtió que solo al final de mis días la luz se abriría paso entre la oscuridad. Napoleón cayó en la trampa y mordió el cebo. Todo había sido una artimaña de los hermanos virginianos. El marqués lo sabía, vaya que si lo sabía… En nuestra cita nos lo dejó entrever: a toda costa deseaba que Roso Blasco y sus amigos masones fracasaran en sus planes, pero tuvo que amolarse porque al final lo consiguieron. Como dijo Mataperros: a Tainebleau le crecieron las alas y salió volando con la reliquia entre sus garras. ¿Qué otra explicación, si no, habría de

haber?

La Santa Camándula le fue entregada a Napoleón en Chamartín a finales del mes de diciembre de 1808. Ese muchacho francés, Maurice, el de los ojos de amatista y el rijo por las nubes, fue quien me contó lo sucedido. Le puse delante la botella de coñac y se fue de la lengua, ¡vaya que si se fue! Se le iban las palabras de la borrachera que llevaba, pero eso no le impidió revelarme la verdad. Por lo visto, aquella noche ya lejana, su padre y el mariscal Bessières estaban con Napoleón en Chamartín. Un oficial entró en la sala donde el emperador se disponía a cenar para anunciarle que *monsieur* de Tainebleau aguardaba a ser recibido. Encima de la mesa había una fuente con cebolla frita, el plato preferido de Bonaparte. El emperador lo miró con deseo mientras su edecán dudaba si empezar a servírsela. En un primer momento, Napoleón ordenó que a Tainebleau se le hiciera esperar hasta que su cena hubiera concluido, pero o su apetito debía ser breve o su impaciencia máxima, porque casi de inmediato cambió de opinión y dio orden de hacerle pasar. La mirada de aquel hombre era dura y hasta al mismísimo Napoleón le costaba mantenérsela. El emperador le preguntó si había cumplido el encargo; Tainebleau asintió con la cabeza y, sin decir palabra, depositó encima de la mesa un objeto envuelto en paño y atado en sus dos extremos con cordones. Con lentitud estudiada fue desabrochándolos hasta desenvolverlo por completo; a la vista de los presentes apareció un estuche cilíndrico de cuero repujado con filigranas florales. Napoleón se quedó extasiado contemplando aquel objeto y una sonrisa de ambición le atravesó la cara como un relámpago. Después, tomó el estuche entre sus manos y, sin más preámbulos, lo abrió. Todos contuvieron la respiración. Napoleón extrajo el contenido con cuidado y lo depositó horrorizado sobre la mesa: ¿qué diablos era aquello? El mariscal Bessières contuvo una carcajada y Tainebleau palideció al verlo. Un cortante silencio de bochorno se hizo entonces alrededor del emperador.

Aunque gabacho, Maurice, era todo un caballero: antes de embarcarse para las Américas quiso pagarme las pérdidas que yo había sufrido por tener a las niñas con él, de balde. «No me debes nada, cariño mío —le dije—, más joven que hubiera sido y ahora mismo te hacía yo un servicio, pero, ay, la vejez es la vejez. Aprovecha bien lo que te queda de juventud y no desdeñes nunca compañía de mujer». Maurice insistió en pagarme, pero no lo hizo con dinero; para mi sorpresa, sacó un estuche del petate que llevaba y me lo entregó antes de irse. «Esto te va a gustar, China. Me lo llevé de la logia de Sainte Julie, donde se custodiaba. Me apeteció para mí, así que lo robé. Nadie iba a darse cuenta y mejor en mis manos que guardado en un arcón. Desde este instante, es tuyo. Consérvalo como recuerdo».

Era un estuche grueso, cilíndrico y repujado en cuero con una fina filigrana de flores. Ni a sospechar llegaba sobre lo que podía contener, así que de inmediato lo abrí. Maurice y yo nos miramos a los ojos: yo, con sorpresa; él, zalamero, con sorna y deleite y semblante seductor.

Epílogo
De vuelta a la notaría de don Valerio

En aras de la intriga del relato me he abstenido hasta ahora de revelar qué contenía aquel estuche que don Valerio guardaba en su notaría de Madrid. Durante una tarde entera estuve tomando notas del acta que lo acompañaba, la cual, como ya se ha explicado, había sido levantada a instancias de Rosario, ya en su vejez. En ella se hacían referencias constantes a una tal Agustina, la cual me he permitido la licencia de suponer que podría tratarse de Agustina Raimunda María Saragossa i Domenech, más conocida en los libros de historia como Agustina de Aragón. La heroína de la patria falleció en Ceuta el 29 de mayo de 1857, por lo que, cronológicamente hablando, las alusiones resultan coherentes. Existe, además, una versión biográfica no del todo contrastada, pero tampoco exenta de evidencias, que sostiene que Agustina de Aragón acabó sus días regentando un burdel. El acta notarial conservada por don Valerio vendría a confirmar, desde un punto de vista historiográfico, semejante afirmación.

Ignoraba por entonces que las notas que tomaba habrían de ser utilizadas en la redacción de esta novela. No fue ese, por lo menos, el motivo que me impulsó a garabatearlas; creo que si lo hice fue, simplemente, para evitar que toda aquella información se destruyera, como don Valerio había ordenado, y se perdiera para siempre. Pero ahora soy consciente de que el notario me había tendido una trampa y que yo caí en ella como un incauto pajarito. Es verdad que, solo con el transcurso de los años, me he decidido a escribir esta novela, pero tampoco es menos cierto que al final don Valerio se ha salido con la suya.

He procurado, a lo largo de estas páginas, poner en orden parte de las obras y milagros que Rosario, de forma caótica y entrecruzada, le fue contando al notario de Ceuta para que pudiera levantar acta de cuanto su existencia había sido. He intentado dar a la narración un tono ligero y de aventuras para hacerla más asequible al gusto literario de estos tiempos e incluso reconozco haber escrito un tanto en necio para dar cierto gusto al vulgo lector, dicho sea esto sin ánimo ninguno de ofender. No he incluido en el texto, sin embargo, las vicisitudes de Rosario posteriores a la guerra de la Independencia, que fueron bastantes y sobre todo pintorescas, ni por supuesto las circunstancias que, ya en la edad madura, la llevaron a abrir un burdel en Ceuta asociándose muy posiblemente con Agustina de Aragón. Todo eso me lo guardo para futuros libros que, acaso, constituyan una saga, pues el material es abundante y promisorio.

Creo que, en el fondo, don Valerio sabía que si yo leía el acta no podría evitar la tentación de escribir sobre la China y razón no le faltaba. Han sido años de trabajo

intenso los que he empleado en culminar esta novela: los hechos relatados por Rosario no bastaban por si solos para reconstruir con veracidad los paisajes de sus aventuras y hube de recurrir a la documentación histórica. En tal sentido, querría aprovechar este interludio para dar las gracias a todas las personas e instituciones que me han ayudado con la investigación efectuada y, en especial, a la Sociedad de Amigos de la Guerra de la Independencia, al Instituto Aragonés de Estudios Históricos, al Círculo Napoleónico de Madrid y a su docta directora doña Edurne Comportela Mondragón, a doña Belén Hurtado de Mendoza y a don Luis Leante Lente, consejeros ambos de la fundación Cabarrús, a doña Selina Pérez-Santero, que me llevó de figones por el Camino Real y, sobre todo, a don Alfonso Salaberri Sanjosé, especialista en historia secreta de la masonería, que me facilitó información esencial sobre los hermanos virginianos.

Quiero recalcar que todos los personajes que aparecen en la novela son verídicos en el sentido histórico del término o, dicho de otra forma, todos figuraban mencionados por Rosario en el acta notarial. Yo me he limitado a darles vida con el artilugio de mis palabras y a intentar hacerlos verosímiles a los ojos del lector. Espero que la incredulidad que todo relato de este tipo presupone haya sido adecuadamente suspendida por los lectores y que la magia de la literatura haya funcionado «como Dios manda», que hubiera dicho don Valerio, que en gloria esté.

El lector ya habrá supuesto que aquel objeto que Tainebleau llevó a Napoleón era el mismo que el que yo tuve delante de mis ojos en la notaría de don Valerio. Los más avispados habrán incluso adivinado qué era lo que el relicario contenía y algunos hasta se habrán imaginado la cara que Napoleón debió poner al verlo.

Debo decir que solo abrí el estuche cuando, ya bien cumplida la tarde, concluí la lectura del acta notarial. No sabía exactamente lo que me aguardaba allí delante, pero por el mero hecho de pensar que aquel objeto lo había tenido en sus manos el mismísimo Napoleón, me eché a temblar de emoción. Respiré hondo, siempre lo hago cuando intento serenarme, y procedí a abrirlo. Metí la mano dentro y saqué un objeto grueso y alargado. ¿Qué diablos era aquello?

No tardé ni dos segundos en darme cuenta: sostenía entre mis manos un enorme consolador tallado en cuerna, un artilugio con una estrepitosa forma fálica, perfectamente moldeada siguiendo los detalles de la anatomía masculina y en el que, a modo de filacteria, aparecía grabada la siguiente leyenda:

Diaboli cornu in ano tibi penetra, Napoleo

O lo que es lo mismo: «Métete por el culo el cuerno del diablo, Napoleón». Eso era todo y, salvo insistir en subrayar esa inclinación a hacer burla de lo serio y a ofender con el ingenio que, según decía Galdós, caracteriza al pueblo español, nada más hay que añadir.

COLOFÓN
VENDRÁN TIEMPOS PEORES

¡Trágatela, Napoleón! Así me lo contó Maurice, tal y como a él su padre se lo revelara tras tomarle juramento de ingreso en la logia de Sainte Julie, en la que el consolador se custodiaba.

Fuera lo que fuera lo sucedido, lo cierto es que desde aquel instante a Napoleón dejó de interesarle España. Durante los pocos días que permaneció en Madrid, estuvo sin salir de su cuartel de Chamartín. Luego fueron diciendo en su favor que no deseaba irritar a los madrileños dejándose ver por las calles. Solo hizo una excepción para visitar, de forma protocolaria, el Palacio Real. Eso fue todo.

Abandonó la ciudad a finales de diciembre de 1808 con el pretexto de perseguir las tropas inglesas de *sir* John Moore, que acechaban por el norte, y se marchó a Valladolid. Desde allí salió de España deprisa y corriendo para jamás volver. Nunca antes un conquistador había mostrado tanto desprecio por la tierra conquistada como Napoleón lo hiciera por España, pero lo cierto es que la burla que le habían hecho los hermanos virginianos debió haberle dado de lleno en el orgullo, por no decir en la entrepierna, donde alojaba esa masculinidad, al parecer escasa, que a su muerte conservaron en formol. El cómo se enteraron del tamaño reducido de su pene es algo que jamás se aclaró, aunque bien pudiera ser que Teresa Cabarrús faltase en algún momento a la discreción que todo buen amante debiera observar y se fuera de la lengua con malicia.

La historia, Agustina, la escriben los vencedores y, como es sabido, Napoleón perdió. España fue para él el principio del fin. ¡Qué te voy a contar, que tú no sepas! Su imperio empezó en España a escapársele de las manos; el ánimo se le vino abajo y el carácter le cambió. ¿Cuánto influyó en ello la burla de la Santa Camándula? Eso es algo que jamás podrá saberse, ¿pero a quién le importa a estas alturas? Se largó con el rabo entre las piernas para nunca regresar y eso fue todo.

Los otros, los que ganamos aquella guerra, ya tuvimos con ello nuestro merecido. En el pecado llevábamos la penitencia y nuestra penitencia se llamaba Narizotas: «Tú, que no quieres Constitución, trágala, perro, tú, servilón, tú, que no quieres Constitución». Algunos tuvieron que caerse del guindo para darse cuenta de la verdad: el rey Fernando era un malnacido que jodió a la nación a base de bien. Habíamos luchado por un sueño, por un ideal, por una bruma y, como la bruma, todo se desvaneció de pronto: la ilusión, el coraje, la esperanza; y apareció de nuevo la realidad, esta vez ribeteada de la mayor de las tinieblas.

Pasaron muchas cosas en esos años y también después. La vida da muchas vueltas y nosotras, Agustina, tras mucho trajinar por esos mundos, fuimos a parar a este

burdel. Vender amor a precio no es mal asunto: quienes hemos visto la muerte de cerca bien sabemos apreciar lo que la vida vale, y qué mejor manera de celebrarla que entregarse al goce de los cuerpos mientras dura.

Vendrán tiempos oscuros y aún menos cabales que los nuestros, y otras mujeres y otros hombres volverán a la gresca de las armas y habrá dolor y muertes y victorias y amores imposibles y aventuras, y hasta el diablo volverá a hacer de las suyas con tal de preservar su indignidad. Vendrán también tiempos más necios en los que parecerá que nada se ha aprendido del pasado. Y vendrán del mismo modo tiempos sabios que redimirán al ser humano de su inmensa estupidez. Pero desengáñate, Agustina, porque esos, nosotras, ya no los habremos de ver.